

PARISETTE

por LUIS

dup
FEUILLADE



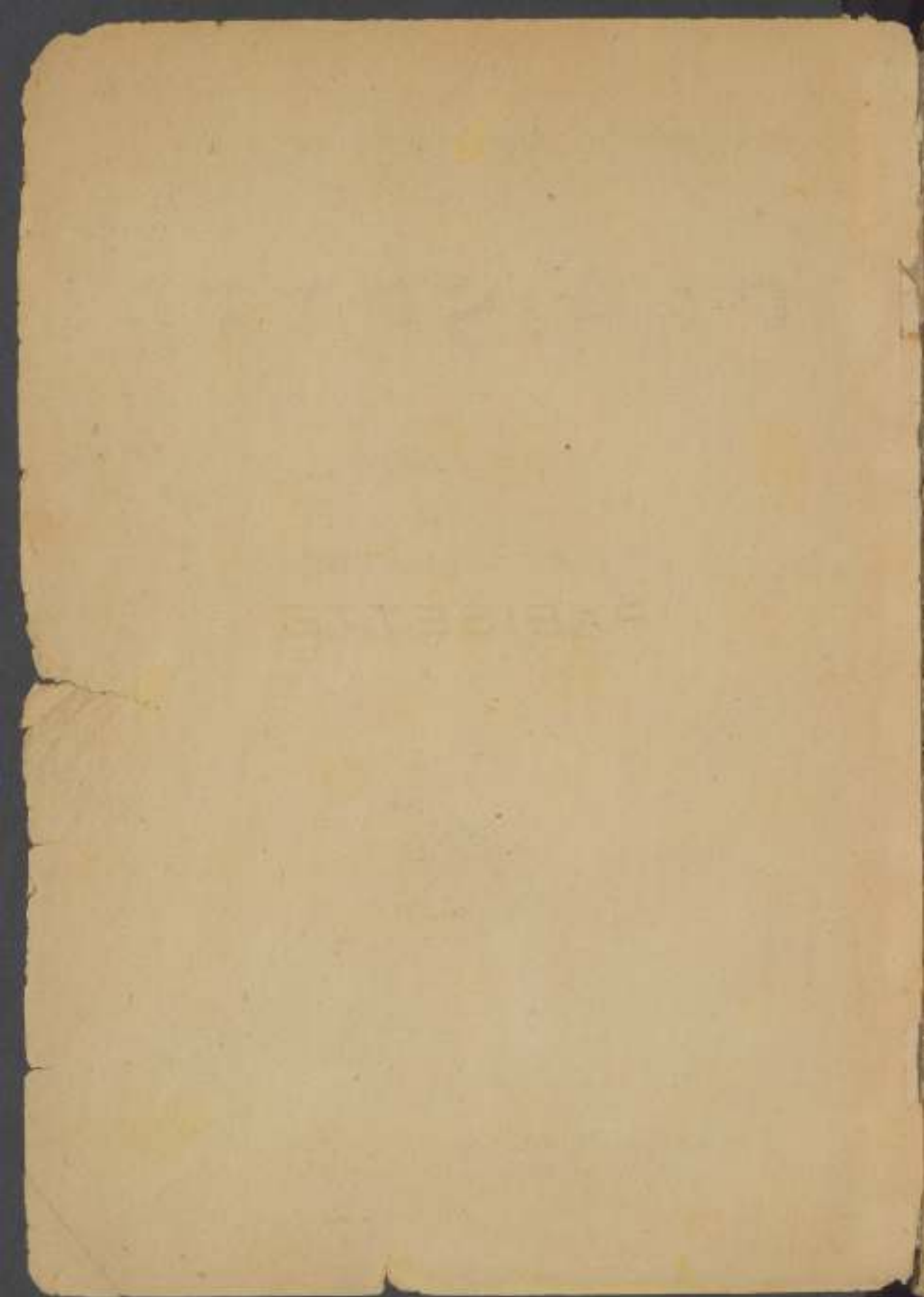
NOVELA
CINEMATO-
GRÁFICA

ILUSTRADA
CON
FOTOGRAFÍAS

Sociedad General de Publicaciones S.A. Barcelona



PARISETTE



LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

PARISETTE

— POR —

PABLO CARTOUX

EN COLABORACIÓN CON

LUIS FEUILLADE

SERIE MARCA GAUMONT



SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.
CALLE DE LA DIPUTACION, 21 ————— BARCELONA

ES PROPIEDAD

PARISETTE

PRIMER EPISODIO

MARÍA

I

JOAQUÍN DE COSTABELLA

Estaba bastante avanzada la tarde cuando entró un automóvil en el patio de honor del castillo del señor don Joaquín de Costabella. Las carreteras portuguesas, aun las de los alrededores de Lisboa, están bastante mal conservadas y muy polvorientas, por lo que el coche que llegaba parecía haber recorrido un trayecto muy largo. Apeóse de él un hombre de unos cuarenta años y preguntó a un criado:

— ¿Está don Joaquín de Costabella? Haga el favor de anunciarle que desea verle el señor don Pedro Álvarez, banquero de Lisboa.

El criado le miró sin responder; pero en vista de que el señor Álvarez parecía impacientarse, dió a entender por señas que era mudo y que le siguiera, al tiempo que cogía la tarjeta y se la llevaba directamente al señor de Costabella.

Le encontró en la biblioteca, que es donde permanecía casi siempre. Era ésta una habitación inmensa, llena de libros viejos, que más parecía cuarto de estudio de un sabio,

que salón de descanso de un castellanillo.

Joaquín de Costabella examinó la tarjeta que le presentaba el sordomudo y mandó que pasase el señor Álvarez.

No parecía agradarle mucho la visita; pero, no obstante, la recibió con gran urbanidad.

Singular era el contraste entre aquellos dos hombres que, si bien se conocían, mirábanse curiosamente antes de entablar conversación.

Por una parte, el negociante, que intentaba imitar a los grandes comerciantes norteamericanos, correcto y frío, en el cual se adivinaba un hombre sin escrúpulos enriquecido demasiado rápidamente; por otra parte, un anciano algo encorvado, sin duda bajo el peso de las preocupaciones de una vida tal vez apurada, y que conservaba en un rostro altivo una elegancia y una nobleza que revelaban honradez y elevada alcurnia.

Tomó la palabra el negociante y dijo:

— Señor de Costabella, mi casa de Lisboa le ha concedido a usted préstamos muy importantes; me debe usted 30,000 escudos, cuya pagaré vence mañana... Me ha escrito usted

para pedirme la renovación de este pagaré; pero, desgraciadamente, no puedo concederle más prórroga.

Joaquín de Costabella miró tranquilamente a Alvarez y se limitó a decirle, sin demostrar la menor debilidad:

— Estoy dispuesto a sufrir las consecuencias de la situación; embárgueme la casa, los libros, los recuerdos, todo cuanto tengo. Pero no podré pagarle mañana, a menos de que se obrase un verdadero milagro.

— Sin embargo, permítame hacerle una proposición. Tal vez haya medio de sacar a usted de apuros, aunque le parezca extraño.

En efecto, don Joaquín se quedó asombrado y preguntó:

— ¿Qué quiere usted decir?

— Una cosa muy sencilla. De algún tiempo a esta parte, he pasado varias veces por su propiedad. Algunas he tenido el gusto de tropezar con su nieta, María, y le confieso que me han impresionado los encantos de esa criatura. No pido a usted que me asegure que María podrá ser próximamente mi esposa; pero gustoso haría algunas concesiones si me deja usted esperar que tal vez...

No pudo decir más. El anciano se había vuelto de repente replicando:

— Sepa usted, caballero, que tal vez se pueda vender esta casa; pero que nadie podrá decir que he querido vender a mi nieta.

— Es que...

Para poner fin a tan triste escena, don Joaquín mostró con el dedo la puerta de la biblioteca diciendo:

— ¡Salga de aquí, caballero, y vaya con Dios!

No hubo discusión; el banquero conocía al anciano y sabía que era inútil insistir. Así, pues, le saludó con una cortesía que en aquella ocasión rayaba en insolencia, salió de la casa y se acercó a su carruaje.

— ¿Llevo al señor a Lisboa? — le preguntó el mecánico, que no se había movido.

— No — respondió bruscamente Alvarez —: al campo, a Cintra.

Joaquín de Costabella quedóse en la biblioteca paseándose de arriba abajo nerviosamente.

Aun no había tenido tiempo de recobrar un poco de calma, cuando se abrió la puerta y apareció el dulce y rubio rostro de María.

La joven era encantadora, y nada extraño es que se enamorase de ella el banquero Alvarez.

Al acercarse a su abuelo, María parecía intranquila, y el anciano adivinó en seguida que la niña debía de estar enterada de la conversación que acababa de tener con su acreedor. Dió un beso a la joven y le dijo cariñosamente:

— ¡Hija mía, ese usurero ha osado pedirme tu mano!

— Lo he oído todo, abuelito.

— ¿Y crees que he contestado bien a su petición?

La niña no titubeó y repuso:

— Sí, sí, abuelito; prefiero pasar toda la vida a tu lado, en la pobreza.

— ¿Y quién te ha dicho que siempre seremos pobres, María?

María miró con sorpresa al anciano. Nunca había discutido con él cuestiones de dinero; pero sabía que no era muy holgada su posición y, sobre todo, estaba enterada de los apuros que había pasado siempre.

— Si — siguió diciendo don Joaquín —: pronto será rico, te lo juro; tendrás oro, mucho oro.

María no preguntó cuándo ni por qué; pero miraba de reojo a su abuelo con cierta angustia. El la tranquilizó un poco con esta frase enigmática:

— Sé fuerte, nada temas, que pronto quedarás vengada de las insolencias de Alvarez.

Tras lo cual, lápiz en mano, empezó de nuevo a leer un libro viejo y dejó marchar a la niña, absorta en dolorosos pensamientos.

En efecto, ¿qué podía haber para ella más extraordinario que aquella

misteriosa promesa de una futura fortuna hecha por su abuelo, que parecía haber vivido siempre sin preocuparse nada de los intereses materiales?

¿Qué quedaba, en el castillo, de la grandeza pasada, sino ese no sé qué grave y agradable que revela un noble origen? No contaba con más arvidumbre que el sordomudo, Cándido, especie de hércules, que no retrocedía ante ninguna tarea y que hacía a la vez de ayuda de cámara, intendente y cochero, y su hermana Manuela, nodriza de María, que era a la vez cocinera, doncella y guardiana del gallinero. A éstos no los consideraba Costabella como criados: eran como de la familia, los quería como hijos.

¿Por qué procedimiento extraordinario, pensaba María, podría su abuelo encontrar de pronto una fortuna derrochada desde siglos atrás, por los Costabella, harto grandes señores de padres a hijos? Su abuelo no ejercía ninguna profesión. Las propiedades que le quedaban estaban incultas. Así, pues, no podía esperar ganar algún dinero con la explotación de sus bienes. Aparte de eso, se pasaba días enteros leyendo o escribiendo. A veces, al atardecer, se le veía pasear a la orilla del Tajo, acompañado del silencioso Cándido, caminando cabizbajo, sin dirigir la palabra a nadie. ¿A dónde iba? No parecía tener objeto preciso. De vez en cuando examinaba más detenidamente algún rincón de la ribera, luego volvía hablando solo, en voz baja y regresaba al castillo a la caída de la tarde. María pensaba que habría ido a darse su paseo cotidiano; le extrañaba un poco que no la invitase nunca a ella a acompañarle, pero no pedía ninguna explicación.

Durante más de una hora, María, sentada junto a la ventana de su cuarto, dejóse llevar por su exaltación; después, como era muy piadosa, fué al oratorio contiguo al casti-

llo para rezar una oración en compañía de Manuela, y tocó el armonio, como solía hacer todos los días.

Y cuando volvió a la mesa al lado de su abuelo, no pensaba ya en las preocupaciones que había tenido. Como todas las noches, la cena fué breve y frugal, pues el anciano comía poco y no dedicaba más que un instante a la cena, porque ansiaba volver pronto a sus libros.

En cuanto el anciano volvió a su habitual trabajo, María subió a su cuarto y se acostó. Durmióse pronto; pero la despertó súbitamente un ruido extraño que parecía ser repetido por los ecos del sonoro palacio. Parecía que debajo de su habitación andaba gente de puntillas, para que no la oyeran.

Levantóse la joven, se calzó las zapatillas, se puso un chal por los hombros y bajó al piso inmediato... En el pasillo vió un rayo de luz.

Entró en la biblioteca convencida de que iba a ver algún ladrón registrando los únicos tesoros de su abuelo, y se disponía a dar un grito de alarma, cuando, con gran estupor, vió a éste y a Cándido ante una mesa repleta de lámparas eléctricas, cuerdas y otros varios objetos allí amontonados.

Siguió con ansiosa mirada todos los movimientos de Joaquín, que parecía explicar a Cándido el uso de cada uno de aquellos objetos. Joaquín encendió y apagó sucesivamente la lámpara eléctrica de bolsillo, movió los faros, pesó las cuerdas y, por último, cogió un puñal y lo sacó a medias de la vaina; el anciano mostró la brillante hoja a Cándido, que asió el arma y se la puso a la cintura; y cargados con todo aquel arsenal, salieron ambos hombres por la puertecita del fondo.

María subió precipitadamente a su cuarto, se encerró con llave, abrió la ventana para ver a su abuelo y a Cándido que probablemente saldrían por el parque. En efecto, poco des-

pués vió pasar a los dos hombres y encaminarse misteriosamente al campo.

¿A dónde iban? En vano intentó María hallar respuesta a esa pregunta. No concebía ninguna razón que explicara aquel paseo nocturno, a no ser alguna expedición sospechosa, en la cual su corazón y su espíritu se negaban a creer.

No tenía valor para volver a acostarse. Pero como la brisa era fresca, pronto tembló de frío la muchacha, y luego de miedo al oír en el silencio de la noche el siniestro canto de una lechuza, que parecía presagio de desdichas.

Acostóse la joven y se tapó los oídos para no volver a oír al ave de mal agüero. Mas no consiguió dormirse hasta el amanecer.

Por eso no oyó a Joaquín y a Cándido cuando volvieron al castillo. Cándido trajo al hombre un haz de leña atado con una gruesa cuerda. Joaquín venía delante y entraron ambos en la biblioteca. Allí levantó una esquina de la gran alfombra que cubría el suelo en medio del cuarto, se agachó, abrió una trampa y, alumbrado por la lámpara eléctrica de bolsillo, bajó con el criado al subterráneo de la casa.

Una vez en la bodega, seguros de estar al abrigo de toda mirada indiscreta, desataron ambos hombres el haz de leña; el ramaje tapaba pesadas barras blancas que el anciano dejó en una especie de aparador. Las examinó cuidadosamente, cogió un cortafrio y un martillo y comenzó un trabajo rápido que pronto permitió ver un metal precioso. Las dos pesadas barras eran lingotes de oro envueltos en un amarillento lodo.

Cándido, que veía sin sorpresa trabajar a su amo, ayudóle a encerrar los lingotes en una caja especial, que luego cerraron cuidadosamente con candado y que la llevó él a espaldas a un rincón de la biblioteca.

Minutos después, todo estaba en

el mismo orden que antes, y nadie podría sospechar nada. Amo y criado, extenuados, volvieron a su cuarto.

II

El robo

Ya estaba muy elevado el sol en el horizonte cuando se despertó María. No bien hubo abierto los ojos acudieron a su memoria los acontecimientos de la noche y revivía intensamente todo el misterio que tanta angustia le había causado. Aumentaba su espanto la tristeza de saber que aquel día era la fecha del vencimiento fatal que el implacable banquero no quería prorrogar.

Vistiéndose rápidamente la joven sin saber a ciencia cierta lo que iba a hacer, aunque reconociendo que era menester obrar, y ante todo intentar pedir a su abuelo la solución del problema que desde la noche pasada la acosaba. Corrió a la biblioteca; no estaba allí el señor de Costabella. Y, sin embargo, solía trabajar desde el amanecer; quizás estuviera aún en su cuarto. A él fue la joven, pero en el momento en que llegaba a la puerta estuvo a punto de tropezar con un cuerpo tendido al través del pasillo, inclinóse y vió a Cándido que dormía un sueño profundo. Respiraba estrepitosamente con gran dificultad y tenía en el rostro huellas de gran cansancio.

Para satisfacer su curiosidad miró por el ojo de la cerradura y vió a su abuelo en la cama.

— Decididamente — pensó — se habrá prolongado el viaje nocturno. ¿Dónde habrán ido? ¿Qué habrán hecho?

Continuó la joven su paseo solitario por los pasillos de la vieja casa; apenóse al contemplar por las anchas ventanas el paisaje familiar que la

rodeaba y pensó en el abominable destino que a ella y a los de ella amados les expulsaba de aquella mansión en donde había pasado su infancia. ¿Sería posible que abandonase de repente todos aquellos recuerdos de lo pasado? ¿Era justo que aquella finca que pertenecía desde siglos atrás a los Costabellá, cayera en manos de desconocidos?

Maria no quería que así fuese y resolvió hacer lo posible para ablandar a Alvarez. Sabía que a éste le gustaba, y aunque no fuera coqueta, presentía instintivamente que con sólo su presencia podría tal vez conmover al banquero.

Estaba, pues, muy decidida a ir a verle, sin advertírselo a nadie, y a solicitar un plazo para el pago.

Sin titubear bajó a la cuadra, enganchó un caballo a un carricoche muy antiguo y se disponía a salir, cuando Manuela le preguntó a dónde iba. Maria no sabía mentir; pero no quería que nadie conociera sus propósitos, por lo cual rogó a la criada que no la interrogase y que no dijera nada de su salida.

Tras lo cual partió el caballero, y encaminóse a la mansión de Alvarez, que habitaba un antiguo palacio real que sólo un nuevo rico podía haber comprado y conservado.

Cuando Maria penetró en el salón, recibióla el banquero con la más extremada cortesía.

— Siéntese, señorita, y dígame a qué debo el honor de su visita.

De ese modo Alvarez tuvo tiempo de examinar a la joven... Y comprendió que si estaba allí era realmente obligada por los más dolorosos sentimientos. Por lo demás, no le dejó ella duda alguna.

— Sí, como temo, mi abuelo no pudiera pagar hoy — dijo —, vengo a suplicarle que no le lleve al juzgado.

— Señorita, estoy dispuesto a todo sacrificio por complacerla — contestó el banquero.

— No sé como agradeceré, caballero.

— Pero el recibimiento que me hizo ayer don Joaquín me impone un inflexible rigor con él.

Esa frase y el cambio de actitud asustaron a la joven, que no pudo disimular sus temores.

— A menos que... — insinuó el negociante.

Maria se dejó caer en el lazo sin adivinar a dónde quería ir a parar su interlocutor, y le preguntó:

— ¿A menos qué?...

Alvarez ni siquiera le respondió. Acercóse a ella, le miró detenidamente a los ojos, la cegó en brazos e intentó besarla. La joven se enfureció, se defendió; pero ¿qué podía ella contra un hombre decidido a un golpe audaz?...

En aquel momento llamaron a la puerta del salón. Quiso gritar la joven, pero se lo impidió Alvarez tapándole la boca con la mano.

Repitieron la llamada; Alvarez gritó:

— Dejadnos en paz.

De nada sirvió esta orden; entró un criado, jadeante, lívido, y antes de que su amo tuviera tiempo de expresar su desagrado por haberle interrumpido, dijo:

— Señor, esta noche han asesinado al vigilante nocturno.

— ¿Qué dices?

— La verdad, señor. Han encontrado el cadáver de Domingo junto al pabellón.

— ¿Y el pabellón?

— Ha sido saqueado. Han abierto la puerta de hierro. El golpe lo han debido de dar anoche.

El banquero dió un salto. Parte de su fortuna estaba encerrada en la caja de caudales del pabellón. Ya no pensó en Maria; empujó al criado que se hallaba a su paso y fué al lugar del suceso. Al llegar allí encontró al chofer, al jardinero y a otro criado al pie del árbol. Todos examinaban el cadáver del vigilante nocturno ten-

dido en tierra. Alvarez se les acercó y preguntó al chofer las primeras explicaciones.

— Hace unos minutos — dijo éste — hemos encontrado el cadáver junto a la puerta de hierro del pabellón. El desdichado ha debido de morir de una puñalada.

No oyó más Alvarez; corrió al pabellón en que guardaba la caja de caudales, bajó las escaleras que conducían al subterráneo, y allí vió abierta y vacía la caja. Valores, alhajas, oro, todo lo cual representaba una verdadera fortuna, había desaparecido.

El golpe fué rudo, y por acostumbrado que estuviera a toda clase de emociones, vaciló el usurero y, titubeando, subió otra vez la escalera. Allí tropezó con el ayuda de cámara que venía a enterarse. El amo gemía como un niño.

— ¡Me lo han robado todo, todo!... ¡Y seguramente habrán matado al vigilante para dar el golpe!... ¡Voy a telefonar a la policía!

Entretanto, María, que se había quedado sola en el salón, vióse invadida por trágico miedo. La escena entre ella y el banquero, el anuncio brutal de la muerte del vigilante, todo cuanto le rodaba ya por la cabeza desde la noche pasada, había sobreexcitado sus nervios. No podía estar quieta. Corrió al parque, vió a su vez el grupo de criados formados en torno del cadáver, y antes de llegar a él oyó gritar a Alvarez:

— ¡Le han matado para robarme!

Acercóse a la desgraciada víctima, se arrodilló, hizo la señal de la cruz, rezó una oración y habló luego con el jardinero, que le dijo que si había habido crimen era para robar, puesto que la caja de caudales del señor Alvarez había sido abierta y no quedaba en ella nada de cuanto contenía.

Poco a poco iba formándose en la imaginación de María cierta asociación de ideas. Su abuelo había salido de casa a las doce de la noche, acom-

pañado de Cándido; el asesinato del vigilante se había cometido sin duda después de esa hora; para buenos andarines que conocieran bien el camino de las orillas del Tsjo al castillo de Alvarez había apenas una hora; por consiguiente... ¡No, no, no era posible!

No pensó la joven volver al salón del banquero. Maquinalmente tornó al lugar en donde había dejado el carricoche y encaminóse a su casa. A medida que se acercaba a ella, imponíase más y con toda su lógica la sospecha que tenía: su abuelo había salido misteriosamente de noche; y en la casa del que iba a arruinarle se había cometido un crimen. Sin duda el desgraciado anciano, espantado a la idea de tener que abandonar la hacienda de sus antepasados, habría impedido por todos los medios la catástrofe. Pero así y todo, ¡de eso al crimen!...

III

LA TOMA DE HÁBITO

Cuando María entró en el patio del castillo, parecía tan trastornada que Manuela, que se hallaba aún limpiando el gallinero, le preguntó:

— ¿Qué tienes, hija mía? ¿Te ha sucedido algo?

— No — dijo María esforzándose por sonreír —; ha venido algo de prisa; por poco vuelca el carricoche, y eso me ha asustado un poco. ¿Está ahí el abuelo?

Ante la respuesta afirmativa de la criada apresuróse a ir a buscarle.

El señor de Costabella la recibió con su habitual sonrisa y con la alegría que manifestaba siempre al verla. María se arrojó en sus brazos con gran ternura.

— Te esperaba — dijo el anciano —, porque me marcho a Lisboa.

Conmovió tanto a la joven la noticia, que Joaquín se preocupó por su palidez.

— Parto con Cándido por negocios.

— ¿Y por qué tan de prisa? ¿Tienes algo urgente?... En general, cuando emprendes algún viaje, me lo avisas con algunos días de anticipación.

— Las circunstancias exigen que salga cuanto antes.

María daba vueltas alrededor de él como un animalito inquieto, y aun fué mayor su angustia cuando vió en un rincón de la biblioteca el arca de madera que había visto la noche antes cargada a hombros de Cándido.

— ¿Qué es esa arca? — preguntó tímidamente.

Costabella se llevó un dedo a los labios y dijo:

— Es un secreto de que aun no puedo hablarte. Se trata de una cosa muy natural, pero de la que nada puedo decirte hoy; tal vez, al volver del viaje, podré contártelo todo. Sea lo que fuere, bien sabes que no hago nada que pueda turbar tu tranquilidad, y te prometo que si eres razonable te traeré de Lisboa algunas cosillas que te agradarán... ¡Ah! y ahora que caigo; cuando traigan la letra de Alvarez di que irá a pagarla a mi regreso.

Lo dijo con acento muy natural.

— ¡Abuelo! ¡Abuelo! ¿qué estás diciendo?

— Pues una cosa muy sencilla. Es muy probable que mañana por la mañana pueda pagar al banquero.

— Luego ¿tienes dinero hoy?

Joaquín bajó la voz.

— Sí — balbució —; pero no me interrogues, te lo vuelvo a suplicar. Luego te daré la explicación.

Y con tierna mano rechazó a la niña para despedirse de ella.

María salió más espantada que nunca de la biblioteca. Aquella conversación, en vez de desvanecer sus temores, no hizo sino aumentarlos.

Claro está que hubiera debido decir a Joaquín que se había cometido un crimen en casa del banquero; hubiera debido insistir con él para aclarar aquella terrible duda; pero, demasiado comprendía que aquello hubiera sido por su parte una falta de respeto y confianza, y que el averiguar la verdad tal vez hubiese sido más doloroso para el anciano, que el misterio lo era para ella.

Así, pues, habla de resignarse, permanecer en la duda, vivir con aquella horrorosa obsesión, con aquel pensamiento que nunca apartaría de ella; «su abuelo, para librarse de la deuda, había robado a Alvarez y, tal vez, asesinado a un hombre».

Conclusión trágica sacada de una correlación desdichada; pero conclusión que no podía ahuyentar y que, continuamente, le presentaba como una especie de bandido al ser a quien más quería en el mundo.

De nuevo volvió María a buscar consuelo a su desgracia en el oratorio del castillo. Pidió a Dios que le perdonase sus sospechas, le suplicó que, si eran justificadas, absolviera al criminal, a quien ella, a pesar de todo, seguía queriendo. ¿Qué le importaba, en aquel momento de exaltación mística, la existencia que llevaba o que llevaría en lo futuro? Sentíase capaz de sacrificarla para salvar el alma de los Costabella.

Y poco a poco fué entusiasmándose esa idea.

Recordaba luego un viaje que de pequeña había hecho a Salamanca, acordábase de su visita al convento de Carmelitas de aquella ciudad. Imaginábase toda la felicidad que puede dar a un corazón muy sensible la tranquilidad de una vida consagrada a la oración. Cerrando los ojos, entreveía el claustro de Belén, cerca de Lisboa, en donde a veces había ido a pasear sus ensueños de adolescente, los domingos.

— ¡Dios mío! — exclamó a media voz —. Os ofrezco mi vida, toda mi

vida en expiación de las culpas de mi abuelo.

Esa frase, repetida muchas veces, llegó a calmar sus angustias. Y cuando salió de la capillita ya había tomado su decisión. No pensaba dar explicaciones a su abuelo; limitárase a decirle su propósito irrevocable de entrar en el convento.

Esperaba pacientemente el regreso de Costabella y parecía examinar ya lo que sucedía en torno de ella como cosas lejanas y de las que no había de preocuparse.

Joaquín de Costabella volvió de Lisboa por la tarde. Alegrábase de entrar en su casa y de traer a María las sorpresas de que le hablara al marchar. En el umbral de su morada le recibió la sirvienta, quien le felicitó por su buen aspecto. Encargó a Cándido que se cuidara de los equipajes que traían consigo y se fué a la biblioteca, a donde mandó llamar a María.

La criada fué a buscarla y poco después llamaba María a la puerta. El abuelo no observó la transformación de su rostro, aquella especie de radiante entusiasmo que se veía en sus miradas, y le dijo sonriendo, después de abrazarla:

— Hija mía, he cumplido mi palabra. Te dije que te traería un recuerdo de Lisboa y aquí lo tienes.

Al pronunciar esas palabras, sacó del bolsillo un estuche, lo abrió y enseñó a María un reloj pulsera rodeado de varios brillantes.

El rostro de María permaneció impasible, y no pronunció ella ni una palabra de agradecimiento. Joaquín creyó que había en la niña un exceso de felicidad, o tal vez de modestia.

— Pero, ¿no crees que es para tí? Pues te advierto que no es broma, puedes tomarlo. Dame la muñeca, que yo mismo te pondré esta pulsera.

María no hizo el menor movimiento.

— Vamos, hija mía — dijo el an-

ciano —. Ni siquiera me das las gracias por lo que hago por tí. Tú...

María le interrumpió, levantó la cabeza y dijo:

— ¡Abuelo! prefiero decirte desde ahora que nunca llevaré esa joya.

— ¿Por qué? — preguntó extrañado Joaquín —. ¡Ah! ¡ya comprendo!... Sientes ciertos escrúpulos, y eso demuestra la nobleza de tu corazón. Estás pensando: «el abuelo no tiene dinero, y, por complacerme, ha cometido una locura, se entrapa aún más, sin cuidarse de sus pagos, con tal de verme contenta»...

— Pero, abuelo...

— No, no... ya te comprendo. Pero quiero repetirte lo que te dije ayer: ya no has de temer nada. Somos ricos... ¿Por qué lloras? ¡Vaya un modo extraño de dar las gracias!... Habla...

María balbució:

— ¡Abuelo!... ¡abuelito!... ¡por favor!...

Y en tanto que vanamente intentaba explicar su emoción al anciano, todos los pensamientos que la habían acosado y que sólo la oración pudo desechas agrupábase en la imaginación y casi desfiguraban la imagen de Joaquín que tenía ante sí.

— Pero, en fin, hija mía, no aciertes a comprender...

Entonces, María dijo bruscamente:

— Abuelo, no acepto tu regalo porque no podré llevarlo. Durante tu ausencia he decidido que si llegas a ser rico, como decías, entraré yo en un claustro.

El anciano dejó ver un movimiento de estupor.

— ¿Qué dices?

— Mi intención es irrevocable, abuelo.

— ¿Qué locura!

— Lo he jurado, lo he jurado sobre la cruz.

Joaquín cogió a la joven por los brazos y la estrechó contra sí:

— ¡Vamos, hija mía, dí que todo

eso no es verdad, que es una chiquillada!

— Lo que te digo, abuelo, no es en modo alguno la expresión de un simple capricho. Hace ya mucho tiempo, y tú lo sabes, que tenía intención, cuando menos, de pasar unos días de retiro en el convento. Ahora he rezado mucho, he meditado mucho y quiero ser monja... Además, no insistas, pues lo he jurado y hare lo que digo.

Había tanta resolución en aquellas frases, que el anciano no creyó conveniente insistir de momento. Pensó que era preferible esperar a que la excitación y el entusiasmo de María se hubieran apaciguado para presentarle argumentos que la desviarán de aquella vocación tan repentina.

Ni un solo instante se le ocurrió pensar que fuera su expedición nocturna con Cándido o su viaje a Lisboa lo que la había decidido.

Por el rumor público y por los periódicos se enteró del asesinato del vigilante de la propiedad de Alvarez. Manifestó varias veces su asombro ante María; pero siempre la joven parecía no prestar atención a las explicaciones del abuelo y procuraba variar de conversación.

Por tanto, para el anciano, si María deseaba hacerse carmelita, era porque le gustaba la soledad y porque numerosas lecturas debieron de hacerle creer ideal la vida monástica.

Durante varios días intentó discutir con María; pero ésta se escapaba siempre, y cada vez eran más escasas las conversaciones que podía tener con ella. Tropezaba con una fuerza de inercia contra la que nada podía. Ya no pertenecía María al mundo en donde hasta entonces había vivido.

Y una mañana, acompañado de Manuela, tuvo que llevar él mismo a su nieta a Salamanca para que pudiera hacer el noviciado.

Era a fines de otoño.

Joaquin volvió con la nodriza al

castillo. Inconsolable pena le abruñaba. Para distraerle, ya no tenía al lado suyo la encantadora alegría de la niña amada. Levantábase con el alba, se encerraba en la biblioteca y muy a menudo hacía que le sirvieran en ella la comida. A veces, en medio de la lectura, reprochábase no haber dicho a María toda la verdad de sus empresas. Sospechaba que tal vez el misterio en que voluntariamente se envolvía pudo turbar aquella alma ingenua. De pronto le entraban deseos de volver al convento de Salamanca y tener una explicación franca con María; pero desanimado, perdida toda esperanza, quedaba sin energía en su morada.

Vivía rodeado de tinieblas. Ya no resonaba ninguna risa en el jardín abandonado, y la antigua mansión de los Costabella se volvía cada vez más ruínosa.

Los días sucedieron a los días, todos igualmente largos, igualmente tristes todos.

Una tarde recibió el señor de Costabella una carta así concebida de su nieta:

Querido abuelo:

El sábado 15 de octubre, día de Santa Teresa, tendré la gran alegría de tomar el hábito de carmelita. Me sería muy grato verte con Manuela y con Cándido antes de dar al mundo el eterno adiós.

Siempre te quiere de todo corazón tu nieta que te abraza

MARIA

No podía creer que fuese de su nieta aquella carta tan dolorosa para él. A pesar de todo, aun brillaba un destello de esperanza al final del camino que recorría.

Posó los labios en el arrugado papel, volvió a leer, llamó a Manuela y a Cándido, sus dos viejos compañeros, los únicos que le quedaban, los cuales a su vez parecían muy consternados. Y ante ellos, sin cuidarse

de su arrogancia, Joaquín de Costabella, con la cabeza entre las manos, sollozaba.

Pero las lágrimas eran inútiles. Toda tentativa para desviar a María de su vocación hubiera sido estéril. Era ya demasiado tarde.

Puede imaginarse lo penoso que fué el viaje del abuelo a quien acompañaban Manuela y el fiel Cándido. El otoño aportaba su melancolía a la tristeza de los tres viajeros que llegaron a Salamanca en un amanecer muy crudo. El convento de carmelitas estaba situado en los alrededores de la ciudad, no muy lejos.

La hermana tornera los introdujo en la mansión de las reclusas. Luego los acompañó a la capilla, y ahí debieron pasar el tiempo, hasta la hora del oficio, en el recogimiento y entregados a sus tristes meditaciones.

De pronto entonó el órgano un himno de alegría. El obispo, acompañado de todo el clero, iba procesionalmente al locutorio en busca de la joven novicia.

Joaquín, Cándido, Manuela y algunas otras personas, reuniéronse al cortejo. Llegaron al locutorio principal, y al momento vieron a la joven que no los vio al principio.

Estaba vestida de blanco, como una novia.

Hubo un momento en que Joaquín estuvo a punto de correr hasta ella y cogerle las manos, besárselas, como a una virgen, por lo muy bella que la encontraba con tan virginal vestido; pero ya el obispo y dos niños vestidos de blanco, que semejaban ángeles, encaminábanse a la capilla. Tras ellos iba María, y a pocos pasos de ellos, su abuelo, Manuela y Cándido.

Una vez celebrada la misa, vinieron los momentos más conmovedores, aquellos en que la novicia pasaba de nuevo al lado de sus parientes, en medio de la luz y de la vida que iba a dejar... Joaquín sentía que iban a abandonarle las fuerzas de un

momento a otro. El perfume del incienso y de las flores le aturdián, y, a medida que se desarrollaba la ceremonia, crecía en él la emoción con tal violencia, que vaciló al tener que acompañar a María hasta la puerta del claustro.

Llegó el momento de la separación. Cándido y Manuela acercáronse al anciano a quien tenían ver desmayarse. Estrechaba entre los brazos a María que le besaba con toda la ternura de su corazón. El hubiera querido hablar, decir algo, una palabra que pudiera expresar su dolor; pero ni un solo sonido salió de su garganta. Acariciaba el rostro de la niña, como si nunca más hubiera de volver a ver su contorno... Separóse la joven del abuelo, besó en la frente a Cándido, cuya honda pena se veía en los ojos, despidióse de Manuela, a quien las lágrimas ahogaban, y, como llamada por una voz celeste, apartóse de aquellos a quienes abandonaba, para arrodillarse de nuevo a la puerta del claustro, a la que llamó tres veces seguidas con la mano. Así pedía que quisieran acogerla entre las hermanas carmelitas.

Abrióse la puerta; creyérase que se presenciaba un milagro. En una larga sala, las carmelitas, en dos filas, esperaban a la novicia. Todas, con un cirio en la mano, vinieron a buscarla, con la Superiora a la cabeza. Esta tenía un Crucifijo y llevó la sagrada imagen a los labios de la joven. Maternalmente, la cogió de la mano para conducirla en medio de sus nuevas compañeras de oración.

Franqueado estaba ya el umbral. María había dejado la vida terrena, coal un ángel que, en un latir de alas, subiera del brumoso suelo al cielo puro... Joaquín se precipitó instintivamente para impedir que aquella puerta se cerrase del todo y para siempre. Golpeó con las manos el espeso tabique, y a pesar del recogimiento y el silencio del lugar, gritó:

— ¡Hija mía! ¡Hija mía!...

Manos amigas lleváronse a Joaquín a la capilla. Ya no tenía el anciano exacta noción de lo que pasaba en torno suyo.

Entró inconscientemente en la capilla, y, sostenido por sus dos criados, apoyó la frente contra la verja tras la cual se iba a terminar la trágica ceremonia...

Volvió a ver a María. Entre los barrotes que sujetaba con manos crispadas, miró el desfile de las religiosas. La Priora seguía llevando a la novicia de la mano, como una madre a su hija. Todas se detuvieron súbitamente. Joaquín seguía sus movimientos. En las losas de la capilla había una gran cruz formada de orquídeas y rosas pálidas, rodeada de un cuadro de flores blancas; en los extremos, cuatro candeleros soportaban sendos cirios, en la forma que se ponen en torno de los catafalcos.

María, de rodillas, oraba ante la cruz florida; tenía que tenderse en ella, boca abajo, en posición de crucificada... Los cantos litúrgicos invadían la nave de la capilla y repercutían, como en una gruta, al otro lado de la verja, en la capillita donde las carmelitas unían sus oraciones a las de la novicia. Era aquello un zumbido sordo y confuso... Joaquín quería ver los ojos de su nieta. Lágrimas le corrían por las mejillas. Gritó de pronto:

— ¡María!

Le oyó la joven e instintivamente alzó la cabeza... Por primera vez desde el famoso día en que tomó la decisión de acabar en un claustro su existencia, pensó, al ver el rostro del anciano consumido por el dolor, que tal vez se hubiera equivocado.

Había tanto amor, tanta bondad, tanta inocencia en aquella pobre cara, que tuvo María la brusca revelación, si no de su total error, al menos de la fragilidad de sus sospechas. ¡No...! el que estaba allí, muy cerca de ella, tan descompuesto, tan con-

tristado, no era el culpable que ella había creído!

En pocos segundos volvió a ver todas las cosas misteriosas del viejo castillo, la salida de Joaquín de noche con Cándido, el pesado cofre oculto en un rincón del suelo, las idas y venidas secretas que precedieron al asesinato del vigilante de Alvarez. Volvía a oír las extrañas palabras de su abuelo: «Seremos ricos... no pretendas comprenderlo ahora.» Coincidencias muy raras, pero coincidencias nada más, sin duda... ¿Por qué no reflexionó ella más en aquel momento? ¿Por qué no tuvo confianza en un hombre que le quería y cuya vida entera había sido ejemplo de honradez en la necesidad? ¿Por qué no había confiado en su franqueza? En realidad, su sacrificio no estaba justificado. Era una traición. Era un castigo atroz para Joaquín. ¿Y si alguna vez llegaba a sospechar él, el inocente, que su nieta había ingresado en el convento porque le creía asesino y ladrón?... No soportaría el pobre esa vergüenza... se moriría.

Tornóse lívida, tendía los brazos, quiso levantarse, ir hasta el viejo. Quiso gritar: «¡Abuelo, perdóname! ¡Perdóname mi error, y todo el dolor que te he causado!»

Hizo un esfuerzo con toda su energía. Quiso...

Pero cayó pesadamente sobre la cruz florida; y, según los ritos, las monjas le cubrieron el cuerpo con una mortaja negra.

El órgano tocaba himnos fúnebres. Toda la concurrencia conmovida por aquel espectáculo y aquella música lloraba. Joaquín no se atrevía a abrir los ojos. ¿Habría podido adivinar lo que pasaba por el corazón de María en aquellos momentos?

Cuando miró de nuevo ante sí, las monjas retiraban el paño mortuario, símbolo del fin terrestre de un alma arrebatada al mundo, y una de ellas se inclinó hacia María que parecía

dormida sobre las orquídeas y las rosas.

No se movió.

La religiosa le tocó el brazo; María no hizo el menor movimiento. La Superiora, a su vez, acercóse al cuerpo de la novicia y le dijo:

— Hija mía...

No hubo respuesta.

La Superiora casi tocaba la frente de la joven con la suya. Le rozó el rostro y, de pronto, profirió un grito sordo.

Entonces, en el silencio del santuario, se oyó este desgarrador lamento:

— ¡María! ¡María!

Josquín de Costabella gritaba como un demente aquel nombre.

Las religiosas, espantadas, retrocedieron; después, arrodilladas, todas lloraban.

¡Sobre la cruz de flores, María estaba muerta!

IV

EN LA ÓPERA

Aquella noche había función de gala en la Ópera. El salón de descaño de las bailarinas resplandecía de luz y en él resonaban gritos y carcajadas de las lindas muchachas a quienes de vez en cuando iban a interrumpir caballeros de frac.

No hay espectáculo más encantador que el de ese recreo de las muchachas vestidas con toneletes blancos.

Sin embargo, con frecuencia, entre bastidores el teatro no es más que desilusión; el cómico está triste, el trágico se divierte y la dama joven que representa el papel de coqueta suele hablar un lenguaje que no es lenguaje de corte. Pero las bailarinas gozan del privilegio de conservar todo el tiempo que están vestidas

con el traje peculiar de ellas, la elegancia y la tierna ligereza que aplaudimos cuando las vemos en escena. Entre los grupos de niñas y mujercitas paseábase un hombre, joven aún, y que parecía interesarse particularmente por una bailarina que saboreaba una golosina. Acercóse a un amigo que paseaba y le preguntó:

— ¿No es aquella la señorita Parisette? — dijo designando a la golosa.

— Ella es, querido Stefan.

— Me gustaría que me la presentases.

— Nada más sencillo.

Ambos amigos se acercaron a la que se conocía por el nombre de Parisette y que, en efecto, merecía interesarse por su belleza. Apenas representaba veinte años, tenía manos de niña, movimientos de chiquilla algo caprichosa; pero podían perdonársele sus caprichos, en honor de su pueril ingenuidad. Sus ojos azules y dulces anunciaban al menor psicólogo un alma tierna aún.

Las presentaciones fueron rápidas.

— La señorita Parisette, el señor Stefan, banquero.

— No necesitaba usted que le presentasen, señor Stefan — dijo amablemente la joven bailarina —, porque le conozco hace mucho tiempo.

— ¡Hombre!

— Sí — siguió diciendo la joven —; tengo importantes intereses en su Banca.

Mucho sorprendió a Stefan tan súbita revelación. No sospechaba que entre sus clientes, y sobre todo entre los principales, por lo que creía comprender, hubiera una joven tan encantadora; pero al momento le dió Parisette una explicación que él no esperaba.

— Sí, señor. En su casa tengo a mi tío Cocolin, que es para mí un padre y que, según creo, es uno de sus más antiguos y más fieles cobradores.

— En efecto — replicó el señor

PARISETTE



EPISODIO 1.º — [Chicón] — ¡Dijo Costabella a su nieta — . Es un secreto que no puedo revelarte aun.

PARISETTE



EPISODIO 1.º — María yacía muerta sobre la cruz de flores.



EPISODIO 2.º — La señora de Raoul, inclinada sobre la tumba, no se cansaba de mirar a su hija.

Stefan, sonriendo no sólo de la exptiación de la joven, sino también de la evocación que le sugería de Cocolin, bonrado mozo que llevaba empleado en su casa veinte años y que era querido de todos sus compañeros.

Parisette continuó:

— Y sepa usted que se lo recomiendo particularmente.

— Comprendido, señorita; puede usted contar conmigo. Pero, en cambio, voy a pedirle un pequeño favor, y es que venga usted a bailar mañana a mi casa; damos una fiesta en la que mi mujer recibe a varios amigos.

La bailarina se alegró de aquella proposición y la aceptó sin hacerse rogar, y tal vez hubiera entablado una conversación más larga con aquel caballero, que se mostraba bajo el noble aspecto de protector de su tía y de Mecenas para ella, si no hubiera tocado a su fin el entreacto.

De repente se produjo como un remolino blanco, y en un vuelo de toneletes las bailarinas salieron del salón para irse al escenario.

Stefan vió alejarse a toda aquella juventud, y en particular a Parisette, a la que siguió lentamente con la mirada, hasta que el amigo que se

la había presentado le dió un golpecito en el hombro.

— ¿En qué piensas, Stefan? ¿Te habrá flechado esa niña?

No respondió directamente el banquero y se limitó a decir:

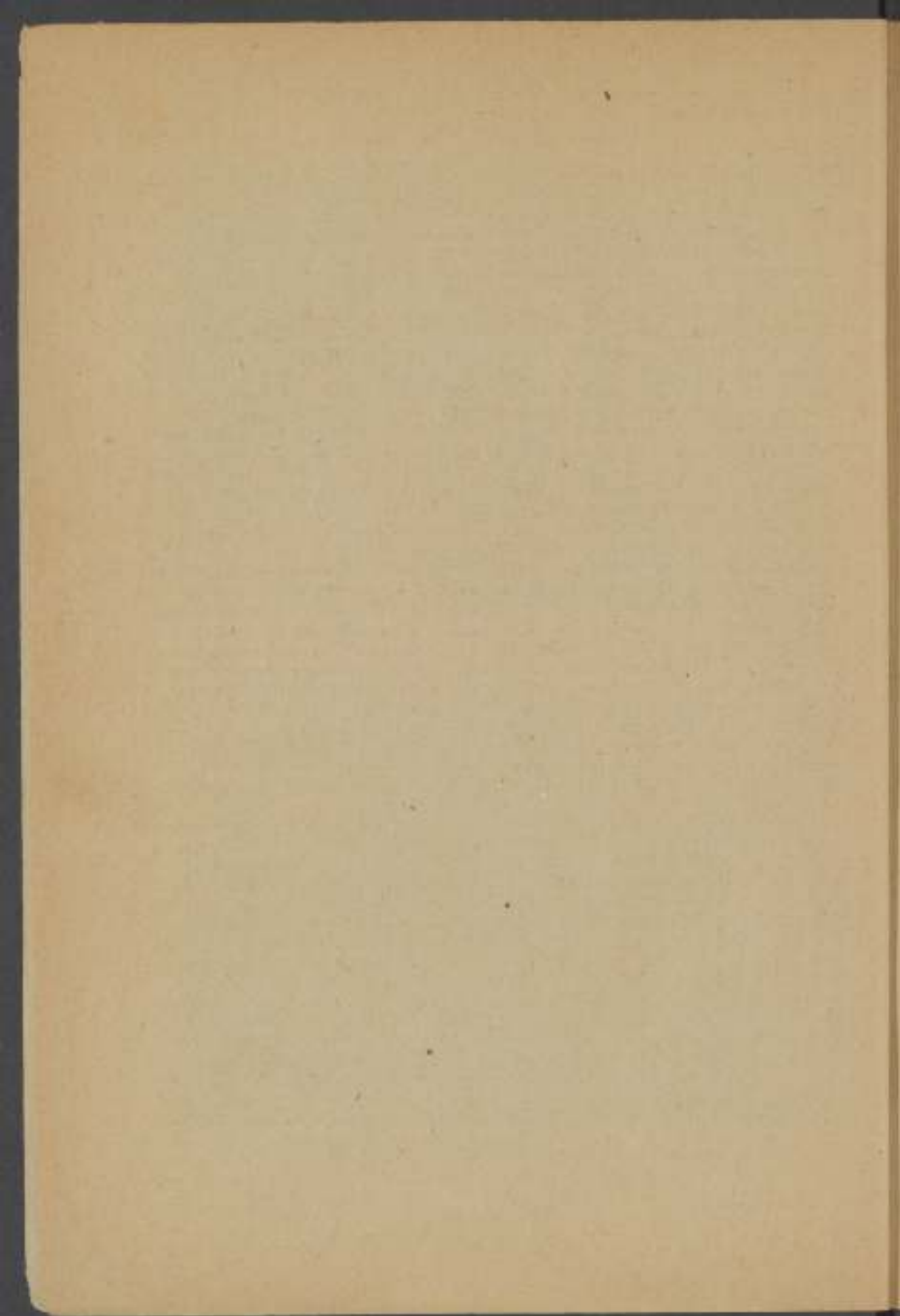
— ¡Esa Parisette es encantadora de veras!

— Amigo mío, no podías dar peor. Parisette tiene aquí una reputación irreprochable, y creo que muy justificada, y estoy casi convencido de que vas a perder el tiempo.

No respondió el banquero; pero en sus ojos podía adivinarse que no pensaba hacer caso de las observaciones de su amigo. Cuando se quedó solo, balbució para sus adentros:

— ¡Extraña y encantadora criatura!

Tal vez serían esos mismos epítetos los que se hubieran escapado a Joaquín de Costabella si en aquella época no estuviera en su castillo de Portugal; porque, por una coincidencia verdaderamente extraordinaria, Parisette, con los cabellos rubios, los ojos azules y su conmovedora gracia, parecíase a la novicia de las carmelitas, a María, como si fueran hermanas gemelas.



SEGUNDO EPISODIO

EL SECRETO DE LA SEÑORA STEFAN

I

PENAS Y RECUERDOS

En tanto que Stefan, entre bastidores, presenciaba las evoluciones de las bailarinas en el escenario, su mujer estaba aquella noche completamente sola, como de costumbre, en el salón de su casa.

No se habituaba a aquel abandono casi cotidiano.

Cinco años hacía que se había casado, cinco años que la suerte, tan pródiga de generosidad con ella, hablaba unido a un hombre rico que parecía amarla, cinco años también que había conocido todas las desilusiones de una existencia cómoda, pero solitaria, a pesar de las diversiones mundanas, y sin amor.

Intentaba leer un libro para distraer sus pensamientos, para olvidar que tenía un esposo voluble que se preocupaba poco de ella durante el día, so pretexto del atareamiento constante de los negocios, y que, después de cenar, con la excusa de que necesitaba distraerse, se iba sin que ella supiera a dónde.

Cansada estaba ya de pensar constantemente en lo pasado. Sin embargo, en aquel momento, le acudía a la memoria toda su juventud.

Velase, de soltera, viviendo modestamente con los suyos en un arrabal, yendo puntualmente al Banco de Stefan, donde era mecanógrafa, veía a sus buenos compañeros de oficina; y en particular a un cobra-

dor, Cocolin, que todos los días la acompañaba y que había llegado a ser un verdadero amigo, un consejero jovial, pero seguro.

Recordaba su timidez cuando el señor Stefan, luego su marido, la llamaba al despacho para dictarle la correspondencia, acordábase de ciertas miradas del joven, de algunas sonrisas significativas, del nacimiento de los primeros sentimientos de ternura en el corazón del banquero y en el suyo.

Revivía aquel día en que a hora más temprana que de costumbre volvió a convocarla el banquero a su despacho, donde, apenas hubo entrado, le dijo:

— Señorita Julieta, tengo que decir a usted cosas importantes.

La joven temblaba sorprendida y recelosa.

— No tema usted — siguió diciendo el joven — que no es mi intención dirigirle reproche alguno, que por lo demás tampoco los merece usted. Al contrario, creo que lo que he de manifestarle le dejará satisfecha.

La joven, creyendo que se trataba de aumentarle el sueldo, repuso:

— Le escucho, señor.

— Señorita Julieta, he apreciado mucho la discreción con que se ha comportado usted hasta ahora conmigo. Hemos cambiado algunas conversaciones amables. En las frases algo galantes que he podido decirle siempre me ha respondido usted con el silencio; le apruebo el no haber hecho nada que pudiera comprometerme. Una respuesta a algunas de

las frases que le he dicho pudiera parecer fuera de lugar; pero le aseguro que su frialdad para conmigo me ha hecho muy desgraciado...

— Pero...

— Le ruego que no me interrumpa, y si por casualidad le digo algo que no le agrade, que parezca herir su sensibilidad, dejaré de hablar al momento; usted se volverá a la oficina, y olvidaremos todo esto... Le decía, pues, que me ha hecho muy desgraciado; no estoy enfadado, al contrario, porque puedo decirle que la respeto... tanto como la amo.

Esta declaración algo inesperada hizo estremecer a la joven mecánografa.

Hubo una larga pausa, que terminó el joven completando su pensamiento con estas palabras:

— En fin, señorita Julieta, ¿quiere usted ser mi esposa?

Tanto extrañó la súbita proposición a la joven, que balbució:

— Pero..., señor...

— Bien sé que no esperaba usted esta frase; pero ya que la he pronunciado, reflexione y conteste.

Julieta había recobrado su sangre fría.

— Precisamente iba a decirle que para contestar es preciso reflexionar mucho... Si me demuestra usted una confianza que me conmueve infinitamente, si me da usted pruebas de un afecto que yo no sospechaba tan intenso, creo que, por usted mismo, por la confianza que en mí tiene, debe darme tiempo para tomar una decisión.

— Pero, señorita, si tanto tiempo necesita usted es porque no me quiere, porque si tuviera usted por mí el cariño que yo le tengo, no vacilaría un minuto y me respondería afirmativamente.

— Es un honor...

— No hablemos de honor..., el amor no conoce las distancias sociales ni las diferencias que puede

crear la casualidad. No se trata aquí de un jefe y una empleada; se trata de un hombre que ama a una mujer, que se lo dice, que quiere amarla honradamente y que le propone una boda que no tiene ella ningún motivo para rechazar.

Julieta era muy sensible, y hacía ya mucho tiempo que el señor Stefan le inspiraba un sentimiento muy sincero, para que las palabras que le acababa de dirigir el banquero dejasen de producir en ella el efecto que él esperaba.

— Señor..., señor... — balbució la joven.

Stefan comprendió que aquella era la declaración de un corazón tímido, y exclamó bajito:

— Julieta.

Y ambos, en brazos uno del otro, besáronse como dos novios.

La joven se volvió muy turbada a la oficina, pero no quiso enterar de nada a sus compañeros; únicamente dijo a su amigo:

— Querido Cocolin, esta noche tengo que hablar con usted.

— ¡Hombre! — exclamó el alegre cobrador —. ¿Tiene usted que hacerme graves revelaciones?

— Sí, se trata de una cosa muy seria.

— ¿Cosa seria? ¿Qué es ello, una desgracia?

— No.

— ¿Una boda?... A veces también la boda es desgracia.

— Casi. En fin, si quiere usted esperarme a las seis en el café de los Buttes-Chaumont necesitare sus consejos.

— Entendido, amiguita mía; hasta la noche.

A la hora convenida encontráronse con el cobrador en el café de los Buttes-Chaumont, desde donde se descubría el precioso paisaje artificial de aquel rincón de París.

Cocolin escuchó el relato de su entrevista con el banquero, y aun le parecía a la señora de Stefan estar

oyendo la voz del cobrador, que temblaba ligeramente al decirle:

— ¿Dice usted que le ha prometido casarse?... ¡Habrás visto!

— Sí, me lo ha prometido.

— ¿De veras?

— ¡Que sí, hombre, que sí!

— Pero, ¿el verdadero matrimonio?

— ¡Hombre!

— Pues bien, si me hubiera usted dicho que le aumentaba el sueldo cien francos al mes, lo hubiera creído..., pero que quiere casarse...

— Pero ¿por qué?

— No es que no me parezca usted bonita, al contrario, también yo me hubiera casado a gusto con usted...

— Pero..., ¿qué quiere usted decir, Cocolin?... Parece insinuar...

— No insinúo nada, hija mía; pero, aparte de la diferencia de posición, hay otra cosa aún... No puedo meterme en la cabeza que el señor Stefan desee ser padre de familia... eso me parece extraordinario... El matrimonio es por toda la vida..., al menos así se cree... Pues bien, si quiere que le diga mi parecer, el señor Stefan es un caballero... a quien gusta mucho divertirse...; tiene fama de andar siempre entre bastidores... de tener amantes a diestro y siniestro...

— Pero, en fin... Cocolin..., el señor Stefan siempre ha sido muy correcto conmigo... Admitamos que tenga una juventud muy agitada, pero es muy posible que ya desee acabar con esa vida... Además, bien sabe usted, como yo, que siempre se exageran las cosas de las personas que figuran algo en París... Estoy segura de que esta mañana era muy sincero, y no tengo motivo alguno para dudar un solo instante de sus palabras.

— Pues bien, Julieta, la felicito, pues conoce usted mejor que yo al señor Stefan, ha tenido ocasión de juzgarle y ya tiene usted edad suficiente para saber lo que hace... Así, pues, repito mis felicitaciones.

— Gracias, querido Cocolin — dijo la joven —; pero ahora es cuando voy a necesitar sus buenos consejos...

— Hable usted, querida; ya sabe que puede tener en mí plena confianza y que estoy dispuesto a complacerla siempre... ¿Es que puedo servirle?

— Nunca le he hablado a usted de una falta bastante grave que cometi en otro tiempo... Tenía que casarme, en 1914, con un buen muchacho, al cual amaba entrañablemente; venía a casa de mis padres, nos habíamos conocido de niños, y, como es natural, no dudaba yo de su palabra y le consideraba ya como mi marido.

— ¡Ah!

— Vino la guerra..., mi amado fué muerto en la batalla del Marne.

Cocolin miró a Julieta, movió la cabeza y balbució:

— Creo ir comprendiendo.

— ¿Lo ha adivinado usted?... Soy madre de una niña que en este momento se está criando en secreto en Normandía.

— En ese caso, supongo que se lo habrá usted dicho al señor Stefan...

— Precisamente, no.

Cocolin, que era la franqueza misma, no pudo disimular su sorpresa ni su desaprobación.

— Permitame decirle que ha hecho usted mal, amiga mía. Yo no suelo ocultar mis sentimientos, y creo que ha cometido usted una gran torpeza. Ya que estima tanto al amo, hubiera debido confesarle su falta, porque creo que es hombre de suficiente manga ancha para perdonársela.

— Si he de expresar el fondo de mi pensamiento, le diré que amo infinitamente al señor Stefan y nunca hubiera tenido valor de confesarle tal cosa. Seguramente tendrá sus ilusiones, me creará mejor de lo que soy. Si le hubiera anunciado que tenía una hija, tal vez hubiese creído que yo no era digna de él, y muy desgraciada habría sido si se hubiera deshecho nuestra boda.

— Conforme; pero creo que se ha puesto usted en una situación muy delicada... No es tan fácil como parece ocultar constantemente un hijo... Pero, ya que está usted decidida a casarse, confíe en mí. Procuraremos poner un poco de orden en su existencia y arreglarnos lo mejor posible... Si he entendido bien, nos hallamos ante un caso de conciencia extraordinariamente grave. Se trata de salvar la felicidad de tres seres: la del señor Stefan, por el cual puedo decir que no me intereso gran cosa, la de usted y la de su hija, que me interesan sobremanera. He ahí el problema por resolver, Julieta. ¿Qué propone usted?

La señora de Stefan se acordaba de aquel atardecer en que Cocolin y ella, al través de las alamedas del jardín público, habían hablado de graves proyectos, al tiempo que caminaban uno al lado del otro, cual una niña con su hermano mayor. Expuso a Cocolin sus deseos de tener cerca de ella a su hijita, la alegría que experimentaría si pudiera visitarla de vez en cuando y velar sus primeros pasos.

El cobrador opuso sus objeciones; pero no podía resistir mucho tiempo a los ruegos de una madre alarmada. Pocos días después salió para Normandía, fué al pueblo de Bayeux, a casa de la nodriza que tenía a la hija de Julieta; ésta le había dado una carta de presentación para aquella buena mujer. Cocolin presentóse allí con el nombre de Bourgeois y como tío de la niña. La nodriza vivía en una modesta granja y allí llegó una tarde el bueno de Cocolin. No había nadie; en la habitación, dos nenes jugaban en el suelo riéndose.

¿Cuál de los dos sería Lulú o sea el que debía él llevar a su madre? No lo sabía, y posábase ya no haberse llevado ningún retrato. Buscó por los campos próximos a la nodriza, algo despreocupada, que se había ido a segar yerba. Era una guapa

mujer, a quien Cocolin admiró como era debido. Le entregó la carta. Y la mujer no tuvo inconveniente en poner en brazos del cobrador a la nena que reía a carcajada limpia. Y he ahí, de buenas a primeras, a Cocolin transformado en papá.

No era fácil tarea. La nena tenía muy buena cara, era muy viva, se movía mucho y no comprendiendo lo que significaba aquel raptó se echó a llorar. Cocolin hizo toda clase de visajes para hacerla sonreír, mas no lo consiguió. La chiquilla seguía llorando, y el improvisado padre tuvo que sacar del bolsillo un biberón y detenerse de cuando en cuando para dejar que la niña se nutriera y se le calmase la cólera. Tenía que recorrer un largo trayecto a pie y temía perder el tren que había de conducirle a París. Llegó justo a tiempo para saltar a un compartimiento de tercera clase. No todos los viajeros estaban favorablemente dispuestos respecto del recién llegado y su estrepitoso equipaje. Cocolin tropezó con muchos obstáculos, y tuvo largas discusiones.

Pasó una noche casi trágica, sin poder pegar los ojos, y cuando llegó a París se caía de sueño. Lulú, cómodamente instalada con los paquetes, había dormido muy juiciosamente. Pero su padre temía a cada instante una desgracia.

En la estación no había nadie esperándole. El mismo había aconsejado a Julieta que no saliera a recibir a la niña. Hubiera sido una imprudencia que la vieran, pues bastaba cualquier casualidad para comprometerla eternamente y para destruir todos sus proyectos... La vio más tarde; contó a su amiga el relato de su expedición. Al contrario, el buen muchacho no mencionó todas sus molestias, y habló con tan buen humor y con tal complacencia, que Julieta le abrazó como a un hermano.

— Nunca olvidaré lo que acaba

usted de hacer por mí, querido Cocolin.

Al día siguiente de llegar a París condujo a Lulú a Gargán, a casa de Eulalia Parent, cuyo marido había muerto en la guerra. Era una planchadora, mujer muy honrada, de agradable presencia y que inspiraba confianza. El mismo año había perdido a su esposo y a su hijo.

— Le confío a usted esta niña — le dijo Cocolin —; es sobrina mía, no tiene padre ni madre; vendré a verla siempre que pueda, y si tuviera usted que comunicarme algo urgente, apunte mi dirección:

JULIO BOURGEOIS

RENTISTA

Calle del Encheval, número 1

PARIS

Y Cocolin se fué, convencido de que el triste secreto de Julieta estaba al abrigo de toda indiscreción.

Después, todos los sábados, iba a ver a Lulú, a quien ya quería como si fuera hija suya. A veces le acompañaba Julieta en coche hasta Gargán. El automóvil se detenía a alguna distancia del taller de la planchadora; Cocolin, como cómplice sutil, cogía en brazos la niña, la sacaba a la carretera y llevábasela hasta el lugar donde la esperaba su madre, que de ese modo podía besarla a escondidas.

Todos estos recuerdos enternecían a la señora de Stefan. De esto hacía ya cinco años. Después, la vida se le presentó más cruel. A su marido, al cual no podía reprochar nada grave, pues era un trabajador infatigable, le gustaba mucho divertirse; y cada vez comprendía Julieta que se iba alejando de ella.

Aquel mismo día, eran ya las doce de la noche, y aun no había regresado Stefan. Cogió Julieta el libro cuya lectura había empezado, intentando interesarse por aquella imagi-

naria historia. De pronto, oyó entrar a su marido, y corrió ella a sus brazos; pero él no manifestó ninguna ternura, antes bien le dijo con no muy buenos modos:

— ¿Por qué me esperabas? No debías cansarte así, pues ya sabes que no tengo hora fija para volver.

— Sí, lo sé; pero no tenía sueño.

— Pues deberías descansar, porque ya sabes que mañana damos una fiesta y has de prepararlo todo... Y a propósito, he contratado a la sobrina de Cocolin, a Parisette. Es muy simpática y creo que agradará a nuestros invitados.

Besó en la frente a su mujer; y cuando ya iba a retirarse a su cuarto le preguntó ésta:

— ¿No te olvidas de nada, Gabriel?

— No.

— ¿Estás seguro?

— Si me olvido de algo, recuérdame.

— ¿No te olvidas de la fecha de mañana?

— No.

— Sí.

— Te digo que no... Esa fecha me recuerda el aniversario de nuestra boda; y la prueba es que por ese motivo damos mañana la fiesta.

Esas palabras las pronunció sin ninguna amabilidad, y una vez dichas se fué a su cuarto.

A la mañana siguiente, en cuanto Cocolin se presentó en la casa de banca, le entregaron un papelito que decía:

Se ruega al señor Cocolin que se presente en el despacho del director en cuanto llegue.

Encasquetóse Cocolin el bicornio con ademán resuelto y fué al despacho del director, donde creía que le esperaba alguna reprimenda.

Antes de entrar, preguntó al ordenanza si estaba de buen humor el banquero.

— Lo único que te puedo decir — contestó el ordenanza — es que ya ha sermoneado al cajero y al jefe de la sección de títulos.

— ¡Pues bien! — repuso Cocolin — ahora me tocará a mí puedes anunciarme.

Segundos después entró el cobrador en el despacho de Stefan, y éste le dijo:

— Cocolin, sé que es usted un empleado formal, digno y puntual y que merece el interés que mi mujer se toma por usted... En fin, le he llamado para decirle que desde este momento le subo el sueldo cincuenta francos mensuales.

Dicho esto Stefan volvió a su trabajo, sin cuidarse más del modesto cobrador.

Cocolin sentía tal emoción, que no hallaba medio de expresar su agradecimiento. Tendió el birnío, alargó la mano, dió dos pasos adelante, retrocedió luego tres, saludó repetidas veces, y al fin dijo: «Muchas gracias, señora. Con ademán cómico estrechó una mano imaginaria, se puso el sombrero del revés, y salió.

En la antecámara le aguardaba el ordenanza con una sonrisa irónica y le preguntó:

— ¿Qué te ha sucedido, ha sido grande la bronca?

— ¡Yo no sé las cosas que me ha dicho! — repuso Cocolin.

— ¡Y qué le has contestado tú?

— Le he dado las gracias.

— ¿Las gracias?...

— ¿Qué quieres?... ¡Ya sabes que soy muy tímido!

— Pues haces mal... Porque esa timidez no te produce nada.

— Me produce — dijo Cocolin, marchándose rápidamente —, me produce cincuenta francos más por mes.

Y dejó al ordenanza con la boca abierta.

Eran ya las doce, y como en la casa se hacía semana inglesa y era sábado, no quiso volver a las oficinas

de la caja para no tener que dar explicaciones a sus compañeros.

Así, pues, se fué directamente a su casa, pensando en la alegría de Parissette en cuanto supiera lo del aumento de sueldo.

Al llegar a la esquina de la calle del Entrepot se le acercó un automóvil que estaba parado a cierta distancia con las cortinillas bajadas, y una voz le llamó:

— ¡Cocolin! ¡Cocolin!

Miró al coche y vió una mano enguantada que abría la portezuela, y con mucha naturalidad acercóse el cobrador, subió al automóvil y se instaló allí al lado de la señora de Stefan.

Al punto arrancó el carruaje en la dirección que por lo visto le habían indicado antes.

Con gran tristeza le enteró la señora de Stefan de los disgustos que tenía por la frivolidad de su marido y luego le pidió que la acompañase por la tarde, ya que era sábado, a ver a su hijita.

— Con mucho gusto — dijo Cocolin —; pero déjeme ir a advertir a mi sobrina que me espera para almorzar y dentro de tres cuartos de hora estaré a su disposición.

Paró el coche junto a una estación del metropolitano, y allí se apeó Cocolin, despidiéndose de la señora y diciéndole:

— Ánimese un poco, que esta tarde tendrá usted una gran alegría.

Y apresuróse a volver a casa.

Al entrar en ella oyó Cocolin una música suave.

— ¡Hola, hola!... ya está aquí el pollito.

Oíanse las acompasadas notas de un bailable, tan ligero y alegre que el cobrador empezó a danzar una polca, aunque pronto se interrumpió, por efecto de una nueva sensación: le llegaba a las narices un olor de quemado; abrió la puerta del piso, penetró en el comedor, vió a Parissette bailando muy graciosamente,

en tanto que en un rincón del cuarto la acompañaba amorosamente Juan Vernier, primer violín solista del *Bohémio*, lo cual era una buena posición para un joven de veinte años.

Todos los días iba a acompañar con el violín a Parisette mientras ensayaba. Aquel simpático muchacho tenía aspecto algo bohemio, pero era serio, amaba discretamente a la bailarina, y en el barrio pasaban por novios.

Cocolin se detuvo en el umbral de la puerta, contempló la amable escena, aplaudió la labor de su sobrina, y se creyó en el deber de animarla bailando él también a su manera; mas de pronto se detuvo en su entusiasmo: el olor a quemado volvía más intenso al comedor.

— ¡Buena comida me espera!

Juan Vernier dejó el arco y Parisette el baile, en tanto que Cocolin corría a la cocina en donde se estaba pegando el asado.

El colador, acostumbrado a hacer de cocinero, meneó la carne, añadió el agua necesaria y exclamó:

— ¡Se nos ha estropeado el asado!

Entretanto, el violinista y Parisette, algo confusos, arreglaban los muebles que habían apartado para la lección de baile, y poco después se marchó Vernier.

Parisette se llegó a la cocina, esperando que la regañara el tío por haber dejado quemar la comida, y grande fué su sorpresa al ver que éste le decía con muy buen humor.

— Si te alimenta el baile, no te hará mucho daño el asado.

— En efecto — repuso Parisette — se ha quemado del todo.

— ¿Y qué vamos a comer ahora?

— Ahí tengo unos cuantos fiambres...

Y al momento atacaron los fiambres, y entre éstos, los postres y el café se desquitaban de la falta de carne.

Cocolin, continuando de muy buen humor, dijo a su sobrina:

— Querida Parisette, tengo que darte una noticia.

— Y yo a ti otra.

— Déjame a mí primero...

— Ya te escucho.

— Pues bien, me ha ocurrido una cosa extraordinaria..., inverosímil... Una cosa inaudita... Increíble...

— ¿Acabarás?

— No puedes imaginártelo... ¡Es algo prodigioso!... ¡Extravagante!... ¡Es cosa que raya en lo locura!...

Parisette se reía impotente, repitiendo:

— No me hagas padecer más y acaba de una vez.

— Pues bien, hija mía, querida sobrina: mi principal..., con un movimiento de generosidad que nunca olvidaré..., en un arrebato de bondad..., con una prodigalidad que no le conocía..., me ha subido cincuenta francos el sueldo!

— ¡Ca! — exclamó Parisette.

En el fondo, sabía muy bien lo que aquel ascenso significaba, la sonrisa del señor Stefan en el salón de descanso de la Ópera y las pocas palabras que con él había cruzado, le explicaban aquel favor del banquero; pero no quiso dárselo a entender a su tío, que no sabía nada de eso, y que atribuía su buena suerte a la influencia de la señora del banquero.

— ¿No tienes más que decirme, tío? — preguntó a Cocolin.

— ¿Te parece poco? No creas que podré darte noticias como esta todos los días.

— Te lo decía porque ahora me toca a mí darte otra buena nueva; pero te la voy a decir al momento, sin hacerte esperar lo que me has hecho esperar a mí: esta noche cobrará buenos cuartos.

— ¿Cómo así?

— Porque a las doce tengo que ir a bailar a casa de un banquero.

— ¡Caramba! ¡qué casualidad!... ¡Nos protege la banca!... Pero supongo que no será ningún competidor

de mi principal... — dijo en broma Cocolin — porque en ese caso...

— No, no — repuso Parisette sonriendo —; no es ningún competidor, sino que es tu mismo principal.

— ¿Cómo? ¿Vas a su casa?... ¿A casa del señor Stefan?

— Sí.

— ¿Vas esta noche a casa de mi principal? ¿Y quién te ha contratado?

— El mismo señor Stefan.

— Pero cómo, ¿esta mañana?

— No; me lo presentaron ayer, en el teatro, habló un rato conmigo, y cuando supo que era él, le pregunté si conocía a uno de los empleados más importantes de su casa, el señor Cocolin, y el señor Stefan me contestó muy amablemente que no conocía otra cosa.

No pareció halagar mucho la noticia al bueno del tío, que, receloso, exclamó:

— ¡Pero porque no me diste anoche la noticia!

— Porque cuando volví del teatro roncabas y no me pareció bien despertarte; y cuando me he levantado esta mañana hacia ya rato que te habías ido sin que a tu vez te hubiera parecido bien despertarme... Por eso he esperado a los postres para decirte.

— Es verdad, hija mía. Ya sabes que nunca he sospechado ni sospecho de ti... Pero, no quiero dejar de advertirte que, dada nuestra situación, no se te deben subir tus éxitos a la cabeza y has de desconfiar de las relaciones que puedas hacerte en tu ambiente de bailarina, que aunque probablemente seréis todas muy honradas, suelen deslizarse por allí individuos que no lo son.

— Supongo que no dirás esto por el señor Stefan.

— No lo digo precisamente por él... que es hombre muy bueno, si bien no siempre guarda una conducta ejemplar... En fin, si llega a hablarte

en tono poco conveniente, ándate con cuidado.

— No temas nada, tío. Además, para que estés más tranquilo, puedes acompañarme esta noche a su casa...

— Conforme, te acompañaré... Y ahora, separémonos.

Cocolin citó a su sobrina para la noche, le dijo que tenía que salir a hacer unas diligencias, y convinieron en que él serviría por la noche de criada a la bailarina.

Momentos después salían ambos de su casa. Cocolin vestida como un honrado burgués, aunque con un sombrerito algo pasado de moda. Al llegar a la portería empezó a hacer señas la portera. Lo vio Parisette y dijo a su tío:

— La portera debe de tener alguna carta para ti.

En efecto, así que estuvieron abajo se acercó la portera y preguntó a Cocolin:

— ¿Cuál es su seudónimo?

Muy bajito, al oído de la portera, contestó Cocolin:

— Julio Bourgeois.

— Pues aquí hay una cartita para usted, que supongo que será de alguna bella, yo que usa usted del incognito... ¡Lo mismo haría yo si fuera hombre!

Sacó del bolsillo del delantal una carta, se la puso ante los ojos a su inquilino, y en el momento en que éste se disponía a cogerla la retiró ella diciendo:

— ¿Es rubia o morena?... Porque, si yo fuera hombre, me gustaría más el tipo español.

Aquella mujer tenía siempre la manía de decir «Si yo fuera hombre... Y en realidad todo su aspecto era completamente masculino.

Siguió diciendo:

— ¡Me encanta el tipo español!

Y empezó a contonearse poniéndose en jarras, hasta que exasperó al impaciente Cocolin, que acabó por arrebatarse la carta y marcharse.

En seguida abrió el sobre y leyó lo siguiente:

Muy señor mío: La niña está enferma hace cuatro días. No deje de venir mañana.

EULALIA PARENT.

Cocolin bendijo al cielo que había dispuesto que precisamente aquel día estuviera libre la señora de Stefan y pudiera acompañarle a ver a la niña.

— Con tal que no sea cosa grave — pensó.

Y se reunió a Parisette, que se había apartado mientras él hablaba con la portera.

— ¿Vas a tomar el metro? — dijo a su sobrina.

— Sí, la línea es directa hasta la Opera.

Acompañó a la joven a la estación del metropolitano, y muy cerca de allí vió el automóvil de alquiler en que estaba la señora de Stefan. Así que Parisette hubo bajado las escaleras de la estación subió Cocolin al auto y dijo al chofer:

— A Gargán!

Y se instaló al lado de su amiga.

II

EL PUESTO DE OBSERVACIÓN

Si no hubieran salido tan de prisa de su casa Cocolin y Parisette, tal vez hubieran visto que cuando ellos bajaban la escalera entreabríase discretamente la puerta de la habitación contigua a la suya, y asomaba por ella una cabeza que los espía.

Así que llegaron al primer piso, abrióse del todo la puerta, y un hombre, ya de edad, se asomó a la barandilla para escuchar la conversación de Cocolin con la portera.

Después salió al balcón, y en cuan-

to la pareja desapareció a su vista, volvióse satisfecho a un joven que estaba a su lado y le dijo:

— Creo que se presentan bien nuestros asuntos.

Cocolin y Parisette nunca se habían preocupado de asegurarse de la calidad y el carácter de sus vecinos.

En París, las casas, construidas muy de prisa, tienen tabiques de papel, como suele decirse, y muchas veces, hasta sin querer, se enteran uno de lo que pasa en el piso de al lado.

En general nadie presta atención a las conversaciones de los vecinos; no obstante, hay gente que vive a expensas de lo que escucha. Y de esta clase eran los vecinos del cobrador del Banco de Stefan, individuos curiosos, que siempre estaban buscando la ocasión de dar un mal golpe.

El de más edad respondía al nombre de Lapusse. Era hombre de unos sesenta años, de gran corpulencia, muy alto, de buen aspecto, y que de espaldas parecía un acaudalado burgués.

Su rostro era malo, tenía ojos turbios, y en cuanto hablaba con alguien que le interesase particularmente, daba una melosa inflexión a su voz y adoptaba ademanes falsamente elegantes. De toda su persona emanaba cierta hipocresía, que no podía pasar mucho tiempo inadvertida a los ojos de un hombre honrado.

Durante varios años había ejercido la profesión de agente de negocios, sin que nadie supiera exactamente a qué clase de negocios se dedicaba. Tal vez, indagando bien, se hubiera averiguado que la ley se había vengado varias veces en él. Tenía Lapusse consigo un joven a quien hacía pasar por secretario suyo, y que parecía un modesto empleado, llamado José, al cual apodaban «Cuatro ojos» porque llevaba lentes. José había hecho algunos es-

tudios y practicaba mucho los deportes.

Lapusse y Cuatro ojos formaban una sociedad extraña; el más joven sufría evidentemente la influencia del viejo y le ayudaba en empresas que un sexagenario no hubiera podido acometer.

Cocolin y su sobrina nunca se habían preocupado de esos vecinos. Cuando se los encontraban, los saludaban cortésmente; a veces les dirigían la palabra, hablando de cosas vulgares, y nunca tuvieron el cobrador ni Parisette motivo de queja de aquellos dos caballeros, al parecer muy correctos. Mucho les hubiera extrañado saber cómo y por qué Lapusse y Cuatro ojos se habían instalado en el número 1 de la calle del Encheval, haciendo grandes sacrificios para conseguir aquel piso, en una época de crisis de alquileres. Y aun les sorprendería más si supieran que ambos sujetos conocían perfectamente la existencia de Cocolin y Parisette y estaban enterados de toda su vida como si pertenecieran a su familia. No entraba ni salía una vez Cocolin que no lo observase cuidadosamente el señor Lapusse; no se le escapaba a éste ningún dato acerca de las casas que aquél visitaba como empleado de la casa de Banca Stefan, y de lo cual hablaba por la noche a Parisette. Los menores detalles de la existencia de aquellos dos seres eran para el tío Lapusse preciosas indicaciones.

Y he aquí la razón de que aquel día, al ver partir a la joven bailarina y al cobrador, manifestase tanta satisfacción el anciano y dijese luego a Cuatro ojos:

— Ahora, manos a la obra, querido.

— Conforme..., pero aun nos falta lo peor.

— Supongo que no vacilarás ahora.

— No tema usted, señor Lapusse; se lo he prometido y cumpliré mi

palabra; ¿pero está usted seguro de que no volverán los vecinos?

— No lo creo, he oído decir que la muchacha tiene ensayo en la Ópera; por consiguiente, estamos tranquilos todo el día.

Dió una vuelta por la habitación, descolgó un cuadro y dijo a su cómplice:

— Ahora veremos.

El señor Lapusse tenía admirablemente organizado el espionaje en su piso; en el comedor, y en el tabique de separación de los dos pisos, había practicado varios agujeritos, que cuidadosamente rellenaba luego con tapones, ocultándolo todo tras un cuadro, y cuando deseaba saber lo que pasaba en el piso contiguo quitaba los tapones y espía.

Su manera de proceder era todo lo normal posible. Hacía indagaciones respecto de las personas que parecían capaces ya de tener algún día una herencia importante, ya de tener entre manos grandes cantidades de dinero, y esperaba la ocasión favorable para que esa herencia o esas cantidades no se pusieran en circulación sin que él tuviera su parte. ¿Habría llegado al crimen para conseguir lo que deseaba? Nadie podría decirlo. Lo cierto es que el anciano llevaba una vida sin lujo, que Cuatro ojos y él vivían más que modestamente y que a primera vista hubiera sido imposible averiguar con qué objeto realizaban ambos individuos aquellas combinaciones incomprensibles.

En realidad, no era hombre de grandes iniciativas; pero nunca le faltaban recursos, y cuando reunió todos los datos que necesitaba acerca de Cocolin, preparó un plan de campaña del cual no expuso a su acólito más que las líneas generales. En primer lugar se trataba de tomar la personalidad de Cocolin. Porque uno de los caracteres principales del método del señor Lapusse era obrar siempre con la máscara de otro y

despiatar, así, en cuanto empezaba una información judicial, toda sospecha que pudiera tenerse de él o de uno de los que empleaba. En aquella ocasión nada había más fácil que convertir a Cuatro ojos en Cocolin.

— Estoy seguro — dijo Lapusse — que tenemos tiempo para realizar nuestro trabajo.

Sacó el reloj, su cara expresó gran satisfacción.

— Aun no es la una y media; el tiempo de prepararnos y saldremos de aquí a las dos escasamente. Si todo marcha bien, podremos volver antes de las cinco, y entonces volverás a dejar todo en su lugar y ya estará hecho el negocio.

— ¡Usted ve las cosas muy fáciles! Pero yo creo que semejante aventura no se puede organizar como el itinerario de un viaje de recreo. ¿Sabe usted si saldrán después de cenar?

— Sí, tienen que salir.

— ¡Pues por ahí debía usted haber empezado, que es lo más importante!

— Parisette y su tío — repuso Lapusse — van esta noche a una fiesta.

— En este caso, todo va bien. No hablemos más de ello.

Lapusse abrió la ventana de la sala, se apoyó en la barandilla y después de cerciorarse de que nadie de la calle ni de las fábricas de enfrente podría verlos, dijo a Cuatro ojos:

— La ventana de Cocolin estaba abierta hace un rato, y como no la he oído cerrar debe de seguir abierta.

— Asegúrese usted de ello, porque, de estar cerrada, necesitaría mucho tiempo y herramientas para abrirla.

Volvió Lapusse a su puesto de observación, o sea al agujero de la pared. Y después de algunos esfuerzos para percatarse del estado de la habitación vecina, dijo a su cómplice:

— Puedes ir tranquilamente; parece que Cocolin ha querido facilitarte la tarea.

Una última mirada a la calle le

permitió comprobar que nadie los vela.

— Vete, pues — ordenó.

— Allá voy.

Con agilidad de gato, pasó Cuatro ojos de su ventana a la de la habitación de al lado, agarrándose a los postigos y a las piedras salientes.

Se fué directamente al cuarto de Cocolin. No tenía que tomar más precaución que la de procurar que no le oyeran los inquilinos del piso inferior; por lo demás, tenía tanta seguridad como si estuviera en su propia casa.

Abrió un armario, pero no tocó ningún objeto. Registró cuanto pudo, al fin vió una percha tapada por una cortina verde que dejaba asomar por debajo varios pantalones.

— Ahí está lo que busco — dijo a media voz.

Levantó la cortina, revolió los vestidos, cuidadosamente arreglados, y halló un uniforme de cobrador; al instante vió un sombrero de dos picos, lo cogió, hizo un paquete con todo, examinó luego la habitación para asegurarse de que todo quedaba en orden, volvió al comedor, y antes de emprender de nuevo el peligroso camino de regreso a casa de Lapusse, miró atentamente a la calle. No había nadie.

Dos minutos después se hallaba en casa de su cómplice que le felicitaba.

— ¡Perfectamente! ¿Tienes todo lo necesario?

— No falta nada, véalo usted.

Deshizo el paquete y enseñó las prendas que había cogido en casa de Cocolin.

— ¿No será muy grande el sombrero? — preguntó Lapusse — porque conviene que no haga reir por la calle.

— Ahora lo probaremos.

Se puso el sombrero y parecía que estaba hecho a su medida.

— ¡Admirablemente!

Cuatro ojos no resistió al deseo

de mirarse en un espejo y se regocijó ruidosamente de su suerte.

Lapusse calmó su entusiasmo harto ruidoso.

— Sabe, amigo, que no conviene gritar así en casa; pues las paredes tienen oídos.

— Y cuando no los tienen usted se los pone... — dijo burlescamente Cuatro ojos.

— Y ahora — repuso Lapusse — no tenemos tiempo que perder. El automóvil de Carlos debe de hallarse en la estación, como hemos conve-

nido. Coge el paquete y en marcha!

En cuanto estuvieron preparados, abrió Lapusse la puerta del piso. Salió primero su cómplice, el viejo escuchó, por si se oían ruidos sospechosos, y ambos bajaron la escalera. Convenía que la portera no viera a Cuatro ojos. Para seguridad de ambos, convenía que se creyera que el joven no había salido de casa.

Así, pues, tomaron todas las precauciones necesarias.

Y empezó su extraña expedición.

TERCER EPISODIO

EL CRIMEN DE NEUILLY

I

EL GOLPE DEL COBRADOR

Lapusse y Cuatro ojos bajaron la escalera de su casa con mil precauciones y al llegar a la portería el viejo entreuvo a la portera para que no viera salir a Cuatro ojos, echándole unos cuantos piropos, con lo cual quedó ella muy satisfecha.

Cuatro ojos aprovechó la improvisada conversación para salir sin que le viera. Así que hubo desaparecido, salió corriendo Lapusse y se reunió a él.

Ambos se encaminaron a una parada de automóviles, donde les aguardaba Carlos, el chofer complaciente, que ya les había prestado varios servicios: Lapusse le dijo al oído:

— Calle del Castillo, en Neuilly.

Durante el trayecto ambos cómplices hablaron poco, lo indispensable para el cumplimiento de sus propósitos. Cuatro ojos se desnudó dentro del automóvil y se puso el uniforme de Cocolin. Poco después llegaron a la calle del Castillo y apeáronse ambos.

— Por aquí — dijo Lapusse a su compañero.

Doblaron una esquina.

— Aquella casa que ves allí, a la derecha..., allí es... Te espero junto al coche y procura hacer el menor ruido posible. A la menor alarma, te avisaré.

El falso cobrador siguió las indicaciones dadas, entró en un edificio

de buen aspecto, subió al tercer piso y llamó a la puerta.

— ¿Quién?

— De la casa de Banca de Stefan.

Abrióse despacito la puerta y una señora anciana asomó por la rendija, y tranquilizada por el uniforme del cobrador, le mandó pasar.

— ¿Vive aquí la señora viuda de Germinot? — preguntó Cuatro ojos.

La anciana se calzó los lentes y miró aquel individuo que le presentaba una letra, retrocedió un paso, acercándose a la lámpara eléctrica para leer; pero no bien hubo inclinado la cabeza contra el papel cuando el cobrador le apretó la garganta y la dejó en el suelo estertorando.

Con infinita prudencia, Cuatro ojos sequeó todo el piso, encendió la electricidad en un salón, se dirigió a una cajita y tomó todos los papeles, alhajas, dinero, y se fué.

No había permanecido más de diez minutos en el piso. Con mucha naturalidad bajó la escalera y salió por la puerta cochera. Al ruido de sus pasos volvió la cabeza el portero que leía un periódico en el umbral.

— ¡Hombre! — dijo — no he visto entrar a ese muchacho.

Siguió leyendo el periódico, en tanto que Cuatro ojos, sin mirar en torno suyo, llegó a la esquina en que le aguardaba Lapusse.

Ambos individuos anduvieron al lado uno de otro hasta llegar al automóvil en el cual montaron sin decir nada al chofer, que ya había recibido las instrucciones necesarias. Arrancó el carruaje, el tío Lapusse miró dete-

nidamente a José sin dirigirle la palabra.

Este último sentía operarse en él una reacción nerviosa, temblaba ligeramente y no se atrevía a fijar los ojos en su cómplice.

— ¡Ha ido todo bien? — preguntó súbitamente Lapusse.

— Otra vez, cuando quiera dar un golpe como ese, hágalo usted mismo.

— ¿Tan difícil ha sido la cosa; se ha resistido la vieja?

— Mire usted.

Y Cuatro ojos le enseñó el cuello y la cara llenos de arañazos. Además, tenía destrozada la ropa y le faltaba un botón del levitín.

— Pero esté usted tranquilo — añadió Cuatro ojos — que no nos molestará la vieja.

Lapusse no respondió. Hizo una seña con la cabeza que indudablemente quería decir: «¡Ha muerto!», a lo cual contestó afirmativamente José con otra seña de cabeza.

Entonces pareció respirar el viejo bandido y exclamó:

— Más vale así. De ese modo estamos tranquilos... Ahora, veamos el resultado. Dame la cartera.

Cuatro ojos sacó de debajo del levitín la cartera de Cocollin que parecía bien repleta. La abrió Lapusse y profirió un grito de alegría. Había en ella billetes de mil francos, billetes de cien francos, billetes pequeños, un collar de perlas, algunos brillantes y alhajas antiguas.

— ¡Buen negocio! — exclamó —. ¡Ya mereco la pena de exponerse!... En fin, te felicito, pues has trabajado muy bien...

José no respondió. Permanecía inmóvil en el fondo del carruaje sumido en malos pensamientos. Acercábanse ya a la plaza de la República cuando lo dijo Lapusse:

— Pero módate de ropa..., que no puedes entrar en casa vestido de cobrador.

Cuatro ojos obedeció como un au-

tómata; no sabía exactamente lo que hacía. Acababa de doblar el uniforme cuando el auto paró súbitamente. Habían llegado al lugar convenido. Apeáronse y el chofer se fué sin decir nada. Los dos bandidos subieron a su casa.

Afortunadamente la portera no estaba en la portería, así que subieron al piso sin que nadie los viera.

— Ahora — dijo el tío Lapusse — sólo nos falta volver a dejar el uniforme en su sitio.

— No es momento oportuno — respondió Cuatro ojos —, pues es la hora de la salida de las fábricas y pasa mucha gente por la calle... Esta noche lo llevaré.

Lapusse no insistió, guardó el traje de Cocollin en un aparador, y luego, al ver la siniestra cara de su cómplice y como en aquella casa respiraban una atmósfera deprimente, decidió que sabieran ambos a dar una vuelta.

— Vamos a darnos un banquete, que bien nos lo hemos ganado.

— Yo si me lo he ganado — replicó Cuatro ojos, con tétrica sonrisa —; ¡pero usted!

— Vamos, vamos, no seas tan cruel. Te convido a ir a divertírnos a Montmartre. Además, te advierto que no debes tratarme con tanta desfachatez.

— ¿Cree usted que es justo que se quede usted con todo el dinero, cuando soy yo el que me expongo y el que hago el trabajo? Acaso...

Lapusse le interrumpió:

— En todo negocio, la parte principal corresponde al que lo organiza; si no lo sabías, querido José, ahora lo sabes. Además, no hemos venido para discutir intereses. Bien sabes que yo te trato como a un excelente empleado, que vives holgadamente; si tienes que hacerme alguna observación, ya me la harás mañana; por ahora aprovecha mis buenas intenciones y vámonos de aquí.

Salieron de su casa, Cuatro ojos

PARISETTE



EPISODIO 3. — Representando la agonía dolorosa del pájaro, Parisetle jadeaba, como herida,



EPISODIO 4. — ¿Qué joyas son éstas, señorita? — preguntó el pollero.

PARISETTE



EPISODIO 5.º — Juan Vernier repentinamente: «¡Pobrecilla! ¡Pobre Cursi!».



EPISODIO 6.º — Parisette estuvo varios días entre la vida y la muerte.

un tanto pensativo y Lapusse alegre y cantando.

II

PENAS Y ALEGRÍAS

El automóvil que conducía a la señora de Stefan iba a toda velocidad, y después de un largo silencio hablaban los dos viajeros.

Mucho titubeó Cocolin para enseñar a su amigo la carta que había recibido de Eulalia Parent; pero no tuvo más remedio que enseñársela, lo cual produjo gran angustia en la señora de Stefan.

— ¿Cree usted, querido Cocolin — le dije —, que soy mala madre? ¿Cree usted que merezco ser castigada? Dígamelo, respóndame usted, el amigo de siempre, en quien tengo absoluta confianza... ¡Tomo tanto que mi hijita pague mis culpas! ¡Eso sería verdaderamente injusto!

— Señora de Stefan..., Julieta... ¡Díjeme, si eso la desahoga..., pero ya sabe usted que yo no puedo ver llorar...; es usted una excelente mujer y no merece ningún castigo; yo la quiero de veras y todo esto me causa mucha pena...

— ¡Ah, querido Cocolin! Si a esa niña le ocurriera cualquier cosa, no la podría ver, ni siquiera podría ir a besarla sin comprometerme. ¡Eso es atroz! ¡Más me hubiera valido no venir, porque voy a imponerme un inútil martirio esperando la visita de usted!

El cobrador permaneció un instante sin decir nada, y de pronto añadió:

— Se me ocurre una idea: voy a presentar a usted a Eulalia Parent como si fuera usted una doctora en medicina que yo hubiera mandado buscar, ¿me entiende? Le diré que

al recibir su carta he corrido a ver a una especialista de enfermedades de los niños y que la he traído conmigo; de ese modo podrá besar a su hija.

La solución entusiasmó a Julieta.

Momentos después el automóvil paraba ante la casa de la planchadora, que esperaba con impaciencia al señor Bourgeois, y corrió a la portezuela en cuanto vió el coche.

Inmediatamente Cocolin presentó a la señora de Stefan, diciendo:

— Su carta de usted me ha desconcertado, y como no sabía yo si tenía buen médico, me he tomado la libertad de traer a esta señora, que es doctora en medicina y que está acostumbrada a cuidar niños. ¿Cómo sigue Lulú?

— Tranquílese usted, señor Bourgeois, que la niña ya está mejor, muchísimo mejor.

El cobrador respiró más tranquilamente. La señora de Stefan se escondió para que no se le viera en el rostro una alegría que indudablemente hubiera extrañado a la planchadora. Esta, al tiempo que conducía a los visitantes al cuarto de la niña, continuó dando explicaciones acerca de la enfermedad.

— Empezó hace tres días: al principio tuvo algo de fiebre y luego bastante tos. Creí que sería un resfriado, la dejé en casa y la noche del jueves al viernes parecía ahogarse. Ya pueden ustedes suponer que llamé inmediatamente al médico, el cual no las tenía todas consigo, y el viernes por la noche me metió mucho miedo. Por eso he escrito a usted, porque no quería que pudiese decir que no le enteraba de la salud de Lulú. Pero anoche ha mejorado mucho, y esta mañana, cuando ha vuelto el médico, me ha dicho que ya no había nada que temer, aunque ha recomendado que la niña vaya al campo, donde haya aire puro.

A todo esto habían llegado a la puerta del cuarto. Antes de entrar

Eulalia aplicó el oído y no oyó ningún ruido.

— Creo que está durmiendo — dijo.

Entreabrió luego la puerta muy despacito. En el umbral, la señora de Stefan creyó desfallecer de emoción. Hacía mucho tiempo que no había tenido la sensación de hallarse completamente con su hijita, y la inquietud que la embargaba desde hacía una hora acababa de desvanecerse, aumentando aún su turbación.

— Pasen ustedes — dijo en voz baja Eulalia Parent.

El cuarto era sencillo y estaba muy limpio. Al lado de la cama de la viuda había una cuna blanca en la cual se veía a la niña.

La señora de Stefan se puso inmediatamente al lado de Lulú. Esta respiraba regularmente, se hallaba algo pálida, pero su estado de salud parecía casi normal.

Para que su amiga pudiera besar a la niña como deseaba, dijo Cocolin a Eulalia Parent:

— Agradeceríamos a usted que nos dejase solos un momento: la señora quiere reconocer detenidamente a la niña. Le advierto que esta señora entienda muchísimo.

La señora de Stefan no cesaba de contemplar aquella hijita que era para ella toda su vida. En cuanto oyó que se cerraba la puerta al pasar la planchadora, besó a la niña. Esta se despertó, miró con cierto espanto, y buscando con la mirada a Cocolin le tendió los brazos tan cariñosamente que casi lloraba de emoción el cobrador.

— ¡Mira qué señora tan guapa! dijo a la niña —, y que te quiere mucho... Mira qué bonitos juguetes te ha traído.

En efecto, la señora de Stefan tenía en las manos una caja que dio a la niña, la cual manifestó su alegría dando palmadas. Y en tanto que buscaba en los paquetes y en las

cajas una muñeca y otras chucherías que le había comprado su madre, ésta sin dejar de contemplar a su hija, expresó a Cocolin su deseo de que no permaneciera la niña mucho tiempo en aquel lugar tan próximo a París.

— Ya ha oído lo que ha dicho el doctor, y tiene razón. Dé usted este dinero a Eulalia — sacó algunos billetes de un saquito — y dígame que se vaya al Mediodía. Voy a preguntar por algún sitio en donde pueda vivir tranquila la niña. Mañana le dará usted instrucciones y dentro de dos o tres días podrá ella marchar.

Oyéronse pasos en la escalera. La señora de Stefan adoptó de nuevo el aspecto profesional que convenía, y en cuanto entró Eulalia, tomó Cocolin la palabra y dijo:

— Esta señora confirma lo que ha dicho a usted el médico: la niña está completamente fuera de peligro.

— ¡Oh! ¡qué bonitos juguetes le han traído! — exclamó Eulalia Parent.

La doctora jugaba con la chiquilla demostrando una solicitud que maravilló a la planchadora.

Cocolin dijo a ésta:

— Me ha dicho la doctora que a la niña le conviene cambiar de aires; es preciso que vaya donde haya mucho sol. Tiene muy delicados los bronquios; por consiguiente, buscaremos algún lugar en la Costa Azul, a ser posible, donde no tenga que temer el mal tiempo y donde respire otra atmósfera.

— Pero ya sabe usted, señor Bourgeois, que yo no puedo marcharme así como así...

— Tranquillícese, Eulalia; en primer lugar, tenga usted, para atender a sus gastos de instalación; alquilará usted un cuarto bien situado y se pasará usted todo el día con la niña. Esto le sentará bien, tanto a ella como a usted. En cuanto a su taller, que lo cuida su mamá, y si

necesita una obrera más, claro está que pagaré los gastos indispensables. Mañana o pasado mañana recibirá usted una carta en la que le diré dónde ha de ir. Cuando necesite usted dinero, no tiene más que telegrafiarle; ya sabe que confío en usted, por consiguiente que puede contar usted con todo lo que necesito.

La planchadora se convenció fácilmente.

Después de una rápida despedida estaba casi en marcha el automóvil, cuando Cocolin, que de pronto se sintió de buen humor, apcósse precipitadamente de él y dijo a Eulalia Parent:

— Se me ha olvidado dar un beso más a Lulú; tenga usted y dáselo por mí.

Y sin dar a Eulalia tiempo de hacer el menor movimiento, Cocolin le plantó un violento beso en las mejillas y corrió a sentarse al lado de la señora de Stefan.

La planchadora permaneció un momento inmóvil en la acera, ante el taller, miró en torno suyo para ver si alguien había presenciado aquel atentado, y luego se echó a reír, bastante contenta, pensando:

— Después de todo, a nadie le amarga un dulce.

El automóvil dejó a Cocolin en una estación del metropolitano. La señora de Stefan continuó hasta las cercanías de su casa, y allí despidió el coche. Y por la noche, en la fiesta del aniversario de su boda, parecía feliz.

Las fiestas de los Stefan tenían renombre entre la gente de banca. En ellas solían reunirse los financieros y banqueros más conocidos, y a veces personalidades políticas que tenían intereses en la casa de Stefan o que deseaban llamar la atención del banquero respecto de algunas empresas de que se cuidaban.

Aquel día parecía que los dueños de la casa se habían excedido. Al extremo de un gran salón habían ins-

talado un pequeño escenario oculto a los ojos de los convidados por un telón bordado. Y así que cada cual hubo ocupado su asiento, empezó el espectáculo, que llamó la atención de los concurrentes.

Los Stefan habían compuesto un programa variadísimo. Se vió desfilar sucesivamente a actrices de la Comedia Francesa, a los principales cantantes de Montmartre, a una serie de artistas que aportaban su originalidad y que sabían agradar al público, acostumbrado a esa clase de diversiones.

Hubo un corto intermedio. Los criados sirvieron refrescos. Formábanse grupos en los que se hablaba y se discutía cuando, durante un rato, atrajo las miradas de la gente un anciano que se acercaba, acompañado del banquero, de su esposa y de unos amigos. El recién llegado parecía aún hombre fuerte a pesar de las arrugas del rostro y del cansancio que se leía en sus ojos.

— ¿Quién es? — preguntó uno.

— Es un portugués — respondió otro —: el marqués Joaquín de Costabella. Lo he oído cuando el señor Stefan se lo presentaba su mujer.

— Los orígenes de su fortuna — decía un pintor — parecen algo misteriosos... Por unos amigos de Lisboa he sabido que no siempre ha sido rico..., muy noble sí, y de rancio abolengo, pero con pocos cuartos, según decía, aunque muy orgulloso.

Un barullo general calmó aquellas murmuraciones. Todos volvieron a sus puestos: acababa de alzarse el telón con una decoración moderna bastante agradable.

Y al punto se vió aparecer, vestida de blanco, frágil y ligera, a Parizette, que iba a bailar *La muerte del Cisne*, de Saint-Saëns.

Joaquín de Costabella se había colocado en primera fila y sin percatarse aún bien aplaudió como todo el mundo la gracia de la bailarina así que ésta salió a escena.

Era ligera y encantadora. Su cuerpo armonioso, sus movimientos simples y lentos evocaron el ave en las aguas dormientes de un lago. La música creaba en torno de ella una atmósfera de estío. El cisne se mecía voluptuosamente en las aguas.

Stefan no apartaba de la joven los ojos.

Su mujer, conquistada por la emoción general, saboreaba encantada aquel espectáculo.

Ninguno de los dos miraba a su vecino, el señor de Costabella, que de pronto había palidecido y que realizaba desesperados esfuerzos para no desfallecer. Ante él, evolucionando con lentitud, representando la dolorosa agonía del ave, Parisette jadeaba como herida. Y aquel fino rostro, dolorido de pronto, le recordaba, con prodigiosa intensidad de recuerdos, el rostro de María en el convento de Salamanca, cuando sobre la cruz florida iba a ofrecer su alma a Dios. No era sueño aquello... Costabella se hallaba en el salón de los Stefan, oía la música desgarradora... y, sin embargo, era su nieta aquella que parecía estar muriendo se ante sus ojos. Temía pronunciar su nombre, por la mucha certeza que tenía de que era ella, vestida de blanco, como la otra, y como ella rubia, quien expiraba con un estremecimiento de todo el cuerpo... Cayó el telón. Surgieron tumultuosos aplausos; la bailarina tuvo que salir a saludar varias veces. Sonreía al público, muy contenta. Y Joaquín volvía a ver la sonrisa de la otra, aquella misma delicadeza que hacía resucitar milagrosamente sus mejores años. De nuevo empezaron las conversaciones en el entreacto. Costabella no se movía. Todos se extrañaron de su palidez y su silencio.

— ¿Se encuentra usted mal? — preguntó la señora de Stefan.

Joaquín salía de una existencia pasada y la voz de la señora le trajo a la realidad.

— No..., señora... — dijo —: algo cansado tal vez.

Y sin poderse contener, preguntó:

— ¿Puede usted decirme cómo se llama esa joven que acaba de bailar tan admirablemente *La muerte del Cisne*?

— Parisette — dijo el señor Stefan —. Parisette, bailarina de la Opera.

— ¿La conoce usted personalmente?

— Sí y no... La he visto una vez en el mismo teatro de la Opera, y en mi casa tengo empleado a su tío, que es un buen muchacho y a quien ella, según creo, considera como padre.

— ¿Qué edad puede tener la niña?

— No lo sé; pero supongo que es muy joven.

— ¡Buena! ahora quisiera caminar durante unos segundos a ver si así se me pasa el dolor de cabeza...

Stefan dejó al marqués, tanto más a gusto, cuanto que descaba ir a dar las gracias a la bailarina. Y el señor de Costabella se quedó solo, como quería, solo con la adorada imagen que se iba imponiendo a él...

¡Cuántas alegrías y tristezas le recordaba aquella joven a quien acababa de aplaudir! ¡Parisette! ¡María! ¡Parecido extraordinario, prodigioso, que aun le hacía dudar de su razón!

De pronto acercósele la señora de Stefan y le tocó en el brazo.

— ¿Se encuentra usted mejor? ¿Quiero tomar algo?

— No — respondió el marqués de Costabella —. No necesito nada. Muchas gracias por su amabilidad.

La dueña de la casa se alejó reclamada por otros invitados.

Levantóse el anciano y se perdió entre el gentío.

Aplaudida, festejada, felicitada al pasar por todos los que acababan de vivir gracias a ella unos minutos de profunda emoción artística, Parisette se fué al saloncito que le habían pre-

parado a su llegada y que le servía de camarín.

Entró en él y se extrañó de no ver a Cocolin. Pero, para no perder tiempo, y sobre todo para no hacer esperar a la puerta al pobre Juan Vernier, que había prometido ir a buscarla, empezó a quitarse el traje de tul.

No bien se había desabrochado la parte superior del corpiño, llamaron a la puerta.

— ¿Quién? — preguntó creyendo que sería su tío.

No obtuvo respuesta; pero la puerta se abrió y entró el señor Stefan.

No tenía aún la joven bastante audacia para hacerle una observación acerca de aquel modo de penetrar en un cuarto donde se hallaba una mujer, sin pedir cuando menos permiso. Pero en su mirada dejó adivinar lo grande que era su sorpresa.

El señor Stefan se hizo el desentendiado, se inclinó respetuosamente ante ella, le cogió la mano y la besó.

— Lo menos que puedo hacer es ser el primero en venir a felicitarla y a traerle la expresión del encanto de todos mis invitados, que han quedado maravillados de su talento. Mi mujer me encarga también que dé a usted su enhorabuena y tengo mucho gusto en poder decirle que es usted una verdadera artista.

Sonrojose Parisette, y con gran efusión dió las gracias por tantos cumplidos.

— Permitame que le entregue este sobre — siguió diciendo el señor Stefan —. Es para indemnizarle de sus molestias; por cierto que es muy modesta recompensa comparada con el placer que nos ha proporcionado usted a todos.

Cogió la bailarina el papel que le tendía, lo dejó ella en un velador y luego calló, creyendo dar a entender con su silencio que había terminado la conversación y que tenía prisa por irse.

Pero Stefan no pareció comprenderlo y siguió diciendo:

— Señorita, quisiera que usted supiese mi admiración personal por su talento. En mi entender, es usted digna de figurar junto a las más grandes estrellas...

El cumplido era algo exagerado sin duda, y bien lo comprendió Parisette, que replicó:

— Es usted muy amable, caballero, me mira con buenos ojos; pero sé que todavía necesito muchos años para igualar a las principales bailarinas.

El banquero dió unos pasos hacia Parisette, y después de dirigir una mirada furtiva a la puerta, acercóse a la joven, tanto que ésta, adivinando de pronto el giro que iba a tomar la conversación, retrocedió hasta el fondo del cuarto. Stefan no quiso precipitar el ataque y empezó por rodearlo de algunas precauciones oratorias.

— Lo que suele faltar a las artistas son los medios de darse a conocer. Usted se expone a quedar perdida en el montón; pero bastaría que alguien que le tuviera gran afecto se cuidase de sus intereses artísticos; y, si usted quisiera, señorita, yo podría ser ese alguien. Supongo que tendrá usted confianza en mí, ¿no es verdad? Pongo a su disposición mi fortuna y mi influencia. No me dé usted las gracias, pues me considero feliz con que se sirva usted aceptar mi ofrecimiento.

— Mi tío... — dijo Parisette interrumpiéndole.

— Su tío es un excelente sujeto, y yo aprecio mucho su honradez. Pero, por atento que esté a su carrera de usted, a pesar de toda su buena voluntad, nunca podrá hacer por usted lo que pueda hacer una persona como yo. Además, estoy convencido de que él será el primero en desear que alguno se cuide de usted y le asegure la brillante posición a que tiene usted derecho.

— Pero, señor...

— Es usted joven, tendrá seguramente sus ilusiones respecto de la vida y de su arte... Eso me parece lógico, tanto más lógico cuanto que es toda su juventud la que habla, Parisette... Parisette...

Ese nombre lo pronunció con febril emoción. Al decirlo, asió del brazo a la joven y acercóse a su rostro para besarla.

Ella, que estaba a la defensiva, rebelóse un instante, y sin tomarse tiempo para reflexionar sobre las consecuencias de su arrebató, dió una bofetada al señor Stefan. Retrocedió este último, y luego, como excitado por la lucha, la atrajo violentamente a sí, en tanto que ella forcejeaba cuanto podía.

Abrióse la puerta.

Cocolin saltó contra el hombre que tenía en sus brazos a Parisette, le apartó violentamente e, interponiéndose entre su sobrina y el agresor, exclamó estupefacto:

— ¡Señor Stefan!

Pero no era hombre que se dejase intimidar por la presencia de su jefe; lo único que hizo es bajar un poco la voz:

— ¿No se avergüenza usted de esa conducta?

El banquero, que había recobrado su aplomo, se arreglaba el lazo de la corbata, ligeramente deshecho en su lucha con la joven. Estaba a punto de irse sin decir nada; mas su orgullo personal le hizo hablar y dijo:

— No es usted quién para darme consejos.

— Puede ser — replicó Cocolin —; pero, así y todo, se los doy. Su conducta me parece absolutamente indigna, y si tiene usted la desgracia de añadir una palabra, por muy jefe mío que sea, tendrá usted que ir a ver a sus invitados en un estado que no le honrará mucho.

— Está bien. No necesito decirle que no puede usted continuar en mi

casa, ¿no es así?...; que desde mañana no formará usted parte del Banco...

Cocolin preveía esa inevitable réplica.

— ¿Quiere usted hacerme el favor de repetir esas palabras, que no las he comprendido bien?

Stefan repitió:

— Le digo que mañana le daré una indemnización y saldrá usted de mi casa.

— Puede usted guardarse la indemnización; en primer lugar, porque no la quiero y después porque me quedará en su casa hasta fin de mes. Sólo a fin de mes me iré, pero me iré por propia voluntad. No es que me despache usted, sino que yo, su empleado, no quiero permanecer en su casa.

— Le digo a usted...

— No insista, señor; lamento tener que volver a darle consejos. Lo que hago no es por mí, sino para que su señora no sospeche nada. Siento que no lo haya usted comprendido. ¡Y ahora puede retirarse!

Y Cocolin indicó con la mano la puerta. El banquero salió sin chistar.

Durante toda esa conversación, Parisette lloraba. Así que estuvo a solas con Cocolin éste la consoló como pudo.

— No llores. Ya ves que tenía yo razón al decirte que anduvieras con ojo con ese señor. Esa gente es muy amable, vista de lejos; pero cuando está uno a su lado, se vuelven peligrosos, malvados y eso es lo que me asusta en la vida que te espera.

Sentóse en una butaca, y en tanto que Parisette continuaba desnudándose detrás de un biombo, Cocolin oía sus sollozos.

— Pero no es razón para llorar así. Además, todo eso no tiene gran importancia, desde el momento que ha quedado ya arreglado. No creo que me costará mucho encontrar trabajo; por consiguiente, sosiégate...

— Y, sobre todo — exclamó la

bailarina —, que Juan no se entere de nada, por favor.

— ¡Naturalmente! No seré yo quien vaya a decirselo!

— Bueno, podemos marcharnos.

El cobrador cogió el maletín en que Parisette había guardado el traje de bailarina, y disponíase a marcharse ya, cuando de nuevo llamaron a la puerta. Cocolin arrugó el ceño.

— Si es él — balburió — no sé si podré contenerme. ¡Adelante! — añadió.

Abrióse la puerta y apareció el marqués Joaquín de Costabella.

Aun no se había apaciguado la exasperación de Cocolin para que se mostrase sumamente amable.

— ¿Qué se le ofrece a usted, caballero? — preguntó secamente.

— Desearia, si no tiene usted inconveniente, hablar con la señorita Parisette.

— Pare usted.

El cobrador dejó el maletín en el suelo y con movimiento instintivo colocóse delante de la joven como para protegerla.

— Esta señorita es mi sobrina — dijo con acento casi amenazador.

Joaquín de Costabella se inclinó.

— ¿Y qué le quiere usted? — añadió el cobrador.

— Ante todo, sepa usted que es un abuelo quien le habla.

Después de todo, aquel desconocido tenía muy buen aspecto. Cocolin se amansó.

— Es un abuelo, señor — siguió diciendo el marqués —, a quien acaba usted de dar una gran alegría al permitirle entrar en este saloncito. Déjeme que le explique en dos palabras por qué he sido tan indiscreto. He perdido una niña que se parecía a la señorita Parisette como si fuera su hermana gemela. Hace poco, cuando la he visto bailar, he creído ver de nuevo el retrato vivo de mi nieta. Al principio no me atrevía a venir a molestarlos. Siempre parece ridículo contar cosas íntimas a desconocidos;

pero luego, me ha desconcertado tanto, que no he podido resistir al deseo de ver a su sobrina. Y por eso me ve usted aquí, suplicándole que me perdone si he podido importunarle tan largo rato.

Las palabras del anciano produjeron impresión en Cocolin, que no sabía qué decir y que le miraba con ansiedad.

Joaquín de Costabella sacó del bolsillo un retrato.

— Juzgue usted mismo del parecido.

El cobrador y su sobrina miraron el retrato.

— Se llamaba María... — explicó su interlocutor.

— ¡Es evidentemente extraordinario! — dijeron a una tía y sobrina.

— ¡Es inverosímil! — añadió Parisette —. Creería que este retrato es mío.

— Comprenderán ustedes, pues, — añadió el anciano —, mi dolor y mi alegría al ver a usted, señorita, y lo misterioso que me ha parecido ver en sus facciones a mi querida María, que era toda mi existencia. Pero permitan ustedes que me presente; soy Joaquín de Costabella, ciudadano portugués.

Al oír ese nombre, sobresaltóse Cocolin.

— ¿Dice usted Costabella?

— Sí, señor.

— Entonces, ¿me permite usted dirigirme a mí vez una pregunta?

— Con mucho gusto.

— ¿Ha conocido a un paisano suyo llamado Antonio de Costabella?

— Era mi hijo, señor. Murio al servicio de Portugal, durante la gran guerra.

Cocolin cerró los ojos como para buscar mejor sus recuerdos.

— ¿Y vivia en Francia en 1902?

— Sí, señor.

— Pues, en ese caso, muchas gracias!

Y volviéndose a su sobrina y luego al anciano, añadió:

— Caballero, puede usted abrazar a Parisette.

La joven se adelantó sin comprender una palabra. El señor de Costabella la estrechó contra su corazón y la besó como lo hacía todas las mañanas en su castillo, cerca de Lisboa, cuando una joven rubia y dulce se presentaba en la grande y soleada biblioteca.

Cocolin contemplaba aquel espectáculo y sentía que se le preñaban de lágrimas los ojos. Hubiera querido decir algo, hubiera querido poder hacer más preguntas; sabía que guardaba un secreto que podría aclarar de golpe aquella extraña situación, pero estaba allí Parisette. Había cosas que ésta ignoraba, y Cocolin prefería hablar primeramente a solas con ella de aquel misterio.

— ¿Podría usted darme una cita? — preguntó al anciano —. Cétame que tendría mucho gusto en poder hablar con usted unos momentos.

— Se lo agradeceré mucho, señor. No puedo olvidar el amable recibimiento que me ha hecho usted y la inmensa alegría que le debo. Si quiere usted venir mañana por la mañana, a las once, al *Hotel Grillon*, tendré sumo gusto en recibirle y le aseguro que aguardaré ese instante con gran impaciencia...

— A las once en punto estaré, y Parisette también.

El anciano tendió la mano a Cocolin y besó una vez más a la joven. Había en sus ojos todo el peso de un pasado doloroso y todas las esperanzas que aquel encuentro acababa de engendrar en él.

Cocolin y su sobrina salieron del saloncito al mismo tiempo que él. El marqués los siguió largo rato con la vista, en tanto que cruzaban el pasillo que conducía a la puerta de salida.

Al bajar la escalera, Cocolin y Parisette miráronse extrañados.

— ¡Cuántas emociones en dos horas! — exclamó el cobrador —. ¡Y el pobre Juan esperándose todo este tiempo!

En efecto, cuando llegaron a la calle, vieron al violinista esperando. En cuanto éste divisó a Parisette, corrió a ella; pero a la luz de un farol próximo distinguió el desconcertado rostro de sus dos amigos y no pudo menos de preguntarles:

— ¿Qué sucede? Tienen ustedes una cara... ¿Qué les ha sucedido? ¿algo grave?

Parisette no le respondió. Cocolin parecía sumido en un interminable ensueño.

— Contésteme.

Ni una palabra.

— Pero, señor Cocolin, ¿en qué está pensando?

Cocolin debía de venir de muy lejos, por lo visto. Puso una cara particularmente grave y dijo:

— Juan, Juanito, dentro de pocos días habrá grandes novedades.

Con el amable egotismo de los enamorados, replicó rápidamente el joven:

— ¿Novedad para mí o para Parisette?

— Ya lo verás, hijo mío. De momento no puedo decirte nada; pero créeme bajo mi palabra, que habrá muchas variaciones. Por ahora, tenemos sueño y creo que habremos de volver a pie a casa.

Juan no insistió, dió el brazo a Parisette, en tanto que Cocolin marchaba detrás de ellos a pocos pasos.

Iba ordenando los múltiples pensamientos que se agitaban en su cerebro; mas de pronto, al ver aquella linda pareja que caminaba delante de él sin cuidarse ya de los acontecimientos extraordinarios de aquella noche, no pudo menos de exclamar:

— ¡Qué bonita pareja!

III

SE VA TEJIENDO EL DRAMA

Lapusse y Cuatro ojos llegaron a las alturas de Montmartre, y a la hora de cenar instaláronse en un ruidoso café, reputado por la alegría de su clientela.

Cenaron copiosamente. Cuatro ojos parecía muy preocupado; no respondía más que por monosílabos y daba a entender que no tenía ganas de hablar.

— No pongas esa cara tan funebre — le dijo el viejo —; lo pasado pasado está y no hay nada más imprudente que esomar por ahí un rostro que parece roído por el remordimiento.

Por toda respuesta, Cuatro ojos vació una copa.

Lapusse creyó que procuraba emborracharse para olvidar el crimen; y temiendo que llegase a emborracharse le dijo:

— Acuérdate que aun tienes que hacer una cosa importante en casa; así que debes procurar conservar toda tu sangre fría.

— Tenemos tiempo de sobra, jefe.

— No, amigo, no. El tiempo apremia. He querido distraerte, y no lo he conseguido. Pero esa no es razón suficiente para que te burles de mí y descuides tu deber.

— Es que todavía no se me ha quitado la sed — respondió Cuatro ojos.

— Si sigues bebiendo de ese modo te romperás la cabeza cuando tengas que pasar por el balcón a casa de Cocofin.

Esa perspectiva, a pesar de no ser muy halagüeña, pareció encantar a Cuatro ojos.

— Confiese, jefe, que no desea usted otra cosa, y que se alegraría sobremedida de que tal me sucediese. ¡Figúrese!, así se quedaría usted con todo el dinero que yo he traído, y

no habría ningún testigo de sus asuntos... Al contrario, debería usted animarme a beber una botella más...

Y sin dar al vejete tiempo de que pudiera impedirlo, Cuatro ojos llamó al camarero y pidió otra botella de champaña. Al oír lo de la botella aguzó el oído una de esas jóvenes que en los cafés y a la hora de la cena aguardan siempre, cual los tiburones que siguen a los barcos, al cliente de paso que tenga a bien invitarlas a su mesa. Dirigió una mirada a los dos hombres, mirada que no dejó insensible a José, el cual, no obstante las protestas de Lapusse, hizo a la simpática joven una seña para que se sentase a su lado.

En tanto que la joven se acercaba para responder a esa generosa invitación, reflexionó el anciano y exclamó:

— ¡Majadero! ¡Lo único que nos faltaba! Al menos procura tener la lengua, pues nunca se sabe con quién se trata. Además, si ahora te dejas seducir por las mujeres...

Ya se había instalado la joven frente a ellos y Cuatro ojos le demostraba una simpatía algo locuaz.

— Mucho nos alegramos de tenerla aquí, señorita. Estoy con mi tío, un viejo provinciano... que sólo piensa en divertirse.

La broma no pareció gustar mucho a Lapusse. Aquello de «viejo provinciano» le ofendió particularmente.

— ¡Y además es muy generoso! — siguió diciendo Cuatro ojos —; nunca retrocede ante el gasto. ¡Si supiera usted las veces que me ha dicho: «sobrino, a tu edad, deberías divertirti te más!» Siempre tiene el corazón y la cartera en la mano... ¿verdad tío?

El «tío» movió la cabeza y refunfuñó:

— Sí, sí, sí — tras lo cual pareció interesarse por otras cosas.

La invitada miraba con cariño a Cuatro ojos; pero más que nada pro-

curaba llamar la atención del fastuoso Lapusse, que no quería ver nada.

Poco después José estaba ya aca-lorado.

— ¿Qué quiere usted tomar? ¿Quiere champaña? Pero no basta... ¿Quiere usted licores y café?... Y nada me extrañaría que, al salir, mi tío le regalase una hermosa sortija, si es que todavía a estas horas hay alguna joyería abierta... ¿No conoce usted a ese hombre?... es la bondad personificada... ¿verdad, tío?

Dió un fuerte golpe en el hombro a su viejo cómplice, que se estremeció furioso y no pudo contener una reflexión bastante viva.

— ¡Estúpido! ¿Cuándo acabarás esa serie de tonterías?... ¿Nos estás poniendo en ridículo!

— Supongo que no irá usted a echarme un sermón — dijo José.

— ¡Bien le merecerías! Demasiado sabes que yo tengo mis principios y que no vengo aquí para deshonrarme.

— Pues bien, querido tío, si usted tiene sus principios, nosotros, con su autorización, podremos hablar de ciertos acontecimientos que tal vez interesen profundamente a esta señorita. Estoy seguro de que con la gran experiencia que usted tiene, podría darle preciosas indicaciones, y que sus recuerdos personales... serán para ella de gran enseñanza.

Aquella ironía desconcertó un instante al amoscado tío. A punto estaba de reprender con violencia al insolente; pero consideró que se hallaba en un estado de ánimo poco favorable para comprender una lección y que bastaría una palabra torpe para que Cuatro ojos contase cosas que valía más tener secretas. Empleó, pues, el método suave, más conforme con su carácter; llamó al camarero, pagó la cuenta, repartió unas propinas, cogió a su acólito por el brazo y, sin dar ninguna explicación a la joven que se extrañaba de verse así abandonada, salió al boulevard de

Clichy, llamó un automóvil y en él se trasladaron cerca de su casa.

Cuatro ojos empezó por protestar de aquel verdadero rapto. Luego, sentado en el carruaje, quedóse profundamente dormido.

Tuvo que despertarle Lapusse cuando el automóvil paró, y tuvo que ayudarle a andar hasta el número 1 de la calle del Encheval.

Lapusse abrió la puerta de su piso, hizo entrar por delante a José, y antes de cerrarla, tocó el timbre del piso de Cocolin para asegurarse de que no había nadie en casa de su vecino. Esas llamadas no obtuvieron respuesta, y entonces entró Lapusse en su habitación. Cuatro ojos estaba muy deprimido.

No del todo despierto, el joven daba señales de una borrachera evidente. Habíase sentado en una silla y se desperezaba bostezando. De vez en cuando pronunciaba palabras sin ilación.

Lapusse estaba espantado.

— ¡Vamos, vamos, amigo! — le dijo bruscamente — no estés así. Asómate a la ventana, que el aire te hará bien; respira un poco y procura pensar en lo que te queda por hacer... Aquí tienes la levita, el bicorneo y el pantalón; voy a hacer un paquete, y llévalo en seguida a su sitio...

— ¡Tenemos tiempo! — dijo Cuatro ojos — ¡tenemos tiempo!

El viejo se exasperaba.

— ¡Pero mira qué hora es!... ¡Son más de las doce!... estoy seguro de que Cocolin y su sobrina no tardarán media hora en venir... Y es preciso que todo se halle en su sitio antes de que lleguen. ¡Figúrate, si te sorprenden en su casa!... En dos minutos perderíamos el beneficio de todos nuestros esfuerzos... ¡De todos los esfuerzos que hemos hecho!

— Que he hecho yo solo, si no lo toma usted a mal, señor Lapusse — tartamudeó Cuatro ojos — ; que he hecho yo..., yo solo..., sin usted..., porque, dígame: ¿qué hubiera suce-

dido si no hubiese estado yo aquí? Supongo que no sería usted quien se decidiría a hacer equilibrios en la ventana de al lado...; ni quien se hubiera disfrazado de cobrador... y menos aún, se hubiera usted decidido a matar a la vieja.

— No te hablo de eso — dijo Lapusse interrumpiendo —. Y si hay que hablarte con tono enérgico para que comprendas, te ordeno, ¿me entiendes?, te ordeno que cojas este paquete y vayas a dejarlo a su sitio, y estés aquí de vuelta dentro de diez minutos. ¿Lo has oído?

José se levantó titubeando, sin replicar: iba a obedecer.

— Déme el paquete.

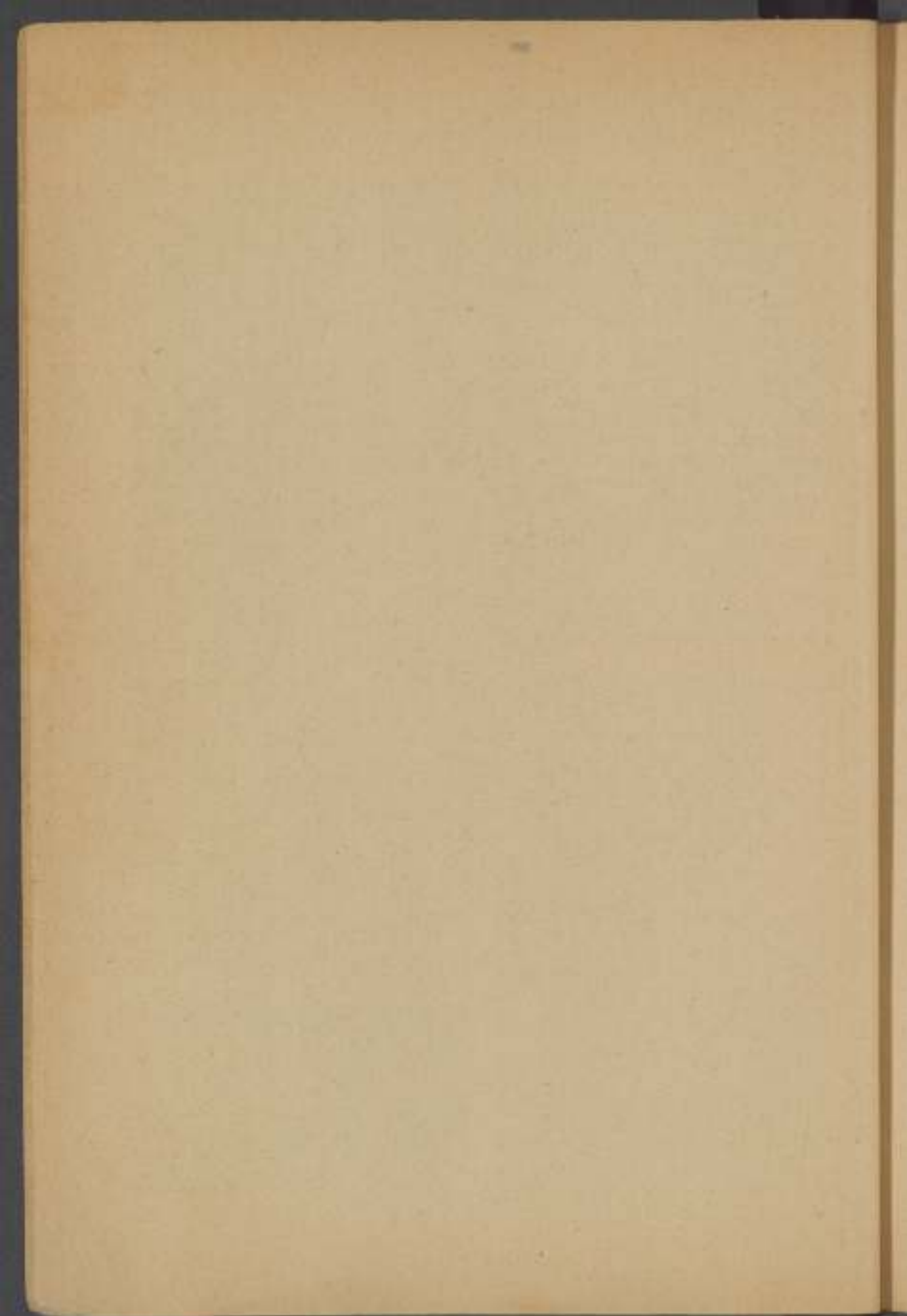
— Y sobre todo, ten cuidado.

— No se preocupe por mí.

Abrió la ventana. Una luna pálida iluminaba el horizonte y dirigía su livida luz contra la pared de la casa. La fresca brisa hizo estremecerse al joven y le repuso un poco. Encaramóse a la barandilla y emprendió de nuevo el camino que ya había recorrido horas antes.

No estaba aturdido; pero los oídos le zumbaban y tenía el pie menos seguro al ponerlo en el resbaladizo cinc de la ventana. Al llegar a la de Cocolin, dió de pronto un traspie y sintió que la cañería se escapaba bajo él.

Lapusse no pudo contener un grito de horror: Cuatro ojos acababa de saltar su punto de apoyo...



CUARTO EPISODIO

LAS PESQUISAS

1

SE VA TEJIENDO EL DRAMA (Continuación)

Pero Cuatro ojos era un excelente acróbata; aunque la bebida le hubiera debilitado la resistencia y desequilibrado el cerebro, tuvo bastante presencia de ánimo para asirse de nuevo a la barandilla de la ventana. Se alzó a pulso hasta la habitación de Cocolin.

Hacia apenas tres minutos que Lapusse se hallaba en su puesto de observación, y aun no se habían calmado del todo sus temores, cuando vió a la luz de un farol que iluminaba la esquina de la calle del Encheval, tres personas, cuya sola vista renovó sus terrores.

En efecto, acababa de reconocer a Cocolin, a Parisette y a Juan Vernier, que volvían de la fiesta de los Stefan y que se acercaban rápidamente a su casa.

Estuvo a punto Lapusse de dar unos golpes en la pared para avisar a su cómplice; pero temió alarmar a los vecinos del piso inferior o del superior, porque a aquella hora silenciosa se oyen los menores ruidos.

Así, pues, se resignó a tener paciencia.

En el piso de Cocolin no se daba gran prisa Cuatro ojos. Había entrado en el comedor y con una lámpara de bolsillo inspeccionaba el lugar para no tropezar con ningún mueble y producir ruido.

Dió la vuelta a la habitación, miró algunos grabados colgados de la pared, palpó el colchón de la cama para ver si era bueno y poco faltó para que intentase dar una broma a Cocolin, cuando el ruido de una llave en la cerradura le hizo estremecerse y le recordó que su situación era peligrosa.

Arrojó inmediatamente el uniforme del cobrador detrás de una sombrerera y se escondió en el comedor.

Aun esperaba tener tiempo de abrir la ventana y volver a casa de Lapusse; pero en aquel momento oyó que se abría una puerta a tres metros de él y consideró que lo mejor era tocar retirada.

De una ojeada vió que las cortinas del comedor eran lo único que le ofrecían un refugio. Escondiéndose, pues, detrás de ellas, confiando en que Cocolin y su sobrina se acostarían en cuanto entrasen, dado lo avanzado de la hora. Pero de pronto se abrió la puerta del comedor y entró Cocolin con Parisette, la cual se acercó a su tío y le dijo:

— Buenas noches, querido tío; voy a acostarme porque me caigo de sueño.

Mas Cocolin, que tenía una cara particularmente seria, cogió del brazo a Parisette y le dijo:

— Hija mía, me gustaría que no te acostases aún, pues tengo que hablarte.

— Si no es cosa muy urgente, más vale dejarlo para mañana, porque con todo lo que ha ocurrido esta noche

estoy rendida y no puedo tenerme en pie.

— Es cosa muy importante.

— ¿De veras?

— Sí, tengo que hablarte ahora mismo.

— ¡Hola! — pensó Cuatro ojos —. Creo que he hecho bien en quedarme.

Cocolin sentóse al lado de su sobrina y le dijo:

— Parisette, hasta ahora has vivido con tu tío sin preguntarte por qué no te rodeaba toda una familia, como a las demás jóvenes. Sabes que tus padres murieron cuando eras muy pequeña, y esa explicación que yo te he dado ha bastado y podía bastar hasta ahora. Pero esta noche ha habido acontecimientos tales, que me veo obligado a decirte mucho más de lo que hasta ahora sabes.

— ¿Y por qué me dices todo eso ahora, tío?

— Porque mañana por la mañana tenemos que ver al señor de Costabella que se nos ha presentado esta noche, y no quiero que vayamos a verle sin que estés tú al corriente de cosas que sólo te conciernen a ti y que son los grandes secretos de tu vida... Hija mía, ya sabes que tu madre falleció al darte a luz. Pero ¿y tu padre? Nunca te ha hablado de tu padre. Tenía razones para hacerlo así y voy a dártelas inmediatamente... Tu padre ha muerto hace poco... Ha muerto durante la guerra...

Al oír esas palabras Parisette dejó ver un vivo movimiento de asombro y dijo:

— Pero si no ha muerto hasta hace poco, ¿por qué no le he visto nunca?

El cobrador estaba muy embarazado.

A pesar del tono de seguridad que daba a sus palabras, iba perdiendo valor.

— No le has visto nunca, hija mía, porque él abandonó a tu madre an-

tes de nacer tú... No es misión de los hijos juzgar la conducta de sus padres. Además, es muy probable que tu padre no supiera nunca que tú existías. Por consiguiente, hoy nada adelantarias con recriminarle o con aborrecerle; sería injusto condenarle, ya que no tenemos los argumentos de su defensa... Deja que te diga que era extranjero... Tu madre era como tú, bailarina de la Opera. Él la quería mucho; pero tal vez no lo suficiente para hacerla su esposa, o quizás su familia se hubiera opuesto a su boda..., porque tu padre era noble, hija mía, pertenecía a una distinguidísima familia portuguesa, y cuando supo que ibas a nacer, comprendió que iba a desarrollarse entre los suyos un drama en que seguramente quedaría sacrificada tu madre... Por lo tanto, prefirió dejarte cierta posición y marcharse sin esperar que vinieras al mundo... Y hasta es muy probable que le preparasen en su país alguna boda y que él regresara allí para casarse con alguna joven elegida por los suyos. Partió, pues, para vivir en su patria, y ocho meses después de su marcha naciste tú.

Varias veces estuvo Parisette a punto de interrumpir el relato de su tío; pero éste le impuso cada vez silencio.

Al fin la joven no pudo más y exclamó:

— ¿Por qué no me has dicho esto nunca, y por qué eliges esta noche para hacerme tales revelaciones?... En primer lugar, ¿cómo se llamaba mi padre?

— Comprendo tu impaciencia; pero déjame seguir el orden de mis ideas.

Detrás de las cortinas, Cuatro ojos, aunque tuviera deseos de volver al cuerto de Lapusse, aprobaba silenciosamente las observaciones de Cocolin y se interesaba con pasión por aquellos asuntos de familia.

— Tu padre — siguió diciendo el

cohrador — se llamaba Antonio de Costabella.

Parisette hizo un movimiento de sorpresa.

— Sí, eso es. El caballero que has visto esta noche es tu abuelo... Antonio de Costabella, su hijo, era portugués; cuando Portugal entró en guerra, al lado de Francia, vino a nuestro frente a cumplir con su deber y murió en los ataques de Flandes, en 1918.

— En ese caso, tío, esa joven cuyo retrato me ha enseñado...

— Esa joven es sencillamente tu hermana menor. Ya ves que el extraordinario parecido que tanto te ha conmovido esta noche es muy natural...

La emoción de Parisette se aumentaba por momentos.

— Las pruebas de todo lo que acabo de decirte están encerradas en esa cajita... En ella hay papeles, cartas viejas cruzadas en otro tiempo entre tu padre y tu madre, un montón de pequeños recuerdos que yo contemplaba de vez en cuando y que muchas veces he querido enseñarte... Cuando hiciste la primera comunión, el día de tu santo, en fin, siempre que había una pequeña ceremonia, pensaba yo: «Debería decir la verdad a Parisette.» Pero siempre me ha faltado valor... Te vela tan feliz y tan tranquila, que consideraba inútil turbar nuestra felicidad y nunca me decidía a contártelo. Últimamente repetí para mis adentros: «Se lo diré a Parisette el día de sus esponsales», porque, después de todo, algún día lo debías saber... Y ahora se ha presentado la ocasión antes de lo que yo creía; pues ya que has visto a tu abuelo no hay motivos para que yo demore una explicación que seguramente te daría él mismo.

Parisette lloraba y miraba a su tío tan tristemente, que el pobre hombre sentía que acudían también lágrimas a sus ojos.

Con una llavecita que colgaba de

su cadena de reloj, abrió el cofrecito, sacó de él unos papelotes y los puso sobre la mesa.

— Puedes verlos, hija mía...

Pero Parisette rechazó con la mano todos aquellos pliegos amarillentos.

— Aun no, tío... Más adelante, cuando me haya acostumbrado un poco más a todo esto.

Cocolin reposó con voz temblorosa:

— Mañana iremos a ver a tu abuelo. Le enseñaré todos estos papeles. Verá que yo no invento nada, si es que no se ha convencido ya con tu presencia que le has recordado a tu hermana muerta... Creo que pronto serás heredera de un apellido noble y de una gran fortuna... Claro está que te separarás de mí, que te verás obligada a dejar a tu viejo tío, que ya no tendrá a su lado a su adorada sobrinita... Te acordarás de esta noche en que has aprendido a conocer la vida y al mismo tiempo has sabido la novela de tu existencia... No sé lo que será de mí cuando no estés tú a mi lado...

Parisette no le dejó acabar. Se echó en sus brazos y le dijo:

— Bien sabes, tío, que, suceda lo que sucediere, nunca me separaré de ti.

Cuatro ojos no se enterneció ante aquella escena tan conmovedora, pues sólo reparaba en la cajita, en los papeles, y todo cuanto acababa de oír le confirmaba en la certeza de que había hecho bien en preferir el peligro a la seguridad.

— Estaba seguro de tu buen corazón, Parisette — reposó Cocolin —; pero el día de mañana serás una gran señora, y eso te impondrá nuevos deberes, y has de prepararte para ser una persona importantísima... Ahora, hija mía, basta, que debes de necesitar descanso. En cuanto a mí, no puedo más.

Dióle Parisette dos sonoros besos y se retiró a su cuarto.

Así que se hubo quedado solo Cocolin, volvió a colocar en la cajita

los preciosos papeles que había sacado de ella y dejó otra vez la cajita detrás de los libros. Cerró el mueble, dejó la llave en la cerradura, considerando inútil guardársela en el bolsillo, pues no desconfiaba de nadie, y se fué a dormir.

Poco después dormía con sueño tan apacible, que pronto fué acompañado de algunos ronquidos.

Estos ruidos significativos indicaron a Cuatro ojos que ya estaba libre.

Pensó que Lapusse estaría impaciente y nervioso, de lo cual se alegraba, porque gustaba mucho ver rabiar al vejete.

En efecto, éste no cesaba de repetir, aplicando al oído contra la pared medianera:

— ¿Pero qué podrás estar haciendo ahí dentro?

A Cuatro ojos se le había pasado por completo la borrachera. Cierta ya de su seguridad, anduvo de puntillas alrededor de la mesa y colocó la lámpara de bolsillo frente al escritorio. Cocolin, al dejar allí la llave puesta, habíale facilitado la tarea. Abrió Cuatro ojos el mueble y sacó la cajita.

— No la ha cerrado, así que ni siquiera necesitaré llevármela.

Sacó los fajos de papeles que había en ella, se los guardó en el bolsillo, al tiempo que una profunda sonrisa animaba su siniestro rostro.

Al meterse los papeles en el bolsillo, tropezaron sus dedos con algún objeto que él creía haber dado ya a Lapusse: eran varias alhajas de la viuda de Germinot que precipitadamente se había metido en el bolsillo después del crimen.

Inmediatamente se le ocurrió la idea diabólica de emplearlas provechosamente y las dejó en la caja en el lugar de los papeles.

Bastáronle unos minutos para no dejar huella alguna ni de su crimen ni de su substitución, y momentos después entraba en la habitación de

Lapusse, el cual lo recibió muy mal, diciéndole:

— ¡Eres un imbécil!

— ¡Gracias!

— Llevo más de una hora esperándote.

— Haberse acostado.

— Claro está que habrás hecho mal trabajo, y todo por no haberme escuchado y por haber bebido más de lo regular.

— ¿Acabará usted?...

— ¡Eso es vergonzoso! ¡Si, vergonzoso!... Tenemos un negocio admirable por explotar y, seguramente, con tus majaderías y tu embriaguez lo habrás echado todo a perder.

Cuatro ojos dejó hablar a Lapusse todo el tiempo que éste quiso. A medida que se aumentaba la cólera del viejo, se iba poniendo más colorado el agente de negocios, hasta que, compadecido José, le interrumpió bruscamente, diciéndole:

— ¡Calle usted!... Se está causando mucho daño en este momento. Habla usted a tontas y a locas, y no tendrá ya bastante sangre fría para escuchar lo que tengo que decirle... Verdad es que he estado una hora en casa de Cocolin; mas no he perdido el tiempo... En primer lugar, habla usted de lo que no sabe. Todo está en su lugar. El vecino duerme en este momento a pierna suelta. La chiquilla debe de hacer lo mismo, y no se han enterado absolutamente de nada.

— Está bien — refunfuñó Lapusse.

— Y si por añadidura le traigo un negocio mucho más considerable que el que usted ha ideado, ¿qué me dará?

— ¡Siempre estás reclamando lo que no se te debe!... Vamos a acostarnos, que ya hablaremos mañana de dinero.

— Señor Lapusse, es usted un chiquillo, un verdadero chiquillo, un aprendiz... No hay que presumir de jefe cuando no se tiene capacidad para dirigir una operación de altos

II

EN DONDE EL DESTINO SE ENSEÑA
EN COCOLIN

vuelos... Debería usted ir a la escuela, a la escuela de Cuatro ojos... En tanto que usted permanecía aquí gruñendo y refunfuñando y deseándome todas las cárceles de Francia, yo estaba tranquilamente escondido detrás de una cortina, desde donde he oído una conversación que vale..., que vale..., en fin..., ¿cuánto me da usted por ella?

— No comprendo que un hombre pueda ser tan interesado como tú. No tienes el menor sentimiento de tu dignidad, y siempre tienes en la boca la palabra «dinero, dinero... Te daré lo que merezcas.

— Pues bien, jefe, le traigo simplemente una fortuna... Permitame que le diga que Parisette es nieta de un viejo marqués de Portugal; que ese viejo marqués va a reconocerla por nieta mañana, y que dentro de veinticuatro horas tal vez sea esa bailarina heredera de una riqueza inmensa.

— ¡Cuánto charlas!... Eso es una novela de folletín! — dijo irónicamente Lapusse.

Cuatro ojos sacó lentamente del bolsillo el fajo de papeles cogidos en casa del cobrador.

— Ahí tiene usted las pruebas — exclamó —. Tengo en la mano todos los documentos de la niña. Y como no quería robarlos, se los he pagado al bueno de Cocolin dejándole en el sitio de los papeles unas cuantas alhajas de la vieja de Neuilly... ¡Ya ve hasta dónde llegan mis escrúpulos! ¡Y habrá quien diga que no somos gente honrada!

Calló Lapusse, echó atrás la silla para contemplar mejor a su cómplice, acercóse de nuevo y puso a José la mano en el hombro.

— Cuatro ojos, amigo mío, he sido injusto contigo... ¡Eres el mayor bribón que conozco!

— Mejorando lo presente, señor Lapusse — dijo Cuatro ojos con una inclinación de cabeza.

Aquel domingo por la mañana, los señores de Stefan, cansados de su recepción de la víspera, levantáronse tarde, y se hallaban tomando en el comedor el desayuno cuando de pronto llamaron a la puerta. Entró un criado y acercándose a Stefan le dijo:

— Hay un señor que desea hablarle, señorito.

— ¿Quién es?

— No lo ha dicho.

— ¿No le ha preguntado usted su nombre?

— Sí, señor. Pero me ha contestado con tono muy categórico: «— Avise a su amo y árvase decirle que me reciba, que es cosa urgentísima.»

— Está bien.

— Si el señor me permite darle mi impresión...

— Habla...

— Me parece que es un inspector de policía.

— ¿Un inspector de policía?... ¡Y a qué viene?... En fin, vamos a verle.

La señora de Stefan, que no había prestado atención a ese diálogo, preguntó a su esposo, al ver que salía:

— ¿A dónde vas?

— Al despacho, pues me esperan.

Momentos después Stefan se hallaba en presencia de un hombre correctamente vestido, ceremonioso, y que, en efecto, tenía en su aspecto ese sello particular que da a conocer a la policía.

— ¿A quién tengo el honor de hablar, caballero? — preguntó el banquero.

Por toda respuesta, el desconocido se dio a conocer como inspector de policía.

— Haga el obsequio de sentarse y dígame el objeto de su visita.

— El siguiente: ayer tarde, en Neuilly, fué asesinada una rentista en condiciones bastante misteriosas.

— Primera noticia, caballero...; pero aunque la hubiera sabido antes, no le hubiera prestado gran interés...

— Desde luego, señor... Pero la información que hemos abierto esta mañana, en cuanto el Comisario de Neuilly nos ha comunicado el crimen, nos ha conducido a descubrimientos bastante raros, respecto de los cuales pueden sernos de gran utilidad los datos que vengo a pedirle.

— Estoy a su disposición.

— El crimen lo ha debido de cometer un cobrador de su casa de banca.

— ¡De mi casa de banca! — exclamó Stefan —. ¡Me deja usted asombrado!... En primer lugar, porque estoy casi seguro de mi personal, y además porque ayer, como hacemos semana inglesa, estaba cerrada mi casa a partir de las doce, y todos los empleados holgaban como de costumbre. Además, ya sabe usted que los sábados por la tarde no se hacen cobros.

— Eso es precisamente lo que me ha llamado la atención... El portero de la casa de la señora de Germinot se extrañó, como se extrañaría usted mismo, de que un cobrador fuera por la tarde a casa de su inquilina. No lo vió entrar, pero sí salir. Además, nos ha dado unas señas bastante confusas, porque cuando salía el cobrador estaba el portero leyendo a la puerta del edificio, tomando el fresco, y levantó maquinalmente la cabeza para ver quién salía de la casa. Vió una figura vestida de cobrador y, como es natural, eso es lo que nos ha suministrado el primer dato referente a nuestras pesquisas... Por otra parte no fué nadie más a ver a la señora de Germinot... Hemos hecho indagaciones para asegurarnos de que el cobrador subió al piso de la víctima, y registrando minuciosa-

mente ese piso hemos encontrado este botón...

Y al decir estas palabras el policía sacó de la cartera un botón de cobre.

— ...Un botón que lleva las iniciales B. S. en relieve.

— ¿Y es esa toda la prueba que tiene usted?... Pues sepa que no es mi casa la única que pueda poner esas iniciales en los botones de sus empleados. Conozco la Banca Schneider, el Banco Suizo, la Banca Sardonof...

— Desde luego, caballero — dijo el policía interrumpiéndole —. Pero lo que tal vez ignore usted es que ninguno de los uniformes de esas casas de banca llevan botones como los que usan sus empleados: unos son de cobre con iniciales de plata, otros de metal blanco con iniciales de cobre; los únicos que tienen botones como éste son los empleados de su casa de usted.

— Indudablemente la cosa es grave — dijo Stefan, que tuvo que reconocer la lógica del razonamiento del policía —. ¿Es que puedo ayudarle?

— Quisiera saber cuántos cobradores tiene usted empleados.

— Ocho.

— Nos convendría tener esta misma mañana los nombres y dirección de todos ellos.

— Vamos juntos a mi casa de banca... Pero le voy a pedir un favor: que no diga a los periódicos lo que acabamos de hablar, porque ya comprenderá usted que, por el buen renombre de mi casa y por la reputación de mi personal, que se compone, se lo vuelvo a decir, de gente perfectamente honrada, no quisiera que pudiera tenerse la menor sospecha de mis empleados, hasta que no tengamos una certeza absoluta... Déme usted el tiempo necesario para vestirme y saldremos en seguida.

Stefan dejó al policía en el despacho, volvió al comedor y rápidamente puso a su esposa al corriente de las noticias que acababa de saber.

— No vuelvo de mi asombro — dijo —. ¡Un cobrador de mi casa cometer semejante crimen!

— ¿Uno de tus cobradores?

— Sí.

— ¿Se sabe su nombre?

— Todavía no... Pero, precisamente, para poder interrogar a todos ha venido el policía a pedirme la lista de los cobradores.

— ¿Cómo! ¿Va a interrogar a todos?

— Naturalmente, como hicimos semana inglesa y era sábado, tendrán que decir dónde pasaron la tarde; se comprobarán sus afirmaciones, y si hay alguno que mienta, que cuente algo obscuro, tendrá que explicarse ante el juez de instrucción... Conque, te dejo, porque debo marcharme al momento. No sé a qué hora volveré. No me esperes a almorzar y ponte a la mesa sin mí.

No bien había llegado el banquero a su cuarto, cuando su mujer comprendió todo lo trágico de su situación. Nada podía suceder que fuera para ella más terrible.

El interrogatorio de los cobradores obligaría a Cocolin o a mentir o a decir la verdad.

Si decía la verdad, quedaba destrozada la vida de aquella mujer; si mentía, recaerían en él las sospechas, le acusarían, y tendría un porvenir lleno de amenazas.

— No puedo perder un momento; hay que parar cuanto antes este golpe de la fortuna...; voy a casa de Cocolin a explicarle lo que sucede, y buscaremos un medio de evitar el escándalo.

Era la decisión más prudente.

Vistiéndose en un instante y se fué a toda prisa a casa del cobrador.

Aquella mañana, Parisette, fatigada por todas las emociones de la víspera, se había quedado en la cama más tiempo que el de ordinario y el mismo Cocolin, el activo Cocolin, no había madrugado mucho.

Estaba afeitándose y tenía la cara

llena de jabón cuando llamaron violentamente a la puerta.

No pudo contener la expresión de su mal humor:

— ¿Quién vendrá a molestarnos a esta hora?

Sonó de nuevo la campanilla, más imperativa aún.

— ¡Voy! ¡voy! — gritó Cocolin desde su cuarto.

Y, brocha en mano, salió a abrir la puerta.

Cualquier visita hubiera podido esperar menos la de la señora de su principal, y quedóse confuso por haberse presentado ante ella con tan somero vestido y con el rostro embadurnado de jabón.

— ¿Cómo! ¿Usted aquí? ¿qué sucede?

La señora de Stefan no estaba muy tranquila al encontrarse así en la casa donde sabía que podía oírle la sobrina de su amigo.

— ¡Pronto, pronto! — dijo — no puedo contarle aquí todo lo que tengo que decirle.

Cosa muy grave debía de ser para que la señora de Stefan se hubiera molestado a aquellas horas; y Cocolin permanecía ante ella azorado, sin saber lo que hacer con la brocha, convenciéndose de lo ridículo de su situación e implorando que cuando menos le concediera unos instantes.

— No hay tiempo, Cocolin...; venga usted tal como está... No podemos perder un minuto.

— ¿Como estoy?... ¡No puedo acompañar a usted sin afeitarme!

— Sí, haga el favor, se lo ruego, se lo ruego; es preciso que antes de tres minutos hayamos salido de esta casa.

— Espere usted, espere, voy a despertar a Parisette... ¿y a decirle lo que ocurre.

— ¡No, no! querido Cocolin. Déjela dormir, que volverá usted en seguida. Vístase al momento y vámonos.

No había más remedio que obedecer.

Se lavó en un segundo, se puso el

traje de paisano de la vispera y, cinco minutos después, se hallaba en la escalera con la señora de Stefan.

Quiso pedirle algunas explicaciones; pero la joven, por toda respuesta, se lo llevó rápidamente a la calle, le hizo subir a un automóvil de alquiler y dijo al chofer:

— ¡A la estación de Montparnasse!

— Bueno, hable usted — dijo Cocolin, una vez que se hubieron instalado en el coche.

— ¡Pues bien! querido amigo, estamos los dos en una situación espantosa... Ayer, un cobrador de la casa de banca de Stefan cometió un asesinato en Neuilly. Mi marido acaba de ser llamado con urgencia al Palacio de Justicia, al despacho del juez de instrucción. Dentro de un rato van a preguntar a todos los cobradores de la casa de banca cómo emplearon la tarde de ayer...

Cocolin escuchaba con interés a su compañera; pero no parecía comprender por qué se hallaba tan alarmada.

— Lo siento — dijo — por la víctima; lo siento también por el empleado de nuestra casa que haya cometido el crimen: es un miserable...; pero yo no puedo hacer nada...

— No ha comprendido usted, Cocolin — replicó su amiga —. Si interrogan a todos los cobradores de la casa de banca, también le interrogarán a usted; ¿y qué va usted a contestar?

— ¿Que qué voy a contestar?... Pues... diré que estuve en casa toda la tarde.

— ¿Y su portera? ¿y sus vecinos? ¿y todos los que le hayan visto salir, aunque sólo fuera Parisette, que, dentro de una o dos horas, puede recibir la visita de los policías? ¿Cree usted que no habrá alguien que diga que salió usted ayer?

— Sin embargo, no podrán obligarme a hablar.

— En ese caso, si usted calla, le acusarán.

— ¡No se acusa así como así a la gente!

— ¡Ah! ¿lo cree usted así?... — exclamó la señora de Stefan —. Lo terrible, amigo mío, es que si acude usted ante el juez de instrucción se verá obligado a decir exactamente lo que ha hecho, y ya ve usted lo que sucederá... Su descubrirá toda mi vida...; se descubrirá la existencia de Lulú. En fin... un desastre.

Cocolin quedóse mudo un rato. Acababan de impresionarle los argumentos de la señora de Stefan y se percataba de la extrema gravedad de su caso. Acudía a su imaginación el mismo dilema que se había presentado a la mujer del banquero: o decir la verdad y comprometerla para siempre, o mentir e infundir sospechas del crimen.

En esas condiciones, las sospechas era la detención segura.

Inmediatamente entrevió la desesperación de Parisette, la deshonra de su apellido, a pesar de su inocencia... ¡Eso no era posible!

— ¡No! ¡No! — exclamó, como si hablase consigo mismo —. Hay que evitar el interrogatorio.

— Eso creo yo también — dijo la señora de Stefan.

— Pero, ¿cómo?

El automóvil acababa de parar en la estación.

Apeáronse ambos y entraron en un café, en donde prosiguieron en voz baja la conversación.

— ¿Cómo? — repelía Cocolin —. No veo más que un medio: huir.

Era una determinación peligrosísima.

Para la policía la fuga sería casi una confesión. Si, tras las investigaciones que emprendería el Juzgado, no encontrase a Cocolin entre los cobradores de la banca, la primera idea de los inspectores y del juez de instrucción sería que Cocolin era el criminal.

No escapó a la señora de Stefan esa objeción capital y al momento se la comunicó a su fiel amigo:

— Creo que lo mejor para usted y para mí sería que usted huyera; pero las consecuencias de esa huida podrían ser aún mucho más graves que su presencia y que el interrogatorio.

— Escuche usted, querida Julieta: lógicamente tiene usted razón... Claro está que si no me encuentran en casa sospecharán de mí. Pero indagando, indagando, supongamos que vayan hasta Gargán... allí Eulalia Parent dará datos muy concretos, dirá que un tal señor Bourgeois, que se parece extraordinariamente a Cocolin, fué a buscar a su sobrina... Si me interrogase el juez de instrucción, tendría yo que dar toda clase de detalles respecto de la existencia de esa niña. No estando yo aquí, la coartada bastará para que no me acusen y no tendré que precisar ningún detalle. Por consiguiente, abandonarán mi pista y acabarán por descubrir al verdadero criminal... y una vez que sepa yo que lo han descubierto — y de ello me tendrá usted al corriente — me presentaré. Entonces podré contar todo lo que me pase por la imaginación... Así, pues, no veo otro medio de sustraerme al interrogatorio, al cual respondería probablemente con gran torpeza y me expondría a comprometerla a usted.

La señora de Stefan comprendió que Cocolin razonaba acertadamente.

— Además — le dijo —, usted no es tonto y fácilmente encontrará un lugar donde nadie le conozca. Es más, aquí tiene usted dinero y puede ir a reunirse con Eulalia Parent y con mi hija Lulu al sitio donde residan; así estará yo más tranquila.

— Excelente idea, querida Julieta... Esta misma noche tomaré el tren para Marsella. Escriba usted inmediatamente a Eulalia Parent diciéndole el lugar a donde debe ir. Y en cuanto me dé usted la dirección, me reuniré con ellas. Sea usted prudente,

tenga mucho cuidado al darme sus instrucciones, no conserve ninguna de las cartas que yo le escriba..., pues podrían comprometernos.

— Puede usted irse tranquilo, que andaré con gran cautela.

— Creo que ya no tenemos más que decirnos — dijo Cocolin estrechándole las manos —. Conviene que esté usted en su casa lo antes posible, que se disculpe lo mejor que pueda con su esposo, si éste ha notado su ausencia, y que nada demuestre en su actitud ni en su conducta que tiene usted preocupaciones...

— Pierda usted cuidado, querido Cocolin.

— Le recomiendo a usted a Parisette, y sólo a usted... La pobre va a encontrarse sola en París, ya sabe usted qué clase de vida lleva. No tiene más compañero que Vernier, a quien quiere, y el cual hará todo lo posible por velar por ella...; pero, después de todo, es un muchacho muy joven y no puede dar a mi sobrina todo el apoyo moral que necesita... Mucho extrañará a Parisette mi salida, y supongo que si la policía va a visitarla quedará desconcertada la niña. Al menos, quisiera que usted pudiera consolarla, pues no es usted para ella desconocida, por cuanto hemos hablado mucho de usted... Además, su profesión de bailarina de la Ópera necesita una vigilancia discreta. Cuento con que usted la ejercerá..., no creo necesario decirle más.

— Puede usted tener plena confianza en mí... A Parisette no le faltará nada, y todo cuanto esté en mi poder para asegurar su tranquilidad moral y material le prometo, querido Cocolin, que lo haré.

Separáronse los dos amigos sin pronunciar una palabra más. Estaban de acuerdo.

En cuanto se quedó solo el cobrador, consideró con más calma la situación. Empezaba a ver los inconvenientes de aquella precipitada

fuga. No conocía ningún detalle del crimen de Neuilly, no sospechaba ni la intervención de Lapusse ni la astucia de Cuatro ojos. Por consiguiente, ni por casualidad se le ocurrió pensar que pudieran considerarle a él asesino de la señora de Germinot. Pero estaba segurísimo de que por espacio de algunos días se hablaría mucho de él. Hubo un momento en que se le ocurrió la idea de volver a la calle del Encheval para dar a Parisette algunas explicaciones acerca de su marcha y tranquilizarla, pues la pobre debía de hallarse con mortal angustia.

Mas pensó que sería una imprudencia, y que era preferible contar con que la señora de Stefan calmaría la ansiedad de su sobrina. Además, todo retraso en la ejecución de su plan sería nocivo para él.

Pagó lo que había tomado en el café, encaminóse a la estación y cogió el tren para Versalles.

Durante el trayecto examinó sus ideas y procuró ver si entre sus compañeros había alguno capaz de semejante crimen.

Los conocía muy bien todos, ninguno de ellos era capaz de cometer aquel asesinato, y esa observación personal contribuyó mucho a tranquilizar al pobre cobrador.

— Dentro de dos o tres días — pensaba — se convencerán de que el culpable no es ninguno de la casa de banca... Si en el curso del sumario se pronuncia mi nombre, en cuanto yo regrese me dejarán en paz... Por consiguiente, puedo irme con toda tranquilidad.

Ese era el razonamiento de un hombre honrado.

Pero no sospechaba que la justicia de los hombres no abandona fácilmente la presa que tiene y que a veces es más peligroso ser inocente que culpable cuando se tiene que tratar con la justicia.

III

EL REGISTRO

En el mismo instante en que Cocolin, para salvar a la señora de Stefan, se disponía a huir de la curiosidad de la policía, el señor Lapusse, acompañado de Cuatro ojos, bajaba, cual ciudadano pacífico, la escalera de la casa de la calle del Encheval.

Llevaba al hombro el idílico aparejo del pescador de caña y Cuatro ojos llevaba unas redes en la mano.

Al llegar a la portería, detuviéronse los dos hombres y bromearon un poco con la portera, la cual les dijo:

— ¡Que haga usted buena pesca, señor Lapusse!

— Eso no se debe decir nunca a un pescador... Porque le trae mala suerte.

— Entonces ¿qué habrá que decirle para que la suerte le sea propicia?

Fingiéndose gran discreción, Lapusse se inclinó al oído de la portera y le dio ciertas explicaciones que le hicieron soltar la carcajada.

— ¡Qué guason es usted! — dijo la mujer.

— ¡Caramba! me ha hecho usted una pregunta y le he contestado.

Iban a seguir bromeando, cuando en el umbral de la puerta aparecieron tres hombres, uno de los cuales, que parecía jefe de los otros, preguntó a la portera:

— ¿El señor Cocolin?

— En el cuarto piso, derecha.

El individuo que había dirigido esa pregunta miró a Lapusse y a Cuatro ojos con mirada rápida, pero escrutadora, y seguido de sus dos compañeros subió la escalera.

Instintivamente volvióse Lapusse y los siguió hasta el primer piso con la vista.

Saludó cortésmente a la portera y

así que estuvieron en la calle, dijo a Cuatro ojos:

— ¿No conoces esas caras?

— No.

— ¿No te dicen nada?

— Absolutamente nada.

— Pues bien, no tienes olfato.

¿Qué crees tú que son esos tres hombres?

— Algunos amigos de Cocolin.

— Le deseo muchos amigos como esos; pero los prefiero para él que para mí, porque has de saber que esos tipos son agentes de policía.

— ¿Cree usted?

— Estoy seguro.

Cuatro ojos sintió un escalofrío.

— ¡Si lo hubiera sabido!

— ¿Qué hubieras hecho? No vienen por nosotros, aunque si vienen por el crimen de Neuilly.

— ¡Sabe usted que se le ocurre una conversación muy rara cuando vamos de pesca!... ¿No podría hablarle de otra cosa?

— Nada te podría decir más divertido... En este momento tres hombres deben de estar examinando un traje que ayer te sentaba muy bien...

— ¡Bueno, bueno! dígame ahora si habrá muchos peces en el Marne.

Y desviando así la conversación, lo mejor que pudo, Cuatro ojos siguió con paso ligero a Lapusse.

Por lo demás, el viejo bandido no se había engañado en su juicio.

Los tres personajes que preguntaron donde vivía el cobrador eran efectivamente inspectores de policía.

Uno de ellos, el que los mandaba, era el mismo que había visitado a Stefan. Este le dio la lista de los empleados de la casa, la dirección de los cobradores, y después de llegarse a la Prefectura, donde pidió dos agentes para acompañarle, fué a casa del que figuraba en la cabecera de la lista: Cocolin, calle del Encheval, número 1.

Aun dormía Parisette cuando le despertó el campanillazo de los policías.

Creyó que sería algún proveedor y estuvo a punto de volver a dormirse; pero, en vista de que insistían en las llamadas, se levantó, púsose una bata y salió a abrir... Apenas había entreabierto la puerta, penetraron en la antesala los tres individuos.

— ¿Vive aquí el señor Cocolin?

— preguntó el inspector.

— Sí, señor... ¿Qué le quiere usted?

— Ahora se lo diremos... ¿Está en casa?

— ¿Pero a quién tendré el honor de anunciar?

— Le pregunto si está en casa.

Parisette, algo extrañada por aquella desfachatez, repitió firmemente la pregunta:

— Le pregunto a usted, caballero, que a quién anuncio.

El inspector y sus dos subordinados sacaron la tarjeta de la Prefectura.

La joven, sorprendida, respondió:

— En efecto, señor, debe de estar aquí, pero creo que aun estará durmiendo. Hemos vuelto anoche muy tarde, hemos charlado aquí mucho rato y estaba cansadísimo.

— Está bien, señorita, haga el favor de despertarle.

Parisette abrió la puerta del comedor y dió con los nudillos en la del cuarto.

— ¡Tío, tío! Preguntan por ti.

No obtuvo respuesta.

Entró en el cuarto de su tío.

Los tres hombres estaban detrás de ella. La habitación se hallaba vacía.

— ¿Cómo es, señorita, que pretendía que el señor Cocolin estaba durmiendo, y resulta que no está en casa?

— No sabía que hubiera salido. Al llamar ustedes, me han despertado, y es fácil que mi tío haya salido a algún recado mientras yo dormía. Sin embargo, no tardará mucho en volver.

— En primer lugar, ¿quién es usted, señorita?

— Soy Parissette, la sobrina del señor Cocolin.

— Venimos a practicar una diligencia particularmente delicada, y suplicamos a usted que no nos induzca a error... Va en ello su tranquilidad y la de su tío.

— Pero, señor, yo no puedo decirle a usted más que lo que ya le he dicho: mi tío vino anoche conmigo, estuvimos en una fiesta, regresamos tarde, y no sé a qué hora habrá podido levantarse... ni sé cuando ha salido...

El inspector hizo una seña a uno de los que le acompañaban y le dijo:

— Baje usted a preguntar a la portera si ha visto salir al señor Cocolin.

Y mientras bajaba el policía, el inspector siguió interrogando a la joven:

— ¿Sabe usted qué hizo ayer su tío?

— No me acuerdo exactamente de lo que me dijo a ese respecto, pero creo que fué al campo a pasearse, como suele hacer todos los sábados... Lo que sí puedo asegurarle es que volvió a eso de las siete, y a las nueve nos fuimos juntos a casa del señor Stefan, director de la banca donde está colocado mi tío, y estuvimos allí hasta la madrugada.

— ¿Y no le ha hablado a usted nada de lo que hizo por la tarde?

— No suelo interrogarle. Mi tío trabaja toda la semana; generalmente salimos juntos los domingos; pero los sábados, él tiene fiesta por la tarde, yo, en cambio, trabajo en mis clases de la Opera, así que está completamente libre.

— Tenga usted mucho cuidado, señorita, que sus respuestas son de suma importancia.

— Pero, en fin, señor, quisiera saber por qué han venido ustedes, puesto que aun no me lo han dicho.

En pocas palabras el inspector enteró a Parissette del crimen de Neuilly y de las sospechas que recaían en

todos los cobradores de la casa de Stefan, pues parecía cierto que el crimen había sido cometido por un cobrador de dicha casa.

Parissette, espantada al principio por la presencia de los tres policías y por su brusca actitud, fué recobrando poco a poco su calma cuando supo exactamente de qué se trataba, ya que estaba perfectamente segura de la inocencia de su tío.

En aquel momento, el agente que había bajado a la portera subió de nuevo y dijo al inspector:

— Dice la portera que no ha visto salir a Cocolin.

— ¿Y cómo así? Por lo visto no vigila la puerta.

— Sí, pero los domingos por la mañana tiene que limpiar el piso de un inquilino y sin duda el cobrador habrá salido mientras ella efectuaba esa limpieza.

— ¿Le ha dado a usted alguna indicación acerca de Cocolin?

— Lo tiene por un hombre honradísimo, por un inquilino de los más correctos de la casa. Dice que lleva una vida regular, que vive aquí hace varios años con su sobrina, que paga regularmente el alquiler..., en fin, que sólo tiene motivos para elogiarle... Por cierto que me ha dicho que muchos domingos sale Cocolin al campo.

— Por eso — dijo Parissette interrumpiendo — me extrañaría mucho que no volviera aquí dentro de un momento.

Entretanto, el inspector David registraba el cuarto de Cocolin, examinando atentamente todos los objetos que hallaba a su alcance.

Parissette, por la puerta medio abierta, veía los movimientos del policía, y sin querer asociaba en su imaginación la historia del marqués de Costabella que su tío le había revelado aquella misma noche y aquel súbito golpe de la suerte.

Al inspector empezaba a hacérsele largo el tiempo, y para distraerse,

dirigía de vez en cuando nuevas preguntas a la bailarina:

— ¿No sabe usted si entre los amigos de su tío hay alguno que habite en Neuilly o que tratase con la señora de Germinot?

— La vida que llevamos es sumamente sencilla y vemos a muy poca gente. Le repito que trabajamos cada cual por nuestro lado... No estoy enterada de los detalles de la vida de mi tío; pero puedo asegurar a usted que nunca va al café, y que aparte de Juan Vernier, violinista de Bobino, y que es uno de nuestros amigos, no tratamos con nadie.

— ¿Y no ha observado usted ninguna variación en la actitud de Cocolin?

— Absolutamente nada; es más, anoche tuvimos una conversación bastante larga sobre asuntos de familia, al volver aquí, y le aseguro que mi tío no estaba turbado ni inquieto en modo alguno.

Poco a poco el inspector parecía impacientarse.

— ¡El caso es que ya llevamos aquí cerca de una hora y Cocolin no vuelve.

— También me extraña a mí que tarde tanto: ese retraso no me parece natural.

En el cuarto contiguo, David miró unos papeles que estaban sobre la chimenea, revolvió discretamente algunos objetos, alzó las cortinas, inspeccionó las rinconeras, y de pronto vió una percha y sacó de ella el uniforme del cobrador.

Después de mirar las mangas, el cuello, los ojales y los botones, profirió de pronto un grito.

— ¡Hombre! ¡Esto sí que es raro!

El inspector, que estaba interrogando a Parisette, acercóse inmediatamente a su subordinado al oír la exclamación y le preguntó:

— ¿Qué ocurre?

— Una cosa sumamente grave: vea usted.

Y enseñó la levita de Cocolin, mostrándole el lugar donde parecía haberse arrancado un botón. El jefe no pudo contener una expresión de sorpresa.

— ¡Bien sospechaba yo que nos hallábamos en la buena pista! No hay duda posible: el botón que se ha encontrado en casa de la viuda de Germinot es el que falta en esta prenda de Cocolin... Y aquí, entre nosotros, le diré que esa ausencia, el mutismo de la joven y sus explicaciones tan vagas, me habían inducido ya a suponer que echábamos el guante al individuo peligroso... Ahora no cabe ya duda...; se trata únicamente de tener buen olfato y no dejar que se nos escape nuestra presa...

Volvió al comedor, en donde Parisette miraba a la calle por si veía volver a su tío.

Claro está que el policía guardó en secreto su descubrimiento, y con el acento más natural del mundo dijo a la bailarina:

— Me parece, señorita, que su tío debe de estar haciendo muy buenas provisiones... y seguramente se detendrá varias veces en el camino por lo mucho que le pesará su carga... ¿De veras no le ha dicho a usted nada?

Tal insistencia desagradó a Parisette, la cual protestó vivamente diciendo:

— ¡Dale, bola! no pretenda usted hacer creer que yo sé algo cuando nada sé... Soy la primera en sorprenderme de que no vuelva Cocolin y hasta le diré que me inquieta ese retraso... ¿Quiere usted que vaya a ver si por casualidad le encuentro en el mercado?

— No, señorita, no: no puedo dejarla salir... y prefiero esperar en su compañía la vuelta de su tío, que me parece bien negligente; por lo visto no se acuerda de que ya ha pasado casi la hora de almorzar...

Parisette no le escuchaba.

Estaba completamente embebida

en sus pensamientos y empezaba a entristecerse.

— ¡Dios mío — exclamaba en voz baja —, haced que el tío vuelva pronto, que no le haya ocurrido nada!

No sabía la joven que en el mismo

momento en que con tanto fervor rezaba, los policías tendían en derredor de su tío una red de la que no podría escaparse, y que se organizaba la persecución de Cocolin, que estaba ya camino de Marsella.

QUINTO EPISODIO

LA PISTA

I

EL REGISTRO

(Continuación)

El inspector estaba ya cansado de las tergiversaciones de la joven, que parecían pruebas seguras, si no de una culpabilidad, cuando menos de una complicidad voluntaria.

— Su tío no vuelve, y creo saber la causa. ¡Mire usted esto!

Y al decir esas palabras enseñó la levita de Cocolin a Parisette, que no comprendía para qué se la enseñaba.

— ¿No ve usted nada anormal?

— No.

— ¿Está usted segura?

— No veo nada.

— Le suplico que ponga un poco de buena voluntad.

— Le aseguro que atiendo todo lo que usted me dice...

— ¿Y no ve usted que falta un botón?

— Sí, pero a eso no le llamo cosa anormal.

— Falta el tercer botón.

— Sí.

— ¿Y no le dice eso nada?

— Nada.

El inspector sacó del bolsillo un botón igual a los demás que había en la levita de Cocolin y mirando a Parisette, dijo:

— Este botón, señorita, que ha sido arrancado del vestido de su tío, lo han encontrado en casa de la viuda de Germinot, la rentista asesinada en Neuilly.

Esa revelación desconcertó a Parisette; no obstante, la joven reaccionó al punto y dijo:

— No veo que eso pruebe nada, señor...

— No opina lo mismo la justicia... Este descubrimiento tiene extraordinaria importancia, y dentro de poco se convencerá usted de ello.

Parisette empezaba a temer seriamente para su tío y para ella las consecuencias de aquella visita policiaca que al principio había tomado por un simple requisito. Sin tener ninguna noción exacta de lo que ocurriría luego, comprendía que se iba tejiendo una trama en torno del desdichado Cocolin, de cuya inocencia no dudaba ella un momento.

Satisfecho de su primer triunfo, prosiguió el inspector un interrogatorio irritante, con esperanza de obtener algún dato nuevo.

— ¿No ha venido nadie, antes de llegar nosotros?

— Ya le he dicho a usted que no.

— ¿No han traído ninguna carta?

— No, señor... Ya le he dicho a usted que yo estaba durmiendo desde las tres de la mañana hasta el momento en que me han despertado ustedes al llamar.

Entretanto los subordinados del inspector seguían registrando los muebles.

Uno de ellos abrió el escritorio y revolvió lo que había dentro; de pronto exclamó:

— Aquí hay una cajita.

— Traígala — dijo el inspector. Aquella cajita, Parisette la había

visto la noche anterior llena de documentos de familia que le habían enseñado la misteriosa historia de su vida; había visto a su tío abrirla y cerrarla luego con aquellos recuerdos de lo pasado; y he aquí que de nuevo la tenía ante los ojos y se con-dolla al pensar que manos desconocidas iban a registrar aquellos documentos.

Pero con gran estupefacción, al abrirse la caja, vió que ya no había en ella papeles, sino alhajas.

— ¿Qué son estas joyas? — preguntó el policía.

— No lo sé.

El inspector no pudo reprimir una risa irónica.

— Señorita, sea cual fuere su discreción, le aseguro que le convendría a usted mucho no representar conmigo semejante comedia y hablarme francamente. Cuando le pregunto qué joyas son estas, no creo excederme en mis derechos, y su respuesta puede ser sumamente útil a su tío.

— Pero, señor, le juro que no sé a quien pertenecen estas alhajas — dijo Parisette —. Anoche no estaban en la caja, y puedo asegurarle que ésta se hallaba llena de documentos.

— No es posible que estas joyas hayan venido aquí milagrosamente; seguramente usted tiene también algunas...

— Sí, tengo sortijas, un collarcito, pero no tengo nada parecido a lo que usted me enseña.

Había, en efecto, un camafeo con una cadena de oro, un medallón y un collar de perlas, una pulsera que Parisette no había visto nunca.

— Ya ve usted, señorita, que ante su respuesta he de deducir que ha sido su mismo tío el que anoche ha puesto las joyas en el sitio de los papeles.

Esta vez Parisette replicó violentamente:

— Pero, en fin, señor, supongo que no sospechará usted que mi tío ha robado esas alhajas.

El policía se encogió de hombros y repuso:

— ¡Si sólo le acusasen de eso!

— Sin embargo...

— Eso sería lo de menos, señorita, y ya que es menester decirselo a usted todo y que su actitud exige que yo sea categórico, le diré que a su tío, no sólo se le acusa de haber robado doscientos mil francos de títulos, billetes, oro y plata, sino también... de haber asesinado a una rentista en la calle del Castillo, en Neuilly.

A estas palabras, la pobre muchacha se turbó y no pudo más que balbucir:

— ¡Eso no es verdad!... ¡no es verdad!... ¡Mi tío no puede ser ladrón y mucho menos asesino!

Y recobrando alguna fuerza, siguió diciendo:

— Todo lo que usted me dice es imposible. Comete usted un error, que luego tendrá que reparar... Tenga usted presente que no me he separado de mi tío en toda la noche de ayer..., que le conozco..., que no hubiera podido disimular él un solo instante sus impresiones, si hubiera tenido algo que echarse en cara... Sé toda su vida..., ha sido para mí un padre, y como padre le quiero... Y juro que es inocente.

— Pero, señorita — respondió el policía con una lógica que parecía evidente —, todo eso no lo debería decir usted, sino él... El debería estar aquí para proclamarlo, si no fuese culpable... ¿Cómo quiere usted que no le acusemos, ante las pruebas que tenemos...? Aquí está la levita a la que falta un botón, están estas alhajas en una cajita encerrada en su cómoda y que pertenecen a la rentista asesinada... Y por último, hay una cosa más grave: su ausencia... ¡Todo le acusa!

En efecto, los hechos no podían dar la razón a Parisette, la cual calló expresando poco a poco su emoción por dolorosos quejidos y sollozos.

El inspector y sus agentes siguieron registrando el piso.

El jefe cogió de la chimenea dos retratos de Cocolin, el uno que representaba el cobrador en su traje de trabajo y el otro que lo representaba vestido de paisano.

Luego llamó:

— ¡David!

— Jefe.

— Telefona inmediatamente a la Prefectura, que vigilen todas las estaciones.

— Perfectamente.

Encaminábase David a la puerta del piso para cumplir su misión, cuando un campanillazo hizo estremecerse a todos.

Parisette se había levantado, con el rostro lleno de alegría, diciendo:

— ¡El es! Ahora les contestará.

— Haga el favor de callar, señorita, y no se mueva.

El inspector jefe y sus dos agentes salieron del comedor, pusieron en la antesala para ver inmediatamente al que entrase, y uno de ellos abrió bruscamente la puerta.

Entró un hombre al que los tres policías agarraron sin darle tiempo a pronunciar una palabra.

Era Juan Vernier, el amigo de Parisette, que venía con el estuche de violín.

El desgraciado artista no se explicaba aquel inopinado ataque.

Parisette, que miró a la puerta del pasillo, exclamó:

— ¡Es Juan, señores!

El joven la miraba intentando adivinar lo que ocurría.

Mas no se turbó el inspector por aquella sorpresa y le dijo:

— A ver sus documentos.

— Pero... — dijo Juan que quería mostrarse algo quisquilloso.

El inspector, por toda respuesta, le presentó su tarjeta.

— No tenemos tiempo que perder, caballero, sírvase, pues, responder rápidamente a lo que le decimos. ¿Cómo se llama usted?

— Juan Vernier. Aquí tiene usted la tarjeta del Sindicato de músicos.

— Está bien. ¿Puede usted decirnos dónde se halla el señor Cocolin?

— ¡Cocolin!... Pues..., si no está aquí, no sé...

— ¿Sabe usted dónde pasó ayer la tarde?

— No podría decírselo.

— ¿Cuándo le ha visto usted por última vez?

— Anoche, a la una de la madrugada. Fui a esperar a Parisette a la calle de Courcelles, al terminarse la velada del señor Stefan; y la vi en compañía de su tío, y los tres juntos vinimos hasta aquí; yo me despedí de ellos en la puerta, como siempre, y volví a mi casa.

— ¿Nada más?

— Eso es todo lo que sé.

— Pero..., ¿cómo estaba Cocolin?

— Como siempre, señor. Hace mucho tiempo que conozco al señor Cocolin... y confieso que no noté nada de particular en sus actitudes... Pero, en fin, ¿a qué viene ese interrogatorio? ¿Qué sucede?

Parisette, que en aquel momento estaba al lado de su amigo, le dijo con voz temblorosa:

— Juan, estos señores acusan a mi tío de ser un asesino.

Y destrozada por la angustia, prorumpió en sollozos.

El joven protestó diciendo:

— El señor Cocolin es un hombre honrado... Puedo garantizar su perfecta honradéz.

Aquello no era decir nada. Si el relato hecho por Juan Vernier en cuanto a la noche de Cocolin estaba conforme con el de Parisette, no era lo bastante para ejercer una influencia cualquiera en la convicción que tenían ya los policías, que condujeron a los dos jóvenes al comedor, quedando David encargado de custodiarlos.

Su conversación no enseñó nada nuevo al agente.

A los pocos minutos volvió al comedor el inspector jefe, y dijo:

— Señorita, no tenemos nada que hacer aquí. Le ruego que nos siga a la Prefectura, pues su declaración y la del señor Vernier interesarán particularmente al jefe de policía, que es quien se cuida del sumario.

No respondió Parisette. Levantóse maquinalmente, se fué a su cuarto, se vistió a toda prisa, y salió como una prisionera acompañada de los policías, en tanto que el pobre Juan intentaba en vano consolarla.

En cuanto hubo conducido a Parisette a la Prefectura, el primer cuidado del inspector fué trasladarse a casa de Stefan.

El banquero y su mujer tomaban café en el comedor, cuando entró un criado diciéndole que preguntaba por él el caballero que había estado por la mañana.

— El inspector de policía — dijo Stefan levantándose.

Y al punto fué al despacho donde estaba el inspector.

De nuevo empezaron los tormentos de la señora de Stefan, que se habían calmado algo desde que volvió a su casa.

Sin poderse contener, corrió a escuchar detrás de la puerta en que se hallaban los dos hombres y oyó lo siguiente:

— Vengo a comunicarle el resultado de las pesquisas que hemos hecho esta mañana... Creo que tenemos los hilos esenciales de la intriga: el culpable es un cobrador de su casa llamado Cocolin.

— ¡Cocolin! — exclamó Stefan —, ¿no es posible!

— Todo le acusa... El botón que encontramos ayer falta a su levita; además, en una caja que había en la cómoda de su casa hemos encontrado alhajas que pertenecían a la víctima; y, por añadidura, y esto es lo más grave, Cocolin ha desaparecido.

La señora de Stefan procuraba no perder una palabra.

— Como el crimen no se ha descubierto hasta esta mañana, no han hablado de él los periodistas. En este momento, nadie sabe que en Neuilly han asesinado a una rentista, nadie, más que usted y los interesados directos de la calle del Castillo. Por consiguiente, si Cocolin ha desaparecido es porque sabía el crimen.

El razonamiento no admitía réplica, por lo cual Stefan se limitó a decir:

— En efecto.

— A menos que usted se lo haya dicho a alguien.

— No he hablado de ello a nadie...

¡Ah, sí a mi mujer...

— ¿Su señora conocía personalmente a Cocolin? — preguntó el inspector.

— Conocía a Cocolin como le conocen todos en mi casa de banca, quizá un poco más, porque mi mujer, debo decirlo, antes de casarse conmigo era mecanógrafa en mi casa, y creo que trataba frecuentemente con el cobrador, a quien veía todos los días... Y, si quiere usted interrogarla...

— Con mucho gusto.

Antes de que la señora del banquero tuviera presencia de ánimo para retirarse del sitio de donde escuchaba, abrió Stefan la puerta del comedor y se detuvo estupefacto al ver frente a él a su esposa muy azarada.

— ¿Qué hacías aquí? — le preguntó.

Ella recobró inmediatamente su sangre fría e intentó sonreír, contestando con acento de chiquilla curiosa:

— Estaba escuchando detrás de la puerta...

— ¿Y lo has oído todo?

— No..., muy poco..., pero ya sé vagamente de qué se trata.

— El inspector quería interrogarte.

— ¿A mí? ¿Para qué? Si yo no sé nada, lo ignoro todo. ¿Qué voy a decir al inspector?

— Haz el favor de no gritar de ese modo; pareces muy agitada..., cualquiera creería...

— No estoy agitada... ¿yo?... En fin..., no sé nada.

— Así y todo, ven.

Negarse a aquel interrogatorio equivalía a confesar que se hallaba al corriente de cosas que no quería decir. Por lo tanto, siguió a su marido.

Previos los saludos de costumbre, preguntó el inspector a la señora:

— ¿Conoce usted a Cocolin?

— Sí, señor. Es muy buen hombre. No creo que se pueda encontrar otro empleado más honrado.

— ¿Le ha enterado su esposo de la acusación que peso contra él...? Esta mañana se sospechaba de los empleados de la casa de banca Stefan; pero ahora tenemos la seguridad o casi... en fin, se acusa a Cocolin de haber asesinado a una rentista en Neuilly... Y, sobre todo, hay un hecho inexplicable, si no fuese criminal ese cobrador; su marcha. De no ser el asesino él ¿quién le habrá enterado del crimen? ¿no será usted, quien... haya cometido alguna indiscreción?

— No he podido cometerla, señor.

— ¿No le ha telefonado usted?

Intervino Stefan para decir:

— Cocolin no tiene teléfono en su casa.

El inspector insistió:

— Pero no le ha avisado usted, señora, por cualquier procedimiento, del asunto de que le ha hablado su marido.

— No he salido en toda la mañana.

El policía dió las gracias, se disculpó, saludó y se fué.

El matrimonio Stefan, al quedarse solo, no habló del interrogatorio hasta el momento en que entró un criado diciendo:

— Un chico trae un saquito que la señora se ha dejado olvidado.

La frase más trágica que pudiera interrumpir una conversación no produciría más efecto en la señora de Stefan que aquel simple anuncio.

Afortunadamente, el banquero no se enteró en aquel momento.

— Que pase.

Llegó el botones de un café que traía envuelto en un papel un maletín.

— Aquí tiene el saquito que se ha dejado olvidado esta mañana en el café de la estación de Montparnasse... Dentro de él hemos encontrado una factura con su dirección de usted, un pañuelo y unas llaves...

La señora de Stefan le interrumpió en seguida; cogió el objeto de sus manos, su marido dió una propina al chico, que se marchó al momento, y volviéndose luego a su mujer, le dijo:

— ¿Por qué has mentido, Julieta, diciendo que no habías salido esta mañana?

— No te lo he dicho a ti, sino a ese policía que me fastidiaba.

— Pues es grave no decir la verdad a la policía... ¿Y cómo es que han encontrado tu saquito en la estación de Montparnasse?

Sin bajar la vista, con un aplomo de que ella misma se sorprendía, repuso la señora de Stefan:

— He ido a misa y seguramente en la iglesia o al salir de ella me habrán robado el saquito. El ladrón ha debido de coger el dinero que había dentro, ya que el chiquillo que lo ha traído ha dicho que había solamente una factura, un pañuelo y unas llaves. Y después de llevarse lo que le interesaba, el individuo habrá dejado el saquito en alguna silla del café... Eso es lo que yo supongo... Me parece lo más natural... No vayas tú a imaginarte otra cosa.

— Yo no me imagino nada... Pero, reconocerás que desde el crimen de Cocolin, uno puede suponerlo todo...

II

MARÍA... PARISETTE...

En tanto que se desarrollaban esos acontecimientos, cuyas consecuencias completas no se podían prever aún, el marqués Joaquín de Costabella, en sus habitaciones del Hotel Crillon, esperaba la llegada de Cocolin y Parisette, según le habían prometido.

Al regresar de la velada de los Stefan, en vano intentó dormir el pobre portugués.

Toda la noche estuvo paseándose por el cuarto, encantado y ansioso a la vez.

Encantado por la aparición de la joven bailarina que le recordaba las felices horas de la vida de María; ansioso por saber cómo se explicaría el doble enigma de aquella presencia y de aquel parecido.

No podía creer que momentos después tendría ante sus ojos a aquella a quien había visto la víspera, que podría abrazar a la joven que evocaba en él toda su felicidad de otro tiempo.

Necesitaba decirsele a aquellos a quienes consideraba como sus allegados y que habían compartido sus angustias, necesitaba decirles que se había obrado un milagro.

Llamó a Manuela y cuando ésta acudió al salón en que iba a recibir a la joven, extrañóse la criada al ver la cara de satisfacción de su amo.

No dió tiempo a que le interrogase la buena mujer.

— Manuela, hay que comprar flores, muchas flores, porque vamos a celebrar una gran fiesta.

— Ya no hay ninguna fiesta para nosotros — respondió la criada.

— Sí..., Manuela..., cuando la veas no creerás a tus ojos.

— ¿Cuándo la vea? ¿A quién?

— A ella, a Parisette.

— ¿A Parisette?

— Sí, tú no sabes..., escúchame...

figúrate que estuviese viva María...

— Viva está, desde luego, al lado del Señor... ¿Quién se atrevería a negar la entrada de alma tan pura en el Paraíso?

— Quiero decirte que te figuras que María va a revivir a nuestro lado.

— Eso, desgraciadamente, es imposible.

— Y sin embargo, es la verdad

— dijo el señor Costabella —. He visto a María como te estoy viendo a ti.

La criada miró con espanto al anciano.

Con frecuencia le había visto en un estado de exaltación rayano con la locura.

¡Cuántas veces, después del drama del convento de Salamanca, le había encontrado en la biblioteca del castillo, espionando por la ventana la llegada de no se sabe qué fantasma!

Así, pues, la criada tenía alguna alucinación del pobre anciano, e intentó desvanecer la esperanza de su amo, pues la juzgaba insensata.

— Debería usted descansar, señor. No ha querido dormir en toda la noche, pues le he oído pasearse constantemente, y así se perjudica usted mucho...

— ¿No me crees?

— Sí..., pero...

— ¿Te figuras que estoy soñando o que me invento lo que digo o que divago?... Pues te aseguro, te juro que en Parisette he visto las mismísimas facciones de María... Cuando la divisé, estaba bailando, y no quise rendirme a la evidencia. Fui a verla, la tuve a mi lado, la besé...

— ¿Que la ha besado usted? — repitió Manuela.

— Sí..., la he tenido en mis brazos..., me ha hablado, estaba con su tío... y éste me dijo que vendrían hoy por la mañana.

Miró el reloj.

— Dentro de dos horas estarán aquí... Así, pues, no tienes tiempo

que perder... Vete a comprar rosas...

— Pero, señor...

El anciano se impacientaba.

— Te lo ordeno, Manuela.

La sirvienta obedeció.

— Y di a Cándido que venga.

Acudió el sordomudo así que se hubo marchado Manuela.

El señor de Costabella cogió un retrato de María e intentó explicar el milagro a aquel criado, que hacía esfuerzos por entenderlo.

En realidad, Cándido quedó más convencido que Manuela de que su amo padecía un ataque de locura; y considerándose impotente para poder serle útil se retiró.

Una vez a solas, el marqués contempló el retrato de María vestida de novicia, acostada en su lecho de muerte. Una oleada de trágicos recuerdos acudía a su memoria. Pero, como si aquella visión penosa fuese borrada por otra muy alegre, animáronse los ojos y repetía a media voz: «María... Parisette...»

Tras una hora de ausencia, volvió Manuela con los brazos cargados de flores.

— ¿Estás convencida ya? — le preguntó el anciano.

— Sí — respondió la mujer, sin querer insistir.

Y puso rosas, lilas y claveles en los floreros y dejó solo a su amo.

El señor de Costabella se había sentado junto a una elevada ventana que daba a la Plaza de la Concordia. Desde allí vigilaba los movimientos de la calle e intentaba divisar la tan ansiada figura.

El tiempo transcurría demasiado lento para él; a cada momento creía ver a la joven y se asomaba al balcón.

Ya había pasado la hora fijada por Cocolin.

¿A qué se debería aquel retraso?

Sin embargo, Cocolin se había mostrado muy afirmativo. No era aquello una impostura.

Joaquín llamó a la criada y le dijo:

— Manuela, no viene María.

— Ya se lo he dicho yo, señor. A veces se forja usted unas ideas... se excita usted demasiado...

— El caso es que no me ha mentido al decirme que vendría... ¿qué interés tendría en mentir?

— Le vería a usted muy conmovido... y acaso, por compasión... Además, una bailarina... una artista...

El señor de Costabella protestó:

— No hables mal de ella, hija mía; cuando la veas...

— Sí, pero ¿cuando la vea?

Eran más de las doce del mediodía y nadie se había presentado.

Después de todo — pensaba —, ¿por qué no pregunto a Stefan la dirección de Cocolin? El banquero debía de saber dónde habitaba su empleado. Y así, el anciano iría a su casa y sabría exactamente lo que pasaba.

Cualquier cosa era preferible a aquella incertidumbre.

Pidió comunicación con el banquero, el cual le dijo por teléfono:

— ¿Pregunta usted las señas de Cocolin?

— Las necesito con toda urgencia.

— Me es muy difícil dárselas hoy.

— ¿Sería indiscreto preguntarle por qué?

— Sí..., es decir...

Stefan no estaba enterado de la entrevista de Costabella con Parisette y no se explicaba por qué se tomaba tan repentino interés el marqués por la bailarina.

Su primer sentimiento fué que el anciano se habría enamorado también de la bailarina, y esto le indujo a tener celos.

Como el marqués iba notando su turbación, le preguntó Stefan:

— ¿Puedo saber lo que desea usted a Cocolin?

Costabella explicó en pocas palabras lo que había acaecido la víspera y la alegría que había experimentado.

— Pues bien, amigo mío — respondió el señor Stefan —, permítame decirle que las noticias que puedo

darle de Cocolin y su sobrina son bastante tristes.

El anciano no pudo reprimir una exclamación dolorosa.

— Hable usted, por favor...

— En estos momentos la joven está en manos de la justicia.

— ¿De la justicia? ¿y por qué?

— Está sufriendo un riguroso interrogatorio.

— ¿Pero, es cierto eso?

— Certísimo, desgraciadamente, y además muy grave.

— Pero ¿de qué se trata?

— Su tío Cocolin se ha fugado.

— Pero si le he visto yo anoche a las doce y quedó en venir aquí hoy a las diez...

— Pues no irá..., porque nadie sabe dónde está.

— ¿Pero qué ha pasado?

— Ha dado un mal golpe del cual soy yo indirectamente la primera víctima... Se le acusa de haber asesinado a una anciana en Neuilly... ¿No ha tenido usted noticias de él?

— No, absolutamente ninguna... ¿pero y su sobrina?

— De su sobrina no sé nada.

— ¿Pero no acaba usted de decirme que la está interrogando la justicia?

— ¡Naturalmente!... porque al menos ella sabrá dónde pasó ayer la tarde mi empleado.

— ¿Y qué podríamos hacer por ella?

— Ahora, absolutamente nada; hay que esperar a que terminen las primeras investigaciones.

Stefan había hablado categóricamente. Y es que tenía el propósito de no dejar que se cuidara nadie de la joven para tener así ocasión de serle útil y acercarse de nuevo a ella.

— Supongo que usted no creerá en la culpabilidad de Cocolin — dijo el señor de Costabella —. Creo que

hace muchos años que está empleado en su casa y que usted lo conoce...

— Sí, por cierto.

— En ese caso, es imposible que haya cometido un crimen... Lo que puedo asegurarle es que anoche no tenía la actitud de un hombre que acaba de cometer un crimen.

— La verdad, yo no sé a qué atenerme... tenía gran simpatía personal a Cocolin; era un empleado excelente; no puedo menos de reconocerlo; pero todo parece acusarle, y he de manifestar a usted que no quiero meterme más en este asunto, bastante molesto ya para mí y para mi casa.

— Ya me hago cargo... Sin embargo, como no puedo dejar sola a Parisette en esta circunstancia, ¿quiere usted hacer el favor de darme las señas que le he pedido?

— Cocolin vive en la calle del Encheval, número 1.

Costabella dió las gracias a Stefan, colgó de nuevo el aparato y sumamente conmovido, sin dar explicaciones a Manuela, que se extrañaba de aquella brusca partida, fué en coche al domicilio del cobrador, a donde llegó cuando ya estaban terminadas las operaciones de la policía.

Encontró a la portera absolutamente desconcertada, no sabía ésta qué decir ni qué hacer, y sus exclamaciones y sus gemidos nada nuevo le comunicaron, a no ser que Parisette se había marchado con los inspectores de policía y con su amigo Juan Vernier, que solía ir a visitarla con regularidad.

Lo más probable es que se debieron de llevar a Parisette a la Prefectura.

Y esa fué la dirección que Costabella dió a su chofer al volver a montar en el automóvil.

UNA ASOCIACIÓN QUE SE DESMIEMBRA

Lapusse y Cuatro ojos fueron bastante de prisa a La Varenne con sus amigos de pesca.

Llegaron a esa localidad con bastante retraso; y como iban más que nada para olvidar las pequeñas contrariedades de su agitada existencia, procuraron mitigar sus penas en las distintas tabernas que hay a la orilla del agua, haciendo frecuentes libaciones.

A Lapusse no le disgustaba que Cuatro ojos se embriagase, porque esa embriaguez favorecía sus más secretos deseos.

Eran ya las doce del mediodía cuando Cuatro ojos echó la caña al agua y Lapusse creyó conveniente hacerle esta observación:

— Mucho me gusta la pesca; pero creo que ha llegado la hora de reponer algo nuestras fuerzas. Al menos, en lo que a mí se refiere; porque tú debes estar ya bien nutrido con los aperitivos que has tomado... Pero, como trabajaste bien ayer, quiero premiarte convidándote a un magnífico banquete.

— ¡Gracias, señor Lapusse!

— Ya sabes que mi generosidad no tiene límites y que me gusta complacer a todo el mundo, incluso a los ingratos.

— Es usted demasiado bueno, señor Lapusse.

Cinco minutos después de ese diálogo, ambos hombres estaban cómodamente instalados en un cenador, a la orilla del río, ante una mesa muy bien provista.

No faltaba nada.

Cuatro ojos continuaba con feroz apetito y con su sed inextinguible. A cada momento dejaba de comer para hacer ciertas reflexiones a Lapusse, que fingía no oírle y que comía y bebía muy sobriamente, para

seguir con mucho método el plan que se había trazado.

Cuando tomaron el café y les sirvieron los licores, Cuatro ojos, que refunfuñaba entre dientes, se decidió a levantar la voz y exclamó:

— ¡Viejo pillo!

El piropo hizo estremecer a Lapusse, que miró en torno suyo para cerciorarse de que nadie podía oír el comienzo de un discurso que prometía no ser muy agradable.

No había nadie por allí y dejó expansionarse a Cuatro ojos.

— ¡Viejo bandido! — volvió a decir Cuatro ojos —. Ha llegado la hora de ajustar cuentas... Desde ayer, me está usted dando paseos en coche, en tren o a pie, pero sin querer darme un céntimo... Esta situación no puede prolongarse... Dáme usted mi dinero... Diez mil francos, veinte mil, cincuenta mil, lo que sea; pero necesito dinero; de lo contrario... chillaré... ¡Quiero dinero! ¡quiero mucho dinero!

— Es natural, como has bebido mucho todo lo ves doble.

— Puede ser; pero no crea que yo he dado semejante golpe para que usted se divierta a mis expensas.

El único modo de calmar aquel energúmeno, pensaba Lapusse, era acabar de emborracharlo.

Como su acólito no pronunciaba una frase sin beber, no tardó en tomarse varias copas de champaña.

A la quinta copa, ya no era tan ruidosa su elocuencia.

A la sexta, calló Cuatro ojos. Estaba a punto para oír las frases cada vez más amables y conciliadoras de su interlocutor, que le decía:

— Voy a pagar la cuenta; procura que no se fijen mucho en ti, pues pareces algo fatigado, pero estás en excelentes disposiciones para pescar... A ti la pesca te gusta mucho más de lo que parece...

— No sé si me gustará la pesca tanto como usted dice, lo que sí sé es que voy a echarme en la hierba y

dormir un ratito, porque tengo sueño; además, que no estoy para pescas; en primer lugar, veo cuatro cañas... Así que, le acompañaré un rato, pero a condición de que me deje dormir.

— Haz lo que quieras, querido; pero ven conmigo.

Los dos hombres siguieron por un sendero, que se extendía a lo largo del río. Cuatro ojos iba delante, vacilando peligrosamente, tan peligrosamente que por poco se cae al agua.

Lapusse intervino a tiempo para retenerle asíéndole del brazo y le dijo:

— Si no andas con más cuidado vas a tomar un buen baño, y después de comer no suelen sentir bien los baños.

José, que aun no había perdido del todo el conocimiento, respondió sonriendo:

— Tal vez no le disgustase a usted que yo me ahogara.

— ¿Ahogarte? No es posible, un acrobata como tú debe de saber nadar muy bien.

— No he nadado en mi vida.

— ¿Es verdad?

— Lo que le digo, Nunca he tenido ocasión de aprender.

Lapusse calló un instante; se detuvo a la orilla del agua y luego siguió diciendo:

— Amigo Cuatro ojos, siempre te he dicho que eres demasiado joven... Crees que tienes mucha experiencia... Indudablemente tienes muy buenas cualidades; pero te falta una...

— ¿Cuál? — preguntó el joven.

— Saber nadar, y te aseguro que un hombre que se halla en tu situación es lo primero que debía de haber aprendido.

Y al decir estas palabras, de un simple empujón, Lapusse tiró a Cuatro ojos al agua.

José profirió un grito, que pronto quedó apagado.

Lapusse, con mirada indiferente al principio, burlona luego, contempló

el espectáculo de aquel baño forzado sin hacer el menor movimiento ni pronunciar una palabra.

Estaba seguro de lo que hacía.

Después de la comida que habían tomado y de las numerosas libaciones, no tardaría la congestión en acabar con su cómplice.

Dos o tres veces vió salir del agua un brazo o un pie; pero poco después desapareció todo y todo quedó en silencio.

Cuatro ojos se había ahogado.

Previos algunos pensamientos guasones respecto de la suerte de los cómplices peligrosos y de los jóvenes presumidos, y después de comprobar que nadie había visto aquella escena, Lapusse desanduvo el camino que acababa de recorrer con Cuatro ojos, y cuando llegó a unos cincuenta metros del lugar en donde había desaparecido el desgraciado, gritó:

— ¡Socorro! ¡Socorro!

No obtuvo respuesta. Aquel silencio impresionó favorablemente al criminal, quien esperó unos segundos más y gritó de nuevo:

— ¡Socorro, socorro, socorro!

Tuvo que desgañitarse dos minutos más, hasta que, al fin, vió dos o tres personas que respondían a su llamamiento.

— ¿Qué ocurre? — preguntaron éstas.

— ¡Una catástrofe!... Mi amigo José acaba de caerse al agua... ante mis ojos.

Un pescador se arrojó inmediatamente al lugar que señalaba Lapusse, cuyos ojos acababan de llenarse de lágrimas, en tanto que el agente de negocios contaba a todo el mundo que aquel terrible drama podría costar la vida a su joven empleado a quien quería como a un hijo.

— ¡Si no fuera yo tan viejo, ya me hubiera echado al agua hace un rato!... pero no sé nadar... y hubiera habido dos víctimas en vez de una.

Las personas que habían acudido

deploraban la desgracia y procuraban consolar al pobre Lapusse.

Cuando regresó el valiente salvador dijo que no había visto absolutamente nada.

Y Lapusse, entre sollozos, diciendo que se quedaba solo en el mundo, añadió que iba a dar cuenta del hecho a las autoridades. Pero no entraba en los propósitos de Lapusse meter a la policía en sus confidencias.

Encaminóse tranquilamente a la estación de La Varenne y tomó allí el primer tren para París.

Cuando llegó a la plaza de la Bastilla anochecía... Lapusse se frotó las manos... No había perdido el día... se había desembarazado de un individuo comprometedor y se quedaba para él solo una fortuna que le daba muchas esperanzas.

¿Quién podría saber ya que el crimen de Neuilly lo había perpetrado la asociación Lapusse-Cuatro ojos?

El único testigo molesto yacía en el fondo del río; y la única persona de quien se pudiera sospechar que hubiese cometido el crimen era un cobrador de la calle del Rneheval, Cocolin, que nunca se imaginaria que todas las desgracias que le aabrumban eran debidas a la astucia y habilidad de su vecino, el respetable agente de negocios señor Lapusse, muy considerado en todo su barrio.

IV

UN VIAJE QUE ACABA MAL

Verdad es que Cocolin no pensaba para nada en Lapusse.

Ni un solo instante llegó a ocurrírsele la idea de tal maquiavelismo en el alma de su vecino.

Cocolin había tomado el tren como se lo había prometido a la señora de Stefan en la estación de Montparnasse, y llegó a Versalles con inten-

ción de volver luego a París para tomar allí el tren de Marsella.

Había que proceder con cautela, porque era indudable que vigilarían todas las estaciones, y por mucha que fuera la destreza del cobrador, no pasaría inadvertido a las miradas de los inspectores encargados de vigilar a los viajeros.

Así, pues, tomó un tren para Jubbis, otro de Jubbis a Villeneuve-Saint-Georges y un tercero de esa localidad a Montereau.

Al llegar a este último pueblo no tenía más que esperar el paso del tren para la Costa Azul.

Y aun le parecían pocas al pobre hombre todas estas precauciones; tanto que pensó adoptar algún disfraz, o cuando menos dar una ligera transformación a su persona.

No podía pensar en comprar otro traje, pues esto sería un argumento para la policía.

Era, pues, preferible, según él, deformarse un poco el rostro para que nadie pudiera reconocerle si por casualidad la indiscreción llegaba hasta a examinar de cerca todas las fisonomías.

Compró una libra de manzanas, que se comió durante las largas horas de espera en las estaciones, y se guardó una que luego se la metió en la boca y la aplicó contra el carrillo izquierdo para dar el cambio a los que pudieran viajar con él.

Se puso en la cara un enorme pañuelo de hierbas ferrado de algodón, y cuando subió en Montereau en un vagón de tercera clase, un viajero que se hallaba instalado allí no pudo menos de pensar:

— ¡Pobre hombre, qué dolor de muelas debe de tener!

A más de esto, Cocolin, que ponía una cara muy compungida, enjugábase de cuando en cuando una lágrima furtiva, como si el dolor fuera tan intenso que le hiciera llorar, y a las más ligeras sacudidas del tren profería gemidos que partían el alma,

tanto, que su compañero de viaje, que parecía un tratante en ganados y no debía de enternecerse fácilmente, le preguntó con voz compasiva:

— ¿Le duele a usted mucho?...

— ¡Ay, señor! ya llevo cuatro días con este dolor de muelas; y lo peor es que tengo que pasar toda la noche en este tren y no encontraré dentista hasta dentro de veinticuatro horas.

Y sobre ese tema siguió la conversación, interrumpida a ratos por los lamentos y gemidos del pobre cobrador.

Para hacerse aún menos visible a los ojos de los más perspicaces, Cocolin se encasquetaba el sombrero hasta los ojos y se acurrucaba cuanto podía en el rincón de su compartimiento.

¿Quién reconocería en aquel personaje, agitado por estremecimientos dolorosos, al alegre tío de Parisette, al jovial cobrador que animaba la Banca de Stefan, o tan siquiera a aquel de quien se sospechaba que había cometido el crimen más horrendo?

El tren tenía muchas paradas.

Llegada la noche, el compañero de viaje de Cocolin se quedó dormido, y cuando el cobrador hubo oído los primeros ronquidos de aquel hombre se quitó de la boca la manzana que le fatigaba los músculos.

Exhaló un suspiro de desahogo, sacó de un paquete que tenía al lado una botella de vino y pan, y después de tomar un bocadillo, contó el dinero que llevaba en la cartera.

Hasta aquel momento no había tenido la curiosidad de saber lo que le había dado la señora de Stefan.

Vió que tenía en el bolsillo tres billetes de mil francos.

Y después de recobrar su actitud para evitar toda sorpresa, procuró dormir.

Pero acudía a su imaginación todo cuanto le habían dicho y todo cuanto había hecho aquel día.

— Con estos tres mil francos, pensaba, buscaré un rinconcito discreto,

y podré permitirme el lujo de pasarme una temporada a la orilla del Mediterráneo, hasta que descubran la verdad, pues es imposible que dejen de descubrirla. Y tal vez a estas horas hayan encontrado ya al asesino, lo cual simplificaría todo. En Marsella compraré periódicos y así veré lo que se piensa y lo que se dice en París.

No pensaba el pobre que en el momento de hacerse esas reflexiones no se hablaba en todo París más que de Cocolin, del crimen ejecutado con horrenda sangre fría y del alma criminal de aquel cobrador que, para satisfacer sus vicios, no había titubeado en convertirse en asesino, después de veinte años de buena conducta.

[Cuántas cosas ignoradas descubrieron]

Pisoteaban todo su pasado, toda su existencia. Los menores hechos de su infancia adquirían proporciones considerables.

Y así continuó el viaje toda la noche y parte del día siguiente.

Al terminarse el día, Cocolin dormía a pierna suelta, y su compañero de viaje le examinó de pronto con particular atención.

Tenía ante sí aquel pobre hombre flaco y fatigado que no se movía, y en cuyo bolsillo, muy abierto, veía una cartera que parecía muy bien provista.

El supuesto tratante en ganado registró delicadamente la chaqueta de Cocolin, sustrajo la cartera, se la guardó en el bolsillo, y aprovechando la parada del tren en una estación sin importancia, apeóse de él y se encaminó a donde le llamaba su destino de ladrón profesional.

El tren siguió rodando. Entró en el vagón el interventor y pidió a Cocolin el billete.

El desgraciado, que seguía durmiendo, no respondió.

Insistió el interventor y entonces se despertó súbitamente Cocolin, se

restregó los ojos y empezó a buscar el billete por todas partes, hasta que el empleado, riéndose de su turbación, le dijo que lo tenía entre la cinta y el fieltro del sombrero; se lo taladró y se marchó.

Así que hubo salido el interventor, Cocolin buscó instintivamente la cartera para guardar en ella el billete.

Vió que estaba vacío el bolsillo.

De momento, ni siquiera pensó que le habían podido robar.

Pero, al fin, al no encontrar nada después de buscar en torno suyo, debajo de los asientos y en las redes, tuvo que rendirse a la evidencia y se acordó de que su compañero no tenía tan buena cara como creyó en un principio.

El pobre hombre estaba sin un céntimo, situación que siempre es triste para cualquiera; pero que era particularmente trágica para Cocolin. En efecto, al llegar a Marsella no podía dirigirse a la policía, pues eso sería verse precisado a descubrir su verdadera personalidad, cosa que ni quería ni podía hacer.

Todo el plan construido por la señora de Stefan quedaba demolido de pronto.

¿Cómo avisaría a su amiga el robo

del vagón? ¿Y cómo le pediría más dinero?

El recibir la señora de Stefan un telegrama equivaldría a tener que revelar el misterio de su vida y obligarla a explicaciones que no podía dar.

Tampoco podía dirigirse a Eulalia Parent, que seguramente no comprendería nada de su telegrama.

Así, pues, se veía en medio de la calle, sin recurso alguno y en muy desagradable situación.

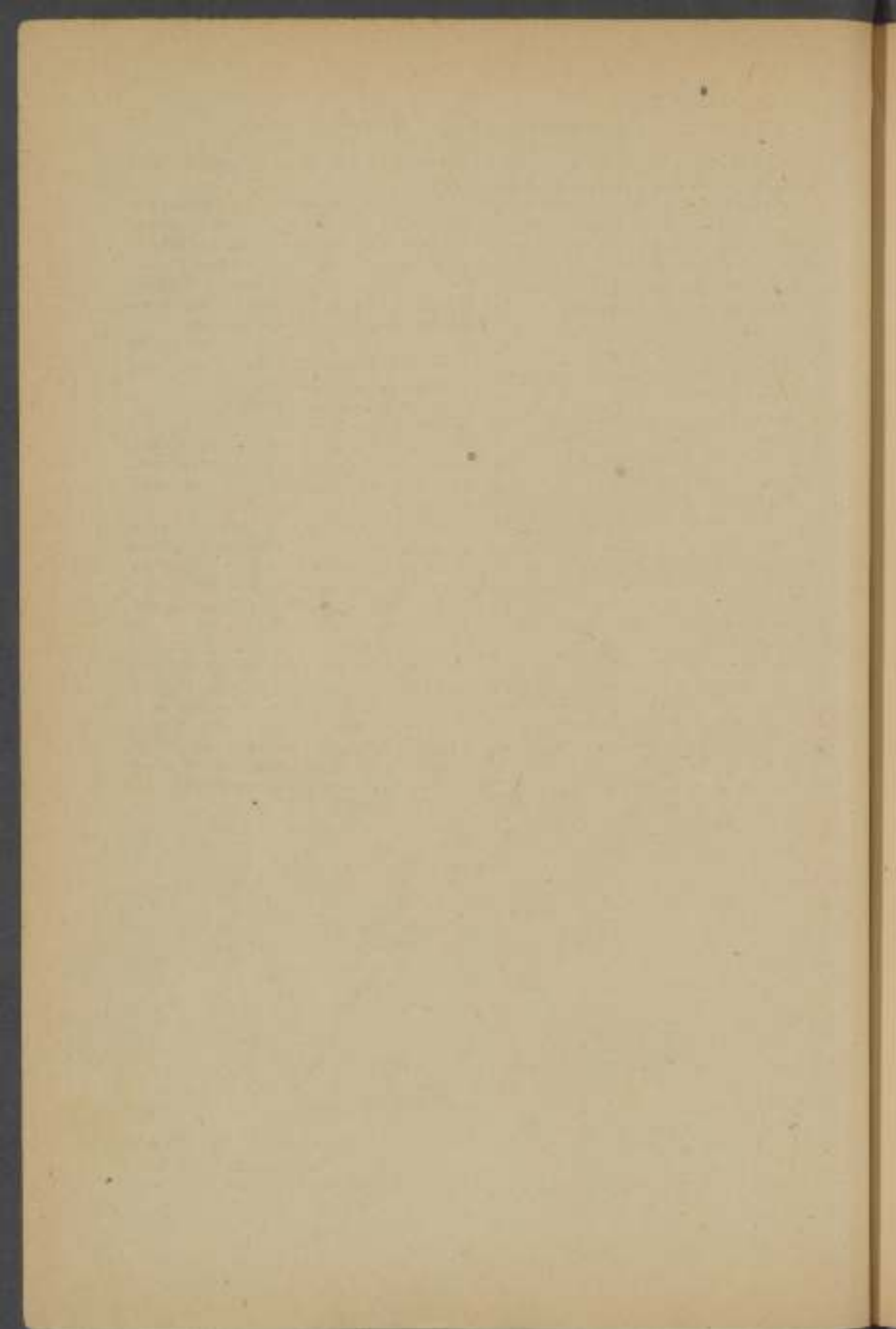
El tren llegó a Marsella.

Cocolin se apeó del vagón con las manos en los bolsillos y sin más equipaje que la manzana que llevaba en la boca y el pañuelo que le tapaba las mejillas.

Y sin embargo, en los periódicos anunciarían a toda Francia y a todo el mundo que Cocolin, el horrible Cocolin, se había llevado doscientos mil francos, producto de su crimen, sin contar con las alhajas de la rentista de Neuilly.

De ese modo el Destino se burlaba del infeliz y le gastaba tan terrible broma.

Pero Cocolin era filósofo; con paso tranquilo encaminóse a la calle de la Cannetière, cuyo horizonte se adornaba con un soberbio encarnado que agonizaba en la pálida mor.



SEXTO EPISODIO

EL ABUELO

I

EN LA JEFATURA DE POLICIA

Como no estaba allí Cocolin y como no se había descubierto a los verdaderos autores del crimen, desde el principio del sumario recaían en Parisette todas las diligencias de la Justicia y de sus agentes que presuntamente creían haber desembrollado en menos de una mañana el famoso suceso de Neuilly.

Cuando la joven llegó al Palacio de Justicia, cuando, en el pasillo que precedía al despacho del jefe de Policía, separóse del cariñoso y fiel Juan Vernier, que la había acompañado allí, y cuando penetró en el despacho del elevado funcionario, se halló en presencia de un hombre que tenía ya formada su convicción.

Aunque estaba acostumbrado a esos misterios apasionadores y tristes, el jefe de policía había adivinado que el asesinato de la señora de Germinot era uno de esos crímenes de que se apodera la prensa para demostrar el valor de los sabuesos de la policía. Por eso, impulsado por el deseo de ver distinguirse a sus subordinados, aceptó muy fácilmente la tesis que le había sometido el inspector encargado del atestado. Hay que reconocer que dicha tesis apoyábase en sólidos argumentos: la fuga de Cocolin, las alhajas halladas en la cajita, la hacían irrefutable, por decirlo así.

Así, pues, recibió con frialdad pro-

fesional a la sobrina de Cocolin, que hubiera necesitado una acogida más calurosa.

Estaba ya muy impresionada Parisette por lo ocurrido en pocas horas. La atmósfera del salón en que la recibieron acrecentó su timidez y redobló sus temores.

El jefe de policía no le dio tiempo para coordinar sus ideas, pues así que hubo entrado le dirigió la pregunta que tantas veces había oído ya la pobre muchacha.

— ¿Conque persiste usted en decir que no sabe nada del crimen de que se acusa a su tío?

Parisette respondió a media voz.

— Sí, señor.

— Entonces, como es natural, ignorará usted también las circunstancias en que ha desaparecido.

— Sí, señor.

— Debo advertirle, como seguramente le habrán dicho ya, que tanto en interés suyo como en el de su tío, debe usted decirme toda la verdad... Comprendo que tema usted comprometer con alguna frase imprudente o demasiado espontánea al señor Cocolin, a quien creo que tiene usted gran cariño...

— Y es inocente, de ello estoy segura.

— Consideremos el problema con los elementos de que disponemos... Usted afirma que no sabe dónde pasó su tío la tarde de ayer.

— En efecto, señor, lo ignoro.

— Está muy bien — dijo el jefe de policía — y supongo que me dice usted verdad; pero no es ese el punto

que me parece más importante. Dice usted que volvió a casa a la una de la mañana, al salir de la fiesta del señor Stefan, y que habló usted con su tío. Luego se fué él a su cuarto a acostarse y usted al suyo. Usted le vió entrar en la habitación, de donde no salió él hasta la mañana, y nosotros hemos encontrado en un cofre, que usted asegura haber visto lleno de papeles, unas alhajas que pertenecían a la señora asesinada en Neuilly. ¿Qué puede deducir de esto?... Que esas alhajas las puso su tío en la cajita mientras usted dormía, o si no...

— ¿Qué?

— Que alguno ha entrado en casa de ustedes para poner en la caja las alhajas de que hablamos.

— Esa es la explicación que me parece más razonable.

— Pero en ese caso, ¿cree usted que esa misma persona — insinuó irónicamente el funcionario — habrá raptado esta noche a Cocollin?

Parisette no respondió.

— Yo admitiría la sustitución de los papeles por las joyas; pero la admitiría si estuviera aquí Cocollin para decirnos cómo pasó la tarde y la noche de ayer. Tanto usted como nosotros estamos encerrados en un dilema: o Cocollin no ha cometido el crimen, y vendrá a protestar de su inocencia; o lo ha cometido, y es natural, en ese caso, que se haya ausentado. Lamento no encontrar otras hipótesis que satisfagan más al cariño que usted le tiene; pero no las encuentro. Y si a usted se le ocurre alguna idea, si tiene usted una indicación o una sospecha, no titubee en decirnosla... Creo que no puedo hacer más esfuerzos para convencerla de lo conveniente que es que deje la táctica que hasta ahora sigue usted.

— No es táctica, señor — balbució Parisette —; yo nada sé, no puedo decirle nada; lo aseguro que si pudiera esclarecer a la justicia con una palabra, no vacilaría en pronunciarla;

puesto que estoy segura de que todo cuanto pudiera afirmar, si algo supiera, serviría para demostrar la inocencia de mi tío.

— Pues bien, señorita, en tanto que tengamos datos más concretos, me verá obligado a guardar a usted a disposición de la justicia. Dentro de un rato y también esta tarde, tendremos que interrogar a varias personas cuya declaración puede obligarnos a recurrir a sus escasas luces.

La perspectiva de quedarse en aquel despacho no regocijaba mucho a Parisette, que hubiera querido protestar, pero que no pudo hacerlo porque en aquel momento se abrió la puerta, entró un ordenanza y dió una tarjeta al jefe.

— El marqués de Costabeilla... — dijo el funcionario —. Dígame que espere.

Al oír aquel nombre, Parisette sintió una emoción profunda y desazonada.

Antes de que el ordenanza pudiera llegar a la puerta, corrió a él, le detuvo y luego acercóse súbitamente al que la interrogaba y, con las manos unidas en actitud suplicante, le dijo:

— Ruego a usted que haga el favor de recibir inmediatamente esa visita.

— ¡Hola! ¡Hola! ¿conque le conoce usted?

— Sí, señor: es mi abuelo.

Los informes que el jefe de policía tenía de Parisette no le permitían creer que la joven dijese la verdad, y no pudo menos de expresar su asombro, diciendo:

— ¿Conque ahora tiene usted un abuelo?

No notó Parisette el tono irónico de aquella frase ni la ligera falta de tacto que revelaba, y se limitó a responder, ingenua y franca:

— Sí, señor: desde anoche.

— Bueno, bueno. Decididamente, ese suceso de Neuilly nos reserva las más extraordinarias sorpresas. Veo

llegar aquí a una joven huérfana, a quien no se le conocen más parientes que su tío, y momentos después llega a mi oficina y tiene un abuelo que lleva uno de los apellidos más conocidos de la nobleza portuguesa... Confíese usted que todo esto es muy singular...

— Pues así es — replicó en voz baja Parisette.

— En fin, ahora veremos; tal vez ese señor sepa algo.

Segundos después, don Joaquín de Costabella, vestido de negro, entraba en el despacho y, deteniéndose en el umbral, vió a Parisette que no pudo retener un grito y con lágrimas en los ojos se arrojó en sus brazos exclamando:

— ¡Abuelo! ¡Abuelo!

A Joaquín, esa palabra le trala a la memoria recuerdos demasiado conmovedores para que pudiera permanecer insensible; estrechó a Parisette contra su corazón y la besó, como en otro tiempo hiciera con la pobre María.

El jefe de policía detuvo esas efusiones con una palabra:

— ¿Quiere usted hacer el favor de decirme el objeto de su visita, caballero?

El anciano mandó sentar a Parisette a su lado y respondió:

— Anoche asistí a la velada del señor Stefan, en la cual tomó parte la señorita Parisette, a quien vi acompañada de su tío, el señor Cocollin. Tengo relaciones comerciales con el señor Stefan. Y esta mañana, que hube de telefonarle para un asunto personal y urgente, me ha comunicado la sospecha que pesaba sobre su cobrador. Como creo que soy yo la última persona que habló ayer, durante dicha fiesta, con el señor Cocollin, he querido venir a decir a usted que le encontré en estado perfectamente normal, y que no parecía en modo alguno tener ningún peso sobre la conciencia. Es más, añadiré, y este es un punto que me parece

sumamente importante y merece la audiencia que se ha dignado usted concederme, que el señor Cocollin me propuso venir a verme hoy en el Hotel Crillon y traerme a Parisette, a quien esperaba a las diez. Eso es lo que él me prometió. Como no le veía venir, he telefonado al señor Stefan, y él me ha enterado de la acusación de que es objeto Cocollin. Ahora ya sabe usted tanto como yo; creo que esta declaración espontánea puede tener bastante importancia, y que cuando se trata de la vida de un hombre no se pueden despreciar los más pequeños detalles.

El jefe de policía parecía compartir esa opinión.

— ¡Gracias, caballero, por su amabilidad! Sus declaraciones constarán en el atestado de la policía, y, en efecto, pueden tener cierta importancia, aunque creo deber decirle que ya sabemos casi exactamente a qué atenernos.

Eso era decir cortésmente al señor de Costabella que la entrevista había terminado.

Levantóse el anciano para retirarse; pero antes dijo al jefe:

— Quisiera pedir a usted un favor, antes de irme.

— Usted dirá.

— Desearía que en las dolorosas circunstancias por que pasa la señorita Parisette, no quedase abandonada. Ya sabe usted que no tiene a nadie, y no me parece bien que permanezca sola en su casa, asaltada por los terribles pensamientos que pueden acosarla. Así, pues, propongo que me la deje a mí, si es posible...

Gran sorpresa manifestó el jefe de policía y repuso.

— Esa es una petición a la cual me sería muy difícil acceder, porque, como decía hace un rato a Parisette, podemos necesitarla de un momento a otro, y el giro que va tomando este asunto es lo suficientemente grave para que hayamos de tenerla a nuestra completa disposición; además, si

tuviera que dejarla en completa libertad, no podría hacerlo sino con tal de que una personalidad muy conocida saliera fiadora de ella; permítame que le diga, caballero, que no sabemos con quién tratamos.

El anciano sacó del bolsillo un pasaporte y varios documentos que certificaban que vivía en el Hotel Crillon, como había dicho.

— Además, usted asegura ser abuelo de la señorita Parisette.

Costabella titubeó para responder; pero la joven se volvió a él y le dijo con voz clara y convincente:

— Don Antonio de Costabella, su hijo de usted, que ha muerto en la guerra, era mi padre.

No esperaba el jefe de policía presenciar en su despacho esa escena familiar, y quedó tan estupefacto que ni siquiera se le ocurrió interrumpirla.

— ¿Y cómo sabe usted, hija mía, que mi hijo Antonio era su padre?

— Anoche me enteré de todo mi tío Cocolin. Tenía las pruebas escritas en ese cofre que ve usted ahí.

E indicó la cajita que la policía había cogido en casa del cobrador.

— ...Y en ese cofrecillo han encontrado las alhajas de la rentista de Neuilly.

La joven enseñó a Costabella el camafio y la cadena que Cuatro ojos había arrebatado a la señora de Germinot.

El policía no comprendía una palabra de todo aquello y como no tenía tiempo que perder, declaró bruscamente:

— Todo eso está muy bien; pero no resuelve nada del problema que nos interesa. Por consiguiente, me parece indispensable que esta señorita quede a disposición del Juzgado.

De nuevo llamó el ordenanza a la puerta y anunció al señor Stefan.

El banquero, a quien introdujeron inmediatamente, mostróse muy asombrado al encontrar allí a don Joaquín de Costabella.

Después de rápido saludo, dijo al jefe de policía:

— Vengo a ver a usted para pedirle en nombre de mi esposa y en el mío que se sirva confiarnos a la señorita Parisette, a quien no podemos dejar sola en tan tristes circunstancias.

La sobrina de Cocolin, que casi no se había atrevido a mirar a Stefan, alzó los ojos hacia él al oír esas palabras. El banquero no parecía tener ninguna doble intención al hacer aquella solicitud, antes al contrario, para todos los que estaban allí, daba un peso que parecía cortés y delicado. Sólo a Parisette se le antojaba una nueva maquinación, pues le parecía que era un medio de hacerse perdonar al banquero el grave insulto que le había inferido la vispera, y al mismo tiempo merecer un agradecimiento que ella no quería concederle a ningún precio. Se imaginaba que le sería insoportable la vida en casa de Stefan, pues estaría expuesta a la persecución del banquero. Por lo demás, intervino inmediatamente el señor de Costabella.

— Le agradezco a usted su ofrecimiento, caballero; pero casualmente estaba yo pidiendo al señor jefe de policía que me concediese ese favor.

— Pero, señor... — repuso Stefan, que con esas dos palabras parecía dar entender que no comprendía por qué el señor de Costabella había de encargarse de dar hospitalidad a Parisette.

El portugués puso fin a su asombro diciendo:

— Esta señorita es mi nieta.

A eso no se podía contestar nada, y aunque Stefan intentaba en vano adivinar cómo podía la sobrina de su empleado ser parienta del señor de Costabella, inclinóse ante el anciano.

— En ese caso, caballero, no tengo nada que objetar; únicamente me falta decir al jefe de policía que yo garantizo su respetabilidad de usted.

— Entonces — dijo el policía — puede usted llevarse a la señorita Parisette. Pero que esté siempre dispuesta a venir aquí, porque podemos necesitarla a cada instante.

— Entendido — dijo Costabella, que salió dando el brazo a su nieta, seguidos ambos de Stefan.

En la antecala encontraron a Juan Vernier que esperaba con gran paciencia la salida de su amiga. Así que la vió preguntóle:

— ¿Qué hay de nuevo?

— Desgraciadamente, nada — respondió la joven.

Y como veía que Juan miraba con creciente curiosidad al señor de Costabella, añadió:

— Te presento a mi abuelo.

Y volviéndose al anciano, añadió:

— Lo presento a usted a Juan Vernier, músico de *Bobino*.

Las facciones de Juan expresaron un estupor y una incomprensión enormes. Quiso dirigir preguntas más concretas a Parisette, pero ésta no le dió tiempo y le dijo:

— Ya te explicaré luego todo; nos vamos al Hotel Crillon, ven a verme allí, perdóname, pero tenemos mucha prisa.

Y se fué acompañada del señor de Costabella y de Stefan.

Juan Vernier estaba absolutamente estupefacto.

Vió parir a su amiga y maquinalmente siguió el camino que ella había tomado.

— ¡Caballero! ¡Caballero! — le dijo el ordenanza — que se deja usted esto aquí.

Juan se detuvo, miró en torno suyo y luego contempló asombrado sus manos vacías.

— ¡Es verdad! — dijo a media voz.

Por primera vez en su vida se había olvidado el estuche de viola.

. . .

Grande era la emoción de Parisette al encontrarse a solas con su abuelo.

Muy cansada ya, deseaba llegar cuanto antes al Hotel Crillon, en donde Costabella le dijo que encontraría a Manuela y a Cândido.

— En ellos, hija mía, tendrás verdaderos amigos. Saben que vas a ir allí; pero aun no se atreven a creerlo. Hace años que están a mi servicio y son criados muy fieles. El pobre Cândido, que es sordomudo, entró en mi casa de muy niño. Manuela es hija de una criada de mi hermana. Los dos querían a María como si fuera hija suya... Así, pues, te suplico que te muestres amable con ellos... No sabes la alegría que tendrán al verte.

Llegaron al Hotel.

Parisette sentíase extrañada.

Sentóse en el salón; su abuelo le presentó el retrato de María, muerta; lo contempló detenidamente la joven y luego se lo llevó a los labios.

Costabella fué inmediatamente a avisar a Manuela y a Cândido.

Hasta el último momento ambos criados creían que su amo se engañaba. No obstante, le acompañaron, y al llegar a la puerta del salón, vieron en una butaca la figura de la joven, acercáronse curiosamente de puntillas, y Parisette, pensativa, no los oyó llegar. Su abuelo contemplaba la escena temblando de emoción.

Manuela miraba aún con cierto escepticismo a Parisette, y de pronto rompió a llorar. Era, efectivamente, María, con sus mismos cabellos rubios, el mismo rostro algo pálido, la misma graciosa sencillez en su porte, y, sobre todo, aquel encanto cuyo prestigio sufrieron tanto tiempo los criados.

Manuela sonreía y lloraba al mismo tiempo. Al fin no pudo reprimir la voz del corazón y gritó:

— ¡Hija mía! ¡Hija mía!

Parisette alzó súbitamente la cabeza. Vió a su lado aquella mujer que sollozaba, que le tendía los brazos, que balbucía palabras al acercarse y que iba a ponerse de rodillas...

Se volvió y vió a Cándido que le cogió la mano y la besaba fervorosamente...

Quiso levantarse. Hubiera deseado besar también aquellos dos seres, que en sus miradas y en su actitud expresaban tanto cariño.

Intervino Costabella.

— Parisette, aquí tienes a tu nueva familia. Todos estaremos a tu lado y sólo pedimos verte feliz.

Parisette hizo un esfuerzo para contestar. Intentó articular unas palabras, mas no pudo. Se le vió palidecer y temblar.

— ¿Qué tienes?

La joven estaba desmayada.

— ¡Dios mío! — exclamó el anciano — ¿querrás que se muera como la otra?

Manuela y Cándido le prodigaron sus cuidados.

Parisette abrió los ojos, dirigió una mirada circular en torno suyo, una mirada indecisa que no reflejaba nada, y, cual si de pronto no pudiera soportar sus angustias, sus tormentos, ni aun su alegría, prorrumpió en sollozos.

II

DONDE ENTRA EN ESCENA EL USURERO ALVAREZ

Con las manos en los bolsillos y haciendo de tripas corazón, desfigurado aún por su fingido mal de muelas y el pañuelo que le vendaba la faz, llevaba Cocolin varias horas paseándose por las calles de Marsella.

Como él creía que de permanecer mucho rato en la misma calle llamaría la atención, anduvo errando todo el día, hasta que llegó la hora de la cena, hora que sumió en profunda meditación al bueno del cobrador. Era con él muy injusta la suerte que le dejaba en aquella forma sin medios

de comprar un triste pedazo de pan, con el ombligo atenazado por el apetito y reducido a sentarse en un banco, rendido, y alimentarse, si vale la expresión, con la contemplación de las primeras estrellas.

A las nueve de la noche Cocolin estaba desesperado.

No había tenido el menor encuentro feliz ni tenía esperanzas de que le sonriera la fortuna. No veía más perspectiva que la de pasar la noche al raso y tal vez la del día siguiente.

A eso de las doce le entraron ganas de presentarse a la Comisaría de policía y declarar toda la verdad, con tal de que le dieran una sopa; pero por miedo de comprometer a la señora de Stefan, tuvo que resignarse a padecer los peores tormentos.

Continuaba sentado en un banco, sumido en aquellas preocupaciones, cuando de pronto oyó una voz que trágicamente gritaba:

— ¡Socorro! ¡Socorro!

Instintivamente corrió Cocolin al lugar de donde surgieron aquellos gritos, y entre dos filas de casas de un pasaje mal alumbrado vió un hombre que forcejeaba con dos granujas. A cierta distancia estaba en acecho una mujer de medio pelo.

Acudió Cocolin en socorro de la persona atacada. Le parecía que el hambre y la impaciencia de aquel día le decuplicaban las fuerzas. De un brinco abalanzóse contra uno de los individuos y le dió unos cuantos puñetazos dignos de un boxeador profesional. El hombre rodó por el suelo; su compañero quiso intervenir, pero recibió otros tantos trompazos bien dados y cayó cuan largo era, como había caído el primero.

Inmediatamente Cocolin prestó auxilio a la persona atacada, que era un caballero elegantemente vestido que aun se hallaba temblando de emoción.

— Venga usted corriendo — dijo el tío de Parisette — porque esos saltadores tal vez formen parte de

alguna banda que no tardará en atacarnos, si no tomamos las de Villadiego.

— No sé cómo agradecer a usted lo que ha hecho por mí; dígame cómo puedo pagarle — repuso el asaltado.

Cocolin se dió una palmada en la frente.

Aquello era una ganga inesperada.

Al fin había hallado quien le sacaría de su angustiosa situación. Creyó inútil toda precaución oratoria, quitóse la manzana que llevaba en la boca y que le hinchaba la mejilla, pues se trataba de hablar claramente.

— Pues mire usted, caballero; lo primero que podía usted hacer es mandarme a dormir.

— ¿Cómo mandarle a dormir?

— Vamos, quiero decir buscarme una habitación. Tengo mucho sueño y ya no puedo más.

— ¿Pero no tiene usted domicilio?

— No tengo domicilio, ni parientes, ni amigos, ni dinero ni nada. No tengo absolutamente nada. Voy a explicarle cómo puede suceder esto. Vengo de París, me hallaba en el tren de Marsella, me dormí imprudentemente, y al despertarme, a las alturas de Aviñón, no tenía un céntimo en el bolsillo y me habían robado la cartera.

— ¿Pero por qué no se ha dirigido usted a la policía?

— Tengo demasiado orgullo para hacerlo. Y ese mismo orgullo me ha impedido buscar un hotel donde pasar la noche.

— Pues no se preocupe por eso, véngase a dormir a mi casa.

Cocolin no creyó necesario hacer cumplidos para aceptar; acompañó a su agradecido bienhechor, el cual, al llegar a una calle céntrica, llamó un coche que pasaba vacío, y mandó que los condujera a él y a Cocolin al Hotel de Noailles.

El cobrador no volvió a pronunciar una palabra en todo el trayecto. Intentaba estar derecho y no dormirse; pero era tan blando el asiento,

tan regular el balanceo del vehículo, que le costó grandes trabajos no cerrar los ojos y que hubo que agitarle cuando el vehículo paró a la puerta del hotel.

— Voy a mandar que le den a usted un cuarto — dijo el desconocido —, y mientras se lo preparan entre usted en el mío para que podamos hablar juntos un ratito.

Al llegar al cuarto, el imprevisto amigo de Cocolin le mandó tomar asiento.

— Permitame que hagamos más amplios conocimientos y que me presente a la persona que acaba de salvarme la vida. Soy Pedro Alvarez, portugués, uno de los banqueros más importantes de Lisboa. Pero tal vez sepa usted, por los periódicos, que Portugal se halla sometido a un régimen de revoluciones continuas que impiden todo negocio y que da poca seguridad a las personas de cierta posición. Espero que lleguen para mí país tiempos mejores...

Cocolin interrumpió muy cortés.

— Lo deseo también de todo corazón, tanto por usted como por Portugal.

— ... Y que entonces podré volver a Portugal. Pero, por hora, pienso permanecer bastante tiempo en la Costa Azul... Ahora a usted... ¿A quién debo el haberme salvado?... ¿A quién ha de dirigirse mi agradecimiento?

Cocolin titubeaba bastante, tosió ligeramente varias veces, y al cabo de un rato respondió:

— Señor mío, me llamo Bourgeois..., venía a hacer un viajecito por el Mediodía para ver a mis ancianos padres, cuando, como le he dicho, me robaron; y ese contra-tiempo me obligaba a volver a París, donde vivo..., donde vivo de mis rentas.

— ¿Vive usted de sus rentas?

— ¡Hombre! el decir de mis rentas... tal vez sea algo exagerado. No dejo de tener algunos bienes; pero

si aquí o allá se presenta ocasión de trabajar un poco, no lo desperdicio. Un trabajillo a un lado, otro trabajillo a otro aumentan mis escasas rentas y me dan el medio de vivir bastante holgadamente.

No era orgullo lo que le movía a Cocolín a decir que era rentista, sino que pensaba ocultar mejor así su verdadera personalidad, y al añadir que a veces trabajaba, hizo lo porque adivinó que el señor Alvarez podría serle útil en lo sucesivo. Y no andaba desatinado, porque el banquero le propuso al momento:

— Puesto que acepta gustoso algún trabajo, y ya que se halla usted en una situación bastante apurada, permítame, señor Bourgeois, que le pregunte si le convendría entrar a mi servicio. Tampoco yo pienso permanecer en la Costa Azul sin hacer nada. Tengo intereses en Francia y en los Bancos franceses...

— Decididamente — pensaba Cocolín — las cosas de banca me perseguirán toda la vida.

— ... Necesito alguien que conozca bien su lengua de usted y su país; y usted me parece muy indicado, si no tiene en ello inconveniente, para servirme de secretario particular, empleo que, sobre todo, dadas las circunstancias en que nos hemos conocido, me hará tenerle a usted por verdadero amigo... Pero a todo esto aun no le he preguntado si necesitaba algo para quitarse el dolor de muelas, pues parece que padece usted muchísimo.

Cocolín había tenido buen cuidado de ponerse otra vez la manzana en la boca antes de presentarse en el cuarto a plena luz. Ya no se acordaba de su dolor; pero empezó a gemir, así que el banquero aludió a él.

— En efecto, padezco mucho, tanto que apenas he podido pegar los ojos anoche en el tren, y que tengo muchas ganas de acostarme. Le ruego que me dispense el decirle así con tanta franqueza; pero no puedo más.

— Y es muy natural, tome un sello de aspirina, que le calmará un poco, y mientras pienso yo en las condiciones...

— ¿En qué condiciones? — preguntó el cobrador, que no pensaba más que en el cuarto contiguo y en el descanso que le esperaba.

— En las condiciones en que ha de entrar usted a mi servicio.

— Ya hablaremos de eso mañana, porque ahora es muy tarde.

En aquel momento entró el mozo y anunció que estaba ya listo el cuarto de Cocolín. Ambos hombres se estrecharon la mano, y el cobrador pasó a la habitación que le habían destinado.

En menos de cinco minutos se desnudó, y así que entró en la cama, olvidándose de todo, de Parisette, de la señora de Stefan, del crimen de Neuilly y de todas sus contrariedades de aquellos últimos días, se durmió como un niño cuya alma no conoce nada de las amarguras de la vida.

. . .

Por su parte Pedro Alvarez pasó una excelente noche.

Al día siguiente, al llevarle el desayuno, entregáronle también los periódicos de Marsella.

Maquinalmente, como era en él costumbre, el banquero abrió los papeles y llamóle particularmente la atención un título a dos columnas que decía: «El crimen de Neuilly. Una rentista asesinada por un cobrador en la calle del Castillo», y dos fotografías que representaban un cobrador con su uniforme de trabajo y el mismo vestido de paisano.

Estremeciéndose el banquero y examinó más detenidamente los retratos.

— ¡Qué raro! — pensaba — me parece que conozco esta cara.

Siguió mirándolas, intentó reunir sus recuerdos, buscó un rostro parecido en todo, aunque algo desfigu-

rado y que lo había visto hacia muy poco tiempo.

— Estoy seguro — repitió en voz baja — de que conozco a este individuo.

Al pie de los dos retratos figuraba el nombre de Cocolin, el asesino fugado.

— Si no me engaño... ¿será acaso...?

Se levantó y con el periódico en la mano se fue de puntillas hasta la puerta de comunicación, que por cierto no estaba cerrada con pestillo. Muy despacito la abrió y entró en el cuarto en que Cocolin, extenuado de fatiga, dormía con profundo sueño.

— Así y todo — pensó — duerme demasiado tranquilo para ser un asesino.

Le dió un golpecito en el hombro; Cocolin se revolvió dos o tres veces en la cama, abrió los ojos y miró severamente al que se permitía despertarle de aquel modo.

— Buenos días, Cocolin.

Al principio este saludo pareció muy natural al cobrador; pero, después de restregarse la frente y desahogarse un poco, reflexionó que aquel que le estaba interpellando en aquella forma sólo le conocía por el nombre de Bourgeois.

— ¿Quién le ha dicho a usted mi nombre? — preguntó, sin consideración alguna.

Por toda respuesta, el banquero le enseñó el periódico.

— Mire usted...; la cosa no es muy difícil.

Cocolin cogió el diario y examinó las fotografías.

— Es muy grande el parecido — dijo —. Y sin embargo, hace mucho tiempo que me hice este retrato... ¿Me ha reconocido usted fácilmente?

— Naturalmente.

— ¿Y con el pañuelo que suelo llevar en la cara?

— Con el pañuelo ya es más difícil...

— Lo que me desespera es que

me he tomado muchas molestias inútilmente...

— Si — dijo Alvarez, a quien parecía algo exagerada la sangre fría de Cocolin y muy inútil aquella charla —. Si, pero ese crimen...

El cobrador leyó entonces todo lo que la imaginación de los periodistas había añadido a la realidad de los hechos. A pesar de la gravedad del momento, a pesar de lo muy inquietante que era para él todo aquello, Cocolin, a medida que iba leyendo no pudo menos de sonreírse. Después de la descripción del drama, de cuya crueldad se iba enterando, seguían ciertas consideraciones sobre el supuesto asesino...

— ¡Pues no me atribuyen nada! — dijo entre suspiros el tío de Parisette.

En efecto, le achacaban las cosas más inverosímiles. Le presentaban como un hipócrita cuya vida sólo era regular al parecer, y que, bajo un aspecto paternal, ocultaba una existencia de calavera, de perdido... de hombre que se iba a cenar a Montmartre con amigas costosas, que tenía la pasión del juego, que acudía con frecuencia a las carreras de caballos, que le gustaba comer bien... En fin, nada faltaba en aquel ensayo de psicología criminal. Y Cocolin maravillábase de que en una vida tan metódica como la suya se pudieran descubrir tantas hazafías.

Todo era falso. Lo único que podía ser verdad, sus visitas semanales a Eulalia Parent, no las mencionaban, afortunadamente. Por eso adquirió al momento la certeza de que no entraba para nada en causa la señora de Stefan.

Alvarez espiaba en el rostro del cobrador los diversos sentimientos con que acogía los detalles de sus crímenes, y al verle silencioso, preguntó:

— ¿Qué me dice usted de eso?

— Todo es mentira, caballero. Mentira sobre mentira... Míreme bien ¿Tengo acaso cara de asesino?

— No.

— ¿Tengo por ventura cara de bandido?

— No.

— ¡Tal vez no sea yo un guapo mozo; pero confiese usted que tengo cara de buen hombre.

— Evidentemente, parece usted un hombre honradísimo; pero me veo obligado a rendirme a la evidencia. Hay en esto un conjunto de hechos que parece demostrarme que usted es el asesino de Neuilly.

Cocolin se recogió un instante, miró con malicia a su interlocutor y le dijo:

— Escúcheme atentamente... Si yo quisiera me bastaría una palabra, una sola palabra, ¿oye usted? y cerraría el pico a todos esos habladores.

— ¿Y por qué no lo hace usted?

— le preguntó muy lógicamente Alvarez.

— ¿Que por qué? Ha de saber usted, caballero, que se trata del honor de una mujer, y que Cocolin, por humilde que sea, nunca ha dejado de tomar en serio estas cosas. En semejantes circunstancias, prefiero tener la boca cerrada; me he marchado de París, me he puesto en una situación de las más trágicas..., ¿pero qué importa, si se salvan mi honor y el de esa mujer?

Mucho extrañaron a Alvarez el acento y la convicción del cobrador, tanto que se quedó algo turbado y rindió un discreto homenaje a la indole caballeresca de Cocolin, diciéndole:

— Esos sentimientos, caballero, son dignos de una hermosa alma.

— Y aun hay más — siguió diciendo Cocolin —: en este momento, sin delatarme, podría hacer revelaciones sensacionales, que me dejarían inmediatamente libre de toda sospecha. Pero no lo hago, prefiero ser perseguido, acusado y hasta prefiero que alguien, como usted, que me ha recibido con los brazos abiertos, quede convencido de que soy el asesino

de Neuilly antes que decir una palabra... En cuanto descubran al verdadero asesino, siempre estaré a tiempo de presentarme y decir: «he aquí al que tan injustamente habíais acusado».

Después, indignábase al ver que le consideraban como criminal, cuando toda su vida protestaba de aquella sospecha, y siguió diciendo:

— ...Esto es horroroso. Figúrese que siempre he vivido como un empleado honradísimo; nunca me he permitido la menor diversión, ni iba al café ni trataba con mujeres, todo el tiempo lo pasaba trabajando regularmente; todo el mundo me quería, ¡y hasta un chisme cualquiera para que todo eso, para que toda mi abnegación y toda mi vida laboriosa, no sirvan de nada!

— Le creo a usted cuanto dice; pero con su huida se ha metido usted en un verdadero laberinto.

— Usted puede hacer mucho por mí; no habiemos de lo que ayer hice yo por usted; por eso ya me ha recompensado; pero si aun puede usted hacer algo más por su servidor, le suplico que no lo deje..., y, si es preciso, procure esconderme unos cuantos días.

El banquero no podía olvidar que doce horas antes le había salvado la vida aquel hombre, y muy francamente le tendió la mano diciéndole:

— Entendido, amigo mío; esta noche debo salir para Niza, donde he alquilado una casita en Cimiez; véngase conmigo.

— Es que no me seduce viajar mucho por ferrocarril, pues pueden reconocirme y me vería muy apurado...

— Me lo figuro — replicó Alvarez —; pero voy a dar órdenes para que podamos ir allí en automóvil, de manera que nadie nos moleste en el camino.

— ¡Excelente idea! ¡Es usted el hombre mejor del mundo!

De pronto llamaron a la puerta. Cocolin tenía casi la seguridad de

que era la policía que iba a buscarle. Tapóse con las mantas y dijo a Alvarez:

— Le suplico que no me abandone.

El portugués no estaba mucho más tranquilo que Cocolin. En semejante caso, y como sería muy fácil probarle que debía de estar enterado de la personalidad de su secretario, no titubearían para acusarle de complicidad...

Llamaron por segunda vez a la puerta, y más imperativamente que la primera.

— No me entregue usted, se lo ruego, no me entregue... — imploraba el cobrador, que parecía estar jugando al escondite, pues se ocultaba y volvía a surgir alternativamente, según su inquietud o su seguridad.

Llamaron por tercera vez.

En voz baja dijo Alvarez:

— Si es la policía, ¿qué debemos hacer?

— Negarlo todo — repuso Cocolin.

— ¿Negar qué? No puedo negar que está usted aquí.

— Pero puede usted decir que soy su criado y que no sé una palabra de francés.

— Pero le conocerán...

— Espérese que voy a ponerme otra vez la manzana en la boca.

Se escondió entre las sábanas para desfigurarse el rostro, en tanto que Alvarez, temblando, fué a abrir la puerta.

Así que hubo abierto, Alvarez creyó caer de espaldas.

Cocolin no hacía el menor movimiento.

— Caballero — dijo una voz —, aquí le traigo las botas.

En efecto, el ayuda de cámara ponía en manos del banquero las botas de Cocolin, que había limpiado durante la noche.

Tranquilizado el cobrador, soltó una carcajada al ver al portugués con aquel inofensivo calzado en la mano.

III

A LA CABECERA DE PARISSETTE

Abrumada por los acontecimientos de los últimos días, espantada al pensar en la suerte que esperaba a su tío, de quien no tenía noticias, desconcertada por su interrogatorio y por todo cuanto su corazón había sentido al hallar a su nueva familia, Parissette, tuvo que guardar cama, desde el mismo día en que llegó al Hotel Crillon.

Velada por Manuela y por su abuelo, pasó la noche delirando. Empezó por proferir gritos como si la persiguiera alguien de quien ella intentase huir.

— ¡Salvadme! ¡Salvadme! — gritaba.

Luego llamó a su tío llorando. Hablaba con voz dulce, decía frases pueriles, recordaba cosas de la infancia y mezclaba a las revelaciones de Cocolin, respecto de su verdadera familia, el nombre de sus compañeras de la Ópera.

Hizo dos tentativas inútiles para levantarse. Aseguraba que su tío estaba detrás de la puerta. No podían dejarla sola un instante.

Manuela, de rodillas al pie del lecho, rezaba fervorosamente.

Costabella sentía en su corazón todas las angustias de los malos tiempos de antaño. La palidez de la joven, su expresión de dolor, eran los de María. De nuevo se imponía a sus ojos la visión de su nieta amortajada, tendida sobre las flores, que le miraba por última vez con ansiedad y como dirigiéndole un adiós supremo.

Triste y desesperado se hallaba el pobre anciano a la cabecera del lecho de Parissette, cuando Cándido le dió a entender por señas que había una visita en el salón.

No queriendo hacer esperar al visitante, que más bien le parecía un

importuno, don Joaquín fué al salón y se halló frente a frente con Juan Vernier, que en aquel momento contemplaba estupefacto el retrato de María en su lecho de muerte.

Para el joven aquel retrato era el de Parisette y al punto se figuró que había sucedido una desgracia.

En cuanto vió a Costabella se acercó a él y le dijo:

— Perdóneme que le moleste; pero quisiera tener noticias de mi amiga, la señorita Parisette.

Pronunció con tanta emoción esas palabras, con voz tan temblorosa, que el señor de Costabella comprendió inmediatamente que el compañero de su nieta había sido engañado por el prodigioso parecido de María y Parisette, y que sólo preguntaba por la salud de ésta última espantado ante la idea de que iba a oír que ya no existía la joven.

Pero el anciano le tranquilizó con una frase diciéndole:

— Veo, caballero, que acaba usted de pasar unos minutos horribles a causa de ese retrato. Las facciones que en él ha contemplado usted no son las de Parisette, sino las de su hermana María, a quien tuve la desgracia de perder hace unos años.

Juan exhaló un suspiro, como si súbitamente saliera de una noche de pesadilla y percibiera la sonriente claridad del alba.

— Muchas gracias, señor — le dijo —; perdóneme que me sienta, pero realmente no puedo tenerme en pie... ¡Me ha conmovido tanto ver ese retrato!... ¿Cómo sigue Parisette?

— No son muy tranquilizadoras las noticias que puedo darle. Y fácilmente comprenderá usted mis temores si le digo que mi nieta ha tenido que guardar cama y que, según el médico, padece una congestión cerebral, que por lo visto sigue su curso normal. En este momento duerme, después de pasar unas horas muy agitada. El médico me ha recomendado que no se la moleste; no obs-

tante, voy a conducirla a usted a su cuarto.

Y Costabella llevó a Vernier a la habitación donde descansaba Parisette.

El joven vió a su amada, livida y como dolorida en el lecho. Vió a la criada que rezaba de rodillas, rápido cuadro que le impresionó hasta lo hondo del corazón. Verdaderamente parecía que estaban velando una muerta.

Miró a su amiga largo rato; luego, sin poder sufrir el espectáculo de aquella amabilidad, se retiró con Costabella al salón.

— ¡Me hubiera gustado tanto despedirme de ella!

— ¿Pero se marcha usted? — le preguntó el anciano.

— Tengo que marcharme desgraciadamente... Ya se lo anuncié a Parisette; yo no tengo fortuna, vivo de mi oficio, y me propusieron una contrata bastante importante para Niza, donde he de permanecer algunos meses. No puedo negar una colocación que me permitirá ahorrar algún dinero, y firmé anteayer el contrato. Parto esta noche; y le juro que me voy con la muerte en el alma. Dígame usted que me tendrá al corriente de la salud de mi prometida. En cuanto se encuentre mejor, comuníqueme esta visita; déle un abrazo de mi parte y dígame que no la olvidaré un solo instante; además, yo escribiré...

Los sollozos impidieron a Juan seguir hablando. Estrechó la mano del anciano y se fué.

Así que se hubo cerrado la puerta de la habitación, Vernier se vió solo en el rellano de la escalera de aquel Hotel, donde iban y venían, con el monótono ruido de la vida cotidiana, visitas y criados.

El joven no pudo contener la pena que le ahogaba, y con la cabeza oculta entre la manos, lloró como si no hubiera de volver a ver a aquella que era la alegría y la sonrisa de su juventud.

SÉPTIMO EPISODIO

EL FALSO PASTOR

I

EN NIZA

El sol de la Costa Azul iluminaba con vivos rayos el salón donde dos jugadores sostenían una partida de naipes. Uno de ellos, que perdía constantemente, y que era el señor Alvarez, estaba de espaldas a un jardín lleno de altas palmeras y enojado de plantas; el otro, que tenía mucha suerte, iba vestido de pastor anglicano y no parecía interesarse mucho por el espectáculo de la naturaleza, pero en cambio prestaba al juego una atención verdaderamente indigna de su carácter sacerdotal.

Levantóse de pronto y dijo a Alvarez:

— Ya empieza a cansarme esta vida...

Alvarez pareció sorprenderse un poco de esas palabras tontas, y le contestó:

— ¿Lo dice usted de veras?

— Lo digo como lo siento: estoy muy harto de esta existencia.

— Veamos, Cocolin — porque era el cobrador el que se hallaba con el tan austero traje —, usted no habla en serio.

— Sí, por cierto... Ya sé que le he ganado diez mil francos con cinco francos que me prestó usted; pero esa no es razón para que me satisfaga la vida que llevo.

— Pues no es mala del todo...

— Es que yo querría trabajar seriamente.

— Tengo paciencia, que todo llegará..., y me extraña que no esté contento de vivir aquí al abrigo de toda necesidad y muy apaciblemente...

— No me comprende usted, señor Alvarez. La vida es muy agradable...

Y al pronunciar estas palabras Cocolin se sirvió un vaso de licor que lo bebió con gran alegría, como para demostrar, en efecto, los encantos de la existencia.

— ...La vida es buena..., usted es un señor simpatiquísimo y además tiene un excelente corazón; le he ganado diez mil francos sin hacer nada...; pero, en fin, por más que hago, no puedo olvidar todo lo que me une a París; le aseguro que a cada minuto me acosa la imagen de Parisette... Usted no la conoce, señor Alvarez, no sabe lo que es para mí esa joven... y me temo que la policía, que es tan torpe, le haya dado algún disgusto...

— No pase usted malos ratos, amigo mío, pues ya ve que los periódicos no aluden a ella para nada desde que salió usted de París.

— En fin, voy a tomar un poco el aire...

Y sin esperar la respuesta de su compañero, Cocolin cogió el sombrero de clérigo y se marchó por el jardín sin pronunciar una palabra.

Anduvo muy de prisa; necesitaba calmar su nerviosidad y, sobre todo, necesitaba estar solo para pensar en Parisette y también en la señora de Stefan cuya suerte lo inquietaba horriblemente.

Andando, andando, seguía el ca-

mino de Niza, por la Avenida de Cimiez.

Al doblar una esquina, se le enredó súbitamente en las piernas un aro. Entonces no pudo menos de soltar unos cuantos ternos muy impropios de un hombre santo, y volviéndose, vió a la niña bastante contrariada que no se atrevía a mirarle por temor a una reprimenda.

Cocolin miró a la niña, y divisó a poca distancia a la madre, que indudablemente vendría a disculpar a su hija, y al punto creyóse víctima de una trágica alucinación. La niña era Lulú; la mamá, Eulalia Parent.

No sabía cómo evitar el que le reconocieran con aquel trágico aspecto. Sacó el pañuelo del bolsillo, se tapó la cara como pudo, devolvió el aro a la niña que lloraba, y como Eulalia se le acercaba cada vez más, Cocolin, perdiendo toda sangre fría, emprendió precipitada huida, cual si le persiguiera un fantasma.

La joven contempló muy divertida aquella carrera.

— ¡Algún chiflado! — dijo, y volviéndose a la niña añadió:

— Ven, iremos a jugar a un sitio más tranquilo.

A los diez minutos de marcha forzada, detúvose el tío de Parisette.

Después de todo, ¿por qué no quiso que le reconociera Eulalia Parent? Ese reconocimiento tal vez hubiera simplificado muchas cosas; pero en un momento pensó en la señora de Stefan, pensó en todas las explicaciones que tendría que explicar y desistió de darse a conocer. Ya era para él una gran ventaja el estar seguro de la presencia de Eulalia Parent y Lulú en aquel rincón de Niza.

Comprendió que salir de casa era una gran imprudencia; por lo cual decidió volver a la villa de Alvarez y encerrarse en su dorada celda de prisionero fastuoso, pero melancólico.

En tanto que Cocolin sentía todas

aquellas emociones, Alvarez había salido también de casa y se encaminaba hacia una villa a donde le atraía un misterio harto angustioso para él. En el periódico acababa de leer esta noticia:

VIAJEROS

Se encuentra entre nosotros el marqués Joaquín de Costabella que acaba de adquirir la villa Claudia, en San Juan.

Esas pocas palabras produjeron un efecto inesperado en el banquero. Repentinamente volvía a su memoria una de las más extrañas aventuras de su vida, un drama que había empezado en los alrededores de Lisboa y cuyo desenlace esperaba hacía mucho tiempo. Cuando salió de su país perdió al mismo tiempo la esperanza de llegar a saber cómo su acreedor, aquel señor de Costabella, que hubo un momento en que le debió importantes cantidades, pudo pagarle al día siguiente del asesinato de su vigilante nocturno y sostener, a partir de aquel momento, un lujo que podía pasar por extravagante, para los que habían conocido su antigua miseria. Porque, después de todo, pensaba Alvarez al encaminarse a villa Claudia, ¿cómo ese hombre, a quien he conocido arruinado, a quien he visto apuradísimo, y que me arrojó de su casa en circunstancias que nunca olvidaré, ha podido adquirir de la noche a la mañana terrenos cerca de Gítra? ¿Cómo ha podido restaurar su casa solariaga, efectuar constantes viajes entre París y Lisboa y venir a instalarse hoy en la Costa Azul en una de las más hermosas villas de la región?

Además, el cambio con Portugal estaba muy bajo, y parecía extraordinario al banquero que aquel anciano pudiera sostener semejante gasto.

Por todo lo cual quería percatarse

por sí mismo de la posición de Costabella. Sabía que estaba muy abatido desde la muerte de su nieta María; conoció todas las peripecias de aquella muerte. Nunca había vuelto a tener relaciones con él desde la entrevista en que le pidió la mano de la que ya no existía. No obstante, supuso que Joaquín no se negaría a recibirle y que él podría hacer una investigación acerca de su existencia, con más facilidad que la policía.

Nada podía desterrar de la imaginación de Alvarez la idea de que Costabella tomó parte en el asesinato de su vigilante nocturno y que el punto de partida de su repentina fortuna databa de la noche del robo de que él había sido víctima.

Acercóse despacito a la verja de la casa del marqués, inspeccionando bien el terreno antes de decidirse a entrar; pero al fin resolvió precipitar los acontecimientos, y disponiase ya a llamar a la puerta, cuando se detuvo como extasiado. A pocos pasos de él, vigilada por un criado a quien él conocía de sobra, el sordomudo Cándido, vió a María, que estaba sentada y descansaba tranquilamente, y el ver a esa joven, que sabía muerta, dejóle desconcertado.

Y no le cabía duda, era ella, era la joven cuya mano había pedido.

Retrocedió unos pasos y quiso marcharse por temor de no tener la sangre fría necesaria para presentarse a Costabella; pero atraído por aquel extraño espectáculo, acercóse de nuevo a la reja y volvió a mirar.

En aquel momento, la joven, María — así lo creía él —, alzó los ojos y le vió; pero no pareció reconocerle e hizo una seña a Cándido para darle a entender que llamaban a la puerta.

A fin de que no le tomaran por espía, Alvarez tocó la campanilla. Cándido se aproximó a la verja para abrir, pero se detuvo estupefacto.

Había reconocido al banquero; sabía el proceder que éste había tenido con su amo, y estaba muy decidido

a no dejarle franquear la puerta del jardín, cuando Alvarez le presentó su tarjeta y le dió a entender que era preciso que se la enseñase al señor de Costabella.

Al principio Cándido no se movió; pero en vista de que Alvarez insistía, cogió el criado la tarjeta, la rompió e hizo un ademán que no dejaba ninguna duda acerca de sus intenciones en caso de que el hombre no quisiera retirarse.

Alvarez consideró inútil toda resistencia. En vano podría razonar con un individuo incapaz de entenderle y que, aunque le hubiera entendido, seguramente no hubiera tolerado su presencia.

Desde su butaca, Parisette había presenciado toda aquella escena a medida que se desarrollaba, experimentando gran sorpresa. ¿Qué significaba aquel recibimiento? ¿Con qué derecho despedía Cándido a una visita?... He ahí otras tantas preguntas a que ella no podía responder ni mucho menos.

No obstante, se levantó en cuanto vió que Alvarez se iba y expresó por señas al criado su estupor y su descontento.

Por toda respuesta el sordomudo se puso los dedos en cruz contra los labios, sopló al suelo con desprecio, cual si quisiera borrar hasta la huella de los pasos del que se había presentado en aquella mansión.

Esa especie de maldición era incomprendible para Parisette, que deseaba saber a ciencia cierta lo ocurrido; pero antes de que pudiera hacerse comprender, Cándido la cogió en brazos y corriendo se la llevó dentro de la casa.

Al verla venir así, sonrióse el señor de Costabella.

— Abuelo — dijo la joven —, no sé lo que tiene Cándido; pero suele recibir a la gente de un modo verdaderamente singular. Se ha acercado un caballero a la verja y Cándido le ha amenazado con el puño.

— ¿Qué caballero, hija mía?

— He recogido su tarjeta, que Cándido ha roto bastante insolentemente.

Presentó los trozos de cartulina al abuelo, que leyó el nombre del banquero y dijo:

— A ese hombre no se le puede recibir.

— Pero, abuelo, lo menos que se podía hacer es dar explicaciones a un señor que parece presentarse de muy buena fe.

— Ese individuo es paisano mío, le conozco hace tiempo. Sé que es ave de mal agüero, y la conducta de Cándido está perfectamente justificada.

— Explíqueme, abuelo...

— No te explicaré nada, hija mía, y permíteme que no te diga más.

En la expresión del rostro de Costabella comprendió Parisette que hubiera sido indiscreto dirigirle más preguntas. Además, sentíase cansada y tenía tantos otros pensamientos que la atormentaban, que se limitó a responder:

— Ya me lo dirá usted cuando le plazca.

II

EMBAJADA

Mucho humilló a Alvarez el recibimiento de Cándido, y desconcertado por la visión de Parisette, que para él no era otra que María, volvió a su casa estudiando un plan de venganza contra aquel criado tan celoso.

Cuando volvió a su villa de Cirmiez, el banquero vió a Cocolin que estaba ya de regreso de su desdichado paseo. Acercóse inmediatamente a él y sin andarse en rodeos le dijo:

— Nunca he pedido a usted nada que pueda serle desagradable, y no

creo que la misión que le voy a encargar le contrarie; pero le pido por favor que la cumpla estrictamente.

— Estoy a sus órdenes... Y me alegro de que se presente ocasión de demostrarle mi agradecimiento por todas sus bondades. ¿Qué debo hacer?

Por toda respuesta, Alvarez le presentó el periódico que andaba aún rodando por la mesa y en el cual había leído la noticia referente a la presencia del marqués de Costabella en villa Claudia.

Cocolin estuvo a punto de caerse de emoción; pero Alvarez sin reparar siquiera en los espantados ojos del cobrador, siguió diciendo:

— Es menester que encuentre usted un pretexto para introducirse en casa de esos señores. Acaban de llegar, necesitan personal, preséntese... En fin, quiero saber todo lo que ocurre en esa casa.

— ¡Vaya una cosa singular! — pensó Cocolin antes de decir una palabra —. ¿Por qué necesita mi bienhechor informes del señor de Costabella, del abuelo de Parisette, de quien nunca me ha hablado? — Pero parecióle imprudente reflexionar más tiempo y repuso:

— Entendido. Sin embargo, había jurado no volver a salir de casa, porque el menor paso que doy me causa las peores molestias... Pero, en fin, ya que usted lo exige... ¿Y no podría usted decirme a qué tengo que ir a casa de ese señor?

— A mígo Cocolin, yo nunca he insistido para saber qué motivos le obligaban a usted a no darse a conocer de la policía, puesto que me ha dicho usted que es inocente, que era un asunto de honor, y no le he vuelto a hablar de ello. Quisiera, pues, que usase usted conmigo de la misma discreción.

— Comprendido, comprendido, allá voy.

— ¡Pero hombre, no vaya usted con ese traje!

— Déjame — dijo Cocolin, que, muy satisfecho, pensó que nunca se le presentaría mejor ocasión de saber noticias de Parisette.

De un salto salió de casa. Tomó el primer coche que pasaba, dió la dirección de villa Claudia en San Juan y durante todo el trayecto pensó con gran emoción en lo que iba a saber durante aquella visita.

¿Estaría allí Parisette? ¿Le tomaría el señor de Costabella por un criminal?... Pero, en fin, el poder averiguar dónde estaba su sobrina era para él una alegría que le oprimía y que le hacía desafiar todos los peligros.

Llamó Cocolin poco después a la verja donde se había presentado Alvares.

Le abrió un criado; al cual dijo:

— Quisiera conversar un rato con el señor marqués de Costabella.

El vestido y la noble actitud del pastor protestante bastaron para imponerse al ingenuo criado, que no titubeó un minuto, abrió la puerta, saludó respetuosamente al buen clérigo, el cual devolvió saludo por saludo, sin ingratitud alguna.

Así que llegaron a la puerta del edificio, después de cruzar el jardín, preguntó el criado:

— ¿A quién tengo el honor de anunciar?

— Al reverendo.

— Al reverendo... ¿qué?

Cocolin no había pensado en buscarse un nombre; así que repitió dos veces:

— Al reverendo..., al reverendo...

Al fin se decidió a decir lo primero que se le vino a la cabeza.

— Al reverendo Old England. Deseprisa y diga a su amo que tengo los minutos contados.

Abrió el criado la puerta que daba a una vasta habitación en la cual Cocolin divisó dos enormes ventanas. Oyó una música melancólica ejecutada en un piano, miró en torno suyo

y al fin tomó asiento. El criado dijo al señor de Costabella:

— En el salón hay un caballero que pregunta por usted.

— ¿Quién?

— El reverendo Old England.

— ¿Cómo?

— Un pastor inglés, el reverendo Old England. Pregunta si el señor puede recibirle inmediatamente para un asunto urgente, pues dice que tiene el tiempo tasado.

Momentos después el señor de Costabella se presentaba en el umbral del salón e inmediatamente le dijo el fingido pastor:

— Caballero, tengo que hablar a usted en particular. Se trata de Parisette.

Costabella, instintivamente desconfiado, replicó:

— ¿De quién habla usted, caballero?

Cocolin dejó ver una sonrisa.

— Vamos, míreme bien, ¿no me conoce usted?

Levantóse ligeramente las gafas ahumadas, miró a diestro y siniestro en torno suyo, como si quisiera que alguien le viese y repitió:

— ¿No me conoce?

— No, señor.

— ¿Pero no me recuerda?

— Vamos, hable usted claro.

— Soy Cocolin.

— ¿Cocolin?

— Yes.

— ¿En ese traje?

— Yes.

Ese nombre no produjo en modo alguno en el marqués el efecto que el ingenuo cobrador esperaba.

Para Costabella, que no estaba enterado de nada, que sólo sabía lo que habían dicho los periódicos, Cocolin era un asesino. Al principio, el abuelo de Parisette, y por la ardiente fe de su nieta, pudo creer que había una equivocación y que el cobrador había sido víctima de la torpeza de la policía; pero el hecho de que no se había presentado en varios días, de

que ni siquiera se había preocupado de su sobrina, y de que para vivir en Niza viera obligado a vestir tan extraño traje, no dejaba ya ninguna duda en la imaginación del marqués respecto de la culpabilidad de aquel a quien antes creyera un hombre honrado.

— Vengo a pedirle — dijo Cocolin — noticias de Parisette. No he sabido nada de ella desde que ocurrió aquel desdichado crimen; estoy muy inquieto, vivo como un lobo y vengo a suplicarle que me diga lo que ha sido de ella.

El anciano guardaba una impasibilidad que alarmó a Cocolin.

— Su mutismo, su actitud, caballero, me inducen a pensar que me oculta usted algo. ¿Acaso estará enferma Parisette?

Costabella se obstinaba en no contestar.

Acaso por primera vez en su vida, Cocolin se sintió invadido por violenta desesperación, y expresó con su mínima tal angustia, que su interlocutor le miró con más compasión.

— Por favor, caballero, ya ve usted en qué estado me encuentro; usted no conoce mi historia y tal vez tenga contra mí prevenciones que comprendo; pero no tiene usted derecho a privarme de lo más querido que tengo en el mundo; no tiene usted derecho a dejarme sin noticias de mi sobrina. Si me encuentro aquí, en este traje, créame que no es sólo la casualidad la que me ha conducido y que, presumiendo su recibimiento, ya que ignora usted cuanto pueda justificarme, no he titubeado en venir, porque quiero saber el lugar donde está Parisette. Respóndame con una palabra: ¿tiene usted noticias de Parisette?

Costabella hizo un signo afirmativo con la cabeza.

— ¿Está enferma?

Nuevo signo afirmativo del anciano.

— Pero, ¿dónde está? ¿qué tiene? ¿la ha abandonado la señora de Stefan? No me deje usted con esta angustia...

En aquel momento oyóse el piano en la pieza contigua. Una mano distraída o cuando menos torpe, tocaba las primeras notas de una romanza sin palabras de Mendelssohn. Cocolin conocía aquella música, pues la había oído tararear a su sobrina. Aquello fué para él una revelación, y se levantó exclamando:

— ¡Está tocando el piano! Estoy seguro de ello.

Costabella no pudo disimular un movimiento de impaciencia.

— Estoy seguro de que es ella — gritaba Cocolin, el cual en pocos segundos y a pesar de los esfuerzos del abuelo para contenerlo, penetró en el salón y vió los rubios cabellos de Parisette.

No vió nada más; no sabía dónde estaba, no se enteró de si había más personas en la habitación. Corrió hasta la joven, que al principio no le había visto entrar y que no volvió la cabeza hasta que él se halló a dos pasos de ella.

Al principio invadió a la joven cierto temblor, y después una risa nerviosa. Tío y sobrina, en brazos una del otro, saborearon durante rato la más dulce alegría que podía entrar en aquellos dos corazones sinceros. Para nada se acordaban ya de Manuela, de Cándido, del marqués, que contemplaban aquella escena, conmovidos contra su voluntad. Toda la alegría del mundo estaba en ellos.

Después de abrazarla detenidamente, sin decirse una palabra, Cocolin puso en sus manos las de Parisette, clavó los ojos en los de su sobrina, velados por las lágrimas, y le dijo con toda su alma:

— Cuando menos, tú no has dudado de tu tío ni has vacilado en abrazarle: te encuentro tal como has sido siempre.

Y era verdad. Ni un solo minuto

le había tenido alejada tanto tiempo de aquel que velaba por su vida; bastó su presencia, el sonido de su voz, aquella mirada que le fué directa al alma, para que se acurrucase como tantas veces lo había hecho, en los brazos del único ser que le había dado todo su corazón.

Fué aquella una lección para Costabella, a quien, por lo demás, podía disculparse, porque no tenía los mismos motivos que la joven para conocer el corazón de Cocolin. Aquel encuentro desconcertó al anciano. Mandó retirarse a Cladido y a Manuela, tomó asiento al lado de Cocolin y le dijo:

— Amigo mío, me alegro de verte a usted contento. Perdóname mi falta de entusiasmo; pero hemos pasado horas muy trágicas Parisette y yo y he perdido toda noción de las cosas.

— ¿Y qué te ha pasado a ti? — dijo Parisette, que se reía al ver a su tío vestido de pastor protestante —. Cuéntanos qué te ha sucedido para que te presentes a nosotros con ese traje.

El cobrador exhaló un largo suspiro.

— ¡Ay! ¡Si supieras, hija mía!...

— Cuéntanoslo todo.

— Tienen ustedes mucho tiempo?... Porque han de saber que lo que he de contar es una verdadera novela. En primer lugar, mireme usted bien, señor Costabella, y dígame si tengo cara de asesino... ¿Ve usted en mis facciones las de un gran criminal?

— ¡Calla, calla, tío! — exclamó Parisette —. No gastes esas bromas. Tienes cara de lo que eres: de hombre honradísimo.

Costabella hizo un ademán de aprobación.

— Pues bien — siguió diciendo Cocolin —, a pesar de todo, me tienen por un bandido vulgar. Además, sabrán ustedes por los periódicos todo lo que me echan en cara; habrán ustedes leído de mí muchas cosas que

yo mismo ignoraba. ¡Y pensar que han dicho que era yo un calavera!... Claro está que hubiera debido quedarme en París. Y le suplico, querida Parisette, que me perdone por haberte abandonado así... pero...

Cocolin se detuvo, porque el dar explicaciones hubiera sido hablar del secreto de la señora de Stefan.

— ¿Pero qué? — preguntó Parisette.

— Ya te lo diré en otra ocasión. Hay una serie de hechos que no puedo exponerte en breves instantes, y me está esperando la persona que me ha dado hospitalidad.

— Pero, cuando menos, explícame lo que hiciste el día del crimen de Neuilly.

— ¡Eso quisiera yo, explicártelo! pero para ello, y para poder decirte la causa de haberme tenido que disfrazar en la forma que me ves, necesitaría entrar en consideraciones que no puedo... Además, déjame pedirte algunos datos... En primer lugar, ¿qué ha sido de la señora de Stefan?

— No sé nada — dijo Parisette —. No la hemos vuelto a ver. Ya te habrás enterado de todos los interrogatorios que he sufrido; debes de saber que el domingo por la mañana, cuando creía que estabas aún en casa, llegó la policía y me hizo infinidad de preguntas acerca de ti. Luego me condujeron a la Prefectura de policía, y allí el abuelo tuvo la bondad de llevarme consigo, y apenas llegada al Hotel Crillon, de tantas emociones como había sufrido, caí enferma.

— ¿Y has estado muy enferma?

— Por poco se nos muere — dijo el abuelo —. Tuvo un ataque cerebral, y pasó varios días delirando, llamándole a usted en su delirio y queriendo a todo trance ir a reunirse con usted... ¡Aquello era desgarrador!

— Pobrecita — dijo Cocolin besando a su sobrina en la frente.

Y disponíase el cobrador a embre-

harse en un discurso, cuando llamaron a la puerta.

Acercóse a Costabella un criado y le dijo:

— Ha venido un inspector de policía que desea hablar con usted.

Parissette notó inmediatamente la contracción del rostro de su abuelo y le dijo:

— ¿Qué tiene usted?

El anciano estaba en pie dispuesto a recibir la visita.

— Que pregunta por mí un inspector de policía.

Y dejando aterrados a tío y sobrina, llegóse Costabella al saloncito.

En efecto, era un representante de la Prefectura de policía quien esperaba al marqués. Al momento expuso el objeto de la visita:

— Caballero, no voy a andarme en rodeos. Acaba usted de recibir la visita de un pastor protestante. ¿Quiere usted decirme donde está?

Costabella, con gran sangre fría respondió secamente:

— No sé lo que quiere usted decir.

— Lo siento, y me extraña que no esté usted mejor enterado de la gente que entra en su casa y que acaba de estar en este mismo cuarto que nosotros, según indican este paraguas y este sombrero. El pastor a quien tengo orden de detener se hallaba sentado aquí hace un instante.

Ante la evidencia, calló el anciano. El policía siguió diciendo:

— No ignora usted caballero, que cuando su nieta fué interrogada por el jefe de policía, éste le dijo que deseaba tenerla a su disposición. Pudo usted conseguir que le dejaran traerla a Niza, y era natural, puesto que estaba enferma. Pero puede usted suponer que tenemos el deber de vigilar su casa y que, tratándose de un proceso tan resonante como el del asesinato de la señora de Germinot, no se podía perder de vista a los que fueron sus principales actores, que desgraciadamente es el caso en que

se halla la señorita Parissette, y debo aconsejar a usted, si no quiere discusiones con la justicia de nuestro país, que proceda lealmente conmigo. Sirvase decirme dónde está Cocolin, que acaba de entrar aquí hace un cuarto de hora vestido de clérigo.

— Ya que es así, ya que ejerce usted una orden de vigilancia en mi casa, ésta se halla abierta para usted: registrela y busque usted mismo a la persona que le interesa.

El policía abrió la puerta del salón.

Este se hallaba vacío. Parissette parecía meditar en el umbral de la puerta que daba al jardín.

Después de mirar en torno suyo, acercóse el inspector a la joven y le preguntó bruscamente:

— ¿Dónde está su tío, señorita?

— No sé lo que quiere usted decir — respondió Parissette.

— Pues me parece que hablo bien claro. ¿Dónde está su tío?

— ¿A quién tengo el honor?...

— Este señor es policía — dijo el marqués, que había acudido para dar con su presencia valor a su nieta.

Parissette alzó muy diestramente la cabeza, como si signiera a lo lejos con la mirada a alguien que intentaba escaparse. El policía, que acechaba sus menores movimientos, consideró aquella mirada como un indicio particularmente interesante y preguntó:

— ¿Se ha ido por ahí?

La sobrina de Cocolin afectó echarse a temblar, simuló tener miedo de responder, movió la cabeza, sin que se supiera si quería decir que sí o que no y enjugóse luego los ojos como si llorara.

— Comprendido — dijo el inspector —; dispénsame que la haya molestado, señorita; pero le advierto que todas las salidas de la casa están vigiladas y el jardín cuidadosamente custodiado. Por lo tanto, hay muchas probabilidades de que no se escape Cocolin.

Y demostrando así con esas pala-

bras su satisfacción y su esperanza, el inspector corrió a reunirse al final de una alameda con otro policía que estaba en acecho.

No bien hubo desaparecido aquél, Parisette, acompañada del señor de Costabella, cruzó el salón, se acercó a la chimenea, la abrió, y, cual muñeco que sale de una caja de sorpresa, apareció su tío lleno de hollín, sonriéndose a pesar de todo, y no pudo menos de decir:

— Ustedes pensarán lo que quieran, pero esto no es vida. Pastor, lampista, deshollinador... ¿qué sé yo las cosas que ya he sido? ¡Y sabe Dios de qué tendré que disfrazarme aquí!... ¿Dónde se han ido?

La joven le explicó:

— He dado a entender al inspector que te habías escapado por el jardín. Me ha dicho que todas las salidas estaban vigiladas y que por consiguiente no podrías huir.

— ¿Son muchas?

— No sé, pero cuando menos son tres.

— ¿Están seguros de que estoy aquí?

— Segurísimos. Han debido de seguirte y te habrán visto entrar por la verja.

— ¿Es grande el parque? ¿Tardarán mucho en registrarlo?

— Si lo hacen concienzudamente, tienen lo menos para media hora.

— ¿Y no hay ningún cuartito secreto en la casa donde ocultarme?

— No; pero, si quieres, hay otras chimeneas...

— ¡No, no! ¡ya estoy harto de chimeneas!

— Entonces ¿qué hay que hacer?

— ¿Y si saltase por la tapia?

— Con ese levitón no es posible... en seguida te reconocerían...; ahora todos saben que vas vestido de pastor, y dondequiera que fueres te perseguirán.

— ¿Y si me vistiese de niña? — dijo en son de guasa Cocolin.

Esa burlesca idea divirtió a Pari-

sette, quien, de pronto, se dió una palmada en la frente y exclamó:

— Se me ha ocurrido una buena idea. Ven conmigo.

Llamó a Cándido, subió al piso superior, y allí, en el cuarto contiguo al tocador del señor de Costabella, expuso un plan rápido que al momento fué puesto en ejecución.

Entretanto el inspector de policía continuaba sus investigaciones por el parque.

Al llegar a la verja encontró a uno de sus compañeros:

— ¿No has visto a nadie, Olive?

— A nadie.

— ¿No has visto ninguna sombra, ninguna forma?

— Ni sombra ni forma.

Fué más lejos, dirigió la misma pregunta a otro inspector, que tampoco había visto nada, y de nuevo se llegó a Olive que de repente alargó los brazos diciendo:

— Mire allá...

En la dirección que le indicaba su colega divisó en efecto un clérigo al que sólo se veía de espaldas y que parecía apresurar el paso, más no hacia la puerta de salida, sino hacia el huerto.

— ¡El está... vamos pronto... ¡ya lo tenemos! Probablemente habrá alguna puerta excusada por ahí e intentará huir por ella.

Los dos hombres echaron a correr; en pocos segundos alcanzaron al pastor, el cual no dejó que se le echasen encima, porque, de dos soberbios puñetazos, que demostraban una fuerza extraordinaria, los hizo rodar por el suelo.

Los policías sacaron el revólver y gritaron:

— ¡Arriba las manos!

El clérigo bécules no pareció entender una palabra y se limitó a desabrocharse la levita, como si quisiera invitar a sus adversarios a una pelea más regular y más cortés.

Los policías se hallaban ya frente a frente con el criminal a quien bus-

caban, y grande e indecible fué su estupor cuando vieron que el feroz reverendo no tenía ninguna facción común con Cocolin. Para cerciorarse de que no eran juguete de una ilusión, miraron la fotografía del criminal que llevaban siempre encima. Compararon el rostro del cobrador, delgado, de grandes ojos risueños y enorme boca, con el del pastor, redondo, de ojos chiquitos y labios delgados. No era el asesino de Neuilly. No había duda alguna.

— ¿Pero quién es usted?

Cándido, porque era él, dió a entender que era sordomudo.

Los inspectores se pusieron a su lado y con bastante dificultad se hicieron conducir hasta las habitaciones en donde Costabella y Parisette parecían esperar con inquietud el resultado de las investigaciones policíacas. No obstante, así que la joven vió llegar a Cándido entre sus dos guardianes, no pudo contener la risa, y al mismo Costabella, a pesar de toda la dignidad que quería conservar, le costó gran trabajo disimular su hilaridad.

— No comprendemos una palabra de lo que está pasando — dijo el inspector —. Acabamos de detener a este clérigo que dice ser sordomudo y que no se parece absolutamente en nada a Cocolin.

— Es mi criado Cándido, sordomudo, como pueden ustedes asegurarse preguntando por la vecindad...

— ¿Pero cómo lo encontramos vestido de pastor?

Entonces tomó Parisette la palabra y con una calma y un buen humor sorprendentes, dijo:

— Yo me he entretenido en disfrazarle, muy inocentemente desde luego, porque no sabía que mi tío, de quien no tengo noticias desde el día del crimen de Neuilly, se había vestido con este traje.

Dijo estas palabras con acento de tan buena fe, que los policías no las pusieron en duda.

El inspector dijo a Cándido:

— Sírvase acompañarnos.

Y de nuevo registraron las habitaciones de los bajos, del primer piso y hasta del desván.

El criado de Costabella los siguió dócilmente más de una hora, durante todo un registro que no dió resultado alguno.

Al fin, impacientes y cansados de su ingrata tarea, presentáronse de nuevo al señor de Costabella y a su nieta, y el jefe dijo muy correctamente al anciano:

— Lamentamos haber turbado su tranquilidad; pero nos han ordenado cumplir esta misión, cuyas peripecias transmitiremos a nuestros jefes jerárquicos.

Tras lo cual se retiraron y se reunieron a sus colegas que les esperaban en la carretera.

— ¿No habéis visto a nadie por aquí? — preguntó el jefe.

— No, a no ser una vieja que iba a la compra y un niño.

Esa respuesta tranquilizó al inspector, que aun tenía sus dudas. Y, sin embargo...

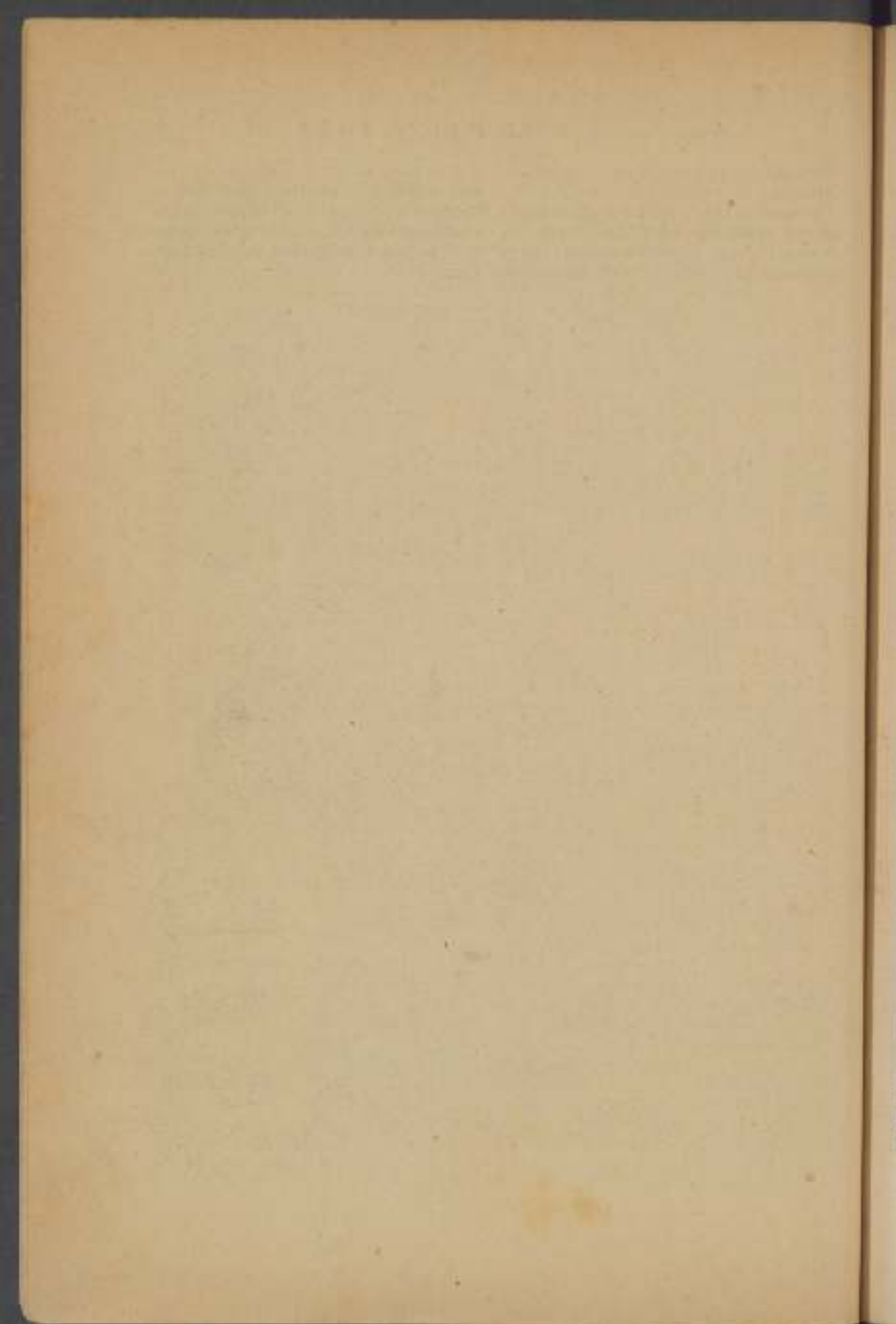
Sin embargo, si hubiera sido mayor la curiosidad de sus colegas y se les hubiera ocurrido interrogar a la vieja que, según decían ellos, iba a la compra, hubieran visto que bajo el pañuelo de yerbas que llevaba en la cabeza, tras la falda y el delantal negro de la modesta vieja, se ocultaba el bueno de Cocolin, quien, una vez más, había sido obligado a recurrir a un disfraz burlesco para escapar a la justicia.

Manuela, enterada por Parisette de las pesquisas policíacas, fué quien muy amablemente prestó un vestido suyo de aldeana portuguesa a Cocolin, el cual, resignado, y después de mirarse en el espejo y reírse de aquella última aventura, se fué con la cesta bajo el brazo a la carretera, donde meditaba solitario preguntándose qué sería de él, porque, no sólo se hallaba vestido de mujer, sino que

además no podía volver a casa de Alvarez.

Súbitamente tornaba a encontrarse sin domicilio, en libertad por los caminos, con dinero encima, pero obligado a cuidarse del personaje

que representaba, y seguro de que si llegaba a ocurrirle algún contratiempo, aquel excesivo disfraz agravaría aún más los diferentes cargos que pesaban sobre sus frágiles hombros.



PARISETTE



Mataron en la escalera a Melania Parent, vacillante, revólver en mano, gritando: - ¡Le he matado!

PARISETTE



EPISODIO 7.º — Cándido cogió en brazos a Parisette y la llevó a la casa.



EPISODIO 8.º — Ella a devolver el boletín a la patrona, cuando una vez se hizo extremadamente.

OCTAVO EPISODIO

FAMILY-HOUSE

EL OTRO PELIGRO

Vestido de mujer portuguesa, encorvada por la edad, Cocolin erró gran parte de la tarde por los olivares, apartándose así del camino real, y temiendo que le persiguieran los policías que habían registrado ya la casa de Costabella, no quería volver a Niza hasta la madrugada. Pero comprendió que necesitaba un asilo donde pernoctar. Llevaba en el bolsillo los diez mil francos que había ganado al banquero, cantidad que, en caso necesario, le permitiría pasar una temporada en cualquier retiro apacible.

Razonando así, encaminóse de nuevo Cocolin a Mont-Boron.

No bien hubo dado cien pasos, cuando vió, al borde de la carretera, entre dos árboles, un vagabundo de barba hirsuta y vestido de harapos, que parecía prestar gran atención a los movimientos de Cocolin y que momentos después le siguió con exagerada solicitud. Cocolin apretó el paso, y otro tanto hizo el vagabundo. Detúvose aquél y el otro se detuvo al mismo tiempo. El cobrador pensó huir a todo correr; pero se lo impedían sus faldas largas y además hubiera sido delatarse a aquel individuo que tal vez fuera un policía disfrazado. Así, pues, decidió correr la suerte, y dejó que se acercase su perseguidor, el cual no dirigió la palabra a Cocolin hasta cerciorarse de que no había nadie por la carretera.

— ¡Buenos días, señora! — dijo el mendigo quitándose el sombrero.

— ¡Buenos días! — respondió Cocolin —. ¿Qué se le ofrece?

El vagabundo no contestó inmediatamente; pero dirigió unas miradas y unas sonrisas muy prometedoras al cobrador, que al momento se percató de que tenía que habérselas con un hombre galante por demás. Sonrió para sus adentros ante esa idea, y para romper el silencio, que se hacía algo molesto, exclamó:

— ¡Hermoso tiempo!

— ¡Hermoso tiempo — dijo el hombre — para pasearnos los dos juntos! porque es muy triste andar solo por estos caminos...

— Muy aburrido es, en efecto.

En aquel momento, el galante vagabundo sacó del morral un ramo de flores silvestres y se lo ofreció a la señora Cocolina.

Era una manera de expresar sus sentimientos evidentemente delicados; pero cuyo ímpetu detuvo Cocolin en estos términos:

— ¡Haga usted el favor, caballero..., que soy una mujer honrada!

Pronunció esa frase con una voccita aguda que causó gran impresión en su interlocutor, el cual, no obstante, no se desanimó y le repuso:

— Ya me lo figuro. No quiero más que proponerte, hermosa joven, que me acompañe un ratito.

Y uniendo el ademán a la palabra dió un pellizco en el cuerpo al cobrador y le cogió del brazo para un paseo sentimental.

No fué muy del gusto del tío de Parisette aquella prueba de afecto; así que se desasíó bruscamente, dejó el cesto en el suelo, se arremangó las faldas hasta la cintura, quitóse el pañuelo que le tapaba la cabeza, se abalanzó contra el vagabundo y le golpeó tan duramente que el pobre hombre, aterrorizado, huyó a todo correr, estupefacto ante aquella inesperada transformación; y Cocolin, satisfecho y tranquilo, siguió su camino.

Anduvo media hora más. Ya era de noche cerrada y tenía que tomar una decisión para alojarse. Miró las casas que orillaban el camino y se detuvo ante una verja donde había un rótulo con estas palabras:

FAMILY-HOUSE
CASA DE HUESPEDES

Precios módicos

Entró en el jardín, abrió una puerta y se halló ante la patrona a la cual dijo:

— Desearía un cuarto, señora.

La compostura más que modesta de Cocolin no produjo muy buena impresión en la patrona, que le miró de pies a cabeza.

— ¿Querrá usted un cuarto de criada? — le preguntó.

— Sí — respondió humildemente Cocolin, que no tenía ganas de hablar mucho.

— Comerá usted en la cocina, naturalmente.

— Sí, señora.

— Está bien. Son diez y ocho francos diarios.

— Conforme... Sírvase conducirme a mi cuarto.

Llamó la patrona y apareció una criada, a la cual dijo:

— Margarita, acompaña a esta señora al 24. Pero antes — dijo volviéndose a Cocolin — sírvase usted llenar esta hoja, requisito que nos

exige la policía... No tiene usted más que responder a las preguntas que en ella se hacen.

Cocolin no se acordaba de ese pequeño detalle. ¿Qué escribiría? Afectó la turbación de una persona no muy acostumbrada a escribir, y en tanto que parecía titubear para usar la pluma que tenía entre los dedos, pensaba el nombre que escribiría.

El primero que se le ocurrió fué el de Eulalia Parent, y sin detenerse a meditar más, escribió:

Eulalia Parent.

45 años.

Planchadora.

Procedente de Gargant.

Y ya iba a entregar la hoja a la patrona, cuando una voz que le hizo estremecerse obligó a aplicar el oído y a mirar a otro lado.

Dicha voz decía:

— ¡Mil gracias, hermosa joven!

Ese pipopo iba dirigido a la patrona, y con gran estupefacción, Cocolin vió que el que lo hacía era el señor Lapusse, su vecino de la calle del Racheval, que aparecía en el umbral de la puerta con un gran ramo de flores en la mano.

La patrona no prestó atención a la hoja que le entregaba la fingida mujer, pues estaba entusiasmada por la sonrisa y los pipopos de Lapusse.

Cocolin, que no tenía gran interés en presenciar aquel cambio de palabras tiernas, siguió a la criada, subió la escalera que conducía a su cuarto y así que hubieron llegado a él le dijo:

— Desearía pedir a usted un favor.

— Usted dirá.

— ¿Sabe usted quién es ese señor que en este momento está hablando abajo con la patrona?

— ¿Ese que ha venido con un ramillete en la mano?

— El mismo.

— Es el socio de la señora, el señor Lapusse.

— ¡Hombre! ¿Tiene su señora un socio? ¿Luego marcha bien la casa?

— La casa no iba muy bien; la patrona necesitaba dinero, puso un anuncio en un periódico, y a los pocos días se presentó el señor Lapusse, que parece tener una gran fortuna, y que ofreció ayudar a la señora a dar impulso a esta casa.

— ¿Hace mucho de eso?

— No, unos quince días.

— ¿Y se entiende bien con la patrona?

— Ya puede usted verlo. Todos los días le trae flores, y siempre están charlando y besándose; en fin, nada me extrañaría que esto acabase en boda.

— ¿Y es buena persona ese Lapusse?

— Es muy amable; no parece muy franco, pero es cariñoso con todo el mundo... Ahora, dispéñeme que tengo que bajar... Cenamos a las nueve, después de servir a los que comen en el comedor.

— Pierda cuidado, que a las nueve en punto bajaré, pues tengo apetito.

Salió la criada. Cocolin sentóse en la cama y quedó sumida un rato en muy tristes reflexiones.

— Realmente me persigue el destino — pensaba —, porque, después de todo, voy a tenerme que marchar de aquí cuanto antes, para que no me reconozca mi antiguo vecino. Pero, el caso es que ese antiguo vecino...

Cocolin no había pensado nunca en aquel Lapusse a quien tan inopinadamente se encontraba aquel día. Acordábase de sus relaciones como vecino y sabía que el agente de negocios pasa por vivir al día.

¿Cómo, pues, podía tener tan de repente capital para asociarse a una mujer y dar impulso a un hotel de la costa azul, precisamente al día siguiente del crimen de Neuilly?... Eso le parecía un poco singular.

Hasta aquel momento, el cobrador nunca había sospechado que La-

passe estuviera mezclado directa o indirectamente en el asesinato de la viuda de Germinot; pero los datos que acababa de darle la criada inducíanle a coordinar en su memoria ciertos hechos y a llegar a sospechar que el anciano había representado un papel sospechoso en la aventura que al pobre Cocolin le obligaba a errar por los caminos como un criminal.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Cocolin se echó a temblar.

— ¿Quién? — preguntó.

— Eulalia Parent, planchadora de Gargant.

Aquello era ya demasiado. Poco faltó al cobrador para desmayarse, y con voz insegura respondió:

— Dispéñeme; pero debe usted de estar equivocada: Eulalia Parent soy yo.

¿Sería aquello una jugada de la policía? ¿Debía abrir? ¿Le saltarían en cuanto estuviera abierta la puerta? Al fin se decidió, porque oía una voz femenina que gritaba:

— ¡Abrame o escandalizo!

Había que evitar ruido y Cocolin abrió la puerta.

Al punto entró en el cuarto una mujer, y Cocolin, sin intentar disimular el sonido natural de su voz, exclamó:

— ¡Eulalia Parent!

— ¡Señor Bourgeois!

Porque se recordará que la planchadora de Gargant conocía únicamente con el nombre de Bourgeois a Cocolin, stio de la niña Lulú.

La situación era verdaderamente extraña, tanto, que los dos personajes permanecieron un rato sin decirse una palabra. Al fin comprendió Cocolin que era preciso dar una explicación y decir a Eulalia por qué había tomado aquel nombre y por qué se había vestido de aquel modo.

— Haga el favor de decirme cómo está aquí — preguntó a la planchadora, la cual le contestó:

— Bajaba yo la escalera para ir a

cenar, cuando el señor Lapusse, que tenía en la mano una hoja, dijo a la patrona:

«— ¿Quién le ha entregado a usted este papel? La que se lo ha entregado hace constar aquí que se llama Eulalia Parent, y tenemos ya otra huésped con los mismos nombres. He tenido la hoja ante los ojos, y le confieso, señor Bourgeois, que no he entendido una palabra, porque estoy segura de que en Gargant no hay más Eulalia Parent que yo. Me he figurado que esto encerraba un misterio y he dicho a la patrona: «Déme usted el número del cuarto de la que pretende llamarse Eulalia Parent, que voy a verla ahora mismo... Y aquí me tiene usted... ¿Pero por qué ha tomado mi nombre, señor Bourgeois...? ¿Por qué se ha vestido de mujer?»

El cobrador, despojose de la falda y del pañuelo que le cubría la cabeza, quedándose con el verdadero aspecto de Cocolin, miró con ojos llenos de lágrimas a la planchadora y le dijo:

— ¿Se acuerda usted, Eulalia, de la última vez que fui a Gargant?

— Ya lo creo que me acuerdo: Lulú estaba enferma y usted venía con una doctora; era un sábado.

— Aquel sábado por la tarde asesinaron en Neuilly a la viuda de Germinot.

Eulalia Parent pareció reflexionar, miró al señor Bourgeois y repuso:

— En efecto... Pero...

— Yo soy Cocolin, el Cocolin a quien acusan de haber matado la tarde del sábado a la rentista de Neuilly.

— ¿Es posible!

— ¿No vió usted mi retrato en los periódicos? ¿No se dijo usted al verlos: «yo conozco esa cara?»

— No, nunca he pensado tal cosa... Pero usted no es el asesino.

— Claro que no, puesto que estaba en Gargant.

— ¿Y por qué no lo dijo?

— ¡Ay, Eulalia! Ahí es donde em-

piezan a embrollarse las cosas. Prométame ser discreta, júremelo y voy a decirle toda la verdad.

— Se lo juro, señor Bourgeois.

— No, Cocolin. Puede usted pronunciar ese nombre, Eulalia, porque es el de un hombre honrado. La señora a quien vió usted conmigo aquel sábado, era la señora de Stefan, la mujer del banquero en cuya casa estaba yo empleado. Lulú no es sobrina mía, sino hija de esa señora. Comprenderá usted lo que ocurre: el banquero Stefan no sabe que su mujer tiene un hijo. Si yo, para probar la coartada, hubiera explicado a la policía cómo pasó la tarde de aquel sábado, hubiera tenido que enterar a todo el mundo de que la señora de Stefan tiene una hija. Con eso se hubiera destruido toda la felicidad de esta mujer, y preferí callar. Ahí tiene usted explicado lo del asunto de Neuilly. Y es usted la primera persona a quien digo exactamente lo que sucedió.

A medida que hablaba, mirábale la planchadora, con miedo al principio, y después con admiración. Así que hubo terminado su historia Cocolin, la pobre mujer no pudo menos de decirle:

— ¿Y usted ha hecho eso, señor Bourgeois?

— Sí — respondió humildemente el cobrador.

— ¿Y lleva usted semanas escondiéndose, y se le acusa, y le bastaría decir una sola palabra, y no la dice?

— No, Eulalia.

— ¡Es usted un héroe, señor Bourgeois!

Esas breves palabras de un corazón sincero, recompensaron en aquel instante a Cocolin todos los sacrificios que había podido hacer.

— Hago lo que puedo, Eulalia — dijo —. Claro está que si hubiera procedido de otro modo no me hubiera ocurrido nada de esto... Pero es preciso que sufra las consecuencias de mi imprudencia y espero que

algún día se arreglará todo... Ahora quisiera pedirle unos datos.

El gong de aquella casa de huéspedes, manejado por la experta mano del señor Lapusse, resonó en toda la casa, llamando a la cena a los huéspedes.

— Tengo que bajar — dijo Eulalia —, pues no se explicarían mi ausencia.

— Espere un par de segundos; se lo suplico. Al llegar aquí, me ha sorprendido mucho una cosa, de la cual he hablado ya a la criada: la presencia de mi vecino de escalera de la calle del Encheval, a quien allí llamábamos «el tío Lapusse». De pronto me lo encuentro aquí como socio de esta casa, y confieso a usted que me ha extrañado mucho, porque antes estaba él en una situación muy apurada... Además, para mí es una contrariedad grande que esté él aquí, porque si me reconoce, estoy perdido.

— Es verdad — dijo Eulalia —. Ahora permítame que a mi vez le hable francamente. Ese señor Lapusse no me dice nada bueno. Anda detrás de todas las mujeres, y a veces tiene miradas, expresiones y gestos, que me asustan. Es más, puedo dar a usted detalles que le interesarán, ya que le conoce. Me ha propuesto — porque está muy bien conmigo — enseñarme una colección de alhajas que dice que son recuerdos de familia...

— ¡Alhajas! — exclamó Cocolin —. ¡Caracoles!

Y de pronto acudieron a su imaginación las sospechas que había tenido momentos antes; su vecino de la calle del Encheval debía de saber muchas cosas del crimen de Neuilly; y el cobrador empezó a barruntar la verdad y comprendió que había sido víctima de la sociedad Lapusse y Cuatro ojos.

— ¡Alhajas! — repitió.

— Sí. Parece que tiene una colección de joyas antiguas que valen una

fortuna y las guarda en el despacho del primer piso. Naturalmente, cuando me ha propuesto enseñármelas, yo me he negado, porque supongo que lo que quiere es que le haga compañía un ratito...

El ruido del gong resonaba más imperioso en la escalera y los pasillos.

— Tengo que marcharme — repuso Eulalia estrechando la mano a Cocolin.

— Espere un instante. ¿Dice usted que el despacho de Lapusse está en el primer piso?

— Sí.

— Pues bien, escúcheme. Va a hacerme un gran favor. Esta noche déjese guiar por ese bribón y dígame que le enseñe las famosas joyas. No se preocupe usted de mí, que yo me encargo de jugarle una mala pasada.

— Convenido — dijo Eulalia Parent.

Cuando llegó al comedor, ya estaban reunidos en torno de la mesa todos los comensales.

Al lado de la dueña de la casa, presidía la mesa el señor Lapusse, que hablaba amistosamente con todos los huéspedes. Si a cualquiera de estos hubieran dicho que Lapusse era un bandido vulgar, no lo creería. En cuanto vió entrar a Eulalia la interrogó Lapusse acerca de la personalidad de su homónimo.

— ¿Quién es esa Eulalia Parent?

— Es una prima mía que salió del pueblo hace mucho tiempo y a la que ya creía muerta.

— Pues no es tan elegante como usted ni tiene una sonrisa tan seductora.

— Es mucho mayor que yo.

— Sí, pero estoy seguro de que nunca ha sido tan hermosa y tan simpática como usted... Desde la primera vez que la vi, me sentí atraído hacia usted por un misterioso encanto. ¡Lástima que no quiera usted concederme un instante de conversación!

La planchadora de Gargán creyó llegada la ocasión de poder servir a su amigo Cocolin y adoptó una táctica que había de tener gran éxito.

— Le confesaré, señor Lapusse — dijo —, que de vez en cuando me siento con ganas de hacer confidencias y que me gustaría contar con alguna persona seria, ordenada, y que pudiera dar buenos consejos, usted, por ejemplo...

— ¡Pero si no pido otra cosa! — exclamó Lapusse.

— Además, eso que me ha contado usted de las alhajas, me anda rodando por la cabeza, y ahora no hago más que pensar en los collares, las pulseras y pendientes de que tan a menudo me ha hablado usted. Y no le ocultaré que siento gran curiosidad por ver esas célebres joyas y que a gusto iría mañana por la mañana a las ocho a visitarlo para que me las enseñe.

— ¿Y por qué no hoy? — se apresuró a decir Lapusse, que no quería perder tan buena ocasión.

— También iría hoy..., pero la patrona...

— No se preocupe usted de la patrona, que nada tiene ella que ver en mis asuntos sentimentales.

— Ea que no sé si podré...

— ¿Por qué? ¿Quiere usted pasar la noche hablando con su prima...? Vamos, decídase y después del café...

— Pues bien, iré; en cuanto acabemos de cenar, subiremos a admirar su colección de joyas y hablaremos de algunas cosillas interesantes...

Lapusse dejó ver una sonrisa de satisfacción, y para disimular, entabló conversación general con los huéspedes.

Entretanto, Cocolin dedicaba todos sus pensamientos a Lapusse, y preparaba una concienzuda maniobra contra él, que podría tener terribles consecuencias para el bandido.

— Después de todo — pensaba Cocolin — es menester que averigüe

si ha sido ese miserable quien ha cometido el crimen de Neuilly, y si es él, pronto terminará mi calvario; volveré a reunirme con Parisette, visitaré a la señora de Stefan, y todo habrá terminado.

Al pensar en eso, Cocolin sintióse muy animado y decidió poner en práctica su idea. Vistiéndose de nuevo de mujer, salió del cuarto de puntillas, exploró el pasillo y la escalera, aseguróse de que nadie podía seguirle ni verle en sus peregrinaciones y buscó en el primer piso el despacho del director.

Iba a entrar en él, pero vio que la puerta estaba cerrada con llave. No se desanimó por eso, entró en el cuarto inmediato, y siguiendo la misma táctica que Cuatro ojos había seguido para introducirse en su casa, penetró por la ventana del cuarto contiguo, miró bien todos los muebles, registró todos los rincones, vio que todo estaba bien cerrado, y para meditar sobre lo que había de hacer, sentóse en una silla ante la mesa y registró el cesto de los papeles.

Había allí un manuscrito roto en muchos pedazos.

— Tal vez sea un documento importante para mí — pensó el cobrador, que cogió el cesto, lo puso sobre una mesita que había en el cuarto, vació su contenido y se entreluvo en reconstituir la hoja destrozada, en la cual pudo al fin leer una prueba del desbordante cariño de Lapusse a Eulalia Parent...

Lo escrito en el papel eran cuatro versos que constituían una declaración amorosa. Mucho se enfadó Cocolin al ver que había perdido tanto tiempo para tan poca cosa. De pronto oyó ruido en el pasillo: no había tiempo que perder.

Apagó la luz, se escondió debajo de una mesa cubierta con un amplio tapete que llegaba hasta el suelo, y a pesar de lo incómodo de la posición, quedóse allí escuchando.

Abrióse inmediatamente la puerta.

Entraron Eulalia y Lapusse. Eulalia temblaba un poco, había dejado a Lulú en el suelo con otros niños entretenidos en ver unas estampas.

Lapusse mostrábase sumamente fino y le ofreció asiento.

Eulalia simulaba gran coquetería.

— ¿Quiere usted tomar algo?

— No, señor, no tomo nada.

— Sí, sí, aunque sólo sea una copita.

Sentóse Eulalia junto a la mesa.

Lapusse se acercó a un armario, sacó algunas botellas y de pronto exclamó:

— Se me olvidaba el mantel. — Y se fué a su cuarto a buscarlo.

Cocolin aprovechó aquella momentánea ausencia para decir a Eulalia que estaba allí.

Al poco rato volvió Lapusse, puso en la mesa un mantel de encajes y unas copas.

— ¿Qué prefiere usted, licores suaves o fuertes?

— Déme algo fuerte — repuso Eulalia con voz enérgica.

— ¡Caramba! Nadie diría que a una personita tan delicada le gustasen los licores fuertes.

Lapusse intentaba acariciar paternalmente las mejillas y los brazos de la joven.

— ¡Picaruela, picaruela, que está usted trastornando el corazón de un anciano! Si quisiera usted oírme, ¡qué lindas cosas le diría!... Me paso el día haciendo versos para usted.

— ¿Versos?

— Sí, señora, versos.

— ¿Se ha vuelto usted poeta?

— Desde la edad de diez y seis años no me había vuelto a soplar la musa; pero han bastado esos dos ojazos para que de pronto me sienta poelazo... ¿Quiere que le recite algunos?

— Mire usted, señor Lapusse, si le es a usted lo mismo, prefiero ver las alhajas de que tanto me ha hablado.

— ¿Las alhajas?... Para mí no hay

más alhajas que sus mejillas y sus labios... los labios son puro coral, coral rosado, coral rojo... y sus ojos, Eulalia, son dos zafiros... ¿y sus dientes?... ¡hermosas perlas!... le aseguro que no las hay en toda mi colección más finas ni de más nacarino oriente...

— Pues bien, sáqueles usted para que pueda yo hacer una comparación... ¡ya ve que no soy modesta!

— En fin, haremos lo que usted quiera... pero ¿qué me dará en premio?

— Lo que usted desee, señor Lapusse.

— Es que...

Intentó asir por la cintura a Eulalia Parent; pero ésta retrocedió, y cada vez más sonriente siguió diciendo:

— Le daré un beso, en cuanto me enseñe las alhajas.

— ¡Qué no haría yo por un beso de esos adorables labios!

Dicho esto abrió la mesa de escritorio, sacó un paquete de cartas, y con orgullo dijo a Eulalia:

— Esto que no parece nada es, sin embargo, más importante que las alhajas.

— ¡Ah! ¿son de mujer? ¡Me parece que ha debido usted de ser un tenorio!

— Sí, cartas de mujer son; pero no cartas amorosas, como usted supone... Las cartas de amor, son agradables; pero no producen nada, en tanto que estas otras...

Cocolin alzó ligeramente el tapete que le escondía a las miradas indiscretas, miró los fajos de cartas que Lapusse agitaba en la mano y pudo leer en uno de ellos: «DOCUMENTOS STÉFANO»; y en el otro: «DOCUMENTOS COSTABELLA». Por lo demás no hubiera necesitado leer dichas inscripciones, porque Lapusse, que ya no se moderaba, iba pronunciando palabras bastante comprometedoras para que el cobrador supiera a qué atenerse.

— *Documentos Stefan, documentos Costabella*, estos dos paquetes de cartas constituyen una fortuna inmensa, y no crea usted, Eulalia, que le digo esto para decidirla; pero la mujer que se case con Lapusse no será muy desgraciada...

— Lo comprendo.

— Esos dos apellidos no le dirán a usted nada; en cambio, para mí, tienen gran elocuencia; en primer lugar representan varios años de esfuerzos, representan toda una serie de aventuras que no puedo contarle ahora, pero que denotan en mí cierta inteligencia, modestia aparte. Amiga Eulalia, en la vida no siempre hay que tener en cuenta los medios, sino el fin que los justifica. El día en que intervino yo en los asuntos a que se refieren estos papeles, creí muy de veras que nací con buena estrella.

— ¡Bueno! pero a todo esto aun no me ha enseñado usted las alhajas...

El anciano empezaba a sacar de su escondite el collar y las pulseras de la viuda de Germinot, cuando, de pronto, sintió que una mordaza le apretaba la mandíbula y que alguien le sujetaba los brazos para que no pudiera hacer un movimiento. Eulalia Parent estaba delante de él y se apoyaba pesadamente en sus hombros; detrás de él le amenazaba un hombre con un revólver que acababa de quitarle, y le decía:

— Ahora vas a escribir esto: *«Me declaro autor del asesinato de la ciudad de Germinot, crimen por el cual persiguen al cobrador Cocolin.»*

Y Cocolin, temblando de cólera y aterrorizándole como un remordimiento le miraba.

Al principio, quedóse tan estupefacto el bandido, que no pudo pronunciar una palabra y se limitaba a mirar con ojos de espanto a aquellas dos personas. Después, poco a poco, como hombre que se ha visto en peores trances, recobró su sangre fría, tosó ligeramente, y con voz en la

cual no se traslucía emoción alguna, contestó a Cocolin:

— No escribiré una palabra.

— Entonces...

Y el cobrador acercó el revólver al rostro de Lapusse, que no se movía, pero que le dijo:

— No disparará usted.

Tanta calma causó honda impresión al tío de Parisette, que bajó maquinalmente el arma. Era verdad, nunca podría decidirse a matar un hombre reducido a la impotencia.

— Tiene usted razón — balbució, como si expresase el secreto de su pensamiento —. ¡Nunca podría yo matar así a nadie!

Y dijo a Eulalia:

— Telefóneee usted a la Comisaría de policía para que vengán a buscar a este individuo.

Lapusse, con la misma tranquilidad, repuso:

— ¡Le prohíbo que telefónee!

Y Eulalia se detuvo.

Tras una pausa tomó solemnemente la palabra y dijo:

— Señor Cocolin, por muy extraordinario que le parezca, me ha llegado la hora de pronunciar un discurso..., un discurso de moral y al mismo tiempo un discurso práctico. Empezaré por decirle que el querer obligarme a firmar un papel en que me reconozca culpable, es una niñada.

— Es que...

— Déjeme hablar. Ante todo, le diré que usted no es la justicia, que no tiene poder alguno para obligarme a decir la verdad, y con mayor razón aún para obligarme a decir cosas que no son exactas, y sepa que a todo el mundo extrañaría que Cocolin, acusado oficialmente de robo y asesinato, fuese quien, amenazándome con un revólver, quisiera sacarme una declaración en que se reconociera una culpabilidad muy hipotética.

— Sin embargo...

— ¿Qué valor tendrían estas li-

neas? Ninguno. ¿Quiere usted matarme? ¿De qué le serviría mi muerte?

— Librería...

— Sí, ya sé lo que va usted a decir. Que librería usted de un granuja a la sociedad. Eso ya me lo han dicho muchas veces y en circunstancias más trágicas que ésta! Pero todo ello es hablar por hablar. Lo único que conseguiría usted es reavivar el asunto de Neuilly, actualmente casi olvidado, descubrir un secretillo que no conoce nadie más que usted y yo: la historia de la hija de la señora de Stefan.

— ¿Cómo?

— Sí, perfectamente. Sé todo lo sucedido. Y si quiere usted que le cuente todo lo que hizo el día del asesinato de la señora de Germinot, puedo decirselo y también se lo puede decir Eulalia Parent. ¿No fué usted a ver a ésta? Comprenderá, pues, que a nada que intente contra mí, los periódicos darán publicidad a todas estas cosas... Por lo tanto, supóngase, señor Cocolin, que no he dicho nada; si quiere usted firmaré este papel; si quiere matarme, máteme; en fin, haga lo que quiera.

Cocolin permaneció mudo. Los razonamientos de Lapusse le parecían irrefutables.

Lapusse comprendió que había ganado la batalla y que debía aprovechar de todas las vacilaciones de su enemigo para triunfar definitivamente, por lo cual siguió diciendo:

— Si hace que me detengan, estallará de pronto el escándalo que ha querido usted evitar a todo trance. Si quiere usted, tratemos como adversarios leales. Usted no es mal hombre; yo tampoco, a pesar de lo que pueda usted creer. Dígame lo que desee, que luego le diré yo cuanto pienso.

— Nada tengo que decirle — balbució Cocolin con voz entrecortada —. ¿Es usted un criminal...

— Está usted perdiendo mucho

tiempo, repitiendo siempre lo mismo. Voy a darle consejos que me dicta la experiencia: usted es joven, muy joven para afrontar semejantes aventuras. Le interesa mucho recobrar la salud, que parece haberse resentido bastante por todos los apuros que pasa usted esta temporada. En cambio, yo he vivido ya bastante, y me es indiferente la muerte. No tengo apego a la vida. Lo mismo me da desaparecer de un modo que de otro. Pero usted tiene gran interés en vivir, porque tiene una sobrina, tiene amigos, y sé, como he podido ver cuando éramos vecinos, que lleva usted una vida muy ordenada de buen padre de familia; en una palabra, que no merece usted ni la cárcel ni el presidio, que es lo que le espera si no se entiende conmigo.

— ¿Es usted un miserable!

— Ya lo sé. Pero no perdamos tiempo y dígame si quiere que nos entendamos, partiendo de las siguientes bases: yo me quedo con el dinero y las alhajas, y le devuelvo a usted estas cartas. ¿Le parece bien? Ya me arreglaré de un modo u otro para que se reconozca su inocencia, se lo prometo, a menos que prefiera usted quedarse con las joyas y el dinero, y que yo me quede con las cartas...

— Le veo a usted venir...

— Le confieso que me reservo el derecho de utilizarlas más adelante... En fin, haga el favor de decidirse; estamos aquí los tres en una situación muy ridícula y estoy seguro de que abajo extraña ya mi ausencia y la de esta señora... Empezarán a murmurar sobre nosotros, cosa que aunque para mí sería halagüeña, no lo es para usted, señora, pues le darían una fama que no se merece... Así, pues, ¿qué me propone usted, señor Cocolin?

El cobrador seguía mudo. Pero Eulalia, que poco a poco se sentía invadida por sorda cólera y que no era tan sensible como su amigo al

lógico razonamiento del agente de negocios, tomó una resolución súbita que lo mismo podía estropearlo todo que arreglarlo todo. Se precipitó sobre los dos legajos de cartas que el anciano había dejado sobre la mesa, entregóselos a Cocolin, cogió el revólver, amenazó con él a Lapusse, y mandó al cobrador que se marchase.

Como Cocolin parecía titubear, añadió:

— Huya usted, que yo me encargo de éste.

Cocolin obedeció, saltó por la ventana y casi sin saber cómo se encontró en la calle.

Entretanto, Eulalia, sin dejar de amenazar a Lapusse, acoquinado por tanta energía, tomó buen trago de alcohol para cobrar ánimos. A fuerza de copas, llegaron a turbársele mucho las ideas, y ya no veía más que a aquel Lapusse que parecía temblar, y que, en realidad, se levantaba y preparaba un golpe maestro.

Aquel bandido no era de los que se dejan cazar en una ratonera; se encaminó a la puerta del despacho, con la esperanza de avisar a la policía que una mujer borracha o loca se había introducido en sus habitaciones. Pero no bien hubo llegado al umbral de la puerta, sonó una detonación. Eulalia Parent acababa de disparar contra él, y el vejete cayó desplomado.

— ¡Socorro, socorro! — gritaban por los pasillos.

Aquellos gritos produjeron gran barullo en la casa. De todas partes acudía gente, que encontró en la escalera, revólver en mano y medio desfallecida, a Eulalia Parent, que sollozaba y exclamaba:

— ¡Le he matado, le he matado!
La sentaron en una butaca, le hicieron respirar sales y esperaron que diese explicaciones. Con gran asombro de los huéspedes, los dió en esta forma:

— El señor Lapusse me ha tendido una emboscada, le he disparado un

tiro y ha muerto. Deténganme, pues soy una criminal.

Puede imaginarse la sensación producida por aquella revelación. Hombres, mujeres y niños corrieron por la escalera y llegaron al despacho, seguros de hallar el cadáver de Lapusse bañado en un charco de sangre.

Pero fué muy grande su sorpresa al entrar y no ver por ninguna parte al tal Lapusse ni allí ni en el cuarto contiguo.

— ¿Han avisado a la policía? — preguntó uno.

— ¿Para qué? — dijo la dueña de la casa, que quería evitar todo escándalo y que los periódicos hablaran de su hotel —. Esta desdichada está loca y ha confundido con su sombra al señor Lapusse y contra su sombra ha disparado; a quien hay que llamar es al médico.

Lapusse no salió herido, por la sencilla razón de que el revólver con que había disparado Eulalia estaba cargado con pólvora sola. Se había hecho el muerto, para que Eulalia le dejase en paz, y como sospechaba que el suceso produciría gran revuelo en la casa, juzgó prudente marcharse, con la idea de volver al poco rato. Así, pues, bajó por la escalera de servicio, sin que nadie le viera y salió a dar una vueltecita.

En villa Claudia no se sospechaba nada de lo que había ocurrido al tío de Parisette. La joven pensaba en Cocolin, hasta que le sacó de su melancolía la llegada de los señores de Stefan, a quienes el marqués de Costabella había invitado a pasar unos días en su casa.

Si el banquero conservaba su respetable aspecto y parecía siempre dueño de sí, en cambio, la señora de Stefan turbó profundamente a la nieta de Costabella. Aquella mujer a quien vió por primera vez en la fiesta dada en casa del banquero, aquella mujer a quien había admirado en medio de grupos de amigos y

admiradores, y de la cual conservaba un deslumbrante recuerdo, hallábase a la sazón muy pálida y parecía morirse de tristeza.

En cuanto llegó el matrimonio, Parisette les enteró de las peripecias de Cocolin, y esta evocación aumentó aún las penas de la esposa del banquero. Y hasta al mismo Costabella le chocó la actitud de aquella señora, tanto, que preguntó a su amigo el motivo de la aparente melancolía de su esposa.

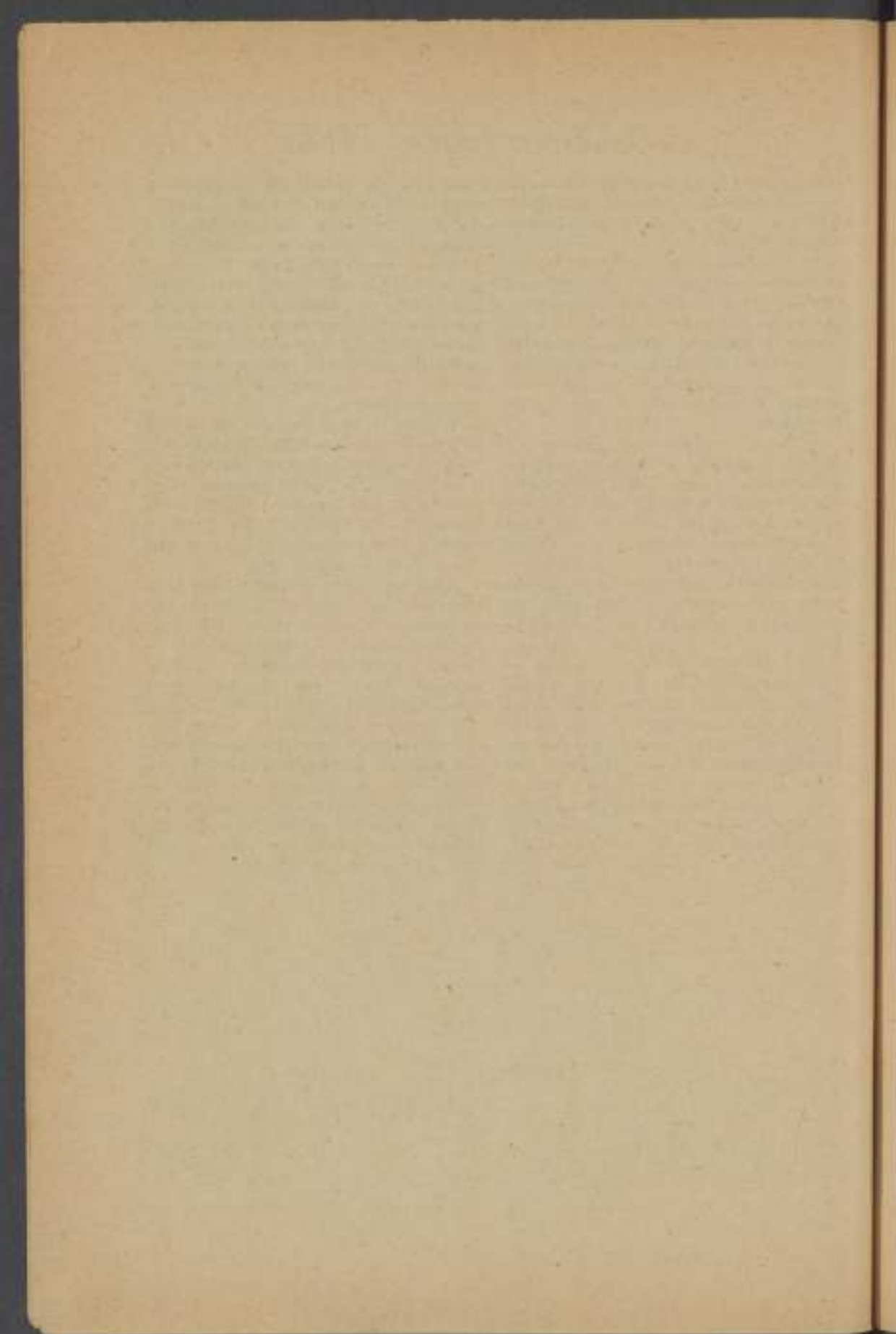
— No sé — repuso el banquero —. Desde el crimen de Neuilly, padece neurastenia aguda. He consultado con el médico y me ha recomendado hacer un viajecito por la Costa Azul y proporcionarle distracciones. Usted ha sido tan amable que me ha brindado hospitalidad, y yo he aceptado tanto más a gusto, cuanto que creo que aquí no tardará Julieta en reponerse.

La señora de Stefan se pesaba el día encerrada en su cuarto, y esa soledad agravaba aún su mal. Todo cuanto le habían dicho de las vicisitudes de Cocolin aumentaba sus remordimientos. A cada instante parecía dispuesta a decir la verdad; mas luego vacilaba y callaba. ¡Cuántas veces, desde que se descubrió el crimen, desde que huyó el cobrador, había estado a punto de acudir a la

comisaría de policía de su barrio y explicar la verdad de todo lo ocurrido! De ese modo hubiera quedado tranquila su conciencia, hubiera vuelto a ver a su hijita Lulú, de la cual no tenía noticias y cuya tierna imagen acudía constantemente a su imaginación. Pero por temor a su marido y por el cariño que ella le tenía, y también por cierto amor propio, no llevó a cabo la ejecución de sus mejores propósitos.

Y poco a poco iba sintiendo que su marido se apartaba de ella; sólo veía en él desconfianza, indiferencia y antipatía. La pobre pensaba en la muerte..., únicamente el sacrificio de Cocolin y la inocencia de Lulú la ligaban aún a aquella existencia que era para ella un calvario.

¿Qué sería de Cocolin? ¡Pobre muchacho! Todos cuantos le querían por su franqueza y por su buen humor, todos cuantos le habían conocido se hacían la misma pregunta, incluso el señor Alvarez, que tenía que comer solo, frente al cubierto de Cocolin, que siempre lo mandaba poner con la esperanza de que el cobrador volviera de un momento a otro. Ya no tenía con quién jugar sus partidas de naipes, ya no tenía al pastor que le distrajera, ya no tenía a nadie que bebiera sus licores, fumase sus cigarrillos y le ganase el dinero.



NOVENO EPISODIO

EL CALLEJÓN SIN SALIDA

I

EL INFAME BANDIDO

Cocolin salió velozmente del Family-House vestido con pantalón y chaqueta de mujer. Corrió unos cuantos minutos y luego detúvose para cobrar alientos junto a un árbol corpulento cuyo tronco le ocultaría a las miradas indiscretas. Aseguróse que llevaba encima el dinero que había ganado a Alvarez y las cartas que le había entregado Eulalia Parent, y disponíase a meditar sobre las consecuencias de su audacia, cuando oyó una detonación que parecía salir del Hotel.

Era el disparo de revólver hecho por Eulalia Parent contra Lapusse. ¿Qué ocurriría en el hotel?

Ganas le dieron de volver allí para satisfacer su curiosidad; pero al ver en aquel momento a Lapusse, que también huía, le indujo a seguir escondido detrás del árbol.

No hacía aún veinte segundos que estaba allí, cuando Lapusse pasó a su lado, y Cocolin le echó brutalmente las manos al cuello exclamando:

— ¡Alto ahí, miserable!

— ¿Qué se le ofrece a usted? — preguntó el anciano.

— Conducirle a usted a la comisaría más próxima.

— No deja de ser interesante proposición; pero si no se le ocurre otra cosa, esa es bastante pobre... En fin, tendré mucho gusto en ir en su com-

pañía a visitar al comisario, a quien ya he tenido ocasión de hablar antes y que por cierto es muy simpático... Pero veo, amigo mío, que no atiende usted los buenos consejos. Me parece que le conozco, es usted un buen muchacho, pero algo impulsivo. Andese con ojo, que en los asuntos como los suyos, ser impulsivo es sumamente peligroso. Hay dos cosas en la vida que no se deben hacer: seguir el primer movimiento y escribir cartas. Acuérdesse bien de lo que le estoy diciendo y, sobre todo, evite escribir cartas, y antes de hacer una cosa cualquiera, medítela bien. Si hubiera reflexionado, no me propondría esa visita al comisario de policía, porque puedo asegurarle que nada perderé yo con ello, puesto que soy inocente. Cuando me encontró usted en el Family-House, su primera idea fué la de pensar que iba usted a detener al asesino de Neuilly. ¡Grave error! Yo no soy el asesino de la viuda de Germinot. Y nada me costará demostrarlo. ¿Quiere usted la prueba? Habrá usted leído en los periódicos las señas del cobrador que se presentó en casa de la vieja. Todos los periódicos han dicho que era un hombre delgado, de estatura regular y, al parecer, joven. Míreme bien, Cocolin, no tengo mal porte, pero nadie pretenderá que yo soy delgado. Vístame usted de cobrador, y le aseguro que ningún testigo se engañará. Por eso estoy convencidísimo de que a nada me expongo yendo a la comisaría... Usted ignora todo lo que se refiere al crimen de Neuilly, y yo voy a enterarle. Ya

sabe usted que en la calle del Encheval tenía yo un empleado, un mozo alto que le llamaban en el barrio Cuatro ojos.

— En efecto, lo conocía.

— Ese individuo tenía relaciones deplorables. Aquel sábado en que se cometió el crimen de Neuilly, vino por la noche a mi casa Cuatro ojos y me dijo:

«— Señor Lapusse, vengo de casa de mi tía Chapelet, de quien me ha oído usted hablar varias veces. Vive en las afueras, tiene algún dinero y muchas alhajas, y como teme que esa fortunilla atraiga a los ladrones, y como yo le he dicho que le conocía a usted, que era usted un hombre muy honrado y que se encargaría de guardar todo eso en depósito, mediante recibo, la he decidido a que me lo entregue, y aquí le tiene usted...» ¿Qué hubiera usted hecho en mi lugar, señor Cocolin? Yo respondí a Cuatro ojos: «Puedes contar conmigo, muchacho...» Recibí, pues, en depósito las joyas que usted acaba de ver y luego supe por Cuatro ojos, a quien remordía la conciencia, que aquellas alhajas las había robado a la viuda de Germinot después de asesinarla el sábado por la tarde. Me era muy difícil delatar a un mozo a quien creía yo incapaz de una mala acción. Por eso no enteré a nadie de la confianza que me había hecho. Nadie puede dudar de mi buena fe; ¿caso he vendido las alhajas? Usted mismo acaba de verlas.

— Es usted muy astuto — dijo Cocolin —; pero sígame hasta la comisaría; que cuando yo diga al comisario todo lo que sé, buscarán y encontrarán a Cuatro ojos, le interrogarán y él contará todo lo sucedido, y yo podré pedir que le exijan a usted explicaciones respecto de las cartas de Costabella y de la señora de Stefan que tenía en su despacho. La presencia de Cuatro ojos demostrará mi inocencia... y...

No pudo terminar la frase, pues le

interrumpió una enorme carcajada de Lapusse, carcajada que en aquella conversación más bien trágica, exasperó al cobrador.

— En ese caso — repuso Lapusse — aun me divertiré más en la comisaría.

— ¿Puede saberse por qué?

— Porque Cuatro ojos ha muerto.

Involuntariamente el cobrador hizo un movimiento de retroceso y de espanto, porque la cínica alegría de Lapusse en aquella circunstancia le dejaba adivinar un drama más terrible que el que hasta entonces se había construido en su imaginación.

Lapusse explicó la muerte de Cuatro ojos diciendo que habían ido los dos a pescar, y como el otro había bebido mucho y estaba borracho, resbaló, cayó al agua y pereció allí.

Los dos hombres siguieron andando unos cien metros.

Ya se divisaban al pie de la carretera las primeras casas de Niza.

— ¡Ya llegamos! — dijo Lapusse —; dentro de un cuarto de hora podemos prepararnos usted y yo a las emociones de los interrogatorios del juez de instrucción... Han hablado de usted los periódicos. Cuando lleguemos a vernos ante el jurado, ¿qué no dirán de nosotros? y si quiere usted saber todo lo que pienso, querido amigo, lo que más me molesta no es el ruido que se producirá alrededor de dos hombres respetables, sino que se sacará a colación a personas extrañas y se pronunciarán nombres que estoy seguro que no hubiera usted querido hacer pronunciar nunca.

Mediante ese rodeo, Lapusse llegaba a tocar el punto sensible del corazón de Cocolin.

— Porque — siguió diciendo el bandido — ¿creo usted que no hablarán de la casa Stefan, de la señorita Parisette y de la misma señora de Stefan? Creo que usted aprecia mucho a esta última señora y que todo el sacrificio que ha hecho usted

de su honra y de su libertad lo ha hecho por ella... ¡Cuán inútil habrá resultado todo esto!

Cocolin no decía nada; pero sentía que le iba invadiendo una rabia fría, terrible que le hacía apretar los puños y mirar con ojos penetrantes al tío Lapusse.

Habían llegado al muro de Raubacapeu y caminaban a lo largo del pretil que domina el mar, bastante agitado en aquel lugar, donde azotaba las rocas.

Lapusse paróse un momento para encender un cigarrillo.

— Hay que ser filósofo en este mundo — siguió diciendo el veje —. Todas las molestias que pueda tener la señora de Stefan serán pasajeras, todo se arreglará, todo acaba siempre por arreglarse. Pero veo que ya no tiene usted el mismo entusiasmo por llegar a la comisaría. ¿Le habrá hecho variar de parecer la alusión que he hecho a la esposa del banquero?...

Era evidente la exasperación de Cocolin, y Lapusse, con gran imprudencia, se complacía en aumentarla.

— Después de todo, tal vez no desagrada a esa señora ver su nombre en letras de molde; al fin y al cabo es una propaganda como otra cualquiera y en nuestra época nunca perjudica a nadie la propaganda...

Cocolin pareció replegarse sobre sí mismo, dispuesto a atacar a aquel personaje cuyo sarcasmo pasaba de raya...

— Además, se sabrá que la señora de Stefan tiene una hija natural... y no sabe usted lo que es entre gente de la alta sociedad el criar una hija clandestinamente...

Cocolin dió un brinco, asió con una mano a Lapusse por la garganta, cogióle con la otra por los pies y sin dar tiempo a que el viejo pudiera defenderse ni proferir grito alguno, el cobrador, con todas sus fuerzas, arrojó al bandido al agua desde encima del pretil.

Lapusse fué a estrellarse contra las rocas.

Asomóse Cocolin al pretil y vió el cadáver de Lapusse en una roca obscura que la mar barría con su blanca espuma.

El cobrador tembló de espanto. No había reflexionado en lo que hacía. Pero al ver aquel cuerpo inmóvil, amenazado por el agua, comprendió todo el horror de su acción. ¡También él, Cocolin, era un asesino!

Volvió a mirar. No podía apartar de su víctima sus ojos. Una mano se pasó en su hombro y estremeciése el cobrador.

— ¡Hola! — dijo una voz.

Cocolin, lívido, volvió la cabeza y vió ante sí al señor Stefan.

II

HORAS DE ANGUSTIA

— ¿Qué hace usted aquí? — le preguntó el banquero —; ¿y por qué ha matado a ese hombre?

Cocolin, abrumadísimo, no pudo contestar.

— Lo he visto todo, pues estaba a pocos pasos de aquí — dijo el banquero —; me encaminaba al Casino en automóvil, y no sé por qué se me ha ocurrido recorrer a pie parte del trayecto; he oído rumores de conversación, he vuelto la cabeza, y en ese preciso momento he visto que arrojaba usted un hombre al agua.

Cocolin, que de pronto se volvió locuaz, respondió:

— Perdóneme usted, señor Stefan, pero no puede usted saber lo que ha ocurrido. El hombre que yace en esas rocas es el asesino de Neuilly. Por ese bandido he tenido que abandonar yo mi casa de París, he tenido que abandonar a mi sobrina, andar errante por los caminos, perseguido, acorralado como un bandido; por él

estoy deshonrado. La casualidad me ha permitido encontrarle, él me ha dicho cosas insultantes, la cólera ha podido más que mi juicio, me ha sido imposible contenerme, y me he tomado la justicia por mi mano.

Stefan parecía incrédulo.

— ¡Hacerse justicia por sí, Coccolin, induce a suponer que el que la hace no tiene gran confianza en sus derechos!... Si quiere usted que le hable francamente, me parece que acaba de deshacerse de un cómplice.

— ¡Se equivoca usted, señor Stefan, le juro que se equivoca!

El banquero dejó ver una sonrisa escéptica y, sin embargo, miró a Coccolin con una mirada en que se mezclaba la compasión, el desprecio y la indulgencia.

El cobrador comprendió inmediatamente que su antiguo amo no tenía el propósito de denunciarlo a la policía, pero también se percató de que no daba gran crédito a sus palabras.

— La suerte se ensaña conmigo — dijo el pobre Coccolin —, porque después de todo, ¿cómo podré demostrar que le digo la verdad?

— Sea de ello lo que fuere, Coccolin, no nos quedemos aquí. Nos exponemos a llamar la atención de algún agente de policía demasiado celoso. Vámonos a un café donde podremos hablar, porque supongo que tendrá muchas y muy interesantes cosas que decirme.

El tío de Parisette le hizo notar que no se hallaba en traje muy a propósito para entrar en un establecimiento público, pues el pantalón negro con la chaqueta de mujer llamaría seguramente la atención de todo el que le viera.

— Eso se remedia en seguida — dijo Stefan —: póngase mi abrigo.

Coccolin cogió el sombrero de Lapusse, que aunque le venía muy grande, tenía que contentarse con él, ya que no había otro; se vistió el abrigo del banquero y al punto montaron los dos en el automóvil de

Stefan, que poco después se detuvo ante un café de modesto aspecto cuyas luces apenas se veían desde fuera.

Apeáronse ambos hombres, entraron en una sala llena de humo y de mesas rodeadas de gente de todas clases, e instaláronse juntos en un velador retirado.

El camarero les sirvió una copita de licor.

Stefan, que miraba a Coccolin a los ojos, le dijo:

— Ahora, de usted para mí, cuénteme todo lo ocurrido, que le juro que nadie lo sabrá. Ya no habla usted a su antiguo amo, sino a un amigo en quien puede tener plena confianza. No me olvido de que fue usted en mi casa un empleado modelo, y si alguna falta ha cometido no digo que la disculpo, pero sí que le concedo circunstancias atenuantes... veamos, Coccolin.

El Destino hacía muy mal las cosas. Ponia al cobrador en presencia del único hombre a quien no podía decir nada. Aun a otros a quienes conociera mucho, hubiera podido, en caso necesario, revelarles parte de la verdad. ¡Pero a Stefan, era imposible!

— Señor Stefan — dijo Coccolin —, no puedo añadir nada al relato que le he hecho hace un instante.

El banquero se encogió de hombros, y con cara un tanto amenazadora, repuso:

— Escúcheme, Coccolin, le hablo como a una persona a quien quiero. Si no puede usted decirme nada, es señal de su culpabilidad. Aquí estamos los dos, nadie puede oírnos, nadie repara en nosotros. Así, pues, le ruego que hable, pues va en ello su seguridad.

— Le repito, señor Stefan, que no puedo hablar.

— ¡Pero, hombre, piense usted que me basta decir una palabra o dar dos pasos para denunciarle a la policía!

— Denúnciame, si quiere, pero no sabrá usted más. Lo único que puedo

PARISETTE



EPISODIO 9.º — Parissette, de rodillas, prodiga sus cuidados a la señora de Estéban.



EPISODIO 10.º — Y hasta reincasaron al inocente, del brazo de un general que había ido a visitarlo.

PARISETTE



EPISODIO 11.º — Parissette contemplaba el retrato de María muerta.



EPISODIO 12.º — Abuelita, hace mucho tiempo que somos novios, y ya es hora de que nos casemos.

asegurarle, por lo más sagrado que hay para mí en el mundo, por la salud de Parisette, es que nada he tenido que ver yo en el crimen de Neuilly.

Éstas palabras las pronunció con tanta convicción, con sinceridad tanta, que el banquero quedó desconcertado. Pero al mismo tiempo que reflexionaba en las palabras de su antiguo empleado, veía a este último ocupado en un leje maneje muy extraño. Cocolin se registraba los bolsillos y parecía buscar en ellos unos papeles. ¿Sería para esconderlos? ¿Sería para enseñárselos?

El cobrador sacó dos paquetes de cartas. Stefan vio que en uno de ellos estaban escritas estas palabras: «DOCUMENTOS COSTABELLA». Su compañero se los tendió diciéndole:

— Aquí tiene usted un fajo de cartas, que le agradeceré mucho que se sirva entregar al señor de Costabella, cuando le vea.

— Precisamente ahora vivo en su casa.

— ¿Con su señora de usted?

— Sí, con mi esposa.

— Pues bien, entréguele estas cartas, y en ellas hallará el marqués las pruebas irrefutables de que Parisette es su nieta.

— En efecto, sé que Parisette es nieta de mi amigo. Me enteré de ello al comenzar a instruirse el sumario por el crimen de Neuilly.

— Estos documentos estaban en manos del bandido a quien acabo de matar.

Al tiempo que decía esto, Cocolin volvió a guardarse en el bolsillo el otro legajo de cartas, que Stefan no pudo ver bien, y siguió diciendo:

— Y ahora, ya no tenemos nada más que decirnos, señor. Es probable que no volvamos a vernos. Le suplico que no guarde nunca mal recuerdo de mí. Nunca ha tenido usted empleado en su banca un criminal; ha conocido usted a un Cocolin a quien estimaba

por su honradez; puede usted seguir concediéndole su estima.

— Tal vez sea verdad — dijo el señor Stefan.

— ¡Le juro a usted que lo es!

Disponiase a marcharse, cuando la puerta del café se abrió violentamente y entró un grupo de hombres que se precipitaron a todas las puertas en tanto que una voz gritaba:

— ¡Que no salga nadie y que todos enseñen sus papeles!

El hombre que con tanta autoridad se expresaba no era otro que el inspector de policía que momentos antes hemos visto entrar en la villa Claudia, el cual, prosiguiendo obstinadamente la persecución de Cocolin, visitaba todos los bodegones de Niza con la esperanza de encontrarle.

Sentóse en una mesa y ordenó:

— ¡Que desfilen todos por aquí con sus documentos en la mano!

El examen de los papeles duraba ya diez minutos; Stefan y Cocolin seguían en sus puestos sin atreverse a hablar. Al fin, el banquero se decidió a entrar en la fila de clientes a quienes iba interrogando el policía.

Cocolin se levantó, pero quedóse como clavado en la pared, por el mucho miedo que tenía. Lo único que se le ocurrió fué deshacerse del paquete de cartas referentes a Stefan. Si hubiera reflexionado un poco, comprendería que arrojando aquel paquete al suelo no prestaba ningún servicio a aquella a quien quería salvar; pero aquel acto fué como un movimiento reflejo, provocado por el temor de que le encontrasen las cartas comprometedoras.

Quedaron, pues, debajo de la mesa y nadie parecía haberlas visto.

De pronto gritó una voz.

— ¡Cocolin!

Era el inspector de policía que había visto su presa.

El tío de Parisette, que ya se lo esperaba, fué el único que no levantó la cabeza.

Toda aquella multitud sospechosa

que se agrupaba junto a las puertas conocía por los periódicos el asesinato de la viuda de Germinot. El nombre de Cocolin le era familiar. Pero ese nombre, pronunciado en medio de ellos, les hizo volverse a todos. Miraban con curiosidad a aquel que durante tantos días había podido escapar a los más finos sabuesos de la Prefectura.

El inspector estaba satisfechísimo de su triunfo y exclamó:

— ¡Ya ve usted, Cocolin, como tarde o temprano nos habíamos de encontrar! ¿Y cómo es que ya no va usted vestido de clérigo?

El cobrador no respondió; acercóse, presentó el mismo las manos para que los agentes le pusieran las manillas, y, sin mirar a nadie, sin decir una palabra, acompañó a los dos vigorosos policías que le escoltaron hasta la comisaría.

El inspector, a quien no preocupaba el resto de los parroquianos de aquel cafetín, se fué con sus hombres, no sin antes decir al cafetero:

— ¡Después de todo, no pensaba haber hecho tan buena cara en su café!

Hubo una larga pausa, algunos murmullos, ciertos comentarios y luego todo quedó tranquilo. Los clientes del café volvieron a sus puestos y continuaron jugando apasionadamente a los naipes.

Stefan no tenía más que un pensamiento: recoger el paquete de cartas que había visto a Cocolin tirar debajo de la mesa en donde estuvieron momentos antes. Cuando nadie lo veía, fingiendo acabar la copa de licor que se había mandado servir, recogió el paquete y leyó en él estas palabras: «DOCUMENTOS STEFAN»; guardóse el paquete en el bolsillo, pagó lo que había consumido y se fué.

III

EN LA COMISARIA

En la comisaría de policía empezó el interrogatorio de Cocolin. Le habían tratado bastante mal los agentes que le condujeron allí y que no tenían ningún miramiento para aquel a quien consideraban como un bandido de la peor ralea.

— ¿Es usted Eusebio Cocolin?

— Sí.

— ¿Cobrador de la banca de Stefan?

— Sí.

— ¿Domiciliado en la calle del Encheval, número 1?

— Sí.

— ¿Tío de una bailarina llamada Parissette?

— Sí.

— ¿Es usted el asesino de la viuda de Germinot?

— No.

— Aquí no estamos para perder el tiempo. Haga el favor de darme los primeros datos acerca de la forma en que cometió usted el crimen de Neuilly.

— Ruego a usted que crea que no puedo suministrarle ningún dato acerca de una cosa que ignoro.

— Le repito mi pregunta: ¿Es usted Eusebio Cocolin, asesino de la señora de Germinot?

— Soy Eusebio Cocolin; pero no he asesinado a nadie. Además, el asesino que ustedes buscan no está aquí.

— ¿Cómo que no está aquí? — dijo en son de protesta el comisario de policía —. ¡Eso es demasiado! ¡Si lo tengo delante de mí!

— Es usted muy testarudo, señor comisario; le digo que el autor del crimen no está lejos, pero no está aquí.

— Explíquese.

— Está en Rauba-Capeu.

Todos cuantos se hallaban en la

comisaría quedaron asombrados, pensando si Cocolin era demasiado astuto o si se habría vuelto loco de repente.

— Le digo a usted la verdad. En este momento, el asesino de Neuilly se halla en Rauba-Capen, al final del muelle, entre las rocas. Hace mucho tiempo que buscaba yo a ese individuo, porque me acusaban injustamente y porque he leído la novela que han forjado ustedes en los periódicos. Y por consiguiente, ya que la policía era incapaz de dar con el criminal, pensé que yo sabría echarle la mano encima. Mucho me ha costado conseguirlo; he tenido que disfrazarme sucesivamente de mendigo, de clérigo, de aldeana portuguesa y de ladrón. Pero al fin han sido recompensadas mis molestias. Vaya usted al lugar que le indicó y en el tío Lapusse — que éste es su verdadero nombre — hallará todas las pruebas de que él es quien debe estar aquí en mi lugar.

Aunque poco convencido de tantas repentinas revelaciones, el comisario no pudo menos de enviar varios agentes a Rauba-Capen; pero no por eso se libró de la cárcel Cocolin.

Le metieron en una celda contigua a la comisaría.

Cocolin inspeccionó con una rápida ojeada su nuevo alojamiento. Claro está que no era muy lujoso ni muy cómodo; pero ya las había visto peores, y como estaba muy cansado por el viaje del día y por todas las emociones que había tenido que sufrir, sólo pensó en acostarse y dormir.

Era hombre metódico: se quitó el abrigo, que tan amablemente le había prestado el señor Stefan, le sacudió el polvo, limpió la mesa y lo dejó en ella.

Tras lo cual, haciéndose una almohada con el sombrero de Lapusse, se tendió en el lecho y quedó pensativo unos instantes.

A pesar de las apariencias, su situa-

ción mejoraba. No era posible que dejase de descubrirse la culpabilidad de su antiguo vecino. Esperaba que el paquete de cartas de Stefan lo recogería cualquiera que no viera ningún interés en ellas. Así, pues, había satisfecho a la vez a su conciencia y a sus intereses. Podía esperar sin temor al día siguiente. Cerró los ojos y durmió con sueño infinito.

IV

INÚTIL SACRIFICIO

Cocolin no sospechaba que en aquel momento Stefan tenía entre las manos documentos que inutilizaban el largo sacrificio del pobre cobrador.

En cuanto entró en el automóvil, el banquero encendió la lámpara eléctrica del techo, desató la cuerda que sujetaba el paquete de cartas arrojadas por Cocolin debajo de la mesa del café, y en el primer sobre leyó esta dirección:

Señorita Julieta Morin

53, Faubourg Poissonniere

PARÍS

— ¿Julieta Morin? — dijo para sí Stefan — ¡piéste es el nombre de mi mujer!

Sacó del sobre una carta y leyó lo siguiente:

2 de septiembre de 1914

Querida Julieta:

Según dicen, mañana libraremos una grandísima batalla. Mi pensamiento está contigo. ¿Qué sería de ti, que pronto vas a ser madre, si yo sucumbiera?

La emoción impidió al banquero seguir leyendo. En el fondo de su

corazón, y a pesar de toda su ligereza e inconstancia, guardaba para aquella a quien había elegido por esposa bastante cariño y respeto. La revelación de una vida anterior, que él no había sospechado nunca, le desconcertaba, le llenaba de una especie de celos y de cólera que se expresaron con palabras graves:

— ¡Mentirosa! ¡Haberme engañado con tanta audacia!

Otras cartas confirmaron luego todas las sospechas que podía hacerle concebir la primera. La señora de Stefan había tenido un amigo antes de ser madre, y él, el banquero, hubiese casado con una persona cuyo pasado dejaba mucho que desear.

¡Y pensar que había amado a aquella mujer, porque le pareció que no era como las demás, que era una personita ordenada, que vivía con su familia, y muy digna por todos conceptos del amor y de la posición que él le brindaba!

¡Bien le había engañado, a él que pasaba por ser uno de los hombres más listos en negocios, bien le había engañado una aventurera sin escrúpulos!

A medida que el coche rodaba hacia villa Claudia, acrecentábase la cólera del señor Stefan. Veía ya la escena que iba a desarrollarse poco después. Su mujer no sospecharía que él conocía su secreto, discutiría, lloraría. Discusión y lágrimas inútiles, pues el banquero ya había tomado una decisión. Se divorciaría, y tanto más fácilmente, cuanto que no tenían ningún hijo. Y así su mujer podría dedicarse al hijo que había tenido de su amante.

Desgraciadamente, aquella culpable estaba a su vez acongojadísima. El secreto que ya conocía su marido sin que ella lo supiera, la señora de Stefan estaba deseando pregonarlo y, al mismo tiempo que en el corazón de su marido se libraba una batalla cruel, en el espíritu de la señora de

Stefan iban flaqueando las últimas resistencias de su orgullo.

Los remordimientos minaban cada vez más aquella desdichada, y las afectuosas palabras que le prodigaba Parisette, el cariño de Manuela y de Cándido, y las atenciones del señor de Costabella no podían conseguir atenuar su pena.

— ¿Qué tiene? — le preguntaba a cada paso el marqués —. ¿Qué tiene usted, señora? ¿Puedo hacer algo por usted?

La pobre se limitaba a responder negativamente y a veces decía a Parisette:

— ¡Si supiera usted, hija mía, si supiera usted la verdad, estoy segura de que yo le causaría horror!

Y precisamente aquella noche había repetido aquella frase a sus amigos y demostraba tal nerviosidad, que Parisette le preguntó:

— Pero, por favor, señora, ¿qué quiere usted decir?

La señora de Stefan no la escuchaba.

— Soy indigna de su hospitalidad y de su cariño — siguió diciendo —. Mirame usted bien. Tiene usted ante sí a una mujer culpable. ¡No me bese, no se acerque a mí, que soy una miserable y no puedo vivir ya con la angustia que me ahoga!

Parisette atribuía a la fatiga y a la neurastenia aguda aquella especie de exaltación feroz.

— Cállese usted, acuéstese en seguida, no espere que vuelva su marido; pase una buena noche y mañana por la mañana se encontrará mucho mejor. Iremos a dar un gran paseo juntas y estoy segura que con ocho días de ese régimen quedará usted restablecida del todo.

— ¡No, no! — respondió la señora del banquero —. No es el cuerpo lo que tengo enfermo, sino la cabeza.

Y postróse de rodillas ante la joven.

En vano quiso levantarla el señor de Costabella.

— La terrible prueba que tortura a Cocolin soy yo la única que la ha desencadenado — gimió entre sollozos —. Les pido a ustedes perdón; no sé qué hacer para que no me aborrezcan...

Arrastrábase a los pies de Parisette que no comprendía lo que quería decir y que balbuceaba:

— Señora! señora!

— ¡Quiero que sepan ustedes todo, amigos míos, ya no puedo más, y tal vez esté aún a tiempo de reparar todo el mal que he causado! El día en que fué asesinada la viuda de Germinot, en Neuilly, yo estaba con Cocolin.

— ¿Usted?

— Sí, estaba con él en Gargán, al lado de una hija que tuve en otro tiempo..., antes de casarme con Stefan.

Costabella y Parisette se miraron sin poder decir una palabra.

La señora de Stefan balbucea con voz casi apagada:

— Si Cocolin no ha dicho nada, es porque no quería comprometerme, y si ha sufrido todas las calamidades y todas las vergüenzas, es únicamente por no revelar ese secreto. Desgraciadamente, yo perdí la cabeza el día en que supe que nuestro viaje a Gargán coincidía con el crimen de que se le acusa. Le aconsejé que huyera para que no tuviese que responder a los interrogatorios de la justicia.

Al oír eso, Parisette retrocedió. Ya no le interesaba el dolor de aquella mujer. No veía más que una cosa, su tío, que se había dejado deshonrar por ella, y que la miserable a quien bastaba pronunciar unas palabras para salvar la reputación de Cocolin, no las había pronunciado, por un egoísmo verdaderamente feroz.

La señora de Stefan notó aquel movimiento, juntó las manos en actitud de súplica en dirección a la joven y exclamó:

— ¡Repararé todo lo que he hecho! Le prometo a usted que mañana

mismo repetiré a la policía cuanto acabo de decir... ¡Se lo juro!

Este juramento tranquilizó algo a Parisette, que repuso:

— También nosotros iremos con usted a la comisaría..., mandaremos buscar a mi tío, y supongo que dentro de dos días estaremos todos reunidos y viviremos felices.

— ¿Me perdona usted? — preguntó la mujer del banquero.

La satisfacción de Parisette no podía dejar huellas de rencor en la joven, y con amable sonrisa respondió:

— ¡Ya lo creo, puesto que todos vamos a ser felices!

Y volviéndose a su abuelo, añadió:

— A veces se ha mostrado usted injusto con el tío, abuelo. ¿Qué piensa de lo que ha hecho?

— Parisette — respondió el señor de Costabella —, puedes estar orgullosa de tanta nobleza.

La joven se acurrucó contra el pecho del anciano.

La señora de Stefan, por primera vez desde su llegada, parecía estar tranquila, cuando el banquero apareció en el umbral del salón, con cara sombría y se acercó a su mujer con actitud casi amenazadora.

No dejó hablar a nadie y dijo:

— Acaban de prender a Cocolin.

— ¿Le han prendido?

— ¿Dónde?

— Yo le he encontrado en la carretera. Hemos ido juntos a un café. La policía le seguía la pista y le ha descubierto. Se lo han llevado a la comisaría.

— ¿Ha tenido tiempo de hablar con usted? — preguntó Parisette.

— Casi nada. Por lo demás, lo que me ha dicho carece de interés, ya que no ha querido decirme nada que aclare su conducta.

— Sin embargo...

En ese momento intervino la señora de Stefan, diciendo:

— Si le han detenido hoy, estará libre mañana.

— ¿Por qué?

— Porque estoy segura de su libertad.

— Su señora de usted — dijo Costabella — acaba de tener una larga conversación con nosotros, y por lo que nos ha dicho, creo poder certificarle que su antiguo cobrador no quedará mucho tiempo entre escombros.

— ¡Hay secretos que se revelan demasiado tarde! — repuso Stefan.

Su esposa no hizo caso de aquella alusión y volviéndose a él replicó:

— Quiero que también sepas tú lo que acabo de decir a estos amigos. Cocolin es inocente. Se ha dejado acusar para que no se descubriera un secreto que nunca quise darte a conocer a ti. Cuando me casé contigo, Enrique, era yo madre de una niña. Y precisamente el día del crimen, Cocolin y yo estábamos con esa niña.

Costabella y Parisette esperaban una violenta reacción en el banquero; pero éste permaneció impasible.

Su esposa siguió diciendo:

— Ya supondrás, Enrique, lo dolorosa que es para mí esta confesión. ¿Por qué no te la habré hecho antes? ¿Por qué he esperado tantos meses para decirte lo que tengo que revelarte hoy en circunstancias trágicas? El mismo Cocolin me aconsejó que te hablara con franqueza. ¿Qué razón tenía! Pero yo te amaba...

— Basta de farsa inútil! — exclamó Stefan —. Sé lo que debo pensar respecto de tu modo de proceder.

La señora de Stefan no podía más. Se cayó en una butaca, implorando con la mirada a su marido, cuya fisonomía no expresaba emoción alguna.

Costabella y Parisette contemplaban aquella molesta escena sin atreverse a intervenir en ella.

Hubo una pausa bastante larga, tras la cual declaró con voz incisaiva Stefan:

— Sé todo cuanto vas a decir...

De ello me he enterado por este paquete de cartas... ¿Conoces la letra?... Tú misma puedes ver que no te miento.

La señora de Stefan volvió la cabeza.

— ¡Te suplico que mires esto! Ya sabes lo que quieren decir estas cartas. ¡En ellas se encuentra toda tu historia, toda tu infamia con todos sus detalles!

Puso casi a la fuerza los sobres ante los ojos de su mujer, y luego, con furioso ademán, arrojó las cartas por el cuarto y quedaron diseminadas en la alfombra.

— ¿Qué respondes a esto? ¿Cómo pudiste casarte conmigo, después de haber vivido no sé cómo con un señor de quien tuviste una hija?... ¿Cómo no tuviste la honradez...?

— ¡Te amaba! — exclamó la señora de Stefan.

— Pero yo no...; tú fuiste quien lo arregló todo para atraerme a ti.

— Eso es falso!

— Fui víctima de tus maquinaciones.

— ¡Bien sabes que no es cierto!

— Conseguiste tu objeto, que era casarte con un hombre rico. Y durante todo el tiempo que hemos vivido juntos, no has cesado de mentirme. ¡Ahora ya todo acabó entre nosotros! ¡Recoge esos papeles que te pertenecen y que me sé de memoria! Quédate aquí el tiempo que gustes, pero yo no puedo ya verte.

La señora de Stefan no tuvo fuerzas ni para responder; parecía extenuada por aquella lucha y presentaba tales síntomas de debilidad, que se le acercó Parisette a prodigarle sus cuidados.

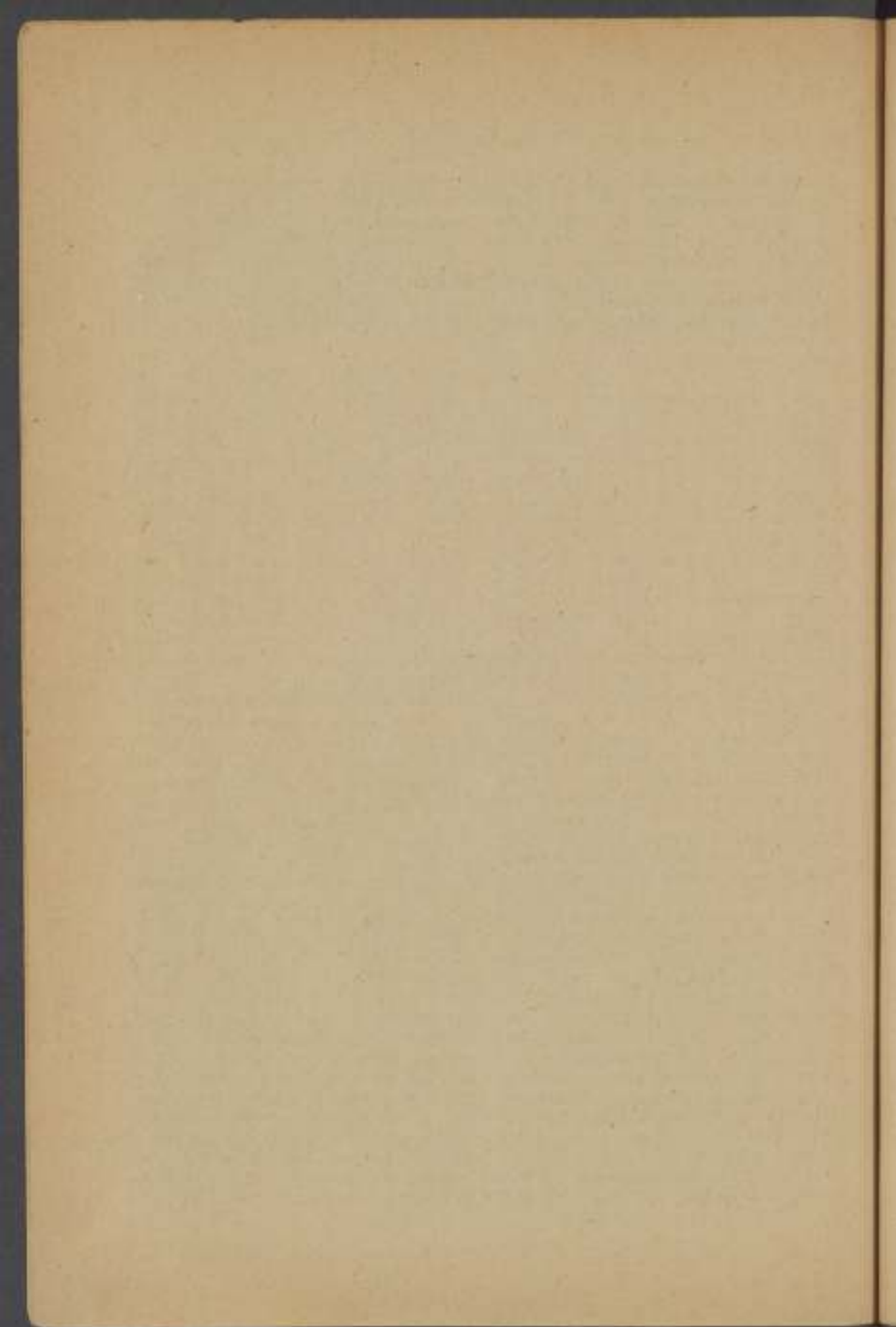
El banquero, livido, estremeciéndose de cólera, se fué acompañado del señor de Costabella, que hacía esfuerzos para calmarle, y al cual decía:

— ¡Y pensar que he podido vivir con semejante criatura!... ¡Que he sido la irrisión de los que conocen

su verdadera historia, y estoy seguro de que son muchos!... No sé como no la mató!... Sólo me queda pedir a usted que me perdone por haberle hecho presenciar tan vergonzoso espectáculo en su propia casa. Pero ya no le estorbaré mucho tiempo; mañana, probablemente, me marcharé,

a menos que mi mujer comprenda la situación y sea ella la que se vaya a París para pedir el divorcio.

El señor de Costabella afanébase por demostrar al banquero que en esta vida conviene ser indulgente cuando se trata con gente honrada. Pero todo fué inútil.



DÉCIMO EPISODIO

EL TRIUNFO DE COCOLÍN

I

EL TRIUNFO DE COCOLÍN

Los periódicos de Niza llevaron al Family-House la noticia de la detención de Cocolín y al mismo tiempo la del trágico «accidente» de que había sido víctima Lapusse.

Desde la víspera y desde el incidente en que habían intervenido todos los huéspedes de aquel hotel y en particular Eulalia Parent, no se habló allí más que del hombre de negocios y del criminal.

Eulalia Parent sabía la historia de Cocolín, desde el principio de este epílogo; parecía que su declaración podría ser útil a la justicia, y ya que estaba preso el cobrador era evidente que ella podía influir mucho en su liberación.

Así, pues, acompañada de la niña Lulú, fué a declarar al juzgado.

Entretanto la misma ansiedad reinaba en villa Claudia, agravada aún por el drama sentimental que había dejado a la señora de Stefan con una angustia imposible de describir.

Al día siguiente del altercado que tuvo con su esposo, la mujer del banquero pensó también ir a Niza para explicar todos los hechos que demostraban la inocencia de Cocolín.

Pero en el momento de ponerse en camino, la detuvo súbitamente un espectáculo que le causó honda emoción.

Vió a Stefan en compañía de Parisette paseándose por las alamedas

del parque. Y con ese instinto que la desgracia no hace sino aumentar en todas las mujeres celosas, sospechó que la conversación de aquellas seres no era solamente de puro cumplido. Prestó, pues, particular atención a aquellas idas y venidas, y vió de pronto que su marido y la joven tomaban asiento en un rincón del jardín, a la sombra de un árbol, en una posición tal que podían estar seguros de evitar toda mirada indiscreta; acercóse a ellos para no perder nada de las palabras que pudieran decirse.

Inmediatamente comprendió el buen corazón de la nieta de Costabella, porque, con aquella autoridad y aquel buen sentido que parecían en contradicción con sus pocos años, Parisette dijo claramente a Stefan que la culpabilidad de su mujer no era tan grande como él suponía.

— Ha juzgado usted muy mal a su esposa — decía —, porque si hubiera usted querido reflexionar y conservar la sangre fría, al ver las cartas que le enseñó usted anoche, hubiera comprendido que al obrar como ella lo hizo le dió la mayor prueba de amor que un ser puede dar a otro ser. ¿Quería usted mucho a su esposa cuando pidió su mano?

— ¡Claro que sí!

— Es decir, que en aquel momento, por mucho que ella le hubiese dicho, no hubiera usted retrasado seguramente la boda, hubiera prescindido de todo... No tengo yo gran experiencia en esas cosas; pero sé muy bien que cuando se ama con

todo el corazón, apasionadamente, como sin duda amaría usted a su prometida, nada hay que pueda disminuir ese amor.

— En efecto...

— Por consiguiente, si su esposa hubiera tenido valor en aquella época para decirle la verdad, verdad que le honra...

— ¿Cree usted?

— Sí, señor, y usted lo sabe tan bien como yo. Si ella le hubiera dicho: «Tengo una hija y la he educado lo mejor posible; aquel a quien yo amaba y que debía ser mi marido era un muchacho digno de todo afecto; y si usted lo hubiera conocido no hubiera tenido inconveniente en ser su amigo», tal vez hubiese usted titubeado un instante, pero luego habría dicho: «Amigo mío, ese pasado no impide que podamos vivir juntos muy felices. A pesar de ello, serás mi mujer.»

— Me supone usted mucha grandeza de alma...

— Creo simplemente que es usted hombre justo, bueno y capaz de tener elevados sentimientos.

— ¡Muchas gracias! pero nada de eso me dijo mi mujer... y, sin embargo, hubiera debido decirlo.

— Hay que estar muy seguro de sí para mostrarse inflexible en los castigos.

— ¿No puedo tolerar que me haya engañado?

— Pues bien engaña usted a los demás.

— ¡Cómo!

— ¿Acaso es irreproachable la conducta que ha guardado usted de casado?... Cree usted que si se hubieran mostrado con su esposa más atento, como verdadero marido cariñoso, tal vez le hubiese confiado ella el secreto que ha sabido usted ayer por casualidad.

Durante todo ese sermón, Stefan no pronunció sino algunas frases vulgares, y parecía que en su cabeza se agitaban ideas muy distintas.

Cortó en seco la reprimenda de la joven y le dijo súbitamente:

— Si supiera usted lo que siento en este instante, señorita, no se tomaría el trabajo de defender a mi esposa; porque, por más que pueda usted creer, no estoy nada resentido con ella...

Esas palabras, pronunciadas con tranquilo acento, llevaron al corazón de la señora de Stefan, que las escuchaba indiscretamente, cierta esperanza, aunque de corta duración.

— En ese caso — dijo Parislette —, si no le guarda usted rencor alguno...

— Le aseguro que no se lo guardo... Es más, hasta podría decir que me alegro de todo lo que ha sucedido.

— Puesto que no detesta usted a su esposa, supongo que volverá a llevar con ella la vida que antes llevaba, probablemente con más cariño aún...

— ¡Nada de eso!... La casualidad ha puesto fin a una situación que era para mí intolerable.

— No comprendo...

— Strvase prestarme un instante de atención, y creo que convendrá conmigo en que ha llegado muy oportunamente ese conflicto, que me permitirá separarme de mi mujer y llevar una vida más conforme con mi posición y con mis gustos.

Julieta se estremeció dolorosamente en su escondite y sintióse desfallecer.

Muy aseadamente, siguió diciendo Stefan:

— Parislette, nunca he tenido amor a mi mujer...; me casé con ella por un simple capricho... Poco tiempo duró mi felicidad... Ya de recién casados, empecé por dejar sola a mi mujer... Comprendí que la vida que llevaba a su lado no era la que había soñado, y por último, cierto día hallé en mi camino a una persona que me hizo sentir aún más la tonturía que cometi al casarme con esa

por quien tan enérgicamente aboga usted.

— ¡Ah!

— Sí, y también en esto ha intervenido la casualidad... Hallé en mi camino, como digo, una joven, que desde el primer momento me inspiró profunda pasión.

— ¿Y corresponde esa joven a sus sentimientos?

— Aun no lo ha demostrado; pero conservo la esperanza de que corresponderá.

— ¿Sabe ella que está usted casado?

— Sí.

— En ese caso ¿cómo podrá tener ilusiones acerca de su pasión?

— Tal vez no las haya tenido; pero desde el momento en que ya no esté casado...

De muy buena fe, Parisette parecía no comprender a qué persona se refería Stefan, y siguió preguntándole:

— ¿Hace mucho tiempo que la conoce usted?

— No, no mucho.

— ¿Ha hablado usted con ella?

— Sí.

— ¿Y cómo le ha recibido?

— No del todo mal.

— ¿La sigue usted viendo?

Stefan no pudo contener más la expresión de sus sentimientos y repuso:

— ¡Bien sabe usted, Parisette, que estoy hablando de usted!

— ¿De mí?

Julieta, que cada vez escuchaba más ávidamente las frases cambiadas entre el banquero y la joven, adivinó en aquella exclamación tan espontánea que Parisette no había cesado de proceder muy lealmente respecto de ella.

— Sí, de usted, y lo sabe de sobra... no es cosa de hoy. Acuértese de aquella noche en que vino a bailar a mi casa, en que la vi tan bella, tan pura, en aquella *Danza del Cisne*...

— Y que me expresó usted su admiración en tal forma que tuve que abofetearle.

— ¡Parisette!

— ¡Sí, señor, abofetearle!... Y desde entonces le tengo a usted un odio que ya debió de sospecharlo, y que sus últimas palabras acrecientan aún. No diga usted nada más, que ya ha dicho bastante... Si tenía usted la menor esperanza, puede perderla, que nunca atenderé la menor declaración de usted... ¡Prefiero no verle, y, si es preciso, se lo diré a mi abuelo; al menos él sabrá decirle cuánto yo pienso y cuánto él piensa de su maldad!

— Es que...

Los dos se habían levantado.

La señora de Stefan, pálida, se presentó a la pareja, acercóse a Parisette, y volviéndose a su marido exclamó:

— ¡Si yo tenía para ti un secreto, cuando menos tú tenías otro para mí!

Stefan quiso responder, pero Parisette le despidió con un ademán.

Julieta se echó en brazos de la joven y lloraba.

El banquero comprendió que era imposible su permanencia en aquella casa; temía que Parisette enterase a Costabella de todo lo que había sucedido.

Aparte de esto, no quería ver a su mujer y estaba decidido a romper definitivamente con ella.

Durante la noche había preparado el equipaje y, para precipitar las cosas, solicitó hablar con el marqués.

— Vengo a confirmarle lo que le decía anoche: en adelante me es imposible vivir bajo el mismo techo que mi esposa. Ya tengo todo preparado... me voy en el primer tren, ahora mismo.

— Creo — le dijo el señor de Costabella — que antes de tomar tan grave determinación, debería usted reflexionar un poco...

— Agradezco mucho su solicitud;

pero mi decisión es irrevocable... Ahora, antes de marcharme, voy a entregarte un paquete que Cocolin me dio para usted, momentos antes de ser detenido... Lleva un rótulo que dice «DOCUMENTOS DE COSTABELLA».

El banquero estrechó la mano de su huésped y se fué en automóvil camino de Niza, en tanto que, en las cartas que estuvieron en poder de Lapusse desde el famoso día del drama de Neuilly, el señor de Costabella, con lágrimas en los ojos, hallaba todas las pruebas de que Parissette era su nieta.

II

UNA AGENCIA AGITADA

Cuando trasladaron al hospital de Niza el cuerpo que habían encontrado en Rauba-Capeu y cuando el médico de guardia reconoció detenidamente los estropeados miembros y la cabeza fracturada de Lapusse, la enfermera encargada de cuidarle declaró al policía que había ido a pedir noticias:

— Creo que no tiene para muchos días este desgraciado.

— ¿Podrá hablar mañana? — preguntó el inspector.

— Lo dudo.

— En ese caso, tal vez convendría interrogarle en cuanto abra los ojos.

El capellán de la cárcel entró en la sala donde agonizaba el antiguo agente de negocios.

Al verle, Lapusse comprendió llegado su fin, y como al mismo tiempo divisó al policía que se hallaba entre el personal del hospital, pensó que había llegado la hora de rendir cuentas y que no había que fingir.

No creía en Dios ni en el diablo... Siempre se había arreglado en forma de estar prevenido para todo.

Y en aquella circunstancia, pensó que valía estar bien preparado para lo desconocido.

Puesto que ya nada tenía que ver con la justicia humana, comprendió que le convenía solicitar la indulgencia de la justicia divina... Cuando se viaja por el extranjero hay que llevar la documentación arreglada a las leyes del país que se recorre.

Así, pues, Lapusse prefirió tomar pasaporte.

Hizo señas a la enfermera, que se le acercó; llamó también al policía para que le oyese y pidió pluma y tinta.

El inspector de policía le ofreció su pluma estilográfica.

Y cuando el bandido tuvo lo necesario, escribió con mano temblorosa, pero con espíritu sumamente lúcido, y sabiendo bien lo que hacía, estas palabras:

«En la hora de la muerte, juro que el asesino de Neuilly es Cuatro ojos, mi cómplice, a quien yo mismo ahogué en La Varenne. Cocolin es inocente. En el momento del crimen se hallaba en casa de Eulalia Parent, planchadora, en Gargen. Pido perdón a todos.»

HÉCTOR-ADALBERTO LAPUSSE.

El inspector de policía cogió aquel papel, y de un brinco se plantó en la Comisaría, donde estaban medio dormidos el comisario y sus colegas.

Hizo una entrada aparatosa.

— ¡Les traigo grandes novedades! exclamó — ¡noticias sensacionales!

— ¡Eh!

— ¿Qué?

— ¿Qué sucede?

— Traigo un papel que contiene revelaciones importantísimas, un papel que aclara todo lo concerniente al proceso de Neuilly.

— Venga el papel y no habla tanto.

Algo decepcionado por aquel recibimiento, el inspector alargó la hoja en que el tío Lapusse había escrito sus últimas voluntades; y el comisa-

rio y los que le rodeaban leyeron la declaración que, en efecto, ponía a Cocolin la aureola de los mártires.

— ¡Que vayan a buscarlo inmediatamente! — ordenó el comisario a un gendarme — y procure tratar a Cocolin con más miramientos de los que generalmente suelen ustedes tener.

Salió el gendarme estupefacto.

Y más estupefacto aun quedó Cocolin cuando vió entrar en su celda a un gendarme que se expresaba con frases escogidas y que le rogaba que tuviera la amabilidad, si no le servía de molestia, de acompañarle hasta el despacho en que el comisario tenía grandes deseos de verle.

Asombrado de aquella cortesía, Cocolin fué conducido al despacho, donde muy amablemente le invitó el comisario a sentarse.

Y cuando iba a tomar asiento en una silla de paja, colocada junto a la mesa del comisario, le detuvo un inspector diciéndole:

— ¡Por favor no se sienta ahí, caballero, que eso es demasiado duro!

Y el agente acercó una butaca muy blanda en la que pudo instalarse cómodamente el cobrador.

Y con toda clase de precauciones y cumplidos, comenzó un nuevo interrogatorio, al cual se sometió Cocolin más por costumbre que por otra cosa.

— No se turbe usted, señor Cocolin, se lo suplico. Tengo que hacerle unas preguntillas: he de comunicarle muy buenas noticias; estoy seguro de que usted me responderá con su habitual urbanidad, con esa benevolencia que desde el primer día que le vi me indujo a pensar: «Al fin tratamos con un hombre de mundo».

— Hable usted, señor — dijo Cocolin, inclinándose profundamente—. Estoy a sus órdenes.

— Amigo mío, porque supongo que ahora que ya nos conocemos, me permitirá usted darle ese nombre...

— Como usted guste...

— ¿Conoce usted a Eulalia Parent, planchadora de Gargán?

— No, señor.

Y como en aquel preciso momento entraba un empleado anunciando la visita de Eulalia Parent, el comisario quedó muy sorprendido y mandó introducir a la planchadora.

Entraron Eulalia Parent y la niña Lulú.

Al ver a Cocolin, no pudo menos de exclamar Eulalia:

— ¡Usted aquí, Cocolin!... ¡Usted detenido!... Eso es una infamia.

— Usted dispense — dijo el comisario —; el señor Cocolin acaba de decirnos que no la conoce a usted. El cobrador bajó la cabeza.

— ¿No me ha dicho usted — preguntó al cobrador el comisario — que no conoce a esta señora?

— Sí.

— ¿Entonces?

— No la conozco.

— ¿Insiste usted?

— Lo aseguro.

— ¿Niega usted la realidad?

— Tal vez.

— En cuanto le ha visto a usted, ha pronunciado su nombre... y hasta la niña se echa en sus brazos; ya lo ve usted...

En efecto, Lulú estaba ya al lado de su amigo, que hacía desesperados esfuerzos para no corresponder a sus caricias.

Al comisario se le ocurrió una idea ingeniosa: hablar a la niña; y le preguntó:

— Cuando menos tú, nena, no mentirás... ¿Conoces a este señor?

— ¡Ya lo creo!

— ¿Cómo se llama?

— Es el señor Bourgeois.

Al oír este nombre, no tuvo ya límites la estupefacción del comisario, que exclamó:

— ¡Ahora sí que no comprendo una palabra...! Usted no conoce a Eulalia Parent y ella le conoce: esta señora le llama a usted Cocolin, la niña le llama Bourgeois; ¿qué signifi-

en todo esto?... ¿Quiere usted explicarme?... ¿Cómo se llama usted?

El cobrador, resignado, respondió:

— Cocolin, Cocolin.

— Veamos, señora Parent, si consigo algo de usted... ¿Quiere decirme algo que tenga sentido común?... ¿Quiere usted aclarar esta situación que me va pareciendo un tanto ridícula?

Afortunadamente, Eulalia Parent no tenía ganas de callar, sino más bien de aclarar cuanto antes aquel misterio, y contestó:

— He venido aquí, señor comisario, para decirle que el día que se cometió el crimen de Neuilly, el señor Cocolin, a quien yo conocí con el nombre de Bourgeois, estaba en Gargán, en mi casa, a donde había ido para ver a esta niña, que estaba enferma.

— ¿En Gargán, dice usted?... ¿A ver a su hija?

— Esta niña no es hija suya.

— ¡Hombre! ¿pues, de quién es?... ¿de usted?

— No.

— ¡Infame, por favor!

De nuevo intervino Cocolin diciendo:

— Eso no le importa a nadie. Es un secreto de familia que quiero guardar y que nada tiene que ver con el crimen de Neuilly. Se me acusa de un crimen que no he cometido; y usted, señor comisario, debe interrogarme respecto de ese crimen, y no acerca de otra cosa...

— Sin embargo, me permitirá usted...

— ¿Le han encargado a usted que encuentre a los asesinos de Neuilly o que encuentre a los padres de esa niña?

— Pero, en fin, señor Cocolin...

En aquel instante ocurrieron acontecimientos que por fortuna hablan de arreglarlo todo.

Costabella, la señora de Stefan y Parisette, entraban en el despacho donde estaban el cobrador y la plan-

chadora. Y en pocas palabras se precisó y aclaró todo cuanto aun parecía obscuro al comisario.

Lulú se arrojó en brazos de la señora de Stefan, que afirmó que era su madre.

La mujer del banquero se puso de rodillas ante Cocolin rogándole que perdonase su mutismo, Parisette abrazó al cobrador, al tiempo que ponderaba su heroísmo.

Y una vez calmadas todas aquellas manifestaciones de tan distintos sentimientos, comprendió al fin el comisario que Cocolin había procedido con una probidad exagerada y que la carta de Lapusse quedaba confirmada en todos sus puntos por aquellos que podían aportar testimonios interesantes.

No obstante, Cocolin permanecía impasible, y cuando Juheta le dio las gracias por cuanto por ella había hecho, replicó:

— Creo que cualquiera hubiera procedido como yo.

Produjose luego un silencio solemne, porque llegaban al desenlace.

El comisario de policía, con grave y convencido acento, dijo:

— Y ahora, señor Cocolin, todo lo que acaban de decir las personas que le rodean no hace más que confirmar lo que ya sabíamos... Hace ya un rato que tenemos en mano la prueba escrita de su inocencia... prueba que nos ha suministrado Héctor Adalberto Lapusse, escribiendo esta carta, en que hace declaraciones en el momento en que nadie miente, porque sabe que va a comparecer ante un juez a quien no se puede ocultar nada.

Cocolin balbució entre dientes, después de leer la carta:

— ¡Dios haya perdonado a este viejo bandido!

— En nombre de la Magistratura, en nombre de la Justicia, le digo que en circunstancias trágicas, ha guardado usted una actitud caballeresca, y estoy seguro que le valdrá ser ad-

mirado de toda la gente de corazón... y es para mi particular alegría estrecharle la mano, repitiéndole: «Señor Cocolin, es usted un hombre honrado».

Poco faltó para que todos llorasen.

Cocolin, insensible todavía, se levantó, hizo una gran reverencia, y de pronto, tras un momento en que no supo lo que decir, halló una frase definitiva:

— ¡Entonces, señor comisario, hasta la vista!

Y sin andarse en ambages, sin hacer caso de los que allí estaban, encaminóse a la puerta.

El comisario era un hombre muy simpático; pero burócrata obligado a someterse a reglamentos y a leyes contra lo que nada podían su generosidad y su bondad. Así que vio a Cocolin apresurarse hacia la salida, exclamó:

— ¡Un momento, un momento!

Cocolin se volvió muy asombrado.

— Aun no he concluido — añadió el comisario —. Si rindo homenaje a su inocencia perseguida...

Cocolin hizo un saludo.

— ¿A su perseverante heroísmo...

Otro saludo.

— ... Si me inclino ante usted...

Cocolin se inclinó también por no ser menos.

— ... Si, como hombre, le admiro, no dejo de estar obligado a tenerle aún en la cárcel. Ya...

No pudo continuar.

En todos los concurrentes, desconcertados por aquella oleada de elocuencia, la última frase produjo un efecto inesperado.

Todos se miraban.

— ¿De manera que acaba usted de proclamar mi inocencia en términos que me han hecho llorar, acaba usted de decirme que soy una víctima, que me persiguen, que se han cebado en mí todas las desdichas...; poco ha faltado para que dijera usted que deberían elevarme una estatua...

Y en cambio, para premiarme todo lo que he hecho, para recompensar toda esa bondad que usted me atribuye, no se le ocurre otra cosa que seguir teniéndome encerrado?

— Permitame, señor Cocolin, que le diga todo cuanto pienso... Yo no soy nadie aquí... El juez instructor es el que tiene poder para devolver a usted la libertad..., y no podré libertarle hasta que reciba la orden necesaria del juez de instrucción... Pero procuraré hacer todo lo posible para que no tarde esa orden... Comprendo su impaciencia, pero le suplico que vuelva usted a su celda.

— Ya que no tiene usted otra cosa que proponerme — repuso Cocolin —, no me queda más remedio que albergarme en esa celda...

Y volviéndose al grupo formado por Parisette, la señora de Stefan, Eufalia Parent y el señor de Costabelle, todos los cuales esperaban haber regresado triunfalmente con el huero de Cocolin, exclamó:

— Dispénsenme, señoras y caballeros, que tenga que ser descoartán con ustedes; pero acaban de suplicarme que vuelva a mis habitaciones o, mejor dicho, a mi celda.

— No hay que exagerar las cosas — dijo el comisario — la celda no es muy severa, y además, usted sabe que estamos dispuestos a complacerle... Haga el favor de decirme si desea usted algo...

Cocolin pareció reflexionar bastante rato, y luego, de repente, replicó:

— Pues bien, voy a decirselo francamente: ¡deseo que me dejen en paz!

Y dicho esto, se despidió el cobrador de toda aquella gente, y mientras repartía besos y abrazos, el comisario mandaba instalar en la celda del ilustre inocente una butaca, una mesa más cómoda, periódicos ilustrados y una caja de cigarrillos puros. Después condujo allí al cobrador, y una vez seguro de que nada le falta-

ba, de que estaría allí como en el cuarto de un hotel regular, salió el comisario diciéndole:

— Además, podrá usted recibir cuantas visitas quiera, que ya he dado orden para ello.

— Después de todo — dijo Cocolin —, la vida aquí puede soportarse: no estoy peor que en casa de Alvarez... Claro que esta habitación no tiene muy buenas vistas; pero ahora estoy seguro de que cuando salga de ella no tendré cinco policías detrás de mí para vigilar mis idas y venidas... ¡Se acabaron ya los disfraces! tendré un poco de paciencia y no tardaré mucho en vivir tranquilo.

Pero no sospechaba él que su fama iba a crecer en Niza, y que su inocencia, proclamada en voz alta, le valdría honores que envidiaría un jefe de Estado.

Los diarios locales enteraron a la población de la muerte de Lapusse en el hospital, de la conducta heroica de Cocolin; y, sin nombrar a la señora de Stefan, hicieron alusión a un secreto que el cobrador había sabido guardar, aun a riesgo de exponerse a morir ajusticiado.

Hacían resaltar en frases ardientes toda la grandeza y nobleza de alma de aquel humilde empleado e invitaban a la gente de corazón a que demostrasen su agradecimiento a aquel caballero digno de los tiempos medievales, con regalos o visitas que él recibiría muy a gusto.

Y no tardó en verse el resultado. Aun no llevaba Cocolin unas horas en su celda, cuando ésta se vió invadida por ramilletes de rosas y claveles de los más suaves perfumes.

Nunca respiró tan dulces aromas en el jardín de Alvarez.

Luego vinieron las visitas, primero las de la clase media, familias enteras con los padres, los hijos, sobrinos y hasta los criados.

Cocolin estrechaba manos, daba cariñosos golpecitos en las mejillas, besaba tiernamente a los niños. Y

cuando le pedían que relatase sus hazañas, cual viejo corsario de los antiguos tiempos que se complacía en resucitar las peripecias de sus aventuras, narraba con muchas detalles entre un auditorio maravillado todo lo que había tenido que hacer para no vender la confianza que en él habían puesto.

Tras las visitas de la clase media, llegaron las personalidades de la ciudad.

La mujer del alcalde se creyó en el deber de llevar al cobrador la felicitación personal de su marido.

Fue también un general con su esposa, que por cierto se extrañó bastante de la familiaridad de Cocolin, que no pecaba por exceso de tacto.

Concejales, diputados, todos acudían a verle.

Por último — y esto fué la apoteosis — llegó un periodista norteamericano que hablaba muy bien el francés, para entrevistarse con nuestro hombre.

Empezó por dirigir al paciente unas preguntas vulgares acerca de su origen, de sus gustos y costumbres, hizo que el cobrador le contase su vida cotidiana; y Cocolin, recordando las mentiras que habían contado sobre él, insistió en decir:

— Y sobre todo diga usted que yo he llevado siempre una vida muy metódica, que vivía tranquilamente con mi sobrina Parisette — una gran artista, no se olvide usted de decirlo —. No me permitía sino los caprichos más inocentes. Quiero que se sepa esto, puesto que me han calumniado.

— Habría un medio seguro de destruir todos esos rumores y poner fin a tan ridícula leyenda — le dijo el periodista.

— ¿Cuál?

— El que escribiera usted sus memorias.

— ¡Pero señor, si no sé escribir, si apenas tengo instrucción!

— Todo puede arreglarse; yo mismo, basándome en los datos que usted me diese, podría escribir esas memorias; primero las publicaríamos en folletín; en los Estados Unidos tendrían un éxito horroroso..., luego vendría el libro, las traducciones, en fin..., que haría usted una fortuna enorme.

El cobrador relase para sus adentros de aquel periodista, y después de mirarle detenidamente, le dijo:

— Amigo mío, es usted muy amable; pero de mis intereses, me cuido yo; cédese usted de los suyos, y procure defenderlos con el arrebato con que parece usted querer defender los míos.

El periodista americano comprendió la lección y se fué.

No era Cocolin hombre capaz de dejarse deslumbrar por semejantes proposiciones.

En medio de aquella delirante exageración, conservó una dignidad que admiraba a toda la gente honrada.

Una correspondencia abundante traía al cobrador giros postales, billetes de banco y cheques.

— ¡Si pudiera quedarme aquí quince días más — pensaba el bueno de Cocolin — creo que saldría con mi fortuna ya hecha!

Y aunque anhelaba mucho recobrar la libertad, casi llegaba a desear que el juez de instrucción de París no se diera demasiada prisa en examinar su expediente, para poder saborear más tiempo la embriagadora alegría de una popularidad de buena ley que además era muy productiva.

Entretanto, en villa Claudia se esperaba con ansia el regreso de Cocolin, sin sospechar los placeres que a éste le estaban reservados. La señora de Stefan sintió gran alegría al encontrarse con su hijita. Suplicaron a Eulalia Parent que permaneciese en caso de Costabella todo el tiempo que quisiera, para agradecerle los

cuidados que había prodigado a la niña durante todo el tiempo que había vivido con ella.

— Aquí está usted en su casa — decía el marqués de Costabella al ver que la planchadora parecía titubear.

Y es que la joven no quería permanecer allí mucho tiempo, porque comprendía que ya, estando la niña al lado de su madre, ella representaría un papel secundario, y no gozaría de todo el cariño que antes le tenía Lulú; por lo cual declaró claramente, deseando marcharse:

— Esta mañana, al salir del hotel, he recibido un telegrama de mi madre que me anuncia que está enferma, por lo cual tengo el deber de volverme a Gargán... Iré ahora al Family-House a buscar el baúl... Le agradezco mucho la hospitalidad que me ofrece, pero creo más prudente marcharme.

La acompañaron hasta el automóvil que había de trasladarla a Niza.

La pobre mujer se fué llorando. No podía apartar de Lulú los ojos.

Le prometieron que se la llevarían en cuanto volvieran a París. Mas no pudo esa promesa apaciguar su pena. Cuando el carruaje se alejó, Lulú sollozaba.

Y aquella partida puso un velo de tristeza en toda la casa; tanto más, cuanto que Costabella anunció repentinamente que tenía que marcharse a Portugal con Cândido.

La noticia sorprendió mucho a Parisette, y aun extrañó a Manuela.

— ¿Por qué tan súbito viaje? — preguntó a su abuelo Parisette.

El anciano pareció vacilar mucho para responder; al fin, dijo:

— Ya han terminado las contradicciones de tu tío. Yo he permanecido junto a ti, en tanto que sabía que era necesaria mi presencia y que sería imprudente dejarte sola; pero ahora que Cocolin va a volver a tu lado, estarás acompañada por él y por la señora de Stefan, que no se separará de nosotros. Por consiguiente, puedo

irme a mi país, donde me llaman negocios urgentes que he tenido algo descuidados a causa de las circunstancias... Tú irás reponiéndote de tus fatigas y de tus angustias, y cuando yo vuelva, gozaremos de una felicidad que hemos esperado mucho tiempo y que bien merecemos...

Aquella marcha de Costabella iba a tener extrañas consecuencias.

Habia gente particularmente intrigada por la fortuna del rico portu-

gués, y no lejos de la villa Claudia, nuestro viejo conocido Alvarez no perdía de vista a su antiguo acreedor que de pronto había conquistado una posición que extrañaba al banquero, por cierto no sin motivo.

Alvarez y Stefan, hombres de negocios, tenían que tomarse un desquite; y la felicidad de su rival y la de una joven muy honrada era para ellos como un insulto personal del que habían de darles cuentas.

UNDÉCIMO EPISODIO

LA FORTUNA DE JOAQUÍN

I

UN ENCUENTRO INTERESANTE

En su cárcel florida, Cocolin seguía recibiendo visitas... Aquello era un desfile que no acababa nunca, tanto que acabó por cansar al prisionero, el cual llamó al gendarme que estaba de plantón en la comisaría y le dijo:

— ¡Haga el favor de decir al comisario que no recibo!

— ¡Pero todavía hay mucha gente que espera para entrar aquí!

— Lo siento por ellos, pero dígales que no estoy en casa.

El gendarme le hizo notar que aquella respuesta, dada su situación de prisionero, nadie la creería y añadió:

— Hay especialmente un caballero que dice llamarse «Alvarez», que insiste en querer entrar.

— A ese díga que pase.

Segundos después, entraba en la cárcel el banquero portugués.

— Ya ve usted, señor Alvarez — dijo Cocolin —, que no le mentí en Mursella cuando le aseguré mi inocencia.

— Nunca he dudado de ella — respondió el banquero —. Pero ahora desearía que me explicase lo que le ha sucedido desde que salió de mi casa.

Y por centésima vez el cobrador empezó el relato de sus aventuras desde el momento en que salió, vestido de clérigo inglés, de la fastuosa morada de Alvarez.

Así que hubo terminado su historia añadió:

— Y ahora, señor Alvarez, dígame francamente por qué tenía usted tanta impaciencia porque fuera yo a casa de Costabella, ¿qué interés tenía usted en que me introdujera allí, ya que no sabía los lazos que me unían con el marqués?

— Ni los sé todavía.

— El marqués — repuso el cobrador — es abuelo de mi sobrina, de Parisette, a quien ha debido usted de ver en villa Claudia.

— Y que se parece mucho a...

— Ya sé lo que va usted a decir: que se parece mucho a la otra nieta del marqués, a María.

— Eso es.

— Pues ya que no está usted enterado de nada, aun comprendo menos los móviles que le indujeron a enviarme allí... Yo le he hablado a usted siempre sin rodeos, incluso en los momentos en que mi franqueza podría haber tenido graves consecuencias... Creo, pues, que no tiene usted razón alguna de ocultarme sus sentimientos. ¿Por qué se interesa usted tanto por el señor de Costabella?

— ¿Quiere usted saber la verdad?

— Mucho me gustaría saberla.

— Pues bien..., querido Cocolin, ¿ha pensado usted alguna vez cómo haya podido conseguir el señor de Costabella la considerable fortuna que parece tener?...

— La verdad, nunca he pensado en eso, ni le he hecho a él tan indiscreta pregunta.

— Pues bien, yo voy a decirselo todo... No hace muchos meses que se ha enriquecido el señor de Costabella... Si hubiera usted conocido a ese a quien llama usted abuelo de su sobrina, si le hubiera conocido, por ejemplo, el año pasado, hubiera usted visto en él un caballero de muy buena cara; pero que pasaba los grandes apuros para poder sostener los gastos de su arruinada casa. Me debía mucho dinero... Yo aprecio a usted lo bastante, señor Cocolin, para considerarlo como un deber enterarle de la personalidad de un hombre que tal vez pertenezca a su familia, como usted dice; pero que creo que no merece su simpatía.

— ¡Cuidado con sus palabras! — dijo en son de protesta el cobrador.

— Sé lo que me digo... Quedamos en que el señor de Costabella me debía cantidades considerables... Fui a su casa a reclamárselas... Por razones que no son del caso y porque no tenía dinero para pagarme, me arrojó de su castillo... Hacía años que mi casa de banca le concedía crédito; pero ya no podía seguir así la cosa, y decidí embargarle la finca y los muebles... Ahora bien, la víspera del embargo cometióse en mi casa un robo considerable... En una caja de caudales, cuidadosamente escondida, tenía yo unos lingotes de oro e importantes cantidades en metálico...; todo me lo robaron. Para custodiar esa fortuna, disponía de un guardián especial, el cual fué asesinado... Pocos días después del crimen y del robo, el señor de Costabella me pagó todo el dinero que me debía.

— ¿Y no encontró usted a los asesinos del vigilante?

— No, señor, y eso es lo grave... nunca he podido hallar el menor rastro, lo cual es muy intrigante...

— En efecto.

— Note usted bien que no aseguro que haya una correlación directa entre el asesinato, el robo y la repen-

tina riqueza del marqués... No tengo ninguna prueba material: por consiguiente, carezco de certeza..., pero reconocerá usted que, sin ser receloso por naturaleza y sin tener deseos de calumniar a nadie, hay en todo ello una extraña coincidencia...

— Indudablemente.

— Y como, posteriormente, el señor de Costabella ha continuado llevando un boato considerable, como ha comprado otra finca en el país en que habita y también aquí en la Costa Azul una gran casa, como cuando llega a París se hospeda en los mejores hoteles, me creo con derecho a pensar si todo ese lujo, todo ese bienestar, todas esas comodidades se pagarán con el dinero que me fué robado.

Cocolin permanecía pensativo, y buscando explicaciones que no hallaba disponíase a balbucir algunas frases vulgares, cuando de nuevo entró el gendarme en la celda anunciando que deseaba ver a Cocolin otro señor.

— ¿Quién es?

— El señor Stefan.

— ¡Stefan, mi príncipall... ¡Pues bien, que pase!

Introducido Stefan, dió a su antiguo empleado la enhorabuena por el feliz desenlace del proceso de Neuilly; claro está que aseguró al cobrador que nunca había dudado de su inocencia y que se alegraba mucho de que la realidad confirmase sus confiadas suposiciones.

Presentó al banquero portugués el banquero parisiense y como no tenía ningún secreto para Stefan, le enteró de cuanto Alvarez le acababa de decir.

— Creo que eso puede interesarle a usted — le dijo —, ya que tiene negocios con el señor de Costabella.

Y Stefan supo a su vez que la fortuna del abuelo de Parissette era muy reciente, y que de un momento a otro, si Alvarez quisiera extremar las cosas, el marqués podría ser de-

tenido y acusado de asesinato y de robo.

Aquellas noticias eran de suma importancia para Stefan.

Los capitales que le confiaba el noble portugués eran considerables, y además de esto, el sentimiento que tenía por Parisette permitíale de ese modo una posibilidad de introducirse cerca de la joven y dedicarse a un juego de combinaciones de que podría sacar interesantes beneficios.

El desorden moral y el aislamiento en que se hallaría la joven, en caso de ser denunciado Costabella, podrían permitir a Stefan lograr la realización de sus proyectos.

Insistió, pues, para obtener de Alvarez todos los datos posibles sobre aquel asunto.

El cobrador oía hablar a ambos hombres, sin deducir nada en concreto, pues le abrumaba el cansancio.

Todas las recepciones de aquel día le habían fatigado extraordinariamente.

Se tendió en la cama, y sin atender a la presencia de su principal y del que le había albergado en su casa, durmióse hasta que los dos personajes comprendieron que no era necesario seguir su conversación en una celda.

Dejaron a Cocolin durmiendo y salieron ambos para hablar más a sus anchas del problema que los apasionaba.

Ya era de noche.

Los dos hombres caminaban, uno al lado del otro, por las calles de Niza.

Stefan comprendió todo el partido que podía sacar de la colaboración de Alvarez, y Alvarez adivinó la buena voluntad interesada de Stefan.

— Tiene usted razón — dijo el parisiense al portugués —. No puedo usted dejar al señor de Costabella en su posición, si está usted convencido de que no la ha adquirido honradamente...

— Hace poco me ha dicho usted que el señor de Costabella y su criado

han salido para Portugal... ¿Cómo podríamos hallar un medio discreto de introducirnos en su casa y examinar los papeles y la contabilidad del marqués? Si ha tenido alguna herencia o si ha cobrado cantidades que le debieran de tiempo atrás, hallaremos las pruebas... En caso contrario, no podemos proceder con seguridad...

— Yo no sé si...

— Claro está que no es muy correcto introducirse allí a escondidas... Preferiría proceder de otra manera; pero no veo cómo... No me gustaría entrar allí como un ladrón; pero si no podemos tener una llave que nos permita...

— ¡Ahora que caigo! ¡Si yo tengo una llave de la casa! — exclamó Stefan —. He vivido varios días en ella... El señor de Costabella me entregó unas llaves, que se me ha olvidado devolverle, y no creo que a nadie extrañase verme allí entrar a media noche.

— En ese caso, opino que podemos hacer una visita nocturna, y que de ese modo, antes de emprender seriamente cualquier cosa, podremos saber a qué atenernos.

— No es mala idea.

— No nos falta más que ejecutarla.

Y ambos hombres siguieron su camino con la decidida intención de llevar a cabo, con toda la indelicadeza posible, aquella expedición tan extraña.

II

EN LIBERTAD

Cocolin dormía apaciblemente y sin preocuparse de lo que pudiera ocurrir en torno suyo, cuando un puño vigoroso empezó a agitarle y le sacó de su sueño.

Abrió los ojos y vió ante sí al comisario con una cara muy alegre.

—Vengo a anunciarle una buena noticia — declaró el policía —: está usted libre y vengo a dar orden de que le suelten.

— ¿Pero es seguro?

— ¡Hombre, cuando se lo digo!... Mire el telegrama que acabo de recibir de París.

— Pero supongo que no irá usted a soltarme para cogerme al momento de nuevo.

— ¡No, hombre, no!... El juez de instrucción encargado del sumario me ordena que le ponga a usted en libertad.

— En fin, si no es una broma, le doy las gracias. Sin embargo...

— Prepárese, pues.

— Es que... La verdad, no sé exactamente qué hora es; pero supongo que no es momento oportuno para ir a pasearse por las calles de Niza... Si no tiene usted inconveniente, preferiría pasar aquí la noche...

— ¡Vamos, vamos! ¡se ve que le ha cogido usted gusto!

— ¡No, no! ¡No lo crea!... pero ¿dónde quiere usted que vaya a estas horas?

— Eso no es cosa mía. Yo tengo orden de dejarle en libertad, y no puedo tenerle aquí ni un minuto más. Por consiguiente, haga el favor de marcharse.

— Está bien... ¿Y cree usted que encontraré coche?

— En el casino hay una parada.

— Es que yo voy a San Juan.

— Entonces no cuente usted con coche. Este le conducirá hasta las puertas de Niza, pero no más allá.

— ¿De modo que he de hacer el viaje a pie?

— ¡Naturalmente!

— ¡Pero si estoy rendido!

— Lo siento infinito.

— ¡Por Dios, señor comisario, tenga usted compasión y guárdeme hasta mañana!

— No, amigo, no; vístase.

Cocolin se vistió el abrigo del señor Stefan, se puso el sombrero de Lapusse, y algo grotesco encaminóse al pasillo de la cárcel para seguir el camino de la libertad.

En el momento en que iba a entrar en ese camino feliz, el comisario, asaltado por un escrúpulo, le dijo:

— ¿Va usted de veras a San Juan?

— Sí.

— ¿Conoce usted el camino?

— No mucho.

— ¡Es muy largo!

— Pues precisamente por eso, si usted quiere...

— No puedo tenerle aquí. Está usted libre.

— ¡Por desgracia!

— ¿No lleva usted ningún arma?

— No.

— Pues sepa que por ahí no hay muy buena policía.

— Ya me lo figuro.

— Se lo digo, porque como yo soy el encargado de garantizar la seguridad de esos parajes y no cuento con personal suficiente... En fin, señor Cocolin, antes de marcharse permítame que le entregue mi revólver, que podrá serle útil si tiene un mal encuentro. En este caso, no vacile: ¡pin! ¡pan!

— ¡Pin! ¡pan! — exclamó Cocolin sin reírse —. ¡Buena esperanza me da usted!

— Ya me lo devolverá cuando quiera... Pero prefiero que mate usted a cualquier malhechor que no que él le mate a usted; ¡bastante me ha atormentado usted ya y quiero quedarme tranquilo!

— ¡Pues bien, señor comisario, muy buenas noches, y así y todo muchas gracias!

Tras lo cual, alzóse el cuello del abrigo, se encaquetó el sombrero hasta las orejas y se fué en medio de la noche estrellada.

III

EL LIBRO DE MARÍA

Horas antes, siguiendo el programa que se había trazado, el señor de Costabella salió de villa Claudia, acompañado de Cândido, para ir a Lisboa.

Recomendó mucho a Manuela que velase por Parisette y se marchó bastante tranquilo con su fiel criado, sin dar a su nieta ningún detalle que le hiciera sospechar el objeto exacto del viaje.

Para la joven había en todo aquello un misterio que le importaba aclarar y se decidió a preguntar a Manuela algunos datos relativos a la vida pasada del anciano.

De ese modo podría desterrar de su imaginación cuantas ideas enlodadas la acosaban.

Quiso la casualidad que los acontecimientos produjeran aún más confusión en el espíritu de Parisette.

Había entrado en el despacho de su abuelo para buscar unos libros, cuando puso la mano en un devocionario en cuyo lomo leyó: «Libro piadoso de la joven».

Era un librito de época bastante reciente, y que no hubiera llamado su atención si no hubiese visto en la primera página la firma de María de Costabella.

De pronto le invadió un sentimiento de tristeza.

Miró con más atención el tomito y vió en él algunas frases subrayadas, seguidas de comentarios y anotaciones al pie de los textos.

Entre las páginas encontró flores disecadas, estampas de primera comunión y, entre otras, una que representaba a la Virgen y al Niño Jesús; y contemplando la sagrada imagen, vió unas letras escritas al dorso, que decían:

— Señor, *on ofrezco mi vida para*

que des a los criminales el arrepentimiento de sus crímenes.

— Señor, *compadeceos de mi abuelo y de Cândido.*

— Señor, *tened piedad de mí.*

MARÍA

¿Qué significaba tan extraña oración?

Por singular coincidencia, parecía responder a todos los temores de Parisette, en la incertidumbre en que se hallaba la joven; creyérase que una voz providencial le daba a entender algo de la verdad.

«Señor, *compadeceos de mi abuelo y de Cândido*», ¿no implicaba esto, en efecto, que Cândido y el señor de Costabella habían cometido algo malo por lo cual imploraba María la divina clemencia?

¿Qué mala acción era esa?

¿De qué época databa?

Indudablemente, de una época en que María era lo suficientemente crecida para poder juzgar la conducta de su abuelo.

Reunía todos los recuerdos de las conversaciones que había tenido con Costabella respecto de la joven muerta.

Acordábase de que varias veces le había dicho el anciano que ignoraba por qué había obedecido María tan repentinamente a una irresistible vocación de religiosa.

Coordinando todos aquellos pensamientos, aumentósele el deseo de saber algo de la existencia en Portugal de aquel que acababa de volver allí tan súbitamente.

Llamó a Manuela.

— ¿Sabe usted por qué ingresó María en el convento? — le preguntó.

— Porque su abuelo se volvió rico.

— Esa no es razón suficiente.

— Sí... María había hecho voto de meterse carmelita si el señor de Costabella llegaba a tener algún día fortuna.

— ¿Hacia mucho tiempo que había formulado ese voto?

— No.

— ¿Hay, pues, algún acontecimiento en la vida de mi abuelo que justifique aquella resolución de María?

Manuela pareció muy turbada.

Bajaba la vista, balbucía palabras incoherentes... Parisette aprovechó aquellas vacilaciones para extremar más su indagación.

— ¿De modo que mi abuelo no ha sido siempre rico?

— No, señorita.

— ¿Era muy pobre?

— Creo que sí.

— Sin embargo, no lo parece.

— Es que probablemente habrá tenido alguna herencia.

— ¿Cómo vivía cuando no tenía dinero?

— No lo sé, señorita, me hace usted unas preguntas... Vivíamos en un castillo de Lisboa, y el señor Alvarez, un banquero, nos prestaba dinero para vivir... Cierta día nuestro amo pareció no necesitar ya recurrir a ese Alvarez, que indudablemente era un mal hombre...; partió como hoy para Lisboa, y debió de traer cantidades importantes, puesto que pagó sus deudas... Se hicieron reparaciones en el castillo, que estaba en ruinas; se compraron tierras que ya nos habían pertenecido y que nuestro amo se había visto obligado a vender... Después emprendimos el viaje a París, y lo demás ya lo sabe usted.

— ¿Pero y María?

— Cuando su abuelo volvió de Lisboa, María no aceptó los regalos que el señor quería hacerle, y ese día fué cuando me dijo confidencialmente que deseaba tomar el hábito del Carmen.

— ¿No le explicó más razones?

— No.

— ¿Y usted qué le dijo?

— Intenté hacerla desistir de sus propósitos.

— ¿Tenía confianza en usted?

— Mucha.

— ¿Y qué le respondió?

— Que su decisión era irrevocable.

— ¿Y qué pensó usted entonces?

— Pensé que habría hecho voto de pobreza, y que desde el momento que ya no era pobre quería volver a una existencia en que pudiera vivir conforme a sus deseos.

— Puede ser. Pero...

En el rostro de la criada comprendió Parisette que todas aquellas preguntas molestaban a la infeliz.

No continuó su interrogatorio, dejó marcharse a Manuela y volvió a leer las frases escritas por María en la estampa del devocionario.

Quedóse luego muy pensativa, y sus reflexiones la torturaban.

Afortunadamente una visita inesperada vino a cambiar el curso de sus pensamientos.

Su amigo Juan Vernier, a quien no había vuelto a ver desde París, presentóse en el umbral del salón sin haber sido anunciado.

Al verle, Parisette olvidó instintivamente todo cuanto le atormentaba.

Besáronse como dos niños que se encuentran después de las vacaciones que los habían separado.

— ¿Cómo estás aquí? — le preguntó la joven.

— He terminado mi contrato en el Casino de Niza, y como vuelvo a París, no he querido marcharme sin venir a despedirme de ti.

Parisette, como una niña muy contenta corrió por todas las habitaciones gritando.

— ¡Está aquí Juan! ¡Está aquí Juan!

Mandó que preparasen un cuarto para el joven, que se quedaría allí.

Después que le hubo contado las peripecias de sus extrañas aventuras, llegó a hablar del asunto que la preocupaba, pues no podía guardar para sí sola toda la angustia de sus dudas.

— Quisiera confiarte lo que me apena, Juanito, porque tal vez pue-

das tú darme un buen consejo... Ya ves que tenemos todo lo necesario para ser felices; mi abuelo me mimó con todo su cariño, el tío no ha perdido su buen humor ni su buena salud a pesar de todos sus disfraces; creo que soy rica y que no tienes que preocuparte por tu porvenir... En cuanto mi abuelo regrese, podremos señalar la fecha de nuestra boda y prepararnos a la existencia que ambos esperamos con igual impaciencia...

— Siendo así, ¿por qué no estás completamente satisfecha?

— Porque tengo ciertos escrúpulos.

— ¿Cuáles?

— Quisiera saber si mi abuelo es realmente un hombre honrado.

Sobresaltóse Juan y protestó:

— ¿Cómo puedes dirigir semejante pregunta?

— Bien sé que esto va a parecerse indigno de mí, indigno de toda la bondad que me ha demostrado; pero es el caso que hay hechos sumamente graves... La vocación religiosa de María..., la muerte de esa pobre niña..., estas líneas que ella escribió, por cierto muy turbadoras... La marcha del abuelo a Lisboa... En una palabra, hay algo inquietante que me rodea y me asusta, me asusta como si alguien me acechase en la sombra...

Juan Vernier se enteró de la extraña oración de María y comprendió que, en efecto, la fortuna de Costabella debía de tener un origen bastante raro; pero no quería apenar a su amiga, intentó aturdira con su charla y se la llevó al jardín, inundado por la luz de la luna, en aquella noche exquisita.

Decíanse esas tonadas que son como el estríbillo de todos los cantos de amor, cuando vieron de pronto, con gran espanto, una sombra que escalaba la balaustrada de la terraza.

Juan no llevaba ningún arma; pero corrió hacia aquella forma inesperada y preguntó:

— ¿Quién va?

Corrió tras él Parisette, y cuando ya estaba a pocos metros, exclamó sin vacilar:

— ¡Es el tío!

En efecto, al salir de la cárcel de Niza, como no quiso despertar a nadie a aquellas horas, se entregó a ejercicios de gimnasia para entrar en el parque de villa Claudia.

Cocolin se arrojó en brazos de su sobrina, Juan, que al momento se puso a su lado, le tendió la mano; pero el cobrador se la rechazó cómicamente y le dijo:

— Mucho me sorprende, joven, verle a usted aquí en compañía de mi sobrina. ¡Parisette no es para un violinista! No se comprometa así a una joven, aunque sea a la luz de la luna.

Parisette explicó que Juan había llegado antes de cenar, y que ella había creído obrar bien invitándole a pasar unos días bajo su techo.

Cocolin, encantado de ver que tomaban en serio su broma, la prolongó todavía un instante.

— No sé si debo tolerar semejante escándalo, y sobre todo, no comprendo cómo usted, señor Vernier, ha consentido en vivir en la misma casa que mi sobrina. Se expone usted a estropearle todas las bodas que más adelante puedan proponerle...

En aquel momento el joven comprendió que Cocolin se estaba divirtiendo, y cuando de nuevo le alargó la mano, el cobrador le estrechó efusivamente y le dijo:

— ¡Hace usted bien!... Creía usted que vale más eso que ir a dormir en una celda; lo sé por experiencia.

Cocolin no parecía nada abatido por las desgracias que le habían asaltado.

Dió un paseito con aquella pareja y se enteró de todo cuanto había pasado en villa Claudia desde que fué echado de ella por la policía.

Aprovechó también aquel instante para contar su regreso.

Parisette pensó que su tío debía de estar cansado y le dijo:

— Entremos en casa que ya tendremos tiempo de contarnos mañana nuestras cuitas.

Y se encaminaron a la villa.

Iban ya a llegar a la escalera, cuando, con gran sorpresa suya, vieron acercarse dos hombres que andaban de puntillas con grandes precauciones y se encaminaban a la entrada como familiares de aquella mansión.

— ¡Habrás visto! — dijo Cocolin — esto es singular... Parece que esta noche se ha dado cita aquí todo el mundo... Ya me ha dicho el comisario que San Juan no era un lugar muy bien frecuentado; pero, la verdad, no pensaba yo salir de la cárcel para encontrarme con ladrones.

Juan y Parisette temblaban un poco.

El buen humor de Cocolin los tranquilizó.

— No os preocupéis — dijo el cobrador —: tengo un revólver que me ha prestado el comisario; voy a disparar contra uno de esos señores, y ya veremos lo que pasa.

Alvarez y Stefan — porque eran ellos — empezaban a subir las escaleras, cuando sonó un disparo.

El banquero portugués se desplomó.

Stefan se apresuró a poner pies en polvorosa y a acercarse al automóvil que guardaba junto a la verja.

Entretanto, Cocolin, Parisette y Juan corrieron hacia el nocturno visitante que gemía.

El primero que llegó fué el cobrador, que al punto dijo:

— ¿Qué vienes a hacer aquí?

Alvarez bajó la cabeza, pero inmediatamente la levantó al oír una vez conocida.

— ¡Caramba! — exclamó el cobrador —, ¡El señor Alvarez!... ¿usted ladrón? ¡Esto es el mundo al revés!

— No, Cocolin; no soy ladrón... Ya le explicaré todo... Por ahora, si es usted quien ha disparado, le aseguro

que tiene buena puntería, pues creo que tengo herida la pierna y me duele mucho.

— Creo que lo mejor es entrar en casa.

Ayudado por Juan y el cobrador, Alvarez entró en el salón.

Parisette propuso telefonar al médico.

— No hay necesidad — dijo el banquero —; no es más que un arañazo, aunque un poco profundo...

— Entonces se lo vendaremos.

— Conforme, pero no molesten a nadie; con un poco de tintura de yodo y un trapo me arreglarán ustedes lo mismo que lo haría el médico.

Como es natural, el ruido de la detonación había despertado a todo el mundo.

El ayuda de cámara y Manuela sabieron al encuentro de sus jóvenes amos, que inmediatamente los pusieron al corriente de lo que sucedía.

Cuando Manuela reconoció al banquero, alzó los brazos al cielo y profirió gritos que alarmaron al mismo Alvarez.

En efecto, la criada no disimulaba su modo de pensar, y por extraños visajes parecía echar contra el inoportuno visitante toda clase de maldiciones.

Cocolin, que no quería complicaciones, suplicó a Manuela que fuera a su cuarto, lo cual hizo acompañada de Juan y Parisette, quienes, muy intrigados por su mimica, querían saber de qué se trataba.

— ¡Señorita — dijo Manuela —, ese bandido es Alvarez, el que persigue con implacable odio a su abuelo!... El es quien le prestaba dinero, el quien quiso casarse con la señorita María y al cual el señor de Costabella puso en la puerta el día en que vino a proponerle el espantoso mercado... Es un individuo peligroso, de quien no hay que fiarse... Estoy segura de que habrá venido aquí a hacer alguna trastada... Y por mucho que él

les diga, ándense ustedes con ojo. ¡Ah! ¡Si estuviera aquí Cándido!

Aun no hubiera concluido esas imprecaciones, si Cocolin no hubiese llamado a Parisette y a Juan al lado de Alvarez, pues el cobrador quería que el banquero explicase las causas de su expedición nocturna que, por más que le dijera, tenía mucho de intento de robo.

Alvarez no era hombre capaz de turbarse, ni aun en circunstancias tan delicadas.

El golpe que había meditado con Stefan fallaba; pero veíase en presencia de gente fácilmente impresionable, lo sabía por lo que había podido juzgar la víspera, al ver la emoción causada en Cocolin por sus revelaciones.

Consideró inútil inventar una novela para explicar su presencia. Diciendo la verdad, estaba seguro de obtener resultados inmediatos y acaso hasta informes que le permitieran denunciar sin tardanza a aquel a quien odiaba con toda su alma vengativa y envidiosa.

— Evidentemente — dijo —, mi conducta puede parecer a ustedes muy extraña..., pero van a saber los motivos de mi atrevida diligencia... Venía yo acompañado del señor Stefan.

— ¿Del señor Stefan?

— Sí, de su principal, señor Cocolin, que tenía las llaves de esta casa y que se había decidido a venir conmigo para saber a ciencia cierta lo que también a mí me interesa muy particularmente, es decir, el origen de la fortuna del marqués.

Al oír estas palabras palideció Parisette.

No dejó de ver Alvarez ese desfallecimiento, y lo aprovechó para creerse.

La presencia de Parisette, que tanto se parecía a María, renovó en el corazón de Alvarez los viejos deseos de otro tiempo y sobre todo su antiguo rencor.

— En su celda, querido Cocolin, le puse al corriente de la posición extraordinaria, adquirida repentinamente por el señor de Costabella... Si sólo entrase yo en causa en este asunto, tal vez no le diera la importancia que quiero darle; pero el señor Stefan, que por razones que ignoro ha desaparecido en la pelea, y otras muchas personas tienen negocios con el marqués... Por consiguiente, yo no puedo dejar que amigos míos confíen al señor de Costabella dinero o se comprometan con él, sin hacer lo posible para evitarles las contrariedades que pueden surgir a cada momento.

— ¿Pero de qué quiere usted hablar? — preguntó de pronto Parisette —. Mi tío no me ha dicho nada.

— Puez bien, señorita, puesto que no debo ocultarle nada, puedo decirle que he venido aquí con la precisa intención de registrar los papeles de su abuelo, para saber si se ha enriquecido en operaciones de Bolsa, si ha tenido alguna herencia; en fin, si la fortuna que sé que tiene la ha logrado honradamente.

En aquel momento, y sin que nadie la oyese, Manuela abrió la puerta y al oír la última frase del banquero, no pudo contener la expresión de su cólera y gritó:

— ¡Miserable! ¡Bandido!

Alvarez, estupefacto un instante, calló, y como la vieja criada se obstinaba en insultarle, Cocolin tuvo que levantarse, ponerla en la puerta y cerrar el pestillo, para que el banquero pudiera continuar sus explicaciones.

— Desde que le he visto a usted — dijo a Cocolin —, he averiguado muchas cosas... El señor de Costabella vendió en Lisboa lingotes de oro a los ingleses... Sacó por ellos cantidades considerables, y con ese dinero pudo pagarme lo que me debía... Ahora bien, puedo asegurar que yo era el único que poseía lingotes de oro en Portugal... El día en que ase-

sinaron al vigilante nocturno de mi pabellón, me robaron los lingotes que había en mi caja de caudales... La venta de los lingotes del señor de Costabella se efectuó al día siguiente del asesinato.

Parisette ya no escuchaba. Volvían continuamente a su imaginación estas frases:

— Señor, os ofrezco mi vida para que deis a los criminales el arrepentimiento de sus crímenes. Señor, compadeceros de mi abuelo y de Cándido. Señor, tened piedad de mí.

— Y empiezo a comprender — siguió diciendo el banquero — por qué la señorita María, a quien tenía yo gran cariño y a la que hubiera querido convertir en mi esposa — ya ven ustedes que nada les oculto —, entró en el convento... Ahora que tengo entre manos, por decirlo así, todos los informes y datos del asunto de Costabella, estoy seguro de que la vocación religiosa de aquella joven data del día en que adquirió la convicción de que su abuelo había tenido alguna participación en el robo de que yo fui víctima.

— Ya no es posible dudar — pensó Parisette —. María escribió en la estampa aquellas líneas de súplica y de desaliento porque sabía.

La joven prestaba dolorosa atención a todas las palabras del banquero.

— Y estoy tanto más persuadido de que la señorita María se ofreció como víctima expiatoria, cuanto que precisamente se hallaba en mi casa en el momento en que se descubrió el cadáver de mi vigilante, y cuanto que ella vió el cuerpo del desdichado y que hasta entonces no había manifestado la menor intención de ser monja... Por consiguiente, tengo derecho a decir que el señor de Costabella adquirió su fortuna mediante un crimen, y hasta prueba de lo contrario tengo el deber de perse-

guirle ante los Tribunales de mi país... Si digo a ustedes todo esto, es porque tal vez puedan ustedes ayudar a convencerme de lo contrario y a rehabilitar a mis ojos a un hombre que, a pesar de todo el respeto que siento por ustedes, me veo obligado a considerar como un culpable... ¿Pueden ustedes decir algo que me haga variar de opinión?

Desgraciadamente el libro de María no hacía más que confirmar todas las sospechas que Alvarez acababa de sembrar tan hábilmente, y Parisette estuvo a punto de ir a buscarlo al estante de la biblioteca para enseñárselo a Cocolin y a Alvarez.

Pero apareciósele el rostro de su abuelo, aquel rostro honrado, franco, que no podía mentir, y se limitó a llorar sin decir una palabra.

A su lado, Juan hacía esfuerzos por consolarla.

Cocolin, mirando al suelo, pensaba qué nueva desgracia se cernía sobre él.

— Ya sé — añadió Alvarez — que el señor de Costabella acaba de partir... Tengo motivos para suponer que el viaje será de corta duración... Por consideración a ustedes, y porque, a pesar de todo, no quiero condenar a nadie sin oírle, antes de tomar resolución definitiva, quiero esperar su regreso... Lo único que les pido es que me prometan formalmente avisarme el mismo día en que vuelva el marqués y me den ocasión de tener con él una explicación leal... Quiero que esa explicación se haga en presencia de ustedes...

Y en tanto que terminaba así su pérfido discurso, un puño vigoroso agitaba la puerta del salón.

Era Manuela, la obstinada Manuela, que a pesar de la prohibición que le habían hecho, seguía repitiendo:

— ¡Bandido! ¡No le escuchen ustedes!... ¡Sepan que es un miserable!

DUODÉCIMO EPISODIO

EL SECRETO DE LOS COSTABELLA

I

SE AUMENTAN LAS SOSPECHAS

Después de ser cuidado cuarenta y ocho horas en villa Claudia, el banquero pudo volver en coche a su casa.

Por lo demás, su herida no tenía gravedad, lo cual valió a Cocolin y a Parisette después de cuatro o cinco días de tranquilidad, asiduas visitas del hombre de negocios.

Si la señora de Stefan podía olvidar sus escrúpulos gracias a la nueva compañía de su hijita; si Juan Vernier tenía su amor y Cocolin la filosofía que nunca le dejaba, Parisette, en cambio, estaba más impresionada que todos ellos por las revelaciones que les había hecho Alvarez y por la oración de María que había encontrado en el libro. Manifestó a su tío deseos de volverse inmediatamente a París, y fué menester toda la prudencia del cobrador para hacerle desistir de sus propósitos. La felicidad parecía haber huido definitivamente de casa del marqués.

— No digo — decía Cocolin a Parisette — que Costabella sea necesariamente un hombre honrado; pero tampoco quiero creer todo lo que Alvarez nos cuenta. No debes olvidar que el marqués es tu abuelo y además que te ha recogido muy bondadosamente. El viaje que ha emprendido no será eterno; y es de suponer que el marqués vuelva pronto; no podemos, pues, condenarle sin oírle. En cuanto llegue yo le interrogaré.

— Preferiría — respondía Parisette — que nos volviéramos los dos a París. Ya sabes que no me tienta la fortuna y que allí viviré modestamente, pero muy feliz contigo.

— Nosotros no somos capaces de aprovecharnos de una fortuna mal adquirida; pero hemos de estar seguros de no tirarnos una plancha... Claro está que si tenemos pruebas de que ha robado a Alvarez, obligaremos a tu abuelo a pagarlo, por mucho que le cueste. Además, facilitaremos la acción de la justicia.

— ¡Naturalmente! pero creo que si estuviera yo sola, ya habría vuelto a París.

Una vez más aconsejó paciencia Cocolin.

Hacia diez días que vivían en aquella atmósfera de inquietud. Toda la familia estaba reunida en el salón, cuando una noche se presentó Alvarez diciendo que tenía que hacer una comunicación importante.

Le introdujo el ayuda de cámara.

El banquero manifestó a sus nuevos amigos que tenía noticias de Portugal y que allí no habían oído hablar del señor de Costabella.

— Es cosa extraña — añadió —. ¿Será imaginario ese viaje o habrá sido sencillamente una fuga?

Ponia tal ensañamiento en la exposición de esta hipótesis, que nutrió cierta reacción contra sus insinuaciones, y que juzgó tanto más prudente tocar retirada, cuanto que Manuela entró con una carta procedente de Lisboa.

— Es del abuelo — dijo en alta voz Parisette.

Abrió el sobre, que venía dirigido a ella y miró inmediatamente la firma, diciendo:

— ¡Sí, de él es, no me he engañado!

Cocolin aprovechó esa ocasión para decir a Alvarez que no se debía hablar desconsideradamente ni fiarse de corresponsales mal enterados o de mala intención.

Alvarez no replicó.

Parisetle leyó en voz alta:

Querida nieta: Hoy salgo de Lisboa con Cândido para llevar a Francia una fortuna que te pertenece y cuya existencia no quiero revelar a nadie. Llegaremos por mar, por la tarde, a la puesta del sol. Veréis un pequeño velero que aparecerá en la bahía de Beaulieu. Una llama que lucirá tres veces seguidas en la punta del mástil os servirá de señal, y cuando sea ya de noche cerrada acercase con dos lanchas a nosotros.

Para no llamar la atención de los carabineros ese día, acostumbrados, desde ahora a que os vean salir todas las noches a pescar, te ruego que todo esto permanezca secreto.

Tengo muchos deseos de abrazarte, y de ver a Cocolin, a la señora de Stefan y a su hijo.

Tu abuelo que te quiere,

JOAQUÍN DE COSTABELLA.

Así que Parisette hubo terminado la lectura, dijo Alvarez:

— He podido tener falsas indicaciones de su viaje; pero el tenor de esa carta creo que no deja ninguna duda en cuanto al origen de la verdadera fortuna de que habla su abuelo, señorita. Ese lujo de precauciones no hace más que confirmar cuanto hasta ahora les he dicho.

— Evidentemente — dijo Cocolin — que no está muy claro todo eso. Algo debe de temer el señor de Costabella para obligarnos a esas pescas

nocturnas destinadas a despistar a los carabineros. Sin embargo, sigo opinando que antes de tomar decisión alguna, esperemos el regreso del marqués.

— ¿Pero vendrá? — preguntó con ansiedad fingida Alvarez. — ¿No será ese un medio de eludir todas las explicaciones?

— Nada nos cuesta esperar veinte días, que es lo más que puede tardar en llegar el barco.

II

LA PESCA

A partir de aquel día, todas las noches Parisette y Juan en una lancha, y la señora de Stefan y Cocolin en otra se dedicaban a la pesca con antorchas, que consiste en llevar a popa del bote grandes antorchas encendidas que proyectan vivos resplandores en el agua, a cuya luz salen atraídos a la superficie los peces, que el pescador coge con una especie de tridente.

Si Parisette no hubiera tenido el espíritu atormentado por toda clase de preocupaciones, le habieran entusiasmado aquellos paseos nocturnos con Juan, porque esa clase de pesca es para los enamorados como una excursión sentimental por los canales de Venecia.

Llevaban más de tres semanas esperando al marqués. Parisette, más nerviosa cada día, vigilaba el horizonte desde la terraza de su casa. No se veía en él ninguna vela y exasperábase la joven al pensar que por la noche tendría que oír las irónicas frases de Alvarez que parecía seguir dudando de que el marqués volviera.

Y así transcurrieron veinte días.

Pero una tarde, cuando hablaba con Cocolin a la sombra de una gran palmera, al borde de la soleada terra-

za que dominaba el mar, creyó ver de lejos la tan esperada vela.

— ¡Mira, tío! ¡me parece que ya viene el barco!

Parisette entró en casa a toda prisa y buscó un catalejo marino y miró:

— ¡Sí, sí, él es!

Cocolin cogió a su vez el instrumento y contestó:

— Es verdad. Y viene viento en popa. Dentro de una hora podremos verle más claramente.

No había tiempo que perder. El cobrador y Parisette anunciaron la noticia a todos los de la casa. Cocolin telefoneó a Alvarez; y media hora después entraba el banquero en el jardín de villa Claudia. Todos se reunieron allí. Hasta la misma Manuela, con la alegría del regreso de su amo, parecía olvidar todo el rencor que guardaba a Alvarez.

Hicieron los últimos preparativos.

Llegada la noche, las dos barcas salieron como siempre a la pesca. En menos de veinte minutos se acercaron al velero.

Cocolin vió a Cándido sobre cubierta, vestido de marina portugués, y al marqués de Costabella que llevaba una gran pelerina gris.

Parisette y Cocolin subieron a bordo. El abuelo tendió los brazos a su nieta, que espontáneamente abrazó con afecto al anciano; pero no bien le hubo abrazado, demostró tanta frialdad y tanta preocupación que le preguntó el marqués:

— ¿Por qué tiembles? ¿Por qué tienes esa cara de pocos amigos?... ¿Tienes frío? ¿Estás enferma? ¿Tienes calentura?

Parisette no respondió.

El anciano preguntó a Cocolin:

— ¿Ha estado enferma durante mi ausencia?

— No — respondió el cobrador, que tampoco demostraba gran entusiasmo.

Después de enterarse de que no habría dificultad para el desembar-

que de las cajas que se alineaban sobre cubierta, Costabella, Cocolin y Parisette subieron a los botes y se encaminaron a la orilla.

La joven venía preocupadísima y sólo deseaba oír de labios de Costabella dónde y cómo había conseguido tantas riquezas.

La llegada al embarcadero de villa Claudia interrumpió sus reflexiones.

Todo el mundo saltó a tierra.

Cándido se había puesto al frente de la pequeña columna y fué el primero en ver a Manuela que le esperaba en el portal.

En cuanto la anciana sirvienta vió a su compañero, le dió a entender que allí estaba el banquero Alvarez.

Inmediatamente corrió Cándido al lugar donde se hallaba el usurero, y sin dar a éste tiempo para nada, le cogió vigorosamente en brazos y disponíase a arrojarle al mar por la barandilla de la terraza. Manuela presenciaba con no disimulada satisfacción aquella lucha. Alvarez, aterrorizado, gritaba:

— ¡Socorro, socorro!

Costabella, Cocolin y Parisette apresuraron el paso y llegaron en el preciso momento en que el banquero portugués iba a pasar de la vida a la muerte.

Al verlo, el abuelo retrocedió preguntando:

— ¿Qué hace usted aquí?

Cándido dejó bruscamente su víctima en el suelo.

— ¿Qué hace usted aquí? — repitió el marqués.

Cocolin tomó la palabra y dijo:

— Ha venido con nuestro permiso. Dentro de un rato, si usted quiere escucharle, le dirá por qué ha venido. Tiene que hablar a usted de cosas graves, y nosotros también.

Joaquín no comprendía nada de aquel misterio, y desde que vió a aquellos a quienes quería, notó en ellos cierta sorda hostilidad.

Poco a poco acumulábase en él una cólera que lo expresó claramente así

que todos se hubieron reunido en el salón.

Apenas se cerró la puerta, el marqués dió un puñetazo en la mesa donde se hallaba el retrato de Maria, y después de contemplar un rato la fotografía como para sacar de ella fuerzas para soportar aquella prueba, declaró:

— Confieso que me sorprende mucho el recibimiento que me hacéis... Después de rudas pruebas, llego aquí, a una casa que es mía, no lo olvidéis, y donde no encuentro más que caras serias y recelosas. Cualquiera diría que estáis hablando con un criminal, y que recibís en una casa que le es extraña a un individuo a quien tenéis que pedir cuentas.

— ¡Y precisamente tenemos que pedirías! — dijo Alvarez.

Aquella voz audaz que se alzó en el silencio acaloró aún más al señor de Costabella, que repuso:

— ¿Y si no quiero dárselas?... Yo no le conozco a usted... O mejor dicho le conozco demasiado. Ya sabe usted en qué circunstancias nos vimos la última vez. Su presencia aquí es una incorrección, y no debiera yo admitirla. Tengo aquí dos criados que se encargarian de echarle a la calle como se merece... Pero ¿cómo está usted aquí? ¿Por qué añaegas ha conseguido introducirse al lado de los míos?... ¿No comprende usted todo lo insultante que hay en su presencia bajo mi techo, de donde ya le arrojé otra vez?

— Sin embargo, abuelo — dijo Parisette interviniendo a su vez —, le aseguro que si no estuviera usted tan enfadado, nos haría a todos un gran favor, porque desde que se marchó usted vivimos en una incertidumbre muy penosa para todos.

— ¿Y de qué emana esa incertidumbre?

— Es muy natural — dijo con mala intención Alvarez —. Nunca le pregunté a usted de dónde procedía su fortuna, y no obstante, tenía

derecho a hacerlo, puesto que el día en que asesinaron a mi vigilante y me robaron los lingotes, fué el día en que empezó usted a pagarme las cantidades que me debía. Por su parte, la señorita Parisette ha encontrado documentos que demuestran que Maria, su nieta, dudaba de la honradez de usted. Por consiguiente, es muy natural que todos cuantos aquí estamos podamos pedirle que nos demuestre que tratamos con un hombre leal que no tiene por qué sonrojarse de su repentina riqueza... Y no hablo sólo por mí. Lo que usted toma por incorrección, no es sino el olvido de ofensas pasadas. Y si hay que evocar un tiempo en que no alaba usted tanto el gallo, permítame que se lo diga, debería usted acordarse de que era a mí a quien debió usted el poder vivir en una época en que ni siquiera podía con el gasto de la casa de sus antepasados.

— ¡Caballero!...

— He intervenido muy de cerca en sus negocios de otro tiempo y en horas muy angustiosas para usted, y por ello me creo con derecho a suplicarle hoy que hable claramente.

Con voz tímida dijo Cecilin:

— Lo que dice el señor Alvarez me parece muy justo. Debemos confesar a usted, señor marqués, que, por lo mismo que lo queremos mucho, deseáramos que acabase todo misterio y que nos confesase usted francamente la verdad.

— Comprendo — respondió el señor de Costabella con tono algo más moderado —: amigos míos, han introducido ustedes aquí a un individuo que tiene razones particulares para odiarme. Y como el proverbio que dice: «Ojos que no ven corazón que no siente» es desgraciadamente exacto siempre, no han tenido ustedes en mi confianza suficiente para dejar de sufrir la influencia de este hombre. Seguro estoy de que Manuela ha sido más lista que ustedes, y si no disculpo a Cándido el haber

pasado a vías de hecho con una persona que accidentalmente estaba en mi casa, ¿cómo tú, Parisette, que me has visto vivir a tu lado y que sabes el cariño que te tengo, has podido escuchar un solo instante tan páfidas frases?

Parisette no respondió.

— ¿Y usted, Cocolin, que más que nadie sabe los errores de la justicia humana, usted que acaba de soportar durante días y días el peso de un crimen que no ha cometido, usted que sabe lo que es la inocencia perseguida, cómo ha podido sospechar un solo segundo de mi buena fe? Porque también usted me acusa...

Cocolin guardó silencio.

Entonces Parisette creyó que debía intervenir y dijo:

— Sosiéguese, abuelito. No es Alvarez el único que le acusa. Acaba de hacer alusión a María, y María le creyó a usted también culpable.

Y sacando del libro de misa la sagrada estampita a cuyo dorso estaban escritas las oraciones de la joven carmelita, se la tendió Parisette al anciano, el cual, pálido y tembloroso, oyó:

Señor, os ofrezco mi vida para que deis a los criminales el arrepentimiento de sus crímenes.

Señor, compadeceos de mi abuelo y de Cándido.

Señor, tened piedad de mí.

MARÍA.

No se oían más que los sollozos de Parisette y de Manuela.

III

LOS TESOROS DE LA «MADRE DE DIOS»

Cándido miraba con malos ojos a Alvarez. Este preguntó directamente al marqués:

— ¿No responde usted?

PARISETTE.—10

En efecto, Costabella parecía abrumado.

Lo que provocaba en él semejante emoción no eran las preguntas que le dirigían, ni siquiera la descortés insistencia de Alvarez, sino la lectura de las líneas trazadas por la inocente mano de María y la súbita revelación que tuvo de todo el drama acaecido en la conciencia de su querida nieta.

En pocos segundos acudía a su memoria todo lo pasado: la cara de espanto de María cuando él regresó de Lisboa, el negarse la joven a aceptar los regalos que le ofrecía, sus miradas interrogativas, su frialdad, su vocación religiosa cuya irresistible violencia nunca había supuesto Joaquín, y por último, aquella mirada suprema que le dirigió María el día de la toma de velo, momentos antes de morir.

¿Cuántas veces, a partir de aquella fecha, se había preguntado Costabella por qué los ojos de María le dirigían aquella especie de desesperado llamamiento!

Sin acordarse de los que le rodeaban, lloró con toda la sinceridad de su alma ulcerada.

Había tanta desesperación en aquellas lágrimas, que nadie, ni aun el banquero, se atrevió a alzar la voz; todos esperaron a que se calmase algo aquel dolor para dirigirle la palabra.

Parisette fué la que rompió el silencio, diciendo:

— Abuelo, perdonenos haberle causado tanta pena... No se enfada y hable, que le escuchamos con gran cariño y respeto.

— Si — dijo el anciano, como para sí mismo —. Por eso entré en el convento, y la misma fatalidad que me persigue, quiero hoy que iguales sospechas renazcan en un ser que tanto se parece a ella.

Y mirando con severidad a Alvarez, sobreponiéndose a su dolor y a su turbación, Joaquín de Costabella declaró con voz enérgica:

— Me ha pedido usted explicaciones, caballero; permítame un momento de flaqueza... Acabo de evocar un recuerdo que es lo más precioso que tengo en el mundo. Pero, tanto por aquella a quien he querido y a quien aun lloro, como por la joven que se encuentra aquí y que tanta semejanza tiene con ella, no quiero que subsista en el espíritu de nadie la menor duda respecto de mí... Pensaba que bastaba mi palabra para que se me creyese hombre honrado; pero veo que la calumnia vence siempre a la buena fe. Ahora va usted a saber de dónde procede mi fortuna... En esta cartera tengo un documento que bastaría para confundirle, señor Álvarez... Voy a enseñárselo, pero antes quiero leerlo... Es el testamento de mi antepasado, el marqués Benito de Costabella, que en el siglo XVII fué armador y capitán de la fragata *Madre de Dios*... El 15 de diciembre de 1668, el barco que volvía de las Indias occidentales se fué a pique en la embocadura del Tajo, ante la misma propiedad del marqués. El capitán fué el único que se libró del naufragio... El testamento dice:

«Todos mis herederos directos serán depositarios del secreto que habrán de transmitirse y tendrán derecho a buscar los restos de la nave que contiene una enorme fortuna.»

— En efecto — siguió diciendo el señor de Costabella —, para el Gobierno y para todos los armadores de los puertos de la costa, la *Madre de Dios* estaba cargada de comestibles; pero el testamento del marqués Benito hizo saber que durante la travesía, la *Madre de Dios* encontró un galeón español naufragado y recogió el cargamento de oro que el barco transportaba a España... Por consiguiente, según el testamento, ante la Torre de Belén y delante de la propiedad que era nuestra antes de la desmembración de nuestras fincas, había un barco encallado probable-

mente en la embocadura del Tajo, a una profundidad que no se sabía; pero que, como los famosos galeones de Vigo, contenía una fortuna cuantiosa... Mi bisabuelo, mi abuelo y hasta mi padre tuvieron en sus manos este testamento, y como es natural hicieron todos los esfuerzos posibles para encontrar la desaparecida fortuna; pero no tenían los útiles necesarios para averiguar el punto exacto en que había zozobrado la *Madre de Dios*, y además, como poseían una fortuna considerable, no dieron gran importancia al documento... Miró, señor Álvarez, y supongo que no dudará usted de su autenticidad. Por lo demás, la continuación de este relato le convencerá a usted de la veracidad de Benito... Tal vez ignores, Parisette, que desde mi juventud, preocupado por mantener intacto el prestigio de nuestro apellido y por conservar el mayor tiempo posible el castillo, cuna de nuestra familia, he hecho los mayores sacrificios posibles para mantener honrosamente nuestra condición... Pero aunque pude conservar esa esperanza hasta el momento de la guerra, al estallar ésta, se disminuyeron mucho mis rentas, y entonces tuve que pedir dinero prestado al señor Álvarez, aquí presente... Para defender el honor de los Costabella no había más remedio que encontrar los restos de la *Madre de Dios*. Si Cándido pudiera hablar, diría cuántas fueron nuestras angustias y cuánto tiempo estuvimos haciendo investigaciones, cuántas noches pasamos en alta mar, cuántas veces ese muchacho, que es la abnegación misma, y al que tengo el cariño que pudiera tener a un hijo, hubo de sumergirse en el agua con riesgo de su vida, para saber si nos hallábamos por encima del barco de Benito. Pasamos toda clase de angustias... Claro está que hubiera yo podido dirigirme a personas competentes; pero con esto hubiera atraído todas las codicias y

tal vez se hubieran organizado en torno de aquella fortuna submarina las explotaciones que los españoles conocieron en torno de los galeones de Vigo. Así que arriesgamos el todo por el todo... y por fin nos acompañó la suerte... Una tarde, aun me acuerdo como si fuese ayer, después de haberse hundido tres veces en el agua, subió Cándido a la lancha con cara radiante de alegría y me dió a entender que había visto los restos del naufragio. Entonces, con un valor que nunca se ha desmentido, con una energía feroz, entrando y saliendo del agua hasta desmayarse, trajo a la barca los dos primeros lingotes que debió de contener el barco español, envueltos en espeso limo... Y ese descubrimiento lo hizo precisamente al día siguiente de pedirme usted la mano de María, señor Alvarez, y si pude pagarlo es porque vendi inmediatamente dichos lingotes al gobierno de Portugal, que me conocía, y al cual enseñé las pruebas de los derechos que tenía yo a esa fortuna... y que me permitió luego realizar, en buenas condiciones, el tesoro que habíamos descubierto. Porque todas las cajas que ve usted ahí están cargadas principalmente de monedas, y los lingotes que recogí, hoy están casi todos vendidos... He ahí el origen de mi fortuna, de la totalidad de mis bienes. Todos ellos los traigo conmigo en ese barco. Aun los están descargando... Bien ve usted que si en todo esto ha habido algún misterio, no ha sido, después de todo, sino una novela de aventuras cuyo involuntario héroe he sido yo. ¿No está usted convencido todavía?

Todos miraban a Alvarez, que ponía bastante mala cara, pero que no quería aparentar darse por vencido.

— No digo que carezcan de valor sus argumentos — repuso el banquero —; no discuto el origen honrado de la fortuna que tiene usted ahora... Pero con todo cuanto ha dicho no ha resuelto más que una parte del

problema planteado. Usted dice: «He ahí el origen de mi fortuna»; pero no explica usted cómo ni por qué fué asesinado mi vigilante y me fueron robados los lingotes. Admito el que deba usted su riqueza a la *Madre de Dios*; pero demuéstreme que ha sido únicamente a la *Madre de Dios*.

Costabella se limitó a encogerse de hombros y prosiguió con gran calma:

— Tiene usted razón; usted discute, señor Alvarez, con mucha lógica; se ve que es hombre de negocios, y veo también que no somos de la misma raza. Pues bien, puedo «resolver» asimismo la otra mitad del problema... Hace una semana, detuvieron en Oporto a un individuo llamado Espinho, natural de Entrocamento. Fué preso en el momento en que presentaba un cheque falso en un Banco... El régimen celular le fué poco favorable, tanto, que sintióse repentinamente muy débil y vió aproximarse la muerte; y entonces, como hacen muchos criminales que sienten llegada su última hora, contó algunas de sus hazañas, y entre otras, confesóse autor del robo de sus lingotes de usted y del asesinato del vigilante. Tengo aquí el número del *Diario de Noticias*, donde podrá usted ver resumido en pocas palabras todo lo que acabo de decirle. Y si quiere usted extremar más las cosas, en Lisboa se puede enterar detalladamente de todas las hazañas de ese ladrón de levita... ¿Está usted satisfecho?

— Es decir...

— Ya ha terminado, señor Alvarez, con las explicaciones que me pedía usted... Deseo no volver a tener ocasión de verle, y sobre todo, me gustaría que los acontecimientos que acaban de desarrollarse fuesen para usted una lección saludable... Mentiría si le dijese que no le odio. Por lo tanto, como espero que no nos volvamos a hallar nunca frente a frente, no puedo menos de desearle

que vaya a continuar su profesión de hombre de negocios lo más correctamente posible en nuestro país y le suplico que no permanezca aquí ni cinco minutos más.

— Es que no tengo intención...

— ¡No me obligue a echarle de mi casa por segunda vez!

Alvarez saludó con una inclinación de cabeza a todos los presentes, y se fué con paso rápido, por miedo a que los dos fieles criados del señor de Costabella le jugaran una mala pasada.

Así que se hubo marchado el banquero, Parissette se postró a los pies de su abuelo.

— ¿Me perdonará usted, abuelito, mi falta de confianza?

— Todos me habéis causado mucha pena — respondió con voz temblorosa Costabella — porque, realmente, creí que teniais en mí más confianza. Verdad, hija mía, que me conoces hace muy poco tiempo y que has visto tantas cosas en derredor tuyo de pocos días acá, que comprendo tus temores.

Cocolín, que tenía alma de niño, lloraba a lágrima viva durante todo el discurso pronunciado por el anciano.

— ¿Por qué llora usted, Cocolín?

— Porque, porque...

— ¡Vamos, dílo, tío!

Y Cocolín, sollozando, balbució:

— Porque les quiero mucho a ustedes dos.

EPÍLOGO

Juan Vernier vió desarrollarse su amor en una atmósfera de felicidad y no pensó un solo instante en volver a París.

Por lo demás, ¿quién hubiera pensado en volver a la capital y provocar una separación, cuando todos saboreaban el reposo bien merecido de aquellos corazones tranquilos? Nadie, ni siquiera la señora de Stefan, que se olvidaba poco a poco de su voluble marido y que se contentaba con ser una madre adorada; ni Cocolin, que algo abandonado por los amantes, servía de papá a la hija de su amigo.

Por una especie de milagro parecía que la naturaleza quiso participar de la satisfacción de los huéspedes de villa Claudia. El cielo mediterráneo habíase tornado claro, y una tarde que parecía de estío, todos los habitantes de villa Claudia dispersáronse por el jardín; Juan Vernier, que ardía en deseos de ser novio oficial, empezó a rodar en torno del señor de Costabella, acompañado de Parisette.

Bien sabía el marqués que los amantes no se molestan nunca para alegrar la vejez, no siendo por interés, y se entretuvo en bromear con Juan acerca de la solicitud que mostraba el joven.

— ¿Cómo es — le dijo — que necesitáis testigos para vuestra felicidad? ¿Acaso os aburris los dos solos? ¿No tenéis ya nada que deciros?

— No, abuelo — dijo Parisette —; venimos a hacerte un ratito de compañía.

— Hacéis mal, hijos míos, en no aprovechar este hermoso día para correr por el campo.

— Es que hay momentos en que conviene permanecer al lado de las personas amadas — replicó la joven.

— Naturalmente, esos momentos se presentan cuando hay algo que pedir; ¿no es eso?

— Podiera ser.

Y volviéndose a Juan, que permanecía algo aparte, le dijo:

— Vamos, Juan, sal de ese rincón donde permaneces mudo como un violinista que está preparando el programa de su concierto.

No era Juan muy atrevido; pero aquella observación de Parisette se le antojaba algo humillante para su amor propio. Se acercó a Costabella, y éste le dijo:

— Hable usted, que le escucho.

— Es que...

— ¡Vamos, sea algo atrevido!

— Parisette habla mucho mejor que yo.

— No..., no..., Juan. ¡Sé hombre!

— Preferiría...

— ¡Vamos, amigo mío, usted es quien debe iniciar la conversación!

— Es decir...

— ¡Sí, hombre, sí! — exclamó Parisette.

— Entonces, ¿de qué quiere usted que hablemos? ¿De música, tal vez?

— ¡Oh! no...

— ¿De literatura?

— Tampoco.

— ¡Pues bien! como quien no sabe qué decir, hablemos del tiempo.

— ¡Qué malo es usted, abuelito! — dijo sonriendo Parisette —, ¿No sospecha usted lo que quiere pedirle Juan?

— Ni por casualidad — reposó el marqués echándolas de inocente.

— Mírenos bien a los dos.
 — Los dos sois muy guapos.
 — ¿Es eso todo lo que tiene usted que decirnos?

— Os quiero mucho.
 — ¿Y qué más?
 — No sé..., que harías una buena pareja, si quisierais.

Ambos jóvenes exhalaban un suspiro de tranquilidad.

— Eso es lo que deseábamos saber — dijo Parisette.

— Pues ya os lo he dicho.
 — Vamos, Juan — añadió Parisette —, ya puedes hablar.

— ¡Pues bien! ya que usted opina que formamos buena pareja, supongo que tendrá a bien...

No continuó. Pero Parisette terminó la frase diciendo:

— Que tendrá a bien permitir que nos casemos.

— ¿Tan pronto? ¡Ya tenéis tiempo!

— Es que hace más de diez años que somos novios Juan y yo.

— Los años de la niñez no cuentan.

— Son los mejores... Hace mucho tiempo que somos novios y creo que tenemos derecho a vivir juntos. Juan tendrá ocasión de descansar, de trabajar para sí. Podrá componer música, si le place; pero si se ve atormentado por la idea de que nuestra boda se aplaza definitivamente, puede usted suponer que no tendrá ánimos para nada.

— Si no he entendido mal, me pides una respuesta favorable, en nombre del arte... ¿Pues bien, hija mía! si ello ha de redundar en bien de la música, no quiero que se pueda decir que he impedido yo la producción de una obra maestra. Hablad con Cocolin y fijad con él la fecha que os parezca más propicia.

— La más próxima — exclamó Juan.

— Sea la más próxima; hablad con Cocolin y en cuanto os pongáis los tres de acuerdo venid a decírmelo;

que yo estoy seguro de opinar como vosotros.

— ¡Gracias, abuelito! — dijo Parisette besando al anciano.

Juan le besó también, y ambos amantes se fueron en busca de Cocolin para no perder un tiempo precioso.

¿Quién reconocería al alegre cobrador en aquel hombre melancólico que meditaba en una alameda, viendo de lejos jugar a Lulu y a su mamá?

Acercáronse los dos jóvenes a Cocolin, que se extrañó mucho de verlos llegar, y hasta pareció algo contrariado porque le habían sorprendido en una actitud demasiado reveladora de su excesiva sensibilidad.

— ¿En qué piensas, tío? — le preguntó Parisette.

— En nada, hija mía, medito sobre lo pasado y pienso en lo por venir...

— ¿Muy melancólicos parecen tus pensamientos! Conozco otro que, aun no hace una hora, tenía ideas por el estilo.

— ¿Quién?

— Un joven..., un joven muy simpático, que me quiere mucho y que precisamente por lo mucho que me quiere se hallaba triste y me miraba de lejos, como mirabas tú ahora mismo a la señora de Stefan.

— ¿Que yo miraba a la señora de Stefan?

— Sí, tío.

— Me parece que no tengo derecho...

— El caso es que la mirabas de un modo muy particular.

— ¿Qué tonta eres, Parisette!

— Como quieras, tío.

— ¿Y quién es ese compañero sentimental?

— Un enamorado.

— ¡Ah!

— Juan Vernier, mi prometido.

— ¿Tu prometido?

— Bien lo sabes. Es más, venimos de parte del abuelo a pedirte que nos ayudes a fijar la fecha de nuestra boda.

— ¡Así, inmediatamente?

— No; pero en fin, podemos discutir los tres.

— Por mí, cuando quieras.

— Escucha — siguió diciendo Parisette, sonriéndose —, venía a proponerte una cosa.

— Di.

— Pues bien, podríamos casarnos al mismo tiempo.

— ¿Yo? ¿Quieres casarme?

— Yo no quiero; tú eres el que se está muriendo de ganas.

— ¡Habrás visto!

— Ya sabes que conmigo no valen secretos. Nosotros, aunque parezcamos niñas, tenemos una intuición que hasta los más maliciosos hombres ignoran... ¿Verdad, Juan?

— Es verdad, señor Cocolín. Puede usted creer todo lo que ella le diga.

— Pues bien, había, ya que estás tan enterada,

— Vamos, tío, no pongas mala cara... El estar enamorado no es ningún crimen..., ni aun a tu edad.

— Evidentemente, no soy tan vieja...

— Precisamente.

— Tú amas a la señora de Stefan. Muy pronto estará divorciada. Por consiguiente, no te será difícil casarte con ella, pues estoy segura que también te ama mucho.

— Sí, como antiguo amigo — repuso melancólicamente Cocolín.

— ¿Y no te parece que a tu edad es lo mejor hacer una boda razonada? Para cometer tonterías, hay que tener veinte años.

Cocolín miró tiernamente a su sobrina.

— Eres una buena muchacha — le dijo —. Es verdad que quiero mucho a la señora de Stefan, con quien he pasado tantas horas de angustia; pero ¿me querrá ella como yo la quiero? ¿Tendrá confianza en su compañero, como la tuvo en otro tiempo en el señor Stefan? Eso es lo que no sé.

— Sin embargo, tío, creo que le has dado muchas más pruebas de cariño que las que le dió su marido.

— ¿Qué pruebas?

— ¿Cómo qué pruebas?... ¡Qué mal andas de memoria, tío!... ¡Y el secreto de la señora de Stefan... que te condujo de la estación de Montparnasse a la cárcel de Niza? ¿El secreto que te transformó en pastor anglicano, en viejo portuguesa y en mendigo de los muelles de Marsella?... ¿Crees tú que eso no cuenta?

— Es verdad — dijo Cocolín.

— Creo que después de todo...

— dijo Juan.

— Procura guardar el amor que le tienes, tan arraigado en tu corazón, como guardaste antes el secreto, y te aseguro, tío, que la harás muy feliz... Si Juan — añadió riéndose — me hubiera dado a mí tales pruebas de cariño...

— ¡Es que yo también tengo un secreto! — se apresuró a decir el joven violinista.

— ¿Cuál?

— Que te amo con delirio.

— Ese secreto — dijo el cobrador — no te llevará a la cárcel. Te llevará al altar..., que ya es bastante.

Pero el sol era demasiado hermoso para que los que se amaban pudiesen saborear aquella filosofía.

INDICE

	Págs.		Págs.
PRIMER EPISODIO		II. — Donde entra en escena el usurero	
MARÍA		Alvarez.....	82
I. — Joaquín de Costabella.....	5	III. — A la cabecera de Parisette.....	87
II. — El robo.....	8		
III. — La toma de hábito.....	10	SÉPTIMO EPISODIO	
IV. — En la Ópera.....	16	EL FALSO PASTOR	
		I. — En Niza.....	89
SEGUNDO EPISODIO		II. — Embajada.....	92
EL SECRETO DE LA SEÑORA STEFAN			
I. — Penas y recuerdos.....	21	OCTAVO EPISODIO	
II. — El punto de observación.....	29	FAMILY-HOUSE	
		El otro peligro.....	103
TERCER EPISODIO			
EL CRIMEN DE NEULLY		NOVENO EPISODIO	
I. — El golpe del cofrador.....	33	EL CALLEJÓN SIN SALIDA	
II. — Penas y alegrías.....	37	I. — El infame bandido.....	115
III. — Se va tejendo el drama.....	45	II. — Horas de angustia.....	117
		III. — En la Comisaría.....	123
CUARTO EPISODIO		IV. — Inútil sacrificio.....	123
LAS PESQUISAS			
I. — Se va tejendo el drama (continuación).....	50	DÉCIMO EPISODIO	
II. — En donde el destino se ensaña en Cocolin.....	53	EL TRIUNFO DE COCOLIN	
III. — El registro.....	58	I. — El triunfo de Cocolin.....	129
		II. — Una agonia agitada.....	132
QUINTO EPISODIO			
LA PISTA		UNDÉCIMO EPISODIO	
I. — El registro (continuación).....	63	LA FORTUNA DE JOAQUÍN	
II. — María... Parisette.....	68	I. — Un encuentro interesante.....	139
III. — Una asociación que se desmembra.....	71	II. — En libertad.....	141
IV. — Un viaje que acaba mal.....	73	III. — El libro de Mario.....	143
SEXTO EPISODIO		DUODÉCIMO EPISODIO	
EL ABUELO		EL SECRETO DE LOS COSTABELLA	
I. — En la Jefatura de policía.....	77	I. — Se aumentan las sospechas.....	149
		II. — La pesca.....	150
		III. — Los tesoros de la Madre de Dios.....	153
		EPILOGO.....	157



463. LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

Es una colección de novelas basadas en argumentos célebres de la cinematografía. Forma elegantes tomos de gran tamaño, de unas 150 páginas ilustradas con fotografías

VOLUMENES PUBLICADOS:

Las dos niñas de París

Judex

La huerfanita

La nueva misión de Judex

Barrabás

El signo del Zorro (Douglas Fairbanks)

La coqueta irresistible (Constanza Talmadge)

Parissette

El hombre de las tres caras

La amordazada

Pimentilla

VOLUMENES EN PREPARACION:

Por la puerta de servicio (Mary Pickford)

El capitán Kidd

La dueña del mundo

El hijo del pirata

El milagro

Precio de cada tomo 2 pesetas

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.
CALLE DE LA DIPUTACION, NUMERO 211. — BARCELONA



Nadie diga en este mundo
De esta agua no beberé;
Por muy turbia que la vea,
Le puede prestar la sed.

Alfreda

NOTA CATEQUÍSTICA SEMANAL, editada por la ASOCIACIÓN DE LA BUENA PUEBLA

CON CENTRINA EPIQUEMÁTICA

No recorden la dé a leer a otro persona, después de haberla V. leído.

PAGINA BIBLICA

Epístola de hoy, domingo décimo después de Pentecostés, tomada de la primera de San Pablo a los corintios, capítulo XII.

"Hermanos míos: Vosotros sabéis que cuando erais gentiles, os llevaban a adorar los ídolos mudos. Por tanto, os hago saber que ninguno que habla inspirado del Espíritu de Dios, dice anatema a Jesús; y ninguno puede tampoco decir Jesús es el Señor, sino que está inspirado del Espíritu Santo. Son diversos las gracias pero el Espíritu es el mismo. Los ministerios son diferentes, mas el Señor es el mismo. Las operaciones son distintas, pero es el mismo Dios el que obra en todas las cosas. A cada uno se da el don visible del Espíritu Santo para utilidad. Concedoos a uno el Espíritu para que hable el lenguaje de la sabiduría; el mismo Espíritu os concede a otro, para que hable el lenguaje de la ciencia; a este le da fe; a aquel la gracia de las curaciones;

a uno el poder de obrar milagros; a otro el don de profecía; a éste el discernimiento de las espíritus, a estos el don de lengua, al de más allá el don de interpretar la palabra divina. Todas estas cosas las obra uno sólo y el mismo Espíritu, repartiéndolas a cada uno según le parece".

Explicación.—Para corregir el abuso que algunos fieles hacían de los dones espirituales, declara en Apóstol en esta epístola quienes son los que tienen el espíritu de Dios y quienes los que no lo tienen.

Después de decir a los corintios que, cuando eran gentiles, estaban esclavizados del espíritu del mundo, al adorar los dioses falsos, añade: Ninguno que habla inspirado del Espíritu de Dios, dice anatema a Jesús. Es decir, el que tiene este divino Espíritu no niega la divinidad de Jesucristo, ni rehúsa reconocerlo por Señor del universo, único Dios verdadero. Y ninguno puede tampoco decir Jesús es el Señor, sino que está inspirado del Espíritu Santo. Por consiguiente,

te, el reconocer a Jesús por Señor, el adorarlo como Dios, el amarle y servirle como a Redentor, en señal de poseer el espíritu de Dios.

Son diversas las gracias, pero el Espíritu es el mismo. Son diferentes los misterios, pero es el mismo Señor. Son distintas las operaciones, pero es el mismo Dios. Distingue aquí San Pablo las dones espirituales en gracias, en ministerios y en operaciones. Las gracias se atribuyen a la bondad del Espíritu Santo, los ministerios para el gobierno de la Iglesia a la sabiduría del Hijo, las operaciones al poder del Padre; si bien en estas tres adorables personas es la misma bondad, la misma sabiduría, el mismo poder. Proceyendo del mismo Espíritu los diferentes dones, talentos, y empleos en la Iglesia, todos son respetables y merecen nuestra estima sin que deba haber celos ni vanagloria entre los que los poseen. De todos exige Dios la misma fidelidad.

El don viable del Espíritu Santo se concede a cada uno para utilidad. Por eso es un delito enterrar los talentos recibidos, o emplearlos en provecho propio exclusivamente y no en utilidad pública.

A continuación detalla el Apóstol estos dones o gracias particulares, terminando: *Todos estas cosas las obra el mismo Espíritu Santo, dadas a cada uno como le place.* Si hemos recibido dones tan excelentes, tratamos el alma que de ellas podemos hacer; si no los hemos recibido, pensemos que habíamos podido hacernos de orgullo y que la humildad es delante de Dios más preciosa que todos esos talentos.

Por que este año en domingo la vigilia de la Asunción, se puede comer de carne en dicho día y no obliga el ayunar.

A María

Virgen, tu pureza adoro,
y ante tus plantas me admiro
cuando tu grandeza miro;
mas... triste mis penas lloro,
y de llanto acerbo, un coro
se meora con mi amargura:
busco la paz, la ventura,
y el mundo me da desdenes;
¡Tu eres sola la que tienes
paz, dicha, amor y ternura!

Dame, pues, ¡oh Virgen para
dotes tan grandes y santas,
y a ofrecer ire a tus plantas
mis trabajos y amargura.

Pues la fe en Ti me asegura
que has de premiar con aumento
al que tan sólo un momento
ante tu imagen imploro,
y una devoción lleve
con firme arrepentimiento!

C. P.

Calendario de la semana.

Benigno 14.—St. Marcelo y Calisto, obispos.
Eugenio 15.—La Asunción de Nuestra Señora.
Miguel 16.—El Patrón de San Joaquín.
Mateo 17.—St. Jacinto y Liberto, mártires.
Joaquín 18.—St. Agapito y León, mártires.
Florentino 19.—St. León, obispo y Martín y Julia, mártires.
Salvador 20.—San Bartolomé, apóstol y confesor.

El viernes no se puede comer carne bajo pena de pecado mortal, como no se haya tomado la Bula de este año; a no ser que los que la comen, sin haber tomado la Bula, sean pobres o personas que necesitan para vivir del jornal diario.

2418 *noticias*.—Según oficiales comunicados de Roma, ha sido aprobada por S. S. al Papa la introducción preliminar en la Sagrada Congregación de Ritos de la causa de beatificación de los mártires muertos en China durante la guerra de los "boceros", en número de 2418, que se espera sean pronto beatificados.

Esta es la Iglesia Católica: Siempre matándole a sus mejores hijos y siempre renaciendo.

Las vanguardias: 1.ª deben ajustar todos en terminación al di de Diciembre, 2.ª se pagan rigurosamente por adelantado, 3.ª no se admiten más que por cinco ejemplares o más, 4.ª si des de baja sin previo aviso alguno, a la terminación no han sido convenidas, 5.ª no se admiten modificaciones en ellas en el transcurso del año.

Por 50 ejemplares semanales, 30 días año	Por 100 ejemplares semanales, 30 días año	Por 200 ejemplares semanales, 30 días año	Por 300 ejemplares semanales, 30 días año	Por 400 ejemplares semanales, 30 días año	Por 500 ejemplares semanales, 30 días año
10	15	20	25	30	35
40	55	70	85	100	115
70	95	120	145	170	195
100	130	160	190	220	250
130	165	200	235	270	305
160	200	240	280	320	355
190	235	280	325	365	400
220	270	320	370	410	445
250	305	360	415	455	490
280	340	400	460	500	535
310	375	440	505	545	580
340	410	480	550	590	625
370	445	520	595	635	670
400	480	560	640	680	715
430	515	600	685	725	760
460	550	640	730	770	805
490	585	680	775	815	850
520	620	720	820	860	895
550	655	760	865	905	940
580	690	800	910	950	985
610	725	840	955	995	1030
640	760	880	1000	1040	1075
670	795	920	1045	1085	1120
700	830	960	1090	1130	1165
730	865	1000	1135	1175	1210
760	900	1040	1180	1220	1255
790	935	1080	1225	1265	1300
820	970	1120	1270	1310	1345
850	1005	1160	1315	1355	1390
880	1040	1200	1360	1400	1435
910	1075	1240	1405	1445	1480
940	1110	1280	1450	1490	1525
970	1145	1320	1495	1535	1570
1000	1180	1360	1540	1580	1615
1030	1215	1400	1585	1625	1660
1060	1250	1440	1630	1670	1705
1090	1285	1480	1675	1715	1750
1120	1320	1520	1720	1760	1795
1150	1355	1560	1765	1805	1840
1180	1390	1600	1810	1850	1885
1210	1425	1640	1855	1895	1930
1240	1460	1680	1900	1940	1975
1270	1495	1720	1945	1985	2020
1300	1530	1760	1990	2030	2065
1330	1565	1800	2035	2075	2110
1360	1600	1840	2080	2120	2155
1390	1635	1880	2125	2165	2200
1420	1670	1920	2170	2210	2245
1450	1705	1960	2215	2255	2290
1480	1740	2000	2260	2300	2335
1510	1775	2040	2305	2345	2380
1540	1810	2080	2350	2390	2425
1570	1845	2120	2395	2435	2470
1600	1880	2160	2440	2480	2515
1630	1915	2200	2485	2525	2560
1660	1950	2240	2530	2570	2605
1690	1985	2280	2575	2615	2650
1720	2020	2320	2620	2660	2695
1750	2055	2360	2665	2705	2740
1780	2090	2400	2710	2750	2785
1810	2125	2440	2755	2795	2830
1840	2160	2480	2800	2840	2875
1870	2195	2520	2845	2885	2920
1900	2230	2560	2890	2930	2965
1930	2265	2600	2935	2975	3010
1960	2300	2640	2980	3020	3055
1990	2335	2680	3025	3065	3100
2020	2370	2720	3070	3110	3145
2050	2405	2760	3115	3155	3190
2080	2440	2800	3160	3200	3235
2110	2475	2840	3205	3245	3280
2140	2510	2880	3250	3290	3325
2170	2545	2920	3295	3335	3370
2200	2580	2960	3340	3380	3415
2230	2615	3000	3385	3425	3460
2260	2650	3040	3430	3470	3505
2290	2685	3080	3475	3515	3550
2320	2720	3120	3520	3560	3595
2350	2755	3160	3565	3605	3640
2380	2790	3200	3610	3650	3685
2410	2825	3240	3655	3695	3730
2440	2860	3280	3700	3740	3775
2470	2895	3320	3745	3785	3820
2500	2930	3360	3790	3830	3865
2530	2965	3400	3835	3875	3910
2560	3000	3440	3880	3920	3955
2590	3035	3480	3925	3965	4000
2620	3070	3520	3970	4010	4045
2650	3105	3560	4015	4055	4090
2680	3140	3600	4060	4100	4135
2710	3175	3640	4105	4145	4180
2740	3210	3680	4150	4190	4225
2770	3245	3720	4195	4235	4270
2800	3280	3760	4240	4280	4315
2830	3315	3800	4285	4325	4360
2860	3350	3840	4330	4370	4405
2890	3385	3880	4375	4415	4450
2920	3420	3920	4420	4460	4495
2950	3455	3960	4465	4505	4540
2980	3490	4000	4510	4550	4585
3010	3525	4040	4555	4595	4630
3040	3560	4080	4600	4640	4675
3070	3595	4120	4645	4685	4720
3100	3630	4160	4690	4730	4765
3130	3665	4200	4735	4775	4810
3160	3700	4240	4780	4820	4855
3190	3735	4280	4825	4865	4900
3220	3770	4320	4870	4910	4945
3250	3805	4360	4915	4955	4990
3280	3840	4400	4960	5000	5035
3310	3875	4440	5005	5045	5080
3340	3910	4480	5050	5090	5125
3370	3945	4520	5095	5135	5170
3400	3980	4560	5140	5180	5215
3430	4015	4600	5185	5225	5260
3460	4050	4640	5230	5270	5305
3490	4085	4680	5275	5315	5350
3520	4120	4720	5320	5360	5395
3550	4155	4760	5365	5405	5440
3580	4190	4800	5410	5450	5485
3610	4225	4840	5455	5495	5530
3640	4260	4880	5500	5540	5575
3670	4295	4920	5545	5585	5620
3700	4330	4960	5590	5630	5665
3730	4365	5000	5635	5675	5710
3760	4400	5040	5680	5720	5755
3790	4435	5080	5725	5765	5800
3820	4470	5120	5770	5810	5845
3850	4505	5160	5815	5855	5890
3880	4540	5200	5860	5900	5935
3910	4575	5240	5905	5945	5980
3940	4610	5280	5950	5990	6025
3970	4645	5320	5995	6035	6070
4000	4680	5360	6040	6080	6115
4030	4715	5400	6085	6125	6160
4060	4750	5440	6130	6170	6205
4090	4785	5480	6175	6215	6250
4120	4820	5520	6220	6260	6295
4150	4855	5560	6265	6305	6340
4180	4890	5600	6310	6350	6385
4210	4925	5640	6355	6395	6430
4240	4960	5680	6400	6440	6475
4270	4995	5720	6445	6485	6520
4300	5030	5760	6490	6530	6565
4330	5065	5800	6535	6575	6610
4360	5100	5840	6580	6620	6655
4390	5135	5880	6625	6665	6700
4420	5170	5920	6670	6710	6745
4450	5205	5960	6715	6755	6790
4480	5240	6000	6760	6800	6835
4510	5275	6040	6805	6845	6880
4540	5310	6080	6850	6890	6925
4570	5345	6120	6895	6935	6970
4600	5380	6160	6940	6980	7015
4630	5415	6200	6985	7025	7060
4660	5450	6240	7030	7070	7105
4690	5485	6280	7075	7115	7150
4720	5520	6320	7120	7160	7195
4750	5555	6360	7165	7205	7240
4780	5590	6400	7210	7250	7285
4810	5625	6440	7255	7295	7330
4840	5660	6480	7300	7340	7375
4870	5695	6520	7345	7385	7420
4900	5730	6560	7390	7430	7465
4930	5765	6600	7435	7475	7510
4960	5800	6640	7480	7520	7555
4990	5835	6680	7525	7565	7600
5020	5870	6720	7570	7610	7645
5050	5905	6760	7615	7655	7690
5080	5940	6800	7660	7700	7735
5110	5975	6840	7705	7745	7780
5140	6010	6880	7750	7790	7825
5170	6045	6920	7795	7835	7870
5200	6080	6960	7840	7880	7915
5230	6115	7000	7885	7925	7960
5260	6150	7040	7930	7970	8005
5290	6185	7080	7975	8015	8050
5320	6220	7120	8020	8060	8095
5350	6255	7160	8065	8105	8140
5380	6290	7200	8110	8150	8185
5410	6325	7240	8155	8195	8230
5440	6360	7280	8200	8240	8275
5470	6395	7320	8245	8285	8320
5500	6430	7360	8290	8330	8365
5530	6465	7400	8335	8375	8410
5560	6500	7440	8380	8420	8455
5590	6535	7480	8425	8465	8500
5620	6570	7520	8470	8510	8545
5650	6605	7560	8515	8555	8590
5680	6640	7600	8560	8600	8635
5710	6675	7640	8605	8645	8680
5740	6710	7680	8650	8690	8725
5770	6745	7720	8695	8735	8770
5800	6780	7760	8740	8780	8815
5830	6815	7800	8785	8825	8860
5860	6850	7840	8830	8870	8905
5890	6885	7880	8875	8915	8950
5920	6920	7920	8920	8960	8995
5950	6955	7960	8965	9005	9040
5980	6990	8000	9010	9050	9085
6010	7025	8040	9055	9095	9130
6040	7060	8080	9100	9140	9175
6070	7095	8120	9145	9185	9220
6100	7130	8160	9190	9230	9265
6130	7165	8200	9235	9275	9310
6160	7200	8240	9280	9320	9355
6190	7235	8280	9325	9365	9400
6220	7270	8320	9370	9410	9445
6250	7305	8360	9415	9455	9490
6280	7340	8400	9460	9500	9535
6310	7375	8440	9505	9545	9580
6340	7410	8480	9550	9590	9625
6370	7445	8520	9595	9635	9670
6400	7480	8560	9640	9680	9715

trinas divolventes vienen ahora a participar de tus penas y a traerle un pan a tu familia. Quisiera que no olvidaras nunca una cosa que te voy a decir.

—¡Venga de ahí, que como sea buena, no se barrará nunca de mi memoria!

—Píde a Dios que te dé el pan de cada día, que como se lo pidas bien, yo te garantizo que antes fallará el sol que nos alumbra y se derramará el firmamento, que a ti te falte ese pan.

Fijate bien, Roque; entre la esperanza en Dios y la esperanza entre los hombres, hay una gran diferencia: Dios te dará el pan siempre, y los hombres te lo darán quizás alguna vez, no siempre, y aun entonces a condición de que se lo permitan las circunstancias en que se hallen. Píde, pues, a Dios el pan de cada día y lo recibirás. — E. de H., C. M. F.

REPAROS

Dios usted, ¿qué se necesita para ser cura?

—¿Quieres decir cura o sacerdote?
—¿Igual da?

No, señor; no es igual: cura (de la palabra latina *curator*: el que cuida) es el sacerdote que está al frente de una parroquia; porque sobre él pesa el cuidado de la salvación eterna de los feligreses.

—Pues, bueno, ¿qué se necesita para ser sacerdote?

—Es que quieras ser tú?

—Yo... ya soy cieja.

Nunca es tarde, si la dicha es buena.

—¿A qué pues ser sacerdote, si ya sea dicha tan grande que digamos.

—Si la miras con ojos humanos, ciertamente; pero mira lo que dicen los santos: Santa Teresa afirmaba que si viese juntos a un ángel y a un sacerdote, acudiría primero al sacerdote...

—¿Carmy!, eso es mucho decir...

—Has de tener en cuenta que el sacerdote es el representante de Jesucristo, el único que tiene poder de traerlo a la Eucaristía, de perdonar los pecados y de hablar en nombre de Dios...

—Pero ¿qué es lo que se necesita para ser sacerdote.

—En primer lugar hace falta vocación, o sea, llamamiento divino.

—¿Usted me quería meter a mí de un cura, ¿eh?

Sí; yo ya he hecho más que hacerle una pregunta, porque me ha sorprendido la tuya. Además has de tener en cuenta que el llamamiento de Dios no es difícil de conocer. El que tiene aptitud y deseo de ser sacerdote por fin sobrenatural y es admitido por los superiores eclesiásticos, puede asegurar que tiene el divino llamamiento.

De todos modos este asunto debe encomendarse mucho a Dios y consultarse con el confesor. Y para los demás detalles acudir a un sacerdote y, mejor aún, al señor párroco.

La Pa. Hong. —Pocas veces se verán tan honradas las páginas de una publicación católica como al transcribir el nombre de este insignificante chino, que es conocido universalmente con el sobrenombre de "el católico-seglar más grande del mundo". Entre sus acontecimientos se honra con venerar la memoria de varios mártires de la Iglesia. Es uno de los más fuertes capitalistas de Shanghai, hasta el punto de que en los Estados Unidos se le conoce con el sobrenombre de "el Rockefeller de China". En Shanghai atiende en tres hospitales por él fundados y sostenidos, a más de 3.000 enfermos, muchos de ellos sacados por él de las cárceles para alivio de sus dolencias. En todo un año ha fructificado a más de 7.000 personas; todos los domingos enseña el catolicismo.